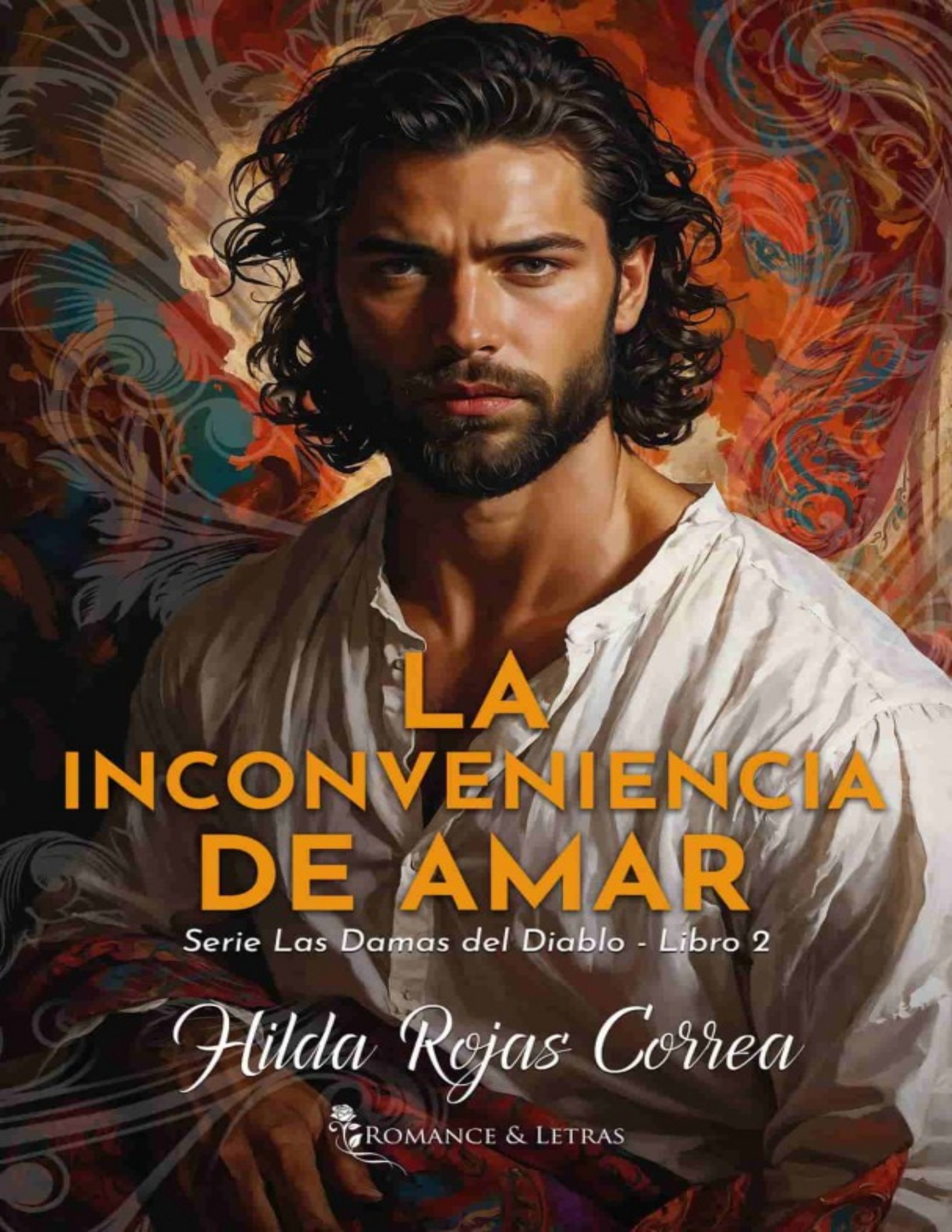


LA INCONVENIENCIA DE AMAR

Serie Las Damas del Diablo - Libro 2

Hilda Rojas Correa

ROMANCE & LETRAS

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Dedicado a ti, que atravesaste el infierno y sobreviviste para contarlo.

«Si sé lo que es el amor, es gracias a ti.»
Herman Hesse

Capítulo 1

Londres, 29 de julio de 1844.

Emily se lamió la comisura de los labios, alzó las manos y saltó tan alto como pudo, con la mirada fija en el ramo de la novia. Lo veía venir describiendo una parábola perfecta, justo en su dirección.

«Esta vez lo atraparé», pensó imaginando que ya lo tenía en su poder.

Ella no era ese tipo de personas que creían en el azar o la suerte, al contrario, estaba convencida de que todo se reducía a probabilidades, causas, efectos, estadísticas…

Y, a propósito de estadísticas, estas señalaban que, en su familia, el cien por ciento de las veces que se lanzaba un ramo, la dama o el caballero que lo atrapaba terminaba en el altar en menos de un año. Esa tradición era infalible en su círculo íntimo.

Ella quería ser la siguiente. Deseaba experimentar el amor, ese mismo que unió a sus familiares y amistades cercanas. Anhelaba dar y recibir ese maravilloso sentimiento, encontrar a esa persona especial que debía estar en algún recóndito lugar del mundo.

En el matrimonio de su prima Laura, los números estaban a su favor. En cada boda había menos solteras y ella era una de las más altas, lo que le daba más posibilidades de atraparlo.

Sin embargo…

De la nada, se atravesó la corpulencia de su primo Alec, interfiriendo en la trayectoria de las flores voladoras. Una sombra inmensa eclipsó a Emily por un segundo.

En ese preciso momento, ella supo que tendría que esperar a otra boda para atrapar el ramo. No consideró como factor el inesperado espíritu competitivo de Alec. Por lo general, en aquel ritual, él solo se situaba en el grupo de solteras y hacía el ademán de ir a por el ramo, pero esa vez se lo tomó en serio.

Su pronóstico se desvió de una manera monumental. ¿Tan desesperado estaba Alec por casarse? Quién lo diría.

Entre risas, vítores y abucheos, un coro de voces femeninas —y

muy solteras— solo pudo alegar en una cacofonía enfadada y frustrada:

—Noooooo, Alec hizo trampa.

—¡Es más alto que todas nosotras!

—¡Me empujó este animal!

—Eres un idiota, Alec.

—Abusador.

El aludido sonrió, burlón blandió el ramo y con su voz severa les replicó:

—La tercera es la vencida, perdedoras. Era mi turno.

Las damas pusieron los ojos en blanco y se retiraron indignadas, deseando que Alec encontrara a una mujer que lo convirtiera en un cachorro.

Alec dio media vuelta y miró a Emily, sabía que ella era la destinataria del ramo y, sintiéndose relativamente culpable, intentó darle un pobre consuelo:

—Aún estás joven, primita. Estoy seguro de que tendrás uno de estos para la próxima.

Emily resopló para mover un mechón castaño que se salió de lugar y alzó su barbilla.

—La juventud no es lo mismo en los hombres que en las mujeres, ridículo. Deberías saberlo. Solo faltan unos cuantos meses para mi cumpleaños. La palabra solterona ya no es suficiente para describir mi situación.

Alec chasqueó su lengua y le pellizcó la mejilla como si tuviera cinco años.

—En ese caso, estamos en igualdad de condiciones, soy un viejo que ya se le está pasando el tren. De todas formas, no necesitas un ramo para atrapar a un idiota, Emily. El idiota adecuado llegará a su debido tiempo.

—Esa mentira no me la creo desde los veintiuno, demonio, inventa una mejor.

Alec fingió que se lo pensaba. El ramo de novia golpeteaba sobre su pecho, propagando en el aire el agradable y fresco aroma a rosas. Su prima lo tenía difícil; pertenecer a las familias con poder, fortuna y una reputación gris era complicado. Lo fue para ellos que

heredaron el apodo de Herederos del Diablo, y peor era para ellas, que no fueron criadas bajo los cánones establecidos. Las Damas del Diablo las llamaban a sus espaldas, si pretendían ofenderlas con ese alias, se equivocaron.

Ellas llevaban con orgullo esa denominación.

Alec se encogió de hombros, siempre era mejor la verdad.

—No me sé una mentira mejor, duendecillo. El amor es caprichoso; a veces amamos a quienes no quieren ser amados, y a veces nos aman quienes no amamos… Y cuando nuestros sentimientos son correspondidos, es pura suerte. Es algo que no puedes medir o cuantificar con tus hermosas y complicadas fórmulas matemáticas.

Emily esbozó una sonrisa, le gustaba esa respuesta.

—No sabía que eras un romántico.

—No lo soy, solo digo lo que veo.

Emily negó con su cabeza y repuso:

—Como sea, Alec. —Suspiró—. Espero que pronto llegue la mujer que pase por alto tu aspecto y tu voz de viejo amargado… y te haga pagar por todas tus bromas de mal gusto.

Alec sacó una de las rosas de su ramo y se la dio a Emily. Ella aspiró el dulce y tierno aroma.

—Espero que llegue el pobre y triste idiota que tenga que soportar a una marisabidilla como tú… —Su mirada se desvió por medio segundo y repuso—: O quizás ya llegó. Ese tipo no te quita la mirada de encima. Hace rato que lo vengo observando. Él ya hizo su elección.

Emily frunció el ceño y dio media vuelta. Se encontró con los intensos ojos de Edward Dutton. Él era el epítome del hombre que, pese a tener todo el dinero y clase, todavía no era aceptado en los círculos aristocráticos. Y no solo por su origen plebeyo, sino por la reputación de su familia, la cual tenía tantas manchas como un dálmata.

Edward Dutton parecía estar maldito… y ni siquiera era por pecados propios.

Por eso mismo, contaba con el apoyo y simpatía de las Grandes Damas. Desde hacía un par de años, él colaboraba con generosos

donativos a la Fundación Hope y, en los últimos meses, entabló una relación de amistad con los recién casados. Era *vox populi* que deseaba un matrimonio por conveniencia, y en los bailes coqueteaba con todo ser vivo que llevara falda y un carnet de baile.

Emily también lo había observado. Todas parecían caer bajo su viril hechizo. Escuchó a más de alguna dama declarar que se dejaría deshonrar solo para presionar a sus padres y convertirse en la próxima señora Dutton. No obstante, él nunca se decidía por pretender a alguna abiertamente. Daba la impresión de que ninguna era suficiente. Ni siquiera para tentarlo.

Emily debía admitir que, cuando él flirteaba con ella, le gustaba provocarlo. Se preguntaba hasta qué punto soportaría sus impertinencias, qué tan graves y escandalosas debían ser sus palabras para colmar esa aparente paciencia infinita y marcado orgullo masculino.

Ella inclinó su cabeza en un movimiento casi imperceptible, a modo de saludo. Edward esbozó una media sonrisa que apenas suavizaba esa mirada oscura e insondable. Alzó la copa de champaña que sostenía en su diestra, la cual dejó sobre una mesa después de beber un último trago. Acto seguido, avanzó hacia ella con pasos lentos, estudiados, como si evaluara a su presa.

La voz de Alec le susurró antes de alejarse:

—Ten cuidado con él, es más viejo y mañoso que yo...

Emily pensó que el señor Dutton no aparentaba la edad que tenía, se suponía que ya tenía treinta y seis. Quizás su aspecto jovial se debía a esa barba densa y cabellos largos y desordenados, en conjunto con esa piel curtida por el sol y el aire marino. Su vida adulta la pasó más tiempo en altamar que en los salones de Londres.

Tenían poco más de once años de diferencia… ¿Qué tan extensa era esa brecha en la realidad?

Las voces de sus amigos y familiares despidiéndose de los novios la sacó de sus pensamientos y desvió la mirada hacia sus primos, Laura y William.

—¡Que sean felices! —Se despidió de ellos haciendo alegres señas con su mano. Por algún extraño motivo, su voz se quebró.

Quizás era la emoción de ver a su prima del brazo del hombre que amó en secreto por tres largos años.

Carraspeó para deshacer el nudo.

Lo cierto era que ella también deseaba eso para su vida. Vivir el amor, amar y ser amada. Tal como sus hermanos que ya estaban casados. Pero Emily no tuvo suerte en sus temporadas, cada año la búsqueda del amor fue una decepción tras otra. La realidad golpeó fuerte y aniquiló su ilusión al constatar que, pese al dinero y conexiones de sus padres, ella no pertenecía a ese mundo y ni siquiera iba a ser vista. Se lo dejaron en claro más de una vez; la reputación de su familia no era bienvenida en la aristocracia y debía apuntar más abajo.

Nunca se lo dijo a sus padres, ¿para qué? Prefirió verlos orgullosos de ella y dejar que los años pasaran.

De pronto, sintió el característico aroma a vetiver del señor Dutton; una verdadera oda al frescor. Era como estar en medio de un bosque húmedo y podía percibirse a medio metro de distancia. Siempre se sabía que él estaba cerca solo por eso, la singular fragancia parecía envolverla y capturarla.

Que un hombre usara un perfume tan prominente era una vulgaridad monumental. Eso decían todas aquellas revistas de sociedad: el aroma de un caballero debía ser limpio, tenue, a ras de piel. El señor Dutton era de todo, menos discreto.

La voz del hombre resonó a su lado; suave y aterciopelada:

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta, señorita Montgomery?

Un inusitado escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo. Emily alzó la mirada entrecerrada hacia él y contestó:

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De qué tan indiscreta sea, por supuesto.

Edward se cruzó de brazos, pensativo. Su dedo índice golpeaba su bíceps. Emily arqueó su ceja al notar que aquel músculo sobresalía más de lo normal.

Sus cinco segundos de observación terminaron cuando él repuso:

—Creo que es muy indiscreta, pero le prometo que mis intenciones son honorables.

—¿Cómo es posible que la palabra indiscreción y honorabilidad puedan estar en la misma oración?

—En una oración formulada por mí, señorita Montgomery… Y bien, ¿puedo o no?

Emily se encogió de hombros.

—Ya ha despertado mi curiosidad. Haga su pregunta con libertad.

—¿Usted y el señor Croft… son…? —Emily arqueó sus cejas al punto de formar tenues surcos en su frente clara y despejada. No dijo nada, solo miraba a Edward esperando a que terminara de formular la pregunta. Él carraspeó y añadió—: ¿Están enamorados o algo así?

Emily reía por dentro, mas su rostro demostraba un evidente desconcierto. Domó su tono de voz para que sonara serio al decir:

—¿Qué le hace suponer que mi primo y yo estamos enamorados?

—Se veían bastante íntimos y él le regaló una flor del ramo que atrapó. Coincide en gran parte con la manera en que Laura y William empezaron su romance.

Emily estalló en carcajadas. No pudo aguantar más la risa.

—Ay, señor Dutton. —Carcajadas—. ¡Qué ridiculez! —Carcajadas. Varios invitados los miraron de reojo, pero a Emily no le importó llamar la atención; en ese lugar solo estaban sus seres queridos—. Es el mejor chiste que me han contado en años.

Edward no se sintió ofendido ante esa explosiva reacción, es más, era una de las posibilidades que barajaba. La risa de Emily era contagiosa y estaba tentado a secundarla, pero eso podría malinterpretarse, él no estaba jugando. Apretó los labios para reprimir una sonrisa, se metió las manos a los bolsillos y añadió:

—Tenía que asegurarme de no estar en un mal trío… Bien, ya que ha resuelto mi duda, puedo actuar con libertad. ¿Debo hablar con su padre para pedirle permiso para cortejarla?

Las carcajadas murieron de golpe, quedando atrapadas en la garganta de Emily. Su boca quedó abierta, al igual que sus ojos

azules que ostentaban un cristalino esplendor.

Entre ellos solo se escuchaba la alegre cacofonía del ambiente familiar en todo su apogeo; risas, conversaciones, música alegre, niños jugando y parejas bailando.

Nada de ello parecía perturbar a Edward, él no le quitaba la mirada de encima. Estudiaba la incrédula expresión de Emily a consciencia y, antes de que ella dijera algo, repuso:

—No estoy bromeando.

Aquellas palabras la sacaron de su estupor. Parpadeó y cerró su boca. Un ligero carmín tiñó sus mejillas ante la certeza de saber que su rostro fue un poema. No obstante, recuperó su aplomo ante la expresión solemne de Edward y dijo:

—¿No se supone que debería preguntarme a mí primero?

—Hasta donde sé, primero se le pregunta al padre… A menos que hayan cambiado las normas en los últimos diez años.

—Señor Dutton, no soy una niña que acaba de salir de una academia. Trabajo, aunque no lo necesite, gano mi dinero y soy mayor de edad. Creo que estoy facultada para tomar ese tipo de decisiones.

—Eso lo tengo claro. —«Más que claro», pensó reprimiendo el impulso de mirarla de pies a cabeza. Emily era toda una mujer—. Entonces, déjeme reformular mi petición para que sea menos ofensiva… Señorita Montgomery, ¿me permitiría concederme el honor de cortejarla?

Aquella oración que ella jamás escuchó —pero soñó escuchar alguna vez— sonó fuerte, clara y decidida. Por un segundo, Emily pensó que todo era producto de su imaginación, pero la expresión seria de Edward confirmaba que era cierto. Aun así, quería saber…

—¿Por qué yo? ¿Qué me diferencia del resto de las damas con las que ha coqueteado esta temporada?

—Una pregunta justa. —Llevó sus manos a la espalda, como si hubiera ensayado sus palabras con anterioridad y dijo—: Las debutantes son demasiado jóvenes y sus padres no me aceptarían aunque les ofrezca la mitad de mi fortuna… Tampoco me agrada la idea de deshonrar a alguna para lograrlo. Por otro lado, soy más afín con los valores de sus familiares y amigos… Y, por último, usted me

parece más que interesante… Por eso la quiero cortejar, para conocernos mejor y ver si es posible una alianza entre nosotros.

Emily sintió la decepción trepando por su vientre hasta llegar al pecho y dejarlo gélido. Aquella respuesta era lógica, racional, correcta. Pero no tenía lo esencial, y ese hecho encendió su chispa rebelde y contestó:

—Usted explica todo con una pasmosa frialdad, señor Dutton. Sabe perfectamente que, en mi círculo, la norma es el matrimonio por amor. ¿Qué le hace pensar que consideraré aceptar lo que me ofrece?

Esa pregunta también estaba dentro de los pronósticos de Edward, y tenía preparada su réplica:

—Espero convencerla de que soy una opción aceptable como esposo.

—¿Aceptable? —Soltó un resoplido—. Señor Dutton, me encantaría que me cortejara, pero sus expectativas son demasiado bajas. No, no acepto.

Fue el turno de Edward de entreabrir su boca y alzar sus cejas. Parecía que Emily no veía las ventajas de una unión entre ellos, ni siquiera parecía tentada a considerarlo. Él podía ofrecer más que cualquier otro, no solo en términos económicos. Se recobró con rapidez de su impresión. No se rendiría con tanta facilidad. Era la negociación más importante de su vida, y decidió sacar toda la artillería pesada. Su voz fue un estoque certero al preguntar:

—¿Me rechaza porque no soy aristócrata?

Emily negó con su cabeza y respondió:

—Incluso un vendedor de manzanas es aceptable para mí, siempre y cuando me dé lo principal.

—¿Y eso sería? —Y temió la respuesta…

—Todo su corazón, toda su vida, todo su ser. Usted solo ofrece un trato comercial, yo quiero algo más poderoso y significativo que eso. No tiene nada que ver con su rango social, su reputación o su dinero… No crea que son cosas que no considero, sí lo hago, pero lo relevante para mí es el amor, lo que se puede construir con él.

Edward pensó que Emily era toda una dicotomía. Una mujer racional pero romántica. ¿Cómo podía convencerla? Su fuerte era la

razón, debía apelar a ello.

—¿Y cómo espera que llegue el amor si solo trabaja en la academia y asiste de mala gana a los bailes de su familia? ¿Cómo va a conocer a la persona que le dé todo lo que quiere?

Aquel fue un golpe bajo que Emily encajó con la gracia de siempre. Ella también se lo preguntaba y le dio a Edward la misma respuesta que se daba a sí misma.

—No lo sé. Supongo que encontrar a la persona ideal es cuestión de suerte o del destino… Mis hermanos encontraron a sus esposas cuando menos lo esperaban. ¿Por qué no puede ser igual conmigo?

Edward no dejaba de mirar a Emily. Resultó ser cierto lo que su amigo William le advirtió un par de horas atrás. Ninguna Dama del Diablo acepta un enlace por conveniencia. Nunca, jamás. Porque ellas lo daban todo.

Pero la verdad era que él no se sentía capaz de entregar su corazón como si fuera una tarea tan sencilla como respirar. El amor era un peligro para él. No obstante, también era reacio a proponerle un cortejo a cualquier jovencita dócil. Necesitaba… No… Quería una esposa, una mujer, no una muñeca.

Y Emily Montgomery jamás sería una muñeca. Esa misma negativa señalaba que no era de las que callaban y aceptaban sin cuestionar. No quería rendirse frente al rechazo de ella. Aún no lo percibía tan rotundo, por lo que añadió:

—¿Y qué tiene de malo un matrimonio por conveniencia? Yo no solo ofrezco dinero, sino también libertad, respeto y consideración. Usted podría seguir haciendo su vida de maestra en la academia, perseguir sus pasiones o lo que desee en el futuro… Las personas somos seres en constante cambio.

Libertad, esa fue una palabra clave. Emily tampoco quería renunciar a las cosas que la hacían feliz solo por casarse enamorada. El amor era un requisito fundamental, pero no sepultaría sus pasiones por ello. Sin embargo, el matrimonio tenía una razón de ser: la descendencia.

—¿Usted es consciente de que la maternidad es inherente al matrimonio? Quizás podré ser libre un tiempo, pero tarde o

temprano llegarán los hijos. Ser madre no da libertad, sino todo lo contrario, y es una tarea que no pretendo llevar a cabo sola ni delegarla en su totalidad a una niñera. Un padre que ama a su hijo y lo considera como una persona, le demuestra su afecto y participa en su crianza. No lo trata como un simple heredero de sus posesiones. ¿Usted también ofrece eso?

—Un matrimonio por conveniencia no implica que no haya afecto a los hijos. —Y era cierto, él sería el padre que nunca tuvo—. Yo los adoraría…

—Pero no adoraría a su esposa… ¿Cómo le va a enseñar a sus hijos lo que es el amor si lo no ven reflejado en sus padres? —Suspiró—. Señor Dutton, usted es un hombre interesante y agradable, me simpatiza mucho… Me encantaría conocerlo más, pero usted no quiere apostar más alto. ¿Acaso cree que yo no me arriesgaría si acepto su cortejo? —Ladeó su cabeza—. En un matrimonio por conveniencia la que sale perdiendo soy yo, por donde se le mire.

Por eso mismo, a Edward le gustaba Emily como futura esposa. Ella siempre pondría la razón en primer lugar. No entendía por qué se empecinaba en poner al amor en la ecuación. Necesitaba una oportunidad para demostrar que su unión sería más que exitosa.

Decidió doblar su apuesta.

—Le propongo algo antes de que rechace mi propuesta del todo. La cortejaré y convénzame de que estoy equivocado, de que puedo darle toda mi vida, todo mi corazón… O, tal vez, usted puede cambiar de parecer y ver las ventajas de lo que ofrezco… Incluso nos podemos convertir en grandes amigos si el cortejo no funciona para ambos. ¿Quién sabe? Los dos nos arriesgaremos a perder el alma o ganar un compañero fiel. Libertad, respeto, consideración... Piénselo, señorita Montgomery. Tal vez no sea el trato que esperaba, pero podría ser mejor que un sueño imposible.

Emily se cruzó de brazos. La rosa que le dio Alec golpeteaba su mentón… El ruido de la fiesta, de pronto, llegó a sus oídos. Todos disfrutaban y parecía que ya no reparaban en lo que sucedía entre ella y el señor Dutton.

Miró de reojo a los recién casados que daban su último adiós, a

sus primas, a sus amigas, a sus hermanos. Lo felices que eran todos con sus respectivos cónyuges, las familias que estaban formando.

Debía admitir que sentía envidia; ella quería esa vida. Había descubierto sus pasiones, era más independiente que cualquier mujer de su clase, amaba enseñar matemáticas en la academia y darles a otras mujeres sus conocimientos. Lo único que le faltaba era experimentar la dicha de amar. ¿Por qué no podía encontrar un amor si era igual a ellos?

Iba a cumplir veinticinco y jamás la habían cortejado.

Tampoco la habían besado.

¿Qué probabilidad tenía de quedar con el corazón roto?

Un cincuenta por ciento. Le atraía Edward, pero no lo amaba.

¿Qué probabilidad tenía de que alguien le volviera a proponer ese trato?

Un cero coma cinco por ciento, si era optimista. Los caballeros que bailaron con ella durante esa extraña temporada, en la que se dieron cuenta de que existía, solo lo hicieron por no consentir que un advenedizo como Dutton se acercara demasiado a su círculo. Eran tan mezquinos e hipócritas que ni siquiera le permitirían tocar a las solteronas.

¿Cuánto ganaría?

Un cien por ciento en experiencia, la aventura de vivir algo diferente… Tener al menos una historia que contar. No solo ser Emily, la maestra de aritmética y apasionada por explicar el mundo con números, fórmulas y geometría.

Era la oportunidad de ser algo más, de vivir algo más. De salir de los límites tan bien delineados de su vida… A fin de cuentas, era de locos hacer siempre lo mismo esperando resultados diferentes.

Y resolvió.

—No quiero un cortejo tradicional.

Una sonrisa ladina adornó el rostro de Edward.

La tenía.

—Usted manda, será bajo sus términos.

Emily blandió la rosa como si fuera una institutriz y dictaminó:

—En primer lugar, nadie debe saberlo. No quiero intrusos ni obstáculos. ¿Cómo voy a conocerlo si tengo una carabina, o a toda

mi familia encima de nosotros?

Ante aquella insólita demanda, Edward barbotó la natural pregunta:

—¿Y cómo pretende que la corteje como es debido?

Una sonrisa amplia y felina emergió en los labios de Emily. Le dio unos toquecitos con la rosa en el pecho.

—Ingénieselas, señor Dutton. Usted es el que quiere cortejarme, después de todo.

Capítulo 2

Edward revolvía el té con la vista perdida en las formas de la infusión en movimiento. Bebía té a todas horas, pero el del desayuno era infaltable. La luz entraba a raudales en el inmenso comedor que emulaba los grandes, coloridos y antiquísimos palacios de la India. Le fascinaba y admiraba todo lo proveniente de ese país y su cultura, por eso mismo vestía con prendas ligeras y sencillas. Esa mañana usaba una túnica blanca con aplicaciones de seda turquesa y pantalones holgados. Como era verano, prefería ir descalzo.

Cualquiera que lo viera diría que parecía un salvaje.

Le gustaba ese término. Le encantaba escandalizar a las personas que lo veían con esos atuendos. Los antiguos socios de su padre le decían que andaba en pijama.

Él respondía que ellos parecían andar listos para entrar en un ataúd.

Extrañaba volver a sentir el calor de la India, lugar donde pasaba largas temporadas debido a su inversión en la Assam Tea Company, el único lazo que lo unía a ese país. A principios de año, cuando decidió que era buen momento para casarse, vendió todas las acciones de la East India Company, que heredó de su padre y de su hermano.

Resopló. Su cabeza descansó sobre su mano.

Llevaba una semana pensando en cómo cortejar a Emily de un modo no tradicional.

Conocía formas de cortejo no tradicional, pero incluía cuerpos desnudos y sudorosos. No podía llegar a esa instancia de buenas a primeras con la dama.

La seducción se daría en el momento apropiado. Él era de la idea de que un matrimonio por conveniencia no tenía por qué ser frío. Sobre todo, con una mujer impetuosa como lo era Emily.

Dejó la cucharilla a un lado y probó el té. Lo saboreó como si estuviera catando un buen vino. Un ligero dulzor aderezado con un tenue sabor a grano tostado. El aroma inconfundible le hacía sentir que no estaba en Inglaterra. El té que cultivaban en Assam era

diferente al de China, por eso mismo lo convirtió en su proyecto más ambicioso. Su voz rasposa matutina lanzó un satisfecho:

—Mmmmmm… Cada vez sabe mejor…

Su propio eco le devolvió lo solitaria que era su vida. Antes de la muerte de su hermano solía desayunar con él cuando lo visitaba.

A veces no podía creer que no estaba.

Habían pasado tres años desde que fue condenado a la horca por ser un asesino de mujeres. Un monstruo segador de vidas.

Todavía se preguntaba en qué momento John se convirtió en un desconocido. Lo ocultó tan bien, siempre pareció un buen hombre… Era su hermano. Sangre de su sangre.

En muchas ocasiones, cuando sentía que perdía el control y la ira comenzaba a nublar su juicio, pensaba si la sangre que corría por sus venas lo corrompería tal como a John… o a sus padres.

Ese mismo pensamiento enfriaba sus impulsos.

Volvió a tomar té. Sí, eso lo calmaba…

«Ingénieselas, señor Dutton», resonó en su mente la voz burlona de Emily.

Al principio pensó que iba a ser fácil, pero resultó ser un problema sin solución… ¿Cómo lo haría?

En ese momento entró su mayordomo en la estancia. Con un marcado acento indio, anunció:

—Ha llegado una carta para usted. —Con un movimiento fluido ofreció la bandeja de plata, en la que reposaba la misiva.

—Gracias, Ranjit. —Tomó la carta, distraído.

El mayordomo notó que Edward no había tocado las tostadas, ni los dulces, ni los huevos. Con la confianza que le otorgaban los años de servicio y su relación cercana, preguntó:

—¿Se siente bien, señor Dutton? Apenas ha probado bocado.

Edward parpadeó. ¿En qué momento apareció toda esa comida?

Su estómago rugió. El hambre se hizo notar en ese preciso instante.

—Me siento bien, Ranjit. Gracias por la preocupación… Solo pensaba. —Tomó una tostada y le puso un par de cucharadas de huevos revueltos.

—¿Pensaba? Ah, por eso se siente olor a quemado, su cerebro debe estar echando humo.

Edward le dedicó una mirada sardónica y dijo:

—Jo, jo… muy gracioso, Ranjit. Eres el peor y más irrespetuoso mayordomo del mundo. —Dio una gran mordida llenándose la boca. Al menos dos veces a la semana se arrepentía de haber traído al irreverente mayordomo. Le debía la vida en cierto modo, sus cuidados lo salvaron de una muerte segura cuando contrajo malaria, muchos años atrás.

—Por eso mismo me contrató, señor, para no ser un lamebotas, sino para evitar que se muera… No piense tanto y coma, la mente trabaja mejor con el estómago lleno.

Edward, masticando, replicó:

—Te tomas muy en serio tu misión. —Y tragó con dificultad. Se golpeó el pecho para bajar la comida.

—Siempre… ¿Necesita algo más?

—Vete a hacerle la vida imposible a alguien más. A tu esposa, de preferencia.

Ranjit asintió con una sonrisa socarrona. Cuando su señor se ponía pensativo, olvidaba comer, y cuando olvidaba comer, se ponía de malhumor. No dijo nada más y se retiró.

Edward le dio otra mordida a la tostada y la dejó a un lado.

El remitente era Dev Wheatley, el contador de la Assam Tea Company. Rompió el sello de la carta y leyó:

Assam, 5 de marzo de 1844.

Estimado señor Dutton:

Confío en que esta misiva lo encuentre disfrutando de una grata temporada estival en Londres, y espero que pronto tengamos noticias de avances satisfactorios en sus objetivos personales.

Me he visto en la necesidad de escribirle, debido a una cuestión que requiere de su urgente atención. En los últimos días, he identificado discrepancias significativas en los registros contables de nuestras exportaciones de té hacia Inglaterra. Si bien las cantidades embarcadas y reportadas parecen coincidir con lo estipulado, los ingresos recibidos por la empresa están por debajo de lo esperado. Esta anomalía plantea interrogantes sobre posibles errores en alguna parte de nuestros procesos de facturación, o quizás desajustes en las

tasas de cambio, o incluso podemos estarnos enfrentando a irregularidades en los pagos por parte de nuestros agentes en Londres.

Como comprenderá, esta situación pone en peligro la estabilidad financiera de la compañía, en especial, considerando las inversiones ya realizadas para la próxima cosecha. Si no se resuelve con celeridad, podría verse afectada nuestra capacidad para operar con normalidad en los meses venideros. Un golpe de esta envergadura, justo cuando cumplimos tres años de exportaciones, podría ser irreversible.

Por este motivo, he comenzado un análisis exhaustivo de los registros desde el primer semestre de 1841, cuando iniciamos nuestras exportaciones oficiales. Mi intención es determinar el origen exacto de estas inconsistencias, y confío en que, al revisar los registros que usted posee hasta el último semestre del año pasado, podamos detectar patrones o errores recurrentes. Una vez que haya duplicado los documentos en mi poder, procederé a enviarlos a usted sin demora. Si todo sale bien, será en un par de semanas.

Roguemos que los vientos estén a nuestro favor.

Permítame señalar, además, que algunos de los cálculos necesarios para rastrear esta anomalía implican trabajar con cifras y porcentajes inusualmente complejos. Admito que estos cálculos superan mis habilidades, y podría ser de utilidad contar con alguien que posea más conocimientos.

Apreciaré su guía en este asunto. Estoy convencido de que, con su respaldo, encontraremos una solución adecuada. Por favor, no dude en indicarme si cree que puede ser necesario recurrir a la ayuda de un experto para acelerar este proceso.

Permítame reiterar mi compromiso con la solvencia y el éxito de esta empresa. Estoy, como siempre, a su servicio.

Atentamente,

Dev Wheatley
Contador

La mano de Edward estaba enredada en sus oscuros cabellos largos y ondulados. Sostenía su cabeza sin poder creer lo que había leído.

Releyó.

Su mano se arrastró por la cara hasta la boca y la tapó. Podía sentir el calor de su respiración en los dedos.

Releyó una, dos, tres veces más, como si las palabras fueran a

cambiar entre una y otra lectura.

Encontrar el origen de esas discrepancias era como intentar atrapar una gota de lluvia en medio de una tormenta.

El problema de tener su principal negocio en India era la distancia. Dev Wheatley era el mejor contador de la región, y su reputación era impoluta, por eso mismo le pagaba un sueldo que iba más allá del promedio. Incluso las autoridades locales le solicitaban su asesoría de vez en cuando. Edward no dudaba de la rectitud del hombre, y si él no podía resolver el problema, debía ser inmenso.

Y si no resolvía ese asunto lo antes posible, se arriesgaba a mermar su patrimonio más de lo que quería reconocer. Ya se imaginaba vendiendo su colección de arte para poder reunir los fondos necesarios para inyectar más capital, con eso evitaría endeudarse con los bancos. Detestaba las deudas, de las dimensiones que fueran.

Pero detestaba más el fracaso… Eso le daría la razón a su difunto padre cuando le decía que era un inútil, un idiota que amaba un país inferior.

Si su proyecto fallaba, todo su esfuerzo por separarse de la sombra de su padre y de su hermano se iría a la basura. No podía permitirse perder lo que había construido.

No le quedaba más alternativa, debería buscar a un experto lo más pronto posible y, de ser imperativo, llevárselo a Assam para resolver ese incordio, lo cual echaría por tierra su incipiente cortejo con Emily.

Y el nombre de ella repicó en su mente como un campanario.

Recordó que Emily estaba a cargo de la recaudación de la subasta de arte de la Fundación Hope; también ella asesoraba a su hermano Horatio, que era detective privado, realizando estudios de medidas, distancias y cálculos; y no menos importante, era maestra de aritmética en el Colegio y Academia Hope.

¿Era tan buena o solo resaltaba porque era mejor que una mujer común?

¿Esa fama se debía al inmenso cariño que le tenían sus allegados?

¿Qué tan cierta era su genialidad en las matemáticas?

¿Ella era capaz de atrapar esa gota de lluvia en la tormenta?

Releyó la carta otra vez.

Bueno, podía matar dos pájaros de un tiro, empezar su cortejo no tradicional y ver qué tan capacitada estaba Emily para resolver su problema.

Debía verle el lado positivo a la situación, independiente del resultado, de todas formas, saldría ganando.

Se levantó de su silla, debía fingir que era un hombre civilizado y vestirse como tal para cortejar a su futura esposa.

*****

Diez pares de ojos se encontraban pendientes del pizarrón que se llenaba de números, símbolos y letras. La voz de Emily, enérgica, clara y alta, instruía:

—Entonces, al final nos quedan tres equis al lado de la igualdad. Al otro lado se encuentra el número treinta y nueve… ¿Cuál es el siguiente paso? —Dio media vuelta y miró a sus alumnas. Las expresiones de ellas eran de pánico.

Las pobres se habían perdido en un punto de su explicación… Era una ecuación simple, algo fundamental cuando no se conocía un término para resolver una operación.

Emily les sonrió y repuso:

—¿En qué parte se perdieron?

Una de las jóvenes, Isolda, alzó su mano sin temor. Emily les exigía, pero no era una bruja ni humillaba a sus alumnas, por lo que dijo:

—Me perdí cuando cambió de lado el primer número. No entendí por qué lo hizo.

Emily asintió. La respuesta de la joven señalaba que tenía que explicar todo de nuevo. Borró la pizarra y dejó solo el ejercicio.

$$1 + 5 + 3x = 45$$

—Bien… Lo primero que tenemos que hacer es despejar equis. Eso quiere decir que dejaremos los números a un lado de la igualdad y la equis se quedará sola, ese es nuestro objetivo… ¿Hasta ahí

vamos bien?

—Sí, maestra Montgomery…

—Bien… Vamos a secuestrar primero los números que están solos, ¿cuáles son?

La misma joven que no entendió al principio respondió:

—El uno y el cinco

—Eso, muy bien, Isolda… Estos números cruzan la igualdad como en un espejo: si aquí suman, allá restan. Simple, ¿cierto? —Y escribió en la pizarra:

$$1 + 5 + 3x = 45$$
$$3x = 45 - 1 - 5$$

Emily volvió a mirar a sus alumnas, ya no se notaban tan perdidas:

—¿Ahora me siguen? —Las jóvenes asintieron—. Bien, ahora se ve un poco más claro… Sé que las letras pueden ser intimidantes si las mezclan con números, pero no se preocupen por ello, es más sencillo de lo que parece… Preocupémonos de la operación cuarenta y cinco, menos uno, menos cinco. Eso es fácil de resolver, ¿cierto? ¿Alguien sabe cuál es el resultado?

—¡Treinta y nueve! —corearon con entusiasmo.

—¡Eso! ¡Perfecto! Y ya llegamos al punto en que nos quedamos atascadas. ¿Hay alguna duda?

—No, maestra Montgomery. —En las voces de las jóvenes se notaba el creciente entusiasmo. De pronto, se sentían contentas de saber que no eran tontas, que podían resolver un acertijo matemático. Era como si se dieran cuenta de su propia capacidad de entendimiento.

—Maravilloso… Ahora tenemos las tres equis a un lado y el treinta y nueve del otro. Vamos a tomar secuestrado el siguiente número, el tres. Lo vamos a separar de su amiga, la equis. Recuerden que cuando hay un número acompañando a una letra, significa que está multiplicándola. Si la queremos llevar del otro lado de la igualdad, pasará lo mismo que con los números anteriores… ¿Cuál es la operación inversa de la multiplicación? —Silencio. Emily les sonrió y respondió—: La división, no lo olviden. Por lo tanto, este

tres, al cruzar la igualdad, dividirá al treinta y nueve.

La pizarra quedó con los números ordenados.

$$1 + 5 + 3x = 45$$
$$3x = 45 - 1 - 5$$
$$3x = 39$$
$$x = 39 : 3$$

Con una sonrisa Emily miró a sus alumnas y dijo:

—Solo nos queda resolver la división… La que calcule primero se ganará una bolsita llena de mis célebres caramelos de menta.

Ante aquel incentivo todas tomaron sus pizarras y, veloces, comenzaron a resolver la operación. Emily ya sabía el resultado. Estaba convencida de que la mayoría de sus alumnas también, pero todavía tenían esa inseguridad de no confiar en sus mentes, de que las matemáticas eran inmutables…

Isolda fue la primera en levantar su mano y Emily le dio la palabra.

—Es trece, maestra Montgomery.

Todas rezongaron con guasa por no completar a tiempo el desafío. Pero estaban contentas, Isolda siempre era generosa y, cada vez que ganaba uno, repartía su botín.

—¡Exacto, Isolda! Y ya has resuelto la ecuación. Equis es igual a trece. Ese es nuestro número incógnito. Si en el planteamiento del ejercicio reemplazamos la equis por ese número, se dará la igualdad y con eso comprobarás que el resultado es correcto.

Emily agregó la última cifra en la pizarra, orgullosa.

$$1 + 5 + 3x = 45$$
$$3x = 45 - 1 - 5$$
$$3x = 39$$
$$x = 39 : 3$$
$$x = 13$$

Un murmullo de voces se elevó en el cielo comentando lo sucedido. Parecía un truco de magia. Emily sonreía. Avanzó hasta el puesto de Isolda, sacó de su bolsillo el premio prometido y se lo entregó diciendo:

—La próxima vez, interrumpe cuando te pierdas. Si no hablas,

yo asumiré que están entendiendo.

—Sí, maestra.

El sonido acelerado y vivaz de la campana anunció el fin de la clase, mas ninguna alumna se movió. Emily era la que daba la última palabra… Y siempre la tenía.

—Señoritas, ha sido un placer tenerlas de alumnas. Muchas de ustedes partirán para ocupar sus nuevos puestos de trabajo y, aun así, quisieron tomar este curso. Estoy orgullosa de cada una de ustedes. Al resto, espero verlas a la vuelta de las vacaciones de verano… Y si quieren seguir ejercitando lo que hemos aprendido hoy, pueden ir a la biblioteca y pedir mi libro de problemas. Pueden retirarse…

El salón, poco a poco, se fue vaciando, dejando en el ambiente ese nostálgico silencio que se impregnaba en él cada vez que se cerraba un ciclo. Emily lanzó un suspiro para deshacerse de esa ese sentimiento, extrañaría a las chicas que nunca más volverían. Era inevitable encariñarse. Se dedicó a ordenar su escritorio.

Se sorbió la nariz. Mientras más años, más sensible se ponía con las despedidas.

Un aroma conocido entró por sus fosas nasales y la sacó de su melancólico estado de ánimo. Su pulso se aceleró.

Vetiver.

Dio media vuelta y se encontró con la mirada de Edward. Se le veía muy relajado, cruzado de brazos, apoyándose en el umbral de la puerta.

Toda esa semana Emily pensó que las nulas señales de Dutton fueron porque se había arrepentido de su propuesta. Aunque no lo culpaba del todo, ella fue la que puso condiciones imposibles de sortear.

No quería reconocerlo, pero verlo ahí le dio alivio. Ella no era un caso tan perdido después de todo.

—Interesante clase de matemáticas, señorita Montgomery… ¿No cree que sea algo avanzado para futuras amas de llave o sirvientas?

—Lo es… Al parecer ha olvidado las cortesías, señor Dutton.

—Oh, discúlpeme. A veces siento que están de más entre

nosotros. —Se acercó a ella, invadiendo su territorio. Tomó su mano y la besó—. Buenas tardes, querida.

La barba le hizo cosquillas en los nudillos a Emily, mas el toque tibio de los labios de Edward le provocó un escalofrío que le recorrió todo el brazo.

—Buenas tardes, señor Dutton. ¿Quién le permitió entrar?

—Laura, por supuesto. Me dijo que podía esperarla aquí.

Emily pensó que su prima iba a ser una buena cómplice de Dutton en sus hipotéticas artimañas… Lo cual le convenía.

—Ya veo…

Edward miró de reojo el pizarrón. De inmediato, fue consciente de que en sus manos quedaron trazas de tiza al besar a Emily, incluso el sobrio vestido marrón estaba regado con el polvillo blanco. De verdad, ella disfrutaba enseñar. La pregunta salió de su boca antes que su cerebro reprimiera el impulso.

—¿Por qué les enseña a esas jóvenes algo que no usarán en la práctica?

No era la primera vez que ella contestaba esa pregunta. Incluso las Grandes Damas la cuestionaron y le solicitaron dejarlo solo en lo elemental; las cuatro operaciones básicas, pero ella sentía que todo el mundo era capaz de hacer más si se le estimulaba. Su voz casi sonó mecánica cuando explicó:

—Esta clase es optativa. El objetivo es que ejerciten sus mentes, que comprueben que son capaces de entender cosas abstractas y complejas. Eso les ayudará a comprender con mayor facilidad y a resolver otro tipo de problemas, a buscar una solución desde otra perspectiva… Y, probablemente, tendrán que resolver alguna ecuación para modificar alguna receta. —Se encogió de hombros—. Nunca se sabe.

A Edward le sorprendió aquella respuesta. Emily era una mujer que deseaba abrir mentes. Las chicas que tomaban esa clase lo hacían porque querían, quizás como un desafío o porque también sentían afinidad hacia esa materia. Debía reconocer que, si le hubieran dado una clase así cuando fue un jovencito, habría aprendido más rápido. Incluso husmeando recordó cómo resolver una ecuación. Lo había olvidado.

Emily tenía una mente y un corazón privilegiado.

Edward no evidenció el ligero estremecimiento que lo invadió de pronto al pensar en las cualidades de la dama que tenía en frente. En vez de ello, sonrió de medio lado y, con un ligero tono de provocación, dijo:

—¿No considera que tanto conocimiento pueda ser... inconveniente?

—Inconveniente para quién, señor Dutton. —Se dispuso a borrar el pizarrón con movimientos fluidos y enérgicos, mientras añadía firme—: Hasta donde sé, la ignorancia ha causado problemas más graves que las matemáticas.

—Eso no lo pondré en duda. Sin embargo, es bastante poco común ver a una mujer tan… apasionada por los números. Muchos hombres, incluso en mi círculo, apenas pueden sumar sin la ayuda de sus secretarios.

—A muchos hombres no les gusta usar el cerebro. —Su voz tenía un matiz agresivo. Dejó el borrador en su lugar y miró a Edward con una expresión indescifrable—. Si en las academias masculinas enseñaran las matemáticas con rigor, pero sin la humillación pública, tal vez los secretarios no tendrían tanto trabajo.

Edward se llevó una mano al pecho.

—*Toucheé*. —Inclinó su cabeza con una leve sonrisa de diversión—. ¿Ese es su verdadero objetivo de las clases que les imparte a sus alumnas? ¿Cómo ganarles a los hombres en su propio juego?

—No, les enseño a superar a nadie más que a ellas mismas. —Aquella sentencia tan clara y resuelta era acompañada por una mirada que parecía desafiarlo a contrariarla. Como no hubo respuesta, Emily formuló la pregunta que rondaba su mente desde que sintió el aroma de Edward—: ¿A qué ha venido, señor Dutton?

Edward arqueó una ceja y respondió:

—A cortejarla, naturalmente.

Emily no pudo mentirse a sí misma. La respuesta de Edward la regocijó. Sabía que las intenciones de él obedecían a un fin práctico, pero el hecho de elegirla a ella —una mujer del todo inconveniente— le demostraba que, a fin de cuentas, no buscaba un matrimonio tan

corriente como él aseguraba. Edward no parecía querer doblegarla y meterla en una caja de expectativas y deberes, sino al contrario, la desafiaba, la cuestionaba, la provocaba.

Cada vez que hablaban, se producía una sensación estimulante, una ligera y emocionante ansiedad de no saber qué podía pasar.

Se concentró en aparentar indiferencia y repuso:

—Supongo que le dio una excusa convincente a Laura, ella no suele permitir que las visitas entren en los salones.

—Fui más que convincente porque mi excusa es tan real como su agudo ingenio. Necesito saber si es posible contar con su ayuda.

Emily le ofreció asiento en uno de los pupitres que estaba frente a su escritorio. Un desafío en toda regla.

Edward, sin perder el encanto en sus movimientos, se sentó donde ella le indicaba. La siguió con la mirada mientras Emily hacía lo propio en su escritorio.

En silencio, él sacó la carta del señor Wheatley del bolsillo interior de su levita y se la entregó. Ella le dedicó una mirada con la que necesitaba comprobar si de verdad deseaba que leyera algo privado.

—Léala, por favor.

Emily hizo una ligera mueca como si dijera: «Que conste que usted me autorizó», y leyó.

En esos breves minutos de silencio, Edward se dedicó a observarla. Concentrada, ella fruncía el ceño. Sus ojos recorrían cada línea de esa carta con avidez. Luego alzó esas cejas que parecían estar al límite de ser demasiado gruesas, pero para él eran perfectas, engalanaban ese rostro.

Lo miró con una expresión sorprendida y preocupada. Él se apresuró a aclarar:

—Sé que no es fácil lo que estoy pidiendo, pero en la primera persona que pensé fue en usted.

—Y mire qué conveniente. Justo cuando usted necesitaba una forma no tradicional de cortejo, aparece este problema. —Entrecerró sus ojos y añadió—: No es una treta, ¿cierto?

Edward negó con su cabeza, mas no sabía cómo sentirse frente a ese cuestionamiento. Decidió no tomárselo a pecho y repuso:

—Usted me gusta mucho, pero no al extremo de poner mi empresa en peligro solo para tener una excusa.

Emily arqueó una ceja y se centró en lo que tenía entre manos.

—No sé cuánto tiempo me va a tomar, no estoy al tanto de cómo funcionan sus finanzas… ¿Cuándo deberían llegar los últimos registros?

—Si todo sale bien, en un par de semanas. Si los vientos son favorables.

Emily asintió. Volvió a leer la carta… mas se interrumpió y sentenció:

—Yo no trabajo gratis.

—Por supuesto, ni siquiera pasó por mi mente no pagar por sus servicios especializados. Recibirá el mismo sueldo que el señor Wheatley… son unas… —Miró al techo, calculando la conversión de rupias a libras esterlinas. Sus dedos largos se movían ágiles para contar. Dio con el resultado y añadió—: Diecisiete libras mensuales… Pero como sé que esto no es una tarea que le tomará demasiado tiempo, pero sí es crítica y amenazará su descanso veraniego, lo subiré a veinticinco… Bueno, asumiendo que usted puede hacerla… Por casualidad, ¿no conoce a algún experto que pueda asesorarme?

—Las personas que conozco son mis antiguos tutores, ellos son competentes pero saben menos que yo, llegaron a un punto en que no me pudieron enseñar más, y también está lady Lovelace, es un genio, pero ella no se encuentra disponible en este momento.

—Entonces, ¿lo toma o lo deja?

—Lo tomaré, pero no puedo garantizarle el resultado, primero debo evaluar y estudiar la información para aprender cómo funcionan las finanzas de su negocio. Tengo conocimientos de contabilidad, no creo que me cueste tanto ponerme al día.

—Fabuloso. Respecto al aprendizaje yo le enseñaré, conozco al dedillo cada proceso. Lo que me falla es la parte en la que usted destaca; resolver misterios.

Se quedaron en silencio. En el ambiente se sentía una leve efervescencia que provocaba el entusiasmo ante un nuevo desafío para ambos.

Edward tuvo la certeza de que no se había equivocado en

elegir a Emily, desde que la conoció intuyó lo bien que encajaban. Ella no temía responder, no esperaba su aprobación, no se amedrentaba al desafío de introducirse en un terreno desconocido. Para él, todas aquellas cualidades eran más importantes que saber bordar o tocar el piano… Con ella podría hablar del tema que fuera y estaba seguro de que nunca recibiría como respuesta monosílabos complacientes pero vacíos.

A veces, la soledad era más aguda estando rodeado de personas indolentes.

Emily lo sacó de sus pensamientos cuando ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Y cómo pretende cortejarme mientras trabajo?

—Trabajaremos en mi casa. Ahí tengo todo lo que pueda necesitar.

Ella sonrió, había un pero…

—Mis padres me dan muchas libertades, pero ir a trabajar a la casa de un hombre soltero es un límite que dudo que me dejen franquear.

—He pensado en ello. Su familia la puede acompañar y pasar una temporada en mi casa. Queda en Fullham, a dos horas de Londres, no nos conviene perder cuatro horas diarias que pueden ser preciosas y…

—Y parece que su idea de cortejo no tradicional es contradiciendo una de mis condiciones, toda mi familia estará encima de nosotros.

—Le aseguro que tendremos la privacidad necesaria para nuestro cortejo. En la mansión hay suficiente espacio y diversiones para todos. Mientras trabajamos, podremos conocernos más… ¿Qué le parece? Negocios y placer.

A Emily le encantó la idea; un desafío financiero, encuentros furtivos… No obstante, le fascinaba presionarlo y preguntó:

—¿No cree que será peligroso mezclarlos?

—Por supuesto que lo es… —Sonrió—. No lo niegue, le atrae la idea… Encontrar mi incógnita, saber si es capaz de rebasar sus límites…

A Emily le pareció que Edward no solo hablaba de trabajo. Él

olía a tentación y peligro.

Sin embargo, nunca se sintió más viva. Con su voz firme y decidida sentenció:

—Bien, señor Dutton. Yo hablaré con mis padres, deme un par de días para dejar las cosas en orden aquí e iré a su casa. —Se levantó de su escritorio. Edward hizo lo mismo y se acercó a ella para despedirse. No obstante, Emily añadió—: Si no hubiera tenido este problema, ¿cómo me habría cortejado?

—Hasta esta mañana todavía me lo preguntaba. Usted ha estado en mis pensamientos más de lo que cree … —Se atrevió a recorrer con su índice la sutil línea de la mandíbula femenina y dijo—: Es curioso cómo alguien que intenta arruinar mi negocio, termina ayudándome a tenerla bajo mi techo, justo donde quería. No hay mejor manera de constatar lo excelente que será nuestra unión.

Emily sintió que la tibieza de ese toque dejaba un rastro de fuego. Él la estaba provocando. No debía ser pasiva. Alzó su barbilla y se alejó de ese pérfido dedo, solo para añadir:

—Tal vez sea mi punto el que se puede comprobar. Bajo su techo podría surgir algo más profundo, ¿qué pasaría si usted se enamora de mí y yo no?

—Estaría metido en un gran, gran problema. El mismo que usted tendría si sucede lo contrario… —No pudo evitar pensar en sus padres, ese amor extremo, ese odio extremo. De pronto, sintió miedo de dañar a la mujer que tenía al frente—. ¿Se está acobardando?

Al terminar de decir esas palabras, él sintió que las dijo más para sí mismo que para Emily.

Ella, ajena a los pensamientos de Edward, respondió, resuelta:

—No, ¿usted?

—Para nada… —Una verdad a medias, pero no se retractaría, él ya había hecho su elección. Le brindó una leve inclinación—. En tres días enviaré un carruaje para usted y su familia… La esperaré para almorzar en mi mansión.

—Ahí estaré. —Hizo una reverencia.

Él le guiñó y se retiró de la estancia.

Ella se quedó mirándolo… Edward Dutton era todo un misterio… un encantador misterio.

Capítulo 3

Esa noche, Emily cenaba con sus padres y hermanas. Desde que los cuatro hermanos mayores se casaron, las cenas pasaron de ser conversaciones caóticas a un tranquilo intercambio de opiniones y debates civilizados, mas no aburridos. Las hermanas Montgomery siempre tenían algo que decir.

Y esa vez no fue la excepción. Emily aprovechó un breve silencio, carraspeó y anunció:

—Papá, mamá… —August y Minerva la miraron con atención—. El señor Dutton ha contratado mis servicios de asesoría.

August, impasible, bebió un sorbo de vino y preguntó:

—¿Y de qué se trata tu asesoría?

—En términos simples, es encontrar una aguja en un pajar.

Y les contó sobre el contenido de la carta del contador de Edward. Agradeció en su fuero interno no tener que explicar que también sería cortejada. Eso era más complicado que hablar sobre los problemas financieros del señor Dutton.

Minerva observaba a su hija. Había algo diferente en su tono de voz; un entusiasmo contenido, parecía cuidar cada palabra que decía, y cuando mencionaba a Edward, su rostro adquiría un leve brillo que intentaba ocultar, pero para ella no pasaba desapercibido.

Así como tampoco pasaba desapercibido que Emily gesticulaba más de lo habitual y que sus dedos jugueteaban con el mantel. Ese era un hábito que tenía su hija cuando ocultaba información. Su intuición no fallaba: había algo más detrás de esa invitación, no solo era trabajo

Todos escuchaban con interés los pormenores del problema de Edward y, al finalizar, Emily señaló:

—Como verán, es una misión que requerirá toda mi concentración; debo ser meticulosa y organizada para no cometer errores. Es por ese motivo que el señor Dutton me propuso que trabajara en su casa para optimizar el tiempo. No puedo viajar dos horas de ida a Fullham y dos horas de vuelta a Londres todos los días.

Minerva le dedicó una sonrisa cálida y maternal, pero ella

estaba atenta. Con una voz tranquila, lanzó un comentario que pretendía ser casual:

—Me alegra que tengas esta oportunidad, hija. Parece que el señor Dutton confía mucho en tus habilidades. —Emily respondió con una sonrisa comedida, pero para Minerva no pasó inadvertido el ligero carmín que tiñó las mejillas de su hija—. Sin embargo, aunque sé que ya tienes la edad suficiente para actuar con independencia, no puedes ir sola al hogar de un hombre soltero. No me parece apropiado y menos por un periodo indefinido.

—Lo sé, mamá… Incluso nosotros tenemos límites. Por eso mismo, el señor Dutton ha extendido la invitación a toda la familia a acompañarme mientras trabajo.

Sophie, tres años menor que Emily, terció con creciente entusiasmo:

—Oh, ¿en serio? —Emily asintió—. Dios, Laura ha hablado tanto de esa mansión, quiero conocerla y ver si todo es cierto. —Se guardó para sí misma su deseo de ver la famosa colección de esculturas eróticas. Decían que eran bien explícitas.

Eleanor, la benjamina de la familia, no se abstuvo de comentar:

—¿Será cierto que en su casa solo se comen alimentos de la India? William me contó que los dulces son deliciosos.

Sophie miró a Minerva y preguntó:

—Mamá, cuando fuiste a su antigua casa de Londres dijiste que él vestía como indio, ¿cierto? —Su madre asintió—. ¿Podríamos vestir como indias en su casa?

Minerva rio y dijo:

—Dudo que el señor Dutton tenga ropa para ustedes…

—Pero podríamos improvisar algo, digo para no incomodarlo. —Insistió. Sabía que la moda en esas latitudes era muy diferente, más liviana, colorida y menos encorsetada.

August, con su voz tranquila y firme, sentenció:

—El señor Dutton no se incomodará… De hecho, dudo que se incomode por algo.

August había tratado poco con Edward, pero podía deducir que el hombre era ambicioso, impulsivo y arrogante. Esas cualidades siempre eran vistas de manera negativa, pero en Dutton perdían esa

connotación.

Minerva observaba a Emily. La sonrisa de Emily no se desvanecía, notaba el resplandor del entusiasmo en sus ojos, ese que solo veía cuando había algo importante ante ella. Esa imprevista invitación modificaba sus planes de ir a visitar a sus hijos mayores a Somerton. Miró de reojo a August, tan solo eso bastó para que él entendiera y asintió. Esta vez debían priorizar a su hija.

August, siempre práctico, comenzó a hablar sobre los arreglos que tendrían que hacer para emprender el viaje. En cambio, Minerva se perdió en sus pensamientos. Siempre fue una convencida de que una buena madre les daba autonomía a sus hijos, mas nunca debía perderlos de vista. Era muy fácil fingir que no se enteraba de nada, así sus hijos bajaban la guardia. Había visto cómo Edward miraba a Emily cuando bailaban; en los ojos de él se vislumbraba una intensa determinación que solo poseía un hombre con un objetivo claro, y su hija respondía, quizás sin querer, con una mezcla de desafío e interés.

Minerva entrelazó sus dedos sobre la mesa y dijo:

—Qué considerado de su parte incluirnos a todos. Es evidente que el señor Dutton valora mucho tu presencia.

Ante aquellas palabras, el temple de Emily tambaleó por un segundo antes de responder:

—Sí, es muy atento…. Y práctico.

La voz de Emily sonaba segura, pero Minerva notó algo más, un leve temblor, tal vez de emoción. No quiso presionar más y dejó el tema ahí, decidió que no perdería de vista a Edward Dutton. Había conocido hombres como él antes: intensos, seguros de sí mismos, con un toque de arrogancia. Aparte de ello, la diferencia de edad podría poner en peligro a una joven como su hija, pero también podía ser lo que ella necesitaba.

Pese a sus aprensiones, ella debía admitir que no recordaba cuándo fue la última vez que su hija habló con tanta emoción, y eso le dio una certeza; Edward Dutton no solo estaba interesado en resolver sus problemas financieros. Y si su instinto no fallaba, aquel hombre se estaba acercando a algo que ni él mismo dimensionaba del todo.

Minerva cambió ligeramente el tema y le preguntó a Emily:

—¿Has puesto todo en orden en la academia?

—Sí, de hecho, hoy fue mi última clase del curso de matemáticas avanzadas.

—Bien, ¿qué pasa si tu trabajo se extiende más de lo esperado? Se supone que a principios de septiembre iniciarán el año académico.

—Bueno, hablé con Laura al respecto y me dijo que no había problema. Este mes tiene que contratar a las nuevas maestras, una de ellas podría reemplazarme al principio.

Eleanor, ante la inminente respuesta positiva de sus padres, añadió casi sin respirar:

—Sé que Rachel se incorporará al cuerpo docente este año. Ella es buena para las matemáticas. Seguro que no tendrá dificultades con lo básico.

Emily, solo para molestar a su hermana menor, replicó:

—Te recuerdo que también entrarás al cuerpo docente, cielo. Sophie y tú podrán acompañarnos solo durante este mes.

Ante esa eventualidad, August resolvió:

—Si se extiende más allá, Minerva deberá quedarse con Emily, yo tampoco me puedo alejar demasiado tiempo de mis asuntos en Londres. Bien, supongo que, en vez de ir a Somerton, tendremos que ir a la casa del señor Dutton. Lo bueno es que, si tengo alguna emergencia, solo estaré a un par de horas de la oficina. —Miró a su esposa—. Le escribiré a Frank y a Ernest sobre el cambio de planes.

—Gracias, querido.

August le tomó la mano a Minerva, se la besó y se sonrieron. Toda la vida, Emily había visto esas demostraciones de cariño, que apenas atisbaban lo inmenso que era el amor que se profesaban sus padres.

Por eso creía en el amor, sabía que no todo podía ser la frialdad de la conveniencia, y sus padres le dieron las armas para no atarse a un hombre por dinero.

Minerva lo vivió en su primer matrimonio, se casó por la necesidad de huir de la ruina que se cernió sobre su familia gracias a los excesos de su padre. Vivió un infierno, lo único bueno que le dio

fueron sus hijos mayores, Frank y Ernest.

August fue el primer amor de su madre, mas en esa época, aparte de ser demasiado jóvenes para unir sus vidas, el padre de Minerva se la llevó lejos por problemas familiares y financieros. Esa segunda oportunidad llegó veinte años después, cuando ambos habían perdido toda esperanza; August vivía como un abogado de un pueblo, viudo y padre de gemelos, y Minerva poseía el inútil título de marquesa de Somerton, y fue abandonada junto con sus hijos… No tardó en enviudar, los vicios y pecados del antiguo marqués de Somerton lo alcanzaron mortalmente.

Su madre siempre decía que prefería verlas mancilladas antes que atadas a un hombre por la fuerza.

Ella creía lo mismo.

No sabía hasta qué instancias podría llegar con Edward, pero tenía la seguridad de que, independiente del resultado, jamás se vería obligada a casarse.

Para ella sería como si la mataran en vida. Prefería una existencia en soledad que al lado de un hombre que terminaría odiándola.

*****

Emily miraba por la ventanilla del carruaje cuando entraron por el sendero de gravilla bordeado de álamos. Desde ese punto se asomaba, majestuosa, la mansión de Edward. La estructura era tan imponente que parecía devorar el cielo detrás de ella.

«Es monstruosa», pensó. Sin embargo, no solo el tamaño la impactaba, sino lo que revelaba sobre su dueño. ¿Qué clase de hombre elegía vivir en un lugar así? El entorno parecía ideado para destacar, pero, al mismo tiempo, estaba alejado de la ciudad para mantenerse oculto.

Era evidente que Edward no temía sobresalir, al menos en lo que se refería a su forma de ser. Su presencia y su aspecto siempre llamaban la atención. Las Grandes Damas hablaban de sus atuendos extravagantes, de su gusto por la comida india y de su interés por introducirse en los círculos aristocráticos sin querer sacrificar nada

de su estilo de vida. Y él parecía disfrutar de esa atención, era como si lo alimentara.

Los dedos de Emily tamborilearon sobre su falda, mientras se preguntaba si aquello era arrogancia o si solo deseaba ser auténtico. No podía decidirse.

La voz de Minerva la sacó de ese trance cuando dijo:

—Vaya, sí que es más pequeña que la propiedad que poseía en Londres.

Emily, con sus ojos desorbitados, miró a su madre y graznó:

—¿¡Era más grande!? Pero si esa mansión es…

La sonrisa de suficiencia de Minerva se asomó en sus labios. Ah, los hijos siempre piensan que las madres exageran.

—Imagina lo exorbitante que era. Esa mansión parece una casa de campo al lado de la otra.

—¡Por Newton, Euler y Gauss! —Emily imaginó por un segundo ser la señora de esa descomunal mansión. La idea era desafiante a la par de aterradora. Sus palmas comenzaron a sudar y su corazón se aceleró.

Sophie y Eleanor se asomaron, apresuradas, por la otra ventanilla. Era tan impresionante que ni siquiera pudieron hablar por largos segundos.

Eleanor fue la que más rápido se recuperó de la impresión y dijo:

—Es más grande que Pearl Palace y Rock Hall juntos.

Sophie añadió:

—¿Te imaginas al pobre jardinero que debe mantener ese terreno?

Eleanor puso sus ojos en blanco.

—El señor Dutton no puede ser tan tacaño, ¿cómo va a tener un solo jardinero?, deben ser por lo menos diez.

August solo sonreía ante sus hijas. Su entusiasmo le hizo viajar en el tiempo, a sus años de juventud, cuando fue a Londres por primera vez; todo lo veía grande, fastuoso y le recordaba lo pueblerino que era. Su esposa fue su bastión en aquella época, lo guio para comportarse como si hubiera nacido entre aristócratas. Esa actitud le facilitó el acceso a otros clientes que no eran sus

familiares y amigos.

A medida que se acercaban a la propiedad, esta se volvía más y más impresionante. De estilo jacobita del siglo XVII y fachada de piedra caliza, la mansión parecía un iceberg en medio del verdor que la rodeaba. Sus columnas corintias sostenían la segunda planta, emulando las formas clásicas de Grecia.

La construcción era magnífica y abrumadora en partes iguales, pero no representaba la fascinación de Edward por la India. Para Emily, la respuesta era lógica, él no había construido esa casa, pero la eligió con un propósito claro. Era una declaración de principios; por fuera podía ser como cualquier hombre acaudalado, pero por dentro estaba lo que realmente importaba.

Emily soltó un suspiro y se masajeó la nuca. Había algo inquietante en esa mezcla de poder y carisma. El misterio que representaba Edward aumentaba mientras más conocía lo que lo rodeaba, parecía que lo hacía a propósito. Establecía con precisión los límites de hasta dónde podían llegar los demás.

Se preguntó si él la dejaría franquear esos límites, y permitirle conocer al hombre que era en realidad.

Cuando el carruaje se detuvo, un lacayo se apresuró a abrir la puerta. Minerva y August fueron los primeros en apearse, luego Sophie y Eleanor.

Con sendas sonrisas admiraron la mansión. El aroma de las rosas y los geranios que traía la brisa fresca inundó sus sentidos y el sol golpeaba sus mejillas con calidez.

Emily fue retrasando su turno hasta el final. Se quitó los guantes, no soportaba el calor y el sudor en sus palmas. Inspiró, tomó la mano del lacayo y se apeó.

La voz de Edward dándoles la bienvenida llegó a sus oídos y miró hacia la mansión.

Él caminaba hacia ellos con una sonrisa amplia y amable. Su atuendo ligero resaltaba de un modo peculiar la figura masculina. No delineaba su cuerpo como la moda imperaba, el tono crudo del pantalón y la camisa holgada, contrastaba con el colorido de los bordados que le hacían evocar los chales de cachemira.

No obstante, la brisa lograba que la tela se pegara al cuerpo de

Edward marcando los músculos de los brazos, el pecho, las piernas y…

Emily carraspeó.

Edward estrechó la mano de August y dijo:

—Es un placer contar con su presencia y la de su familia en mi hogar, señor Montgomery.

August, respondiendo con un agarre firme, dijo:

—El placer es nuestro, señor Dutton.

Edward rompió el contacto, sus manos se anclaron en sus caderas y dio un barrido visual sobre los Montgomery. En sus labios bailaba una sonrisa cuando señaló:

—Es admirable que como familia apoyen a la señorita Montgomery en su trabajo. Estoy muy agradecido por ello.

August, orgulloso con aquel elogio, repuso:

—Nuestros hijos siempre están en primer lugar, señor Dutton.

Edward asintió, dirigió su atención a Minerva y besó su mano.

—Como siempre, una delicia contar con su presencia, señora Montgomery.

—Lo mismo digo, señor Dutton. —Miró de soslayo la propiedad—. Supongo que el interior de su nueva mansión conserva el encanto de la de Londres.

—Por supuesto. Lo comprobará en el recorrido que haremos para que se familiaricen con la mansión. —Y le guiñó. Fue el turno de las hermanas de Emily—. Señorita Montgomery… Señorita Montgomery… —Carraspeó, miró August y Minerva y preguntó—: ¿Sería demasiado el atrevimiento si las diferencio por sus nombres? —August y Minerva asintieron, autorizando el cambio de trato. Sophie y Eleanor esbozaron una sonrisa e hicieron una leve genuflexión. Edward las saludó con una respetuosa inclinación y añadió—: Sean, bienvenidas, espero que disfruten de su estadía.

Sophie asintió y respondió:

—Espero que tolere nuestra presencia, señor Dutton, ya conoce lo irreverentes que llegamos a ser.

—Es lo que más me gusta de ustedes. —Estudió a Eleanor, era con la que menos había tratado. La temporada pasada tuvo un pretendiente que la cortejó, y que huyó ante el escándalo de la

subasta de arte que organizaron las Grandes Damas, en las que fueron acusadas de robo. Asunto que se aclaró, pero que en su momento fue un golpe bajo a su reputación—. Señorita Eleanor, por favor, siéntase como en su casa. Todo estará a su disposición.

Eleanor esbozó una sonrisa y respondió:

—Gracias, señor Dutton, es muy amable.

Cuando Edward miró a Emily, reprimió el impulso de tomar la elegante y grácil mano de ella para besarla. De momento, no podía evidenciar con descaro su cortejo.

Se inclinó ante ella y dijo:

—Sé que nuestro trabajo será un éxito, señorita Montgomery. No tiene idea de cuánto le agradezco su buena disposición.

A Emily le seguía pareciendo que él no hablaba de trabajo.

—Espero que así sea, señor Dutton.

La perenne sonrisa de Edward se amplió mucho más, mostrando una hilera de dientes blancos y parejos. Toda una proeza para un hombre de su edad, la mayoría los tenían amarillentos y torcidos.

—Por favor, síganme…

Las puertas de la mansión de Edward estaban abiertas de par en par. En el amplio vestíbulo ya se sentía que entraban a un lugar remoto, ajeno a las normas de Londres. Las cortinas de colores vivos, la decoración con piezas de arte indio, los cuadros antiquísimos, el aroma del incienso, las plantas ornamentales que parecían ser sacadas de algún libro de botánica exótica, todo aquello conformaba un entorno peculiar.

En ese lugar se encontraba el servicio doméstico, que formaba una fila para ser presentados. Los atuendos y la apariencia pretendían conservar las tradiciones de la India. Edward parecía orgulloso y dijo:

—Como pueden apreciar, todo mi servicio doméstico proviene de la India, mas no tiene nada que envidiarle al impecable servicio de Inglaterra. El señor Ranjit Basú es mi mayordomo…

Y así les presentó a todo el servicio. A Emily le llamó la atención de que Edward no contara con ama de llaves, tal parecía que él se hacía cargo de administrar los asuntos domésticos de la

mansión. También aparentaba ser un patrón justo y pendiente de sus sirvientes. Ella podía dar fe de que la mayoría de los caballeros no conocía a todos los que trabajaban para ellos por nombre y apellido.

Una vez que finalizó, Edward, junto con el mayordomo, les mostraron la mansión en un rápido recorrido, cuya distribución no cambiaba el estilo tradicional inglés. Sin embargo, la India estaba impregnada en los olores, el mobiliario, las plantas y los cortinajes.

La iluminada sala de estar con sus muebles cómodos y funcionales, que se prestaban para recostarse y compartir entre esponjosos cojines. A Minerva le evocó las suntuosas estancias que se mostraban en las ilustraciones y pinturas de la India, reflejaban el lujo de vivir como reyes sin perder lo simple de tener un lugar para descansar y compartir.

La inmensa biblioteca tenía sus paredes atiborradas de anaqueles que iban del suelo al cielo, y en los espacios libres había mapas de la India colgados. Un enorme globo terráqueo presidía la estancia. Sofás y sillones distribuidos estratégicamente para disfrutar de la lectura, ya fuera frente a la chimenea o al lado de los ventanales. August notó varios libros interesantes que podría leer para distraerse. Y, si se daba el caso de tener que trabajar en la mansión, ese era el lugar ideal para llevarlo a cabo.

Una sala de música, otra de pintura, una de juegos. Esta última contaba con una elegante mesa de billar. Eleanor sonrió con malicia, le encantaba ese deporte que sus hermanos le enseñaron cada vez que tenían la oportunidad. Si practicaba lo suficiente junto a su padre, podría superar a más de alguno que osara burlarse de ella y su poca experiencia.

A Sophie le fascinó el invernadero. Le encantaban las plantas y en ese lugar había tantas especies que no conocía. Ya sabía dónde pasaría su tiempo, el jardinero que se encontraba a cargo estaba dispuesto a responder todas las consultas de la joven, quien ya se hacía la idea de aprender todo lo que pudiera.

Los magníficos y bien cuidados establos eran el hogar de los imponentes caballos, tanto de carga como de paseo. Y más allá, se divisaban el embarcadero, la granja y las plantaciones que proveían

de sustento a la mansión. A Edward no le interesaba ser un terrateniente, solo cultivaba lo justo.

Entraron a la casa y Edward mostró la famosa galería, en ella había innumerables muestras de arte, armas, joyas y textiles de la India. Fue un recorrido corto, y decepcionó a Sophie, pues no vio las esculturas, pero sabía que tenía varias semanas para recorrer esa estancia.

Al final, Edward mostró la habitación donde trabajaría Emily. Un lugar amplio, lleno de luz y decididamente femenino en su decoración, pero funcional para la tarea. Un escritorio grande, una pizarra, papeles, tinta, plumas, estanterías con libros contables y documentación, una *chaise longue* para descansar. No podían faltar los coloridos cortinajes, el aroma a incienso y las plantas. Un mapa que detallaba las rutas comerciales reinaba en una de las paredes, el cual no parecía fuera de lugar; al contrario, se producía una extraña armonía con el resto de la decoración.

Edward soltó un resoplido satisfecho y finalizó:

—En el segundo piso se encuentran las habitaciones. Ranjit los guiará para que se pongan cómodos y descansen del viaje. En una hora almorzaremos. —Miró a Emily—. Antes de que se marche, señorita Montgomery, ¿puede darme unos minutos para conversar algunos temas importantes?

—Por supuesto, señor Dutton. —Le sonrió a su familia—. Ya los alcanzaré.

Cuando quedaron a solas, el silencio se cernió denso, cargado de algo que ninguno de los dos se atrevía definir.

Al principio a Emily le pareció una decisión lógica y conveniente aceptar la propuesta laboral de Edward. Por una parte, era una oportunidad profesional que no se presentaba todos los días; podía mostrar su valía y utilizar sus conocimientos en las matemáticas más allá de la enseñanza. Por otra, tendría su cortejo no tradicional y la oportunidad de conocer más a Edward. Sin embargo, al estar en esa habitación, sentía que había mucho más en juego de lo que calculó en un principio.

El curso de su vida estaba cambiando. Edward tomó el timón de su existencia y lo dirigía a lugares inexplorados.

Él, a todas luces, no era un hombre ordinario, ni en sus gustos ni en lo que ella conocía de su historia familiar. Emily se preguntaba hasta dónde podría llegar sin comprometer del todo su corazón. Había algo en ese desafío que se lanzaron que la impulsaba a rebasar los límites. Ella quería un enlace por amor, él solo la conveniencia.

La inquietud crecía en su interior. Trabajar con él, vivir con él, verlo a diario, tener que descifrarlo era parte de ese cortejo, porque no iba a ser pasiva y solo recibir. Quería averiguar qué tanto se arriesgaría él para demostrar su punto, y convencerla para aceptar su ofrecimiento sin ambicionar nada más que una práctica unión sin amor.

Él era peligroso, y todo podría terminar mal. No quería verse encerrada en un matrimonio vacío como otros tantos que había visto entre los aristócratas. Y, al mismo tiempo, temía llegar a un punto en que Edward pudiera ejercer un poder sobre ella, un poder tan grande que ni siquiera él supiera qué hacer con él.

Suspiró profundo. Que fuera lo que tuviera que ser.

Edward se aclaró la garganta, tomó la mano de Emily y se la besó tardando un poco más de lo debido. A regañadientes la soltó, y su mirada se encontró con la de ella. Le pareció extraordinario que el azul pudiera ser tan intenso, tal como el aroma del incienso.

—Sea bienvenida a mi humilde morada.

La idea de que Edward catalogara su mansión como «humilde morada» le hizo gracia Emily. No había dudas, él no era como nadie que hubiera conocido antes.

Alzó una ceja, apretó los labios para no reír y dijo:

—De humilde nada, no quiero ni imaginar cómo era su mansión de Londres.

—Asquerosamente inmensa y cara de mantener.

—¿Y esta no lo es?

Edward lanzó una rápida ojeada al cielo y replicó:

—Reduje mis costos a la mitad… No tendré que reducirlos más si logramos encontrar por qué se producen las inconsistencias en los registros contables. —Miró a su alrededor—. Espero que le guste esta habitación. Si no le agrada la decoración o si hay algo que le

moleste…

—No, me encanta tal como está… Yo he traído también mis propias cosas para trabajar.

Edward asintió. Su voz bajó dos tonos, convirtiéndose en un grave susurro al decir:

—Cualquier cosa que desee de mí, solo basta con que me lo pida y lo tendrá… Y cuando digo cualquier cosa, quiero decir exactamente eso.

Aquellas palabras sonaban como una confesión y una promesa. Emily ladeó la cabeza y repuso:

—Sé que hay una sola cosa que no me puede dar… o al menos no está dispuesto. —Se atrevió a tocar con su índice el centro del pecho de Edward. Tibio, duro. Ella notó que él no logró reprimir un leve jadeo.

—¿Y qué sería? —preguntó él, sabiendo que ambos conocían la respuesta.

—Esto. —Y presionó un poco más el pecho. Era la primera vez que lo tocaba de una forma que podría ser inapropiada, no era lo mismo que un saludo o un baile… Se sentía… Familiar.

Edward exhaló de un modo casi imperceptible ante ese toque decidido. Sus labios se curvaron, mas en sus ojos había cautela, una inquietud que él no pudo ocultar, como si ese dedo fuera una daga que lo amenazaba.

Su voz sonó menos segura cuando repuso:

—Es porque no es una cosa, es un órgano vital. —Uno que empezó a latir más rápido y errático con el inocente toque de Emily. Él se lo atribuyó al largo tiempo que llevaba célibe. Tomó la mano poseedora de ese dedo insolente.

Emily no quiso zafarse del agarre de Edward. Debía admitir que le encantaba sentir su toque. Lo miró a los ojos y sentenció:

—Los órganos vitales no son intocables, pero entiendo su renuencia. Tal vez algún día cambie de opinión.

—Debo concederle que nuestra unión no podría ser fría.

Los ojos de Emily se transformaron en unas inquisidoras rendijas al preguntar:

—¿La quiere basar en la pasión?

—No, jamás podría. La pasión es peligrosa… Destruye todo a su paso cuando se desata.

—Concuerdo, pero cualquier sentimiento es peligroso si se cae en los excesos. ¿Usted no confía en su voluntad para respetar sus propios límites?

—Mi voluntad es inquebrantable.

Emily esbozó media sonrisa traviesa.

—Ya lo veremos.

Capítulo 4

Esa noche, Emily terminaba de cambiarse de ropa para la cena. Se encontraba en la habitación que Edward le asignó.

Negó con su cabeza al recordar el descaro de él al darle las instrucciones precisas de cómo llegar a su alcoba, la cual se hallaba en la otra ala de la mansión.

«Nunca se sabe cuándo se vea en la necesidad de despertarme en la mitad de la noche», recordó Emily.

Suspiró, a sus fosas nasales llegó la fragancia de las rosas que colmaban los floreros que decoraban la estancia y, tal como su sala de trabajo, era femenina, e incluso podría decir que estaba a punto de ser demasiado, mas los detalles, como unos elefantes de bronce que ornamentaban su mesa de noche, equilibraban la atmósfera.

Se imaginó cómo sería su vida si fuera la esposa de Edward. Con lo poco que lo conocía, podía asegurar que él no era de ese tipo de hombre que reprocha cada prenda, cada joya que compra a su mujer. No, él era generoso. También compartía los valores de su familia y amigos, no intentaría enjaularla en esa casa, ella sería libre de perseguir sus sueños y objetivos.

Quizás habría cariño. Quizás pasión.

Pero no amor.

Ella no se imaginaba recibiendo migajas de afecto o, peor aún, que alguno de ellos encontrara el amor de su vida cuando fuera demasiado tarde.

Y el escenario podía empeorar más si ella se enamoraba y aceptaba ese enlace con la ilusión de que él podría llegar a amarla.

Tan solo pensar en amar sin ser amada le hacía sentir que una espina atravesaba su pecho de lado a lado.

Inspiró profundo. Debía poner un límite. Si al final de ese trabajo, Edward no se enamoraba de ella, rompería ese cortejo sin importar si ella sentía algo por él.

¿Y si era al revés?

No, eso no sucedería. Edward ya había llegado más lejos que cualquier otro hombre. Debía admitir que le atraía más de lo prudente. No podía echarse para atrás por miedo salir herida.

Ya estaba ahí, jugando sus cartas.

No era una cobarde.

Se miró al espejo y acarició la seda de su vestido burdeos. No era algo espectacular, pero sí diferente a su ropa habitual; el escote mostraba sus hombros y anunciaba el nacimiento de sus pechos; el bordado del corpiño realzaba la estrechez de su cintura. Se peinó con un recogido sencillo, mas su cabello castaño, lacio, fino y suave tendía a soltarse.

Terminaría siendo un desastre en media hora.

Minerva insistió en que, pese a que el señor Dutton era un hombre relajado, debían ceñirse a la etiqueta hasta que su anfitrión señalara lo contrario.

En Londres, los Montgomery no solían cambiarse de ropa durante el día, a menos que fuera necesario, como asistir a un evento social o cuando recibían alguna visita especial. Por esa misma razón, no requerían el servicio de varias doncellas, sus vestidos eran confeccionados para no necesitarlas. Solo contaban con una, que las peinaba para las ocasiones importantes y, debido al viaje, le dieron libre lo que quedaba del mes junto con casi todo el servicio doméstico de Temis House, dejando solo al esencial.

Unos repentinos y apresurados golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Debía ser Eleanor.

—Adelante.

Por el reflejo, Emily confirmó que era su hermana menor, la que preguntó:

—¿Estás lista?

Emily le sonrió y asintió.

—Sí, justo estaba terminando.

Dio media vuelta y fue a su encuentro, la tomó del brazo. Salieron de la habitación y caminaron por el pasillo. Eleanor añadió:

—Mamá ya bajó con papá y Sophie, mi misión era venir a buscarte.

—¿Has visto al señor Dutton?

—No desde el almuerzo.

—Ya veo. —Edward había anunciado que tenía que supervisar unos asuntos en el campo. Les dio carta blanca para recorrer la

mansión como desearan.

Emily se dedicó a estudiar y ordenar su sala, traía consigo un ábaco, distintos tipos de reglas de cálculo y tablas de logaritmos. No sabía a ciencia cierta qué iba a necesitar, por lo que trajo todo lo que tenía a mano, incluyendo varios textos por si se olvidaba de alguna fórmula o método. También revisó los libros contables de los anaqueles, y otros que resultaron ser inventarios, archivos de facturas de compra y venta, documentos aduaneros, registro de los sueldos, entre otros.

Bajaron la escalera que las llevaba al gran vestíbulo y un delicioso aroma les dio la bienvenida. Nunca habían olido algo igual, seguramente provenía de la cocina, la comida debía estar a punto de ser servida. Se dirigieron a la sala de estar.

Unos lacayos, solemnes, abrieron las puertas, Eleanor y Emily se miraron de reojo y reprimieron una carcajada. El señor Dutton se estaba luciendo como un pavo real con ese despliegue de rituales.

Al entrar, notaron que Edward, con una expresión pícara, decía algo que les hizo reír a August, Minerva y Sophie. Cuando la mirada de Emily se cruzó con la de él, esa sonrisa relajada y masculina se desvaneció por una breve fracción de segundo. Fue tan rápido que ella pensó que solo fue producto de sus nervios, porque sí, lo estaba. Independiente del resultado, su vida iba a cambiar.

Ella iba a cambiar.

Edward la miró de arriba abajo, el gesto fue fugaz pero intenso, y el matiz de esa sonrisa pícara cambió.

—Buenas noches, señorita Montgomery, señorita Eleanor. Las esperábamos.

Ellas se acercaron al grupo de conversación, Eleanor se apresuró a comentar:

—Desde el vestíbulo se siente el aroma de la cena.

Edward asintió, el aire siempre se impregnaba de especias, cuya fragancia le despertaba el apetito y respondió:

—La cena de hoy será especial, si bien son platos de la India, mi cocinera los ha adaptado al paladar inglés para que no sea tan impactante. Por favor, acompáñenme al comedor… Señora Montgomery, concédame el honor. —Le ofreció el brazo y guio a sus

invitados.

August llevó a su hija menor, Emily y Sophie los siguieron.

Sophie no se abstuvo de comentarle a su hermana en un susurro:

—No te da la impresión de que la ropa india es más interesante que la nuestra. El señor Dutton se ve muy elegante con ese atuendo.

—Tienes razón, quién lo diría, ¿no? —Miró sin disimulo la espalda ancha enfundada en esa túnica blanca adornada con bordados en dorado, los pantalones anchos y los zapatos sencillos solo realzaban el protagonismo de la prenda superior. Parecía ser la única capa de ropa que llevaba.

—Estoy muerta de hambre, ojalá la cena sea comestible.

Emily soltó una risita ante ese brutal cambio de tema y repuso:

—Lo malo es que el señor Dutton no tiene perros para darles nuestra comida por debajo de la mesa.

—Ojalá sea buena, no me imagino estar varias semanas comiendo tantas extravagancias.

—Démosle el beneficio de la duda. Después de todo él es inglés, algo debe tener esa comida que le agrada tanto.

—Que Dios te oiga.

En la sala de estar había una puerta que la conectaba al comedor, una estancia fastuosa con una mesa para veinticuatro comensales. Emily se preguntó si alguna vez estuvo llena de invitados.

Edward no dejaba de sonreír. Se sentó a la cabecera de la mesa, a su diestra, August junto con Emily. Minerva, Eleanor y Sophie a su siniestra.

La cena comenzó de inmediato. Los lacayos sirvieron al mismo tiempo la entrada que era una sopa, pan y mantequilla. Edward se apresuró a explicar:

—Esto es Mulligatawny, podría decirse que es una sopa. Está elaborada con caldo de pollo, arroz y especias. Muy sabrosa. El pan no tiene nada de especial, pero la mantequilla ha sido mezclada con cúrcuma y cilantro, y le dará un toque inolvidable.

Todos miraron el plato con interés, excepto August, que no

alcanzó a reprimir un gesto que evidenciaba un atisbo de recelo. Sin embargo, el exótico aroma los llamaba a probar sin cuestionar. Casi al mismo tiempo, todos comieron.

Edward esbozó una media sonrisa de suficiencia al escuchar las espontáneas demostraciones de satisfacción de Eleanor y Sophie.

La menor de las Montgomery no tardó en decir:

—Qué delicia, podría comer esto todos los días. Aaaaah, si me hubieran dado esta sopa en vez de la de verduras, no habría sido tan melindrosa cuando niña.

Sophie asintió y repuso:

—El sabor es algo que no se espera, es tan… sencillo y a la vez intenso.

August se limitó a intercambiar una mirada con su esposa, le dedicó una ligera mueca que aprobaba esa minúscula muestra de la cocina india.

Emily degustaba en silencio. Jamás había comido algo similar. Una explosión de sabores se derramó en su lengua al primer contacto. Cerró los ojos de puro gusto y disfrutó hasta que ese bocado se deshizo en su paladar.

Abrió los ojos, se encontró con la intensa mirada oscura de Edward. Ella se sintió desnuda, como si él pudiera adivinar todo lo que ella pensaba. Algo absurdo, por cierto, nadie tenía ese poder; sin embargo, él siempre daba la impresión de poseer algo más que dinero e ingenio.

Él alzó su copa de vino y, sin dejar de mirarla, dijo:

—Salud por los nuevos desafíos.

Todos alzaron sus copas y al unísono brindaron:

—¡Salud!

La cena prosiguió con alabanzas a la comida que se fue más rápido de lo que indicaban las normas de etiqueta. Después de la entrada, sirvieron asado de cordero con finas hierbas. No obstante, también tenía un toque especial. Edward reveló que la carne fue marinada en comino y cardamomo, lo que realzó el sabor tradicional. El cordero podía ser acompañado con puré de patatas con crema de ajo o con arroz pilaf con pasas y almendras, especiado con canela y clavo.

Minerva, fascinada con la comida, no se abstuvo de comentar:

—Es increíble lo mucho que cambian los sabores con solo unos detalles. Le han dado un giro sorprendente… Muy impresionante, señor Dutton, mis felicitaciones a su cocinera.

—Ranjit se lo hará saber, sin duda. —Miró de reojo al aludido—. Suele ser un cotilla… —Todos dirigieron su atención al mayordomo. El hombre se envaró más de lo que estaba y carraspeó. Edward, al darse cuenta de que su comentario se podía malinterpretar, aclaró—: Lo digo en el buen sentido. Con sus observaciones, muy acertadas por lo demás, le da las indicaciones a la cocinera para poder ajustar la sazón. A mí me encanta la comida india, pero, a fin de cuentas soy inglés, y algunas veces la intensidad de los sabores suelen ser demasiado para mí.

Emily bebió un sorbo de vino y preguntó:

—¿Cómo adquirió esa fascinación por la India, señor Dutton?

—Me enamoré de ese país en cuanto atraqué por primera vez en Calcuta. Tenía unos quince años en ese entonces. Mi padre fue por negocios y me llevó con él. —Su mirada se extravió por un instante, la fugaz sonrisa le señaló a Emily que era un recuerdo feliz—. Fue como… estar viviendo dentro de un sueño inalcanzable… —Hizo una larga pausa. Parpadeó lento, como si hubiera despertado y repuso—: No obstante, no es un país idílico y perfecto, tiene cosas buenas y malas como cualquier otro, y nosotros, como colonizadores, no hemos hecho nada más que intentar convertirlos en ingleses y saquear sus recursos. Me gusta la comida, la cultura milenaria, sus dioses ancestrales, su arte…

Emily recordó la galería. Quiso probar a Edward, qué tanto podría soportar sus impertinencias y preguntó:

—¿No considera que su colección es una forma de saqueo?

August y Minerva miraron a su hija con los ojos desorbitados. Esa pregunta traspasó el límite de lo apropiado por lejos.

Edward rio. Los padres de Emily parpadearon con una mezcla de consternación y desconcierto, y dirigieron su atención a Dutton, quien respondía, sin mostrarse ofendido:

—Aunque no lo crea, muchas de esas piezas han sido regalos, pero la mayoría las he comprado o las he intercambiado por arte

europeo… No lo calificaría como saqueo. La verdad no me imagino encabezando una expedición para encontrar algún tesoro perdido solo para apropiarme de él… Habría que invertir demasiado tiempo, dinero y mi pellejo. Hay lugares muy peligrosos y prefiero visitarlos cuando alguien más ha hecho el trabajo sucio.

—Entiendo, me alegra saberlo.

—Un día de estos, le mostraré la galería con más detalle. Hay piezas realmente notables.

Emily sabía a la perfección a qué piezas se refería. Eran las reproducciones de unas esculturas muy explícitas, provenientes de un templo situado en un lugar que no recordaba. Una sonrisa danzó en sus labios y repuso:

—Me encantaría.

La cena transcurrió con normalidad. El postre que ofrecieron fue tarta de frutas con crema pastelera o también se podía optar por Gulab Jamun, un platillo compuesto de bolitas de leche frita, sumergida en un jarabe perfumado con cardamomo y agua de rosas.

Todos disfrutaron de ambas delicias.

Al finalizar, los estómagos se llenaron tanto como pudieron, y la conversación fluyó por temas seguros y triviales, entre ellos, el acuerdo de que el cambio de ropa para cenar era opcional. Se trasladaron a la sala de estar para continuar sin perder la atmósfera amena y distendida.

Tras un largo rato de conversación, Edward le ofreció a August:

—¿Un cigarro? ¿Oporto, señor Montgomery?

August negó con su cabeza:

—No, es suficiente para mí por esta noche. Creo que ya es hora de irme a acostar. Mañana le aceptaré ese oporto.

—Sí, tiene razón, ha sido un día largo para todos. —Edward no pudo evitar lanzar un bostezo que cubrió con su mano—. Muy, muy largo.

Minerva, notando que su anfitrión estaba dando por terminada la velada, instó a sus hijas.

—Creo que ustedes también deberían ir a la cama. Mañana podremos jugar a las cartas o tocar el piano después de la cena.

Eleanor y Sophie, en cuanto escucharon la palabra cama,

también bostezaron.

Las jóvenes agradecieron la hospitalidad de Edward y se marcharon a sus aposentos.

Justo antes de que August, Minerva y Emily se retiraran también, Edward dijo:

—Señorita Montgomery, si me permite un par de minutos, necesito comentarle algunas cosas para empezar a trabajar mañana.

Emily, sabiendo que él pretendía hacer cualquier otra cosa menos que hablar de trabajo, dijo:

—¿Es urgente?

—Me temo que sí. Pero no tomará demasiado tiempo, se lo prometo.

Emily les sonrió a sus padres y señaló:

—Subiré en unos instantes.

Minerva se limitó a mirar a Edward fijo y tomó el brazo de August.

—Vamos, querido…

Cuando Minerva y August abandonaron la estancia y cerraron la puerta, Emily llenó sus pulmones de aire. Con un andar lento y calculado, Edward se acercó a ella. A cada paso que daba, él sentía que traspasaba un punto sin retorno. Pero esa mirada astuta e inocente era más fuerte que su cautela.

Le tomó la mano. Ya no había vuelta atrás.

—Espero que descanse. —Le besó los nudillos y, en un movimiento rápido y fluido, la atrajo más hacia él. La distancia se redujo a medio palmo y Emily fue capaz de sentir el calor de Edward atravesando la ropa—. Sé lo que intentó hacer en la cena. Necesita esforzarse mucho más para escandalizarme o hacerme perder los estribos, querida. No soy un jovencito que cae en ese juego infantil… Desafíeme como la mujer que es.

Las piernas de Emily temblaron, era como si no obedecieran a su mente a mantenerse firmes. Sus ojos se encontraron con los de Edward, luego se desviaron a los labios carnosos.

—Así veo… querido. —Su mirada azul volvió a centrarse en esos iris que parecían de chocolate a la luz de las velas.

Emily era consciente del gentil pero firme agarre que la

restringía, del calor. Edward le acarició el cuello con los nudillos de su mano libre, le costó un mundo gobernar sus impulsos de descender su toque hacia el nacimiento de esos insolentes pechos. Las pulsaciones de ambos se aceleraron.

—Lo que sí debo admitir, es que su presencia en mi casa es una verdadera tentación. —Su mano ascendió hasta la mandíbula femenina y con el pulgar acarició el labio inferior de Emily. Ella, al sentir el rastro de calor que dejaba sobre su boca, jadeó. Su mente era un caos, todo pensamiento coherente desapareció cuando él susurró—: Si me sigue provocando como lo ha hecho hoy, no responderé por mis actos.

Emily inspiró hondo, esas palabras resonaron en su mente y, a la defensiva, preguntó:

—¿Qué va a hacer, me va a seducir y forzar un matrimonio?

Edward negó con su cabeza.

—Jamás la forzaría a nada… Jamás. Nunca tomaría algo suyo sin su total y absoluto consentimiento. —En tan solo unas horas, ella lo había estimulado más que cualquier mujer o tierra lejana. Debía mantenerse firme, pero esos ojos cristalinos lo empujaron a reconocer—: Tal vez podría ofrecerle un poco más que conveniencia.

Emily era consciente de cada punto de contacto, del roce de sus dedos sobre su piel, del calor que irradiaba su cuerpo. Sus labios se entreabrieron, el aire parecía haberse vuelto insuficiente. Él estaba demasiado cerca, demasiado... todo. Aun así, logró articular su pregunta.

—¿Y qué significa eso para usted?

Edward sintió que la garganta se le secaba. Emily tenía algo indefinible que lo desarmaba, y eso lo aterraba. No podía evitar pensar en los fantasmas de su pasado: los imperdonables errores de sus padres, la corrupción de su hermano, sus propios defectos. ¿Cómo iba a entregarle algo que ni siquiera estaba seguro de poseer? «¿Qué le estoy ofreciendo en realidad?», pensó con una mezcla de deseo y temor. Si ella descubría lo vacío y frío que podía estar su corazón, ¿se apartaría de él?

No obstante…

—No lo sé, tengo que averiguarlo… No tengo la certeza de si

podré ser capaz de entregar tanto…

Aquella admisión a Emily le trajo más dudas que respuestas, pero también presentía que nadie había llegado tan lejos como ella en ese momento. Envalentonada, se atrevió a preguntar:

—¿A qué le teme, señor Dutton?

Edward esbozó una sonrisa de medio lado…

—Es gracioso. Me gusta que me llames señor Dutton, pero creo que me encantaría escuchar mi nombre saliendo de tus labios.

Ante el evidente cambio en el trato formal, Emily repuso tuteándolo:

—Es gracioso cómo eludes el tema, Edward. —Se apartó con suavidad, y él no opuso resistencia—. Todavía no estás preparado para esa conversación. Que tengas buenas noches.

—Descansa, querida.

—Igualmente.

Ella se apartó y lo dejó con sus palabras flotando en el aire. Edward se sintió como un hombre al borde de un precipicio, del cual no podía vislumbrar el fondo. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba seguro de si debía avanzar o retroceder.

Al escuchar el sonido de la puerta cerrándose, esa habitación vacía se llenó de pensamientos y sensaciones que él no se atrevía a analizar.

Entretanto, los pasos apresurados de Emily la llevaban hacia su habitación. El corazón le aporreaba el pecho y todo su cuerpo temblaba por tantas emociones bullendo en su interior. Por un segundo, pensó que él la besaría. Lo peor era constatar que ella lo habría aceptado sin siquiera resistirse.

No se atrevía a imaginar su propia respuesta, hasta dónde la habrían conducido sus instintos.

Sin duda, Edward no solo era peligroso. Era una amenaza, como una tormenta que traía consigo la capacidad de arrasar con todo. Un hombre poseedor de una fuerza impredecible y arrolladora que podría derribar sus convicciones, traspasando ese límite que nadie logró cruzar, y que tantos años ella mantuvo en su lugar para conservar la ilusión de encontrar un amor puro y duradero.

Si él llegaba más allá, ¿qué quedaría de ella?

Ese trabajo iba a ser más complicado de lo que alguna vez imaginó.

Y ni siquiera había empezado.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Emily entraba a su sala de trabajo junto con Edward. Ella, ceremoniosa, se sentó y empezó a organizar sus pertenencias que había dejado sobre la mesa el día anterior.

Edward se sentó frente a ella y observaba cómo disponía de un ábaco —el que ni siquiera sabía que todavía se usaba—, unos libros, unas reglas extrañas…

—¿Qué son esas cosas?

Emily no levantó la mirada y respondió:

—Reglas de cálculo. —Las alineó con cuidado. En un cajón guardó unos textos.

Edward tamborileó los dedos sobre la superficie.

—¿Para qué sirven? —Se atrevió a tomar una.

Emily le dio un golpecito y él la soltó. Le propinó una mirada de advertencia y respondió:

—Sirven para calcular…

—Lo sé, pero calcular qué. Nunca había visto algo parecido.

—Raíces cuadradas, logaritmos… —Tomó una y se la ofreció—. Esta es una trigonométrica.

—Oh… —La estudió, para él era como si Emily le estuviera hablando en griego—. Recuerdo que intentaron enseñarme esas cosas, pero mi etapa universitaria es como una bruma en mi memoria.

—Tal vez no quieres recordar esa época. —Arqueó una ceja y lo miró—. ¿Fuiste un calavera en tu juventud?

—Aún soy joven… y no fui un calavera.

Emily reprimió una sonrisa e ironizó con un lacónico:

—Claro. —Ladeó la cabeza, intrigada—. ¿Cómo es eso posible?

—¿No haber sido un calavera? —Emily asintió. Se hizo un largo silencio. Edward no se decidía si contarle a esa joven dama uno de sus secretos más grandes. Para su consternación, inspiró entrecortado. Aquello resultó ser una tarea titánica, pero la mujer que tenía en frente lo conminaba a revelar una pizca de su pasado. Si pretendía tener un matrimonio civilizado, debía entregarle su confianza a su compañera para recibir lo mismo—. Digamos que

aprendí a apreciar las mieles femeninas cuando ya era bastante mayor. Me iniciaron a una temprana edad… y la experiencia fue más bien… nefasta.

Emily le tomó la mano a Edward. Se sentía honrada, los hombres preferían guardarse todo para sí mismos, y que él le hubiera confiado aquel secreto, aunque fuera de una manera críptica, lo apreciaba mucho. Quizás, algún día le daría los detalles. Si un hombre calificaba su primera experiencia sexual como nefasta, daba a entender que no era un tema fácil de abordar.

Para nadie, a decir verdad.

Edward respondió a ese toque y le besó los nudillos. Por eso le gustaba Emily, no era una jovencita impresionable. Los señores Montgomery le dieron todo a su hija, pero se encargaron de mostrarle el mundo a través de la Academia Hope, de no dejarla en la ignorancia de la crueldad humana.

De alguna manera, se sintió más liviano. No pretendía buscar compasión, pero ese simple gesto fue tan significativo, que le calentó el alma.

Emily le sonrió. No quiso que él pensara que ella le tenía lástima y dijo:

—Gracias por confiar en mí. De verdad, lo aprecio mucho… —Suspiró—. ¿Te parece bien si empezamos?

—Me parece perfecto. —Y no se refería solo al trabajo. Inspiró y se levantó para buscar los libros contables del primer año—. Como faltan los registros más recientes, creo que lo mejor será empezar desde el principio. Antes de eso, te explicaré qué significan algunas entradas y qué rol cumplen, además de la documentación que las respalda.

—Bien.

Y así Edward le explicó el funcionamiento de la Assam Tea Company por medio de facturas, planillas de trabajadores, exportaciones y pagos recibidos, los cuales se cotejaban con la contabilidad.

Así estuvieron por dos horas, las que para ambos pasaron en un parpadeo. Emily comprobaba los resultados de los registros con la ayuda del ábaco. Edward miraba, anonadado, cómo los gráciles

dedos movían las cuentas de arriba abajo produciendo un sonido que no olvidaría jamás. La melodía del cálculo. Ella lo hacía con tanta seguridad que aplastaba cualquier duda sobre su elección. En ese momento, Edward supo que, Emily, sin importar la dificultad, superaría con creces aquel desafío financiero.

—¿Cómo lo haces? —preguntó en medio de una operación matemática.

Emily resopló y lo miró con su ceño fruncido.

—Si me interrumpes mientras calculo, podría cometer un error y tú perderás más dinero.

—¿Más? Me duele que asumas que ya lo he perdido.

—Si no fuera así, yo no estaría aquí, ¿no crees?

Edward sonrió.

—Insisto, no sé si este problema es una bendición o una maldición… Dime, ¿cómo lo haces? —Su curiosidad era genuina. Una cosa era escuchar las hazañas matemáticas de Emily que verla en acción.

La mente de esa mujer trabajaba más rápida que la de cualquier persona que hubiera conocido en su vida. Él se consideraba un hombre inteligente, pero Emily lo aventajaba por lejos, y ella lo sabía.

Emily era consciente de que era más inteligente y capaz que el resto, y no temía demostrarlo. Aquella actitud podría catalogarse como arrogancia, pero ella no la ejercía con el fin de humillar. Quizás era una forma de protegerse; un hombre con menos carácter se sentiría estúpido al ver su mente trabajando y se alejaría en tres segundos.

Ella arqueó su ceja y preguntó:

—¿De verdad quieres saber? —Edward asintió, a ella le sorprendió esa respuesta positiva. Su gesto se suavizó y dijo—: El ábaco es mi herramienta favorita, puede que muchos lo consideren anticuado, pero creo que es infravalorada, me permite hacer cálculos rápidos y precisos, ideal para manejar grandes cantidades de datos en poco tiempo. Te prometo que otro día te enseñaré lo hermoso que es usarla, ahora lo más importante es encontrar la inconsistencia… Y no me interrumpas otra vez en medio de un

cálculo, por favor. Espera a que anote el resultado.

—Lo prometo. —Juntó sus palmas e inclinó su cabeza. Emily negó con un leve gesto y prosiguió.

Pasaron otras dos horas hasta que terminaron con los registros de la actividad económica del primer año, el cual era el que menos información tenía. Ese año la cosecha no fue a toda capacidad, por lo que las exportaciones fueron pocas. El negocio aún estaba en fase experimental.

Continuaron con el registro del segundo año, el cual aumentó considerablemente. Ella no tardó en evidenciar que algo no estaba bien. Sus dedos tamborilearon sobre unos números sospechosos.

Emily frunció el ceño y anotó una ecuación en su libreta, su pluma se movía veloz y precisa. Edward se inclinó para ver los números y preguntó:

—¿Qué haces? —Edward intentaba comprender el procedimiento. Jamás conoció a alguien como Emily; la forma en que movía las cuentas del ábaco era hipnótica, o lo fascinante que era verla resolviendo una ecuación. Ella le hacía sentir que lo acercaba a solucionar el caos de sus finanzas… y quizás, solo quizás, el caos de su vida.

—Estoy calculando el porcentaje de descuento aplicado en este envío, en comparación con el promedio de los meses anteriores. —Emily arrastró los dedos por el ábaco y movió las cuentas con precisión.

Edward intentó seguir sus movimientos, pero no entendía nada. Lo ponía nervioso no lograr alcanzarla.

—¿Y?

El sonido de las cuentas del ábaco cesó de golpe.

—Aquí está. —Emily levantó la mirada, sus ojos brillaban con un destello de triunfo y satisfacción. Señaló el libro—. Este descuento es casi un treinta por ciento mayor al promedio. Es demasiado alto… ¿Por qué los valores de estos envíos en abril son menores que los meses anteriores?

—En abril suele ser temporada baja, es normal.

A ella no le convenció mucho la respuesta. Tomó el registro del primer año y cotejó. Tras unos minutos ella señaló:

—Edward, creo que, incluso siendo temporada baja, es demasiado el descuento. Si lo comparo con el primer año, en que no hubo mucha producción, podemos apreciar que alguien está recibiendo más té del que paga.

Él se quedó pensativo, buscando una respuesta, le molestaba la idea de que alguien estuviera pasándose de listo en frente de sus narices. No obstante…

—Ahora que lo mencionas, ese descuento de abril podría tener una razón.

Edward se levantó y se situó detrás de ella para observar lo que ella señalaba. Ambos percibieron lo tentadora que era la cercanía, el calor. Emily casi perdió el hilo de sus pensamientos cuando se vio envuelta en el aroma del vetiver, los números que eran tan claros en su mente hacía tan solo unos segundos, ahora se desordenaban en esa bruma oriental. No podía evitar inspirar profundo para llenarse los pulmones de esa adictiva fragancia.

—Mmmm… Tienes razón, ese descuento me parece demasiado generoso, pero hay una explicación. En esa época, mi principal comprador era un comerciante en Calcuta que siempre pedía ajustes por retrasos en el transporte. Era un imbécil oportunista.

—¿Y esos ajustes se reflejan en las facturas?

Edward hizo una mueca y respondió:

—No lo sé. A veces esas cosas se manejan con acuerdos verbales, notas adicionales o…

—O alguien está aprovechándose de esos descuentos que no se reflejan en los registros principales.

A Edward no le gustó para nada esa conclusión. Debía haber una explicación y dijo:

—Debemos buscar si hay algo archivado en los registros.

La puerta se abrió de pronto. Era Ranjit.

—Señor Dutton, los señores Montgomery preguntan si los esperan para almorzar.

—¿Almorzar? —Miró la hora en su reloj de bolsillo, habían pasado más de cinco horas—. Ya es la una… Vaya, perdí la noción del tiempo. Emily, ¿por qué no me dijiste que llevábamos tanto rato trabajando?

Ella se encogió de hombros y respondió:

—No me di cuenta, cuando me concentro no siento hambre… —Y justo en ese momento su estómago hizo acto de presencia—. Ahora sí tengo hambre.

—Vamos, querida. Debo alimentarte, no es la idea que te desmayes por la fatiga.

Ranjit arqueó una ceja ante ese trato tan cercano. Sabía que la presencia de la señorita Montgomery no solo era por su trabajo. De los años que conocía a su señor, nunca había llevado una mujer a su casa para pasar una temporada tan larga. Solo en contadas ocasiones trajo a una que otra dama para encerrarse en una habitación de invitados. La visita duraba unas pocas horas y nunca más la volvía a ver.

Emily, ajena al escrutinio del mayordomo, preguntó a Edward:

—¿Qué hay de almuerzo?

—Ayer fue tradicional, supongo que hoy la señora Basú ha preparado algo especial.

Emily miró al mayordomo y preguntó:

—¿La señora Basú es pariente suyo?

—Es mi esposa, señorita Montgomery.

—Ah, ya veo por qué es cotilla con ella. ¿Le comentó sobre su éxito culinario de anoche?

—Por supuesto. Estoy seguro de que hoy los querrá sorprender.

—Si es como la cena de ayer, su esposa triunfará, señor Basú.

El mayordomo asintió sin querer sonreír, pero falló. Era difícil ser como los ingleses tan fríos y estirados. El señor Dutton fue una bendición, no exigía un protocolo impecable…

Tal vez era así para sentir cierta cercanía con otra persona.

—Ojalá así sea, señorita Montgomery… Y si gusta, puede llamarme por mi nombre.

Edward le arqueó la ceja a su mayordomo.

—Ranjit, te acusaré con la señora Basú, estás coqueteando con mi invitada. —Fue la divertida amenaza. A su mayordomo no se le escapaba nada.

Emily rio y respondió:

—Lo tendré en cuenta, quizás más adelante me tome el

atrevimiento.

Ranjit asintió y salió de la estancia. Edward le ofreció el brazo a Emily y se dirigieron al comedor.

*****

Edward movió la silla para que Emily se sentara. Eran los últimos en llegar a la mesa. El ambiente ya estaba impregnado con el aroma de la comida pronta a servir.

Como buen anfitrión, Edward se excusó del retraso:

—Disculpen la demora, con el trabajo no nos dimos cuenta de la hora.

Sophie hizo un ademán para que el señor Dutton no se mortificara.

—Emily suele hacer eso siempre en casa. En la academia haría lo mismo si no fuera porque hay una campana que indica que su clase terminó.

—Aquí en casa, Ranjit es mi campana, habría muerto de inanición si no fuera por él. —Amonestó con la mirada a su mayordomo y añadió—: Por algún motivo que desconozco, hoy se retrasó también.

Ranjit solo carraspeó.

El almuerzo fue servido con impecable celeridad. Todos recibieron su plato al mismo tiempo.

La expresión de Edward se colmó de satisfacción al ver a sus invitados que estudiaban la comida sin disimulo. Al igual que la noche anterior, lo hacían con interés y curiosidad.

Minerva dirigió su atención a Edward y dijo:

—No me diga que su cocinera intentará sorprendernos todos los días, señor Dutton. Si sigue así, en cualquier momento le pedirá un aumento de sueldo.

Edward rio de buena gana. Sus estentóreas carcajadas contagiaron al resto.

—La señora Basú es una mujer que está más que satisfecha con su sueldo, se lo aseguro. A ella le encanta fusionar la comida inglesa, la que detesta, por cierto, con la de su tierra natal. La dejo

hacer lo que quiera y le pago muy bien para que experimente con mi paladar. Digamos que todos somos sus conejillos de indias… ¿O me equivoco, Ranjit?

—Es tal cual como dice, señor Dutton. Cocina con más ganas cuando adulan su comida. Recuerdo una vez que se emocionó tanto que se le pasó la mano con el picante. El señor Dutton echaba fuego por la boca como un dragón, tuvo que tomar un litro de leche para aliviarlo. Fue terrible, pensamos que se iba a morir. —Todos rieron ante esa imagen, incluyendo Edward. Ranjit carraspeó, un tanto incómodo por ser el centro de atención—. Desde ese entonces, ella se mide con su entusiasmo. Lo que tienen en sus platos hoy son samosas de vegetales mezclados con carne molida y especias suaves. Las pueden untar con el chutney de tamarindo. La ensalada es de berros y peras, aliñada con vinagreta de miel y mostaza. Para beber tenemos la especialidad de la señora Basú, una infusión de té de Assam con canela, clavo y cardamomo.

Edward asintió conforme y, para iniciar el almuerzo, dijo:

—*Bon appéttit*.

Todos comieron con avidez, casi sin hablar. En parte, porque tenían hambre y, por otra, porque la señora Basú triunfó una vez más con sus combinaciones imposibles y deliciosas. August y Minerva no paraban de asombrarse de lo impresionante que eran los sabores. Si la noche anterior no sabían cómo catalogarlos, ahora solo disfrutaban y se dejaban sorprender. Se notaba que la cocinera era considerada para no exigirle demasiado a sus paladares acostumbrados a comidas que se basaban en carne, entrañas y vegetales poco condimentados.

Edward rompió el silencio para hacer algo de conversación y conocer a Emily a través de los ojos de su familia. Bastó con formular una sola pregunta:

—Señor Montgomery, ¿cómo se dieron cuenta de la inusual capacidad matemática de la señorita Montgomery?

August se limpió la boca con la servilleta y respondió, orgulloso:

—Cuando Emy tenía cinco años aprendió a multiplicar sola. —Sonrió con nostalgia, recordando a la pequeña Emily y sus ojos

llenos de entusiasmo—. Un día llegó a mi lado y me dijo: «Papá, descubrí una forma de sumar rápido». Cuando me terminó de explicar, me di cuenta de que había ideado sus propias tablas de multiplicación. Minerva ya le había enseñado a leer, a sumar y restar. Eso me hizo pensar que tal vez se debía incentivar esa facilidad para las matemáticas, y así contratamos a su primer tutor, el señor Cooper.

Edward miró de reojo a Emily, sus orejas estaban rojas como camelias. «Qué adorable», pensó. Solo para espolear ese azoramiento, siguió con su interrogatorio.

—¿Y cuántos tutores tuvo?

—El primer tutor duró dos años, hasta cuando ya no pudo enseñarle más. Nos recomendó a su maestro y nos sugirió que también aprendiera latín, por lo que tenía dos profesores adicionales a la institutriz. Aparte del señor Cooper, tuvo cuatro tutores más.

Las orejas de Emily enrojecieron aún más. Edward, con cierta inocencia mezclada con asombro, repuso:

—¿También sabe latín? Impresionante.

August, siempre orgulloso de su hija, contestó:

—Muchos tratados y libros están escritos en ese idioma… Si ella quería estudiarlos, debía aprender. ¿Cómo se llamaba ese libro, Emy, querida? ¿Ese que te regalamos cuando cumpliste trece años?

Emily se envaró y dijo casi sin respirar:

—*Demonstratio nova theorematis omnem functionem algebraicam rationalem integram unius variabilis in factores reales primi vel secundi gradus resolvi posse.*

Las cejas de Edward casi tocaron el nacimiento de su cabello. Las hermanas de Emily rieron, jocosas. Sophie dijo:

—*Nunc dic, quasi gallina cloquens, Aemilia*.

Edward miró con los ojos desorbitados a la joven, ¡también sabía latín! Su atención se desvió hacia Eleanor, quien añadió entre risas:

—*Interpreta nomen libri pauper domino Duttono, et erue eum ex miseria.*

Emily les abrió los ojos a sus hermanas, reprendiéndolas. August y Minerva apretaban los labios para no reír. Ellos apenas

manejaban el latín, pero sus hijas menores lo aprendieron al integrarse a las clases de la mayor, y lo usaban casi como un código secreto, el cual funcionaba hasta que alguien conocía esa lengua muerta.

Emily le dedicó una sonrisa tensa a Edward. Con la cara ardiendo, dijo con dignidad:

—El libro se titulaba: *Nuevas demostraciones del teorema donde cada función integral algebraica de una variable puede resolverse en factores reales de primer o segundo grado*.

Edward no sabía si reír, impresionarse, sentirse estúpido o llorar. Resolvió tomárselo con humor, era lo más sano, y repuso:

—El título traducido lo entendí menos que el latín, señorita Montgomery.

A Emily le llenó el corazón esa reacción de Edward. La mayoría de las personas optaban por el desdén o la burla. Su voz se llenó de entusiasmo al replicar:

—El título puede sonar abrumador, pero es fascinante, a decir verdad. Ese tratado fue escrito por Carl Friederich Gauss. Un verdadero genio. —Miró a sus hermanas y añadió—: Y, para saciar su curiosidad, le traduciré lo que Sophie dijo. —Carraspeó e imitó a su hermana, burlona—: «Ahora dilo como una gallina cacareando, Emily», y Eleanor añadió: «Traduce el nombre del libro y saca al señor Dutton de su miseria».

Eleanor entrecerró los ojos a Emily y dijo:

—Eres una vil delatora. *Parva proditora es.*

Emily se encogió de hombros. Sí, era una pequeña traidora, pero Edward se merecía una aclaración. Se abanicó la cara para disipar el calor de sus mejillas.

Edward rio. Ese era el motivo por el cual esa familia era tan atípica y Emily tan extraordinaria. Los señores Montgomery potenciaban la sed de conocimiento de sus hijas y no coartaban su manera de ser.

No pudo evitar pensar en sus padres, si ellos hubieran sido una décima parte de lo que eran los Montgomery, toda su existencia, y la de su hermano, habría sido diferente. No quiso dejar que la amargura se apoderara de su buen humor, ignoró ese sentimiento y

prosiguió con la conversación:

—Me parece que tendré que desempolvar mis pobres conocimientos de latín un día de estos. Ustedes son de temer.

Emily lo miró y con un fingido tono de paternalismo repuso:

—Si se pone al día con el latín, nos arruinará la diversión, señor Dutton.

—Las hermanas Montgomery tienen un intelecto superior, y me temo que hay que ponerse a su altura… —Miró a Sophie y preguntó—: Ayer noté que le llamó la atención el invernadero, ¿lo visitó?

A Sophie le brillaron los ojos y asintió con la cabeza:

—Sí, el señor Kumar me mostró las vainillas. Es impresionante todos los cuidados que debe tener esa orquídea. Incluso me compartió sus observaciones para mantenerlas vivas. Más rato volveré al invernadero con mi cuaderno de botánica para hacer anotaciones y dibujos.

—El señor Kumar es un hombre generoso con su conocimiento, y le encanta compartirlo cuando ve a alguien interesado. El origen de esa vainilla es mexicana. Ay, si supiera cuánto costó traerla y mantenerla con vida durante el viaje.

Aquel comentario le causó curiosidad a Minerva, e intervino:

—Yo pensé que solo viajaba a la India.

—He visitado América unas cuantas veces. México es una tierra rica y llena de posibilidades. Nos han dado el chocolate y una bebida llamada tequila.

Emily siempre ansió ver el mundo, escuchar los relatos de Edward agudizaban ese sentimiento. Sin pensarlo dos veces, preguntó:

—Hace mucho que no viaja, señor Dutton. ¿No extraña estar en un barco?

—La verdad es que sí. —Rio para sí mismo—. Pero primero debo encontrar una esposa, de lo contrario, me quedaré soltero para siempre y todo mi trabajo se lo llevarán mis primos, los que terminarán arruinándolo. A muchas personas les gusta el dinero fácil y les encanta gastarlo de la misma manera. —Notó que todos habían vaciado sus platos—. Bien, creo que ya hemos terminado… ¿Qué les

parece si pasado mañana almorzamos al aire libre? —Miró a Emily—. No todo puede ser trabajo, ¿cierto?

Ella fingió indolencia y replicó:

—Si quiere perder dinero por hacer un pícnic, es su problema.

A nadie le pasó desapercibida la intensidad en el tono de la voz de Edward cuando dijo:

—Nunca lo consideraría una pérdida. Jamás.

—Espero que no se arrepienta. Que conste que se lo advertí.

—En los negocios es importante saber cuándo arriesgarse. Le aseguro que, valdrá la pena. El trabajo es imprescindible, pero también el descanso, señorita Montgomery. A veces hay que relajarse para poder pensar con claridad… O simplemente disfrutar de la buena compañía.

Emily arqueó una ceja y se levantó:

—Entonces vamos a trabajar, el tiempo es oro.

Y al terminar de decir esas palabras, ella sintió que sí, cada minuto que pasaba cerca de Edward valía su peso en oro. Sin embargo, lo que más le inquietaba no era el trabajo que los esperaba, sino la certeza de que Edward estaba transformándola de maneras que ella aún no podía vislumbrar.

Él la estaba llevando por caminos imprevisibles, colmaba su alma de una deliciosa incertidumbre, el no saber cuál sería su próximo movimiento, o qué desafío le lanzaría para empujarla a ir más allá.

Dios, quería más. Mucho más.

Capítulo 6

Emily caminaba junto a su familia por el sendero de gravilla que tenía un pronunciado declive. Los álamos que bordeaban el sendero y el delicado parasol la protegían del punzante calor. Eran guiados por un lacayo que iba adelantado un par de metros.

Durante el desayuno Edward no quiso revelar nada sobre sus planes para el pícnic, salvo que usaran sus ropas más ligeras. Se mantuvo en estoico y malévolo silencio, inmune a las peticiones de los Montgomery.

Emily puso sus ojos en blanco al recordar su única respuesta:

—Será una grata sorpresa, se los garantizo.

El aire fresco que le acariciaba la cara era perfecto. No obstante, un aroma húmedo le anticipó su destino minutos antes de divisarlo.

El Thames.

En el muelle de la propiedad esperaba una embarcación que medía unos dieciocho metros de eslora. Ostentaba un profundo color azul marino y su única ornamentación era una línea dorada. Contaba con un mástil principal y velas triangulares. La roda era decorada con un mascarón de proa; una voluptuosa diosa hindú que era la encargada de guiarlos a buen puerto.

Sophie y Eleanor lanzaron risitas nerviosas y entusiasmadas. La menor de las Montgomery silbó y dijo:

—Qué bote más elegante.

Sophie la corrigió:

—No es un bote, cielo. Y no silbes, te pareces a Horatio cuando atravesó su etapa de imitar pájaros a los quince años. —Se quedó pensativa por un instante y añadió—: Papá, ¿cómo se llama esa embarcación?

August parpadeó y apenas balbuceó un:

—No tengo idea…

Él miró a Minerva con las cejas arqueadas, su esposa se encogió de hombros. Vaya despliegue de recursos para un simple pícnic. El señor Dutton no escatimaba en esfuerzos y gastos.

August en un discreto susurro preguntó a Minerva:

—¿A quién trata de impresionar Dutton?

—¿No te parece obvio, querido?

August se sintió bastante estúpido con esa respuesta.

Minerva observó a Emily de reojo, la pobre había palidecido.

Suspiró. No se imaginaba cómo el señor Dutton lidiaría con el pequeño problema que se avecinaba.

Cuando llegaron al muelle, Edward los esperaba con una amplia sonrisa.

—¡Bienvenidos al Nirvana! —Se acercó a ellos y agregó—: Suban, suban, por favor. Partiremos enseguida.

Sophie y Eleanor subieron sin demora con la ayuda de uno de los tripulantes.

Edward notó que August y Minerva sonreían, tensos. No tardó el desviar su atención hacia Emily, quien observaba la embarcación con una expresión contrita.

No tardó en preguntar a Minerva:

—¿Sucede algo malo?

La mujer apretó los labios antes de decir:

—Emily se marea en cualquier tipo de embarcación… No se sube una, a menos que sea por fuerza mayor.

Edward se cruzó de brazos e hizo una mueca, pensativo. Vaya incordio. Buscó la mirada de Emily y preguntó:

—¿Hay algo que usted tome para atenuar los síntomas? Yo conozco varios métodos, pero si ya ha probado algo que funcione…

Emily sonrió, incómoda, y respondió:

—La última vez Horatio me dio unas naranjas. El sabor y el aroma me aliviaron bastante… ¿No hay otra forma de viajar al pícnic?

Edward arrugó su nariz y negó con la cabeza.

—Al punto al que vamos es complicado llegar en carruaje o a caballo.

—Podría ir a pie, me gusta mucho caminar.

—Va a tardar unas tres horas y, además, tendría que nadar para cruzar a la otra ribera del río… Señorita Montgomery, no será tan terrible, el viaje es corto y le puedo asegurar que este *cutter* apenas se mueve. —Domó las ganas de alzar esa delicada barbilla.

En vez de ello, avanzó hacia Emily y añadió—: Puedo mandar a traer unas naranjas del invernadero. Me encargaré personalmente de su bienestar.

Ella no pudo rehusarse a tantas consideraciones. No le quedó más remedio que advertir:

—Arruinaré todo el viaje.

—Créame, he pasado por cosas mucho peores. —Le ofreció el brazo y ella lo tomó. Con un ademán invitó a los señores Montgomery a subir a bordo, y ellos con una sonrisa, aceptaron. Miró al lacayo que había guiado a sus invitados y ordenó—: Aziz, anda y dile al señor Kumar que coseche las naranjas, por favor.

El joven asintió y emprendió una carrera hacia la mansión.

Edward detuvo sus pasos, decidió en ese segundo esperar el retorno de Aziz junto con Emily. No la sometería antes de tiempo al suplicio que implicaba subir a bordo, por lo que se separó de ella y le avisó a August:

—Señor Montgomery, esperaremos las naranjas en tierra firme. En cuanto lleguen, zarparemos.

August asintió y se perdió de vista con su esposa.

Edward se acercó al Nirvana y acarició la madera, como si buscara alguna diminuta astilla que le restara perfección a la sólida e imponente embarcación. No obstante, sus sentidos estaban pendientes de Emily. Dio unos golpecitos en la madera y volvió a centrar su atención en ella. Le sonrió, mas su gesto se veía tenso.

Ella lo observaba a consciencia, y esperó hasta asegurarse de que sus padres no pudieran escucharlos. Carraspeó, se acercó a él antes de reprochar:

—Si hubieras dicho que tu pícnic incluía un viaje en este armatoste infernal, no estaría causándote tantos incordios.

—No soy adivino, querida.

—Lo sé, pero debiste considerar que no todos somos aficionados a la náutica.

Edward no quiso reconocer su error. Obstinado, repuso:

—Con tantas cualidades que posees, no imaginé que tuvieras una debilidad. —Ladeó su cabeza—. Si nos casamos, ¿cómo lo vamos a hacer cuando tengamos que ir a la India o a América?

Ella lo miró con sus ojos muy abiertos. Pese a su aversión a los barcos, ella ansiaba viajar, conocer el mundo, expandir sus fronteras.

—¿Me llevarías a tus viajes?

—Por supuesto, serías mi esposa. ¿De qué me serviría estar separado de ti gran parte del año? Tú haciendo tu vida en Londres y yo en India. Para eso mejor no me caso.

—Hasta dónde sé, en un enlace de conveniencia, el marido solo necesita a su esposa para lo justo; como objeto decorativo y reproductora de herederos.

—Tienes una visión muy crítica y sesgada de un enlace de conveniencia.

—Oh, por favor, ilumíname.

—Mi concepción de matrimonio por conveniencia es el formar un equipo. Tus capacidades no pueden ser desperdiciadas y sé que te convertirías en una pieza fundamental de la Assam Tea Company. Tú eres una mujer con sed de conocimiento, no hay forma de evitarlo, es tu esencia. Y yo puedo ampliar tu mundo en todos los sentidos.

—Ah, ¿sí? Yo creo que eso podría funcionar hasta el momento en que me llenes de hijos. Adiós viajes, adiós a todo lo que me puedas mostrar.

Edward la entendía. Sin duda, Emily temía perder autonomía y que su mundo se redujera a lo doméstico. Si eso pasaba, la iba a hacer infeliz.

Le produjo un escalofrío imaginarla amargada, con esos ojos azules apagados, sin vida… Conocía esa mirada, la vio demasiadas veces.

Siguió el primer impulso, el de incentivar ese lado práctico y lógico de ella.

—Sé de algunos métodos para no llenarte de hijos… No son tan eficaces como quisiera, pero sí suficientes para que no pases todo el tiempo embarazada.

Pero era Emily, y ella era tan obstinada como él. Lo confirmó cuando ella replicó:

—Eso no responde mi pregunta.

—Los niños pasarían arriba de un barco tanto como sus padres,

¿no crees? Los dos participaremos de su crianza, ya te lo dije, adoraría a mis hijos.

Con una chispa de incredulidad reflejada en sus ojos entrecerrados, Emily cuestionó:

—¿No los educarás en un internado?

El tono de voz de Edward fue inapelable al decretar:

—Los internados están fuera de discusión. Un hijo mío jamás pisará uno.

Aquella vehemencia ocultaba algo más. Emily no se atrevió a preguntar en ese momento el porqué.

—Bien, creo que extrañaría a mis hijos si me viera separada de ellos. No quiero más de tres…

—No puedo garantizarlo, pero haré el esfuerzo.

Y ahí estaba Edward ofreciendo todo lo que podía. Sin embargo…

—¿Y harás el esfuerzo de amarme? ¿O estoy pidiendo demasiado?

Edward frunció el ceño. ¿Por qué tenía que ser tan ambiciosa?

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí, lo sé. Lo he visto durante toda mi vida a través de mis padres, de mis tíos, de sus amigos. Yo daría lo mismo que tú, y si existiera amor, nada de lo que hagamos sería un esfuerzo o un sacrificio. Me subiría a cualquier maldito barco sin chistar y tú, de buen grado, controlarías donde expulsar tu semilla sin consecuencias. Adoraría viajar a tu lado y que me hagas parte de tu vida. Y tampoco lamentaría parir a nuestros hijos y educarlos, porque sabría que no estoy sola, que jamás soltarías mi mano. Eso hace el amor, eso es lo que quiero…

Escuchar a Emily sobre ese hipotético futuro, cumplir esos términos y condiciones, desconcertó a Edward. Lo imaginó. Esa sensación de confianza y seguridad la pudo sentir, así como la plenitud de su corazón hasta desbordarlo. Su familia sería el inicio y el fin de su vida… Amar a una mujer como ella no supondría un esfuerzo para él.

Al menos no al principio. Y después, ¿qué?

Él sabía lo que pasaba cuando un matrimonio basado en el

amor no funcionaba. Cuando se transformaba en una guerra, en la que se trataba de herir al ser amado e infligir el mayor daño posible. Las ilusiones que traían los armisticios…

Y luego, ante la menor provocación, volvían las discusiones, los reproches, los insultos…

Los arrepentimientos.

Emily solo vivió el lado bueno de un enlace por amor.

Él vivió y sufrió lo que sucedía cuando el amor moría y se transformaba en un monstruo devorador de vidas.

No se dio cuenta cuando abrió la boca y soltó:

—No sé si me atrevería a llegar tan lejos…

Edward fue testigo de cómo la desilusión ensombrecía los ojos de Emily. Ella retrocedió un paso y le sonrió.

Fue la sonrisa más triste que vio en su vida. Y fue todo por su culpa. Se sintió un miserable egoísta.

Emily inspiró. Para él ese breve silencio duró casi una eternidad.

—Creo que esto no está resultando, señor Dutton. Ni siquiera quiere hacer el intento.

No escuchar su nombre con la voz de ella se sintió como si una herida se abriera. Ignoró el dolor y replicó, volviendo al trato formal:

—Usted tampoco considera mi postura.

Ah, no. Eso sí que no. Indignada, cerró su parasol con brusquedad y argumentó:

—Por supuesto que lo hago. Sé que nuestra unión sería prometedora, usted es un buen hombre, es admirable. Me está ofreciendo mucho más que esa bola de mentecatos que me rechazaron por no estar a la altura… Pero aun así, yo no me acobardo, estoy dispuesta a dar un paso más allá…

Edward la miraba sin poder decir una palabra. Era irónico constatar que, tanto el silencio como una respuesta, le haría perderla. Pese al calor reinante, sintió frío.

Durante largos segundos se miraron, retando al otro romper el contacto.

Sin embargo, para Emily, los ojos de él daban más señales de las que pretendía. La atracción era más que evidente, sus intelectos

se complementaban, se respetaban, se admiraban.

Faltaba tan poco para ambos y lograr esa mezcla perfecta de sentimientos y conveniencia. Pero algo lo detenía…

«¿Quién le hizo tanto daño?», pensó Emily, colmándose de pesar y compasión.

En ese momento, el corazón de Edward era como un río congelado, y Emily no estaba segura de romper esa capa de hielo para sumergirse en las gélidas profundidades de esa alma; corría el riesgo de entumecerse hasta el punto de no poder salir indemne.

Edward la estaba sometiendo a situaciones que previó, pero que eran muy diferente vivirlas en carne propia. La decepción dolía, tanto como sentirse derrotada sin siquiera presentar batalla.

¡No!

Eso no podía ser posible.

No podía echarse a morir ante el primer problema. Sabía que el corazón de Edward no estaba del todo congelado, era cosa de ver cómo trataba al servicio doméstico, o cómo intentaba hacer el bien a través de su empresa pagándole más que el promedio a sus trabajadoras. Sí, en sus plantaciones solo contrataba mujeres, incluso les instaló una guardería para las que tenían hijos pequeños. Había amor y bondad en su corazón, pero él no sabía que lo sentía.

No estaba del todo congelado.

Emily sintió el calor del sol en ese momento.

Y lo supo.

Ella no tenía que romper el hielo en pleno invierno. Debía ser como ese mismo sol que estaba en todas partes, irradiando luz y calidez, ser el eterno verano que derretiría el hielo, alejando el frío para siempre.

Debía ser tan inexorable como el sol.

La pregunta principal era cómo lo lograría. Porque ella no era una cobarde…

Por primera vez en su vida no tenía una respuesta. Pero sí conocía a la persona que podría darle unas cuantas. Contempló el enorme *cutter*, acarició la suave madera y suspiró.

Al perder el contacto con los ojos de Emily, la desolación inundó el pecho de Edward.

En ese segundo se dio cuenta de que su corazón no estaba tan vacío después de todo, porque nunca había experimentado ese tipo de pérdida, esa que le indicaba que estaba dejando ir a alguien importante y la oportunidad de ser verdaderamente feliz.

Había perdido tanto en su vida, esa era una más para su colección. Debería estar acostumbrado, pero algo dentro de él no se resignaba al fracaso.

No quería renunciar a Emily.

Necesitaba encontrar una respuesta. Un plan para seguir, no podía continuar dando pasos en falso.

Por ese día solo le quedaba la retirada.

Entre ellos se instaló el silencio cargado de palabras no dichas, preguntas no formuladas y respuestas no entregadas. Un limbo, una zona gris en la que no se sabía cómo salir sin sentir que todo intento era inútil.

No se buscaron con la mirada, ni consideraron alguna clase de acercamiento. Solo se escuchaba el susurro de la brisa que agitaba las hojas de los álamos y el trino de los pájaros.

De pronto, en sus oídos penetró el sonido de cascos de caballos que galopaban briosos.

Ambos miraron en dirección al sendero.

Un jinete improvisado, no estaba con traje para montar, pero no por ello no lucía elegante. Llevaba una bolsa.

Edward parecía conocerlo. Sonrió y agitó su brazo para saludar.

—¡¡Hywel!!

Emily arqueó sus cejas, el hombre tenía un nombre galés. Se preguntó si era uno «verdadero» o si era un inglés con un nombre galés heredado de sus padres.

—¡¡Dutton, *fy ffrind*!!

Eso respondió su incógnita, era un galés y muy orgulloso de sus raíces.

Hywel desmontó. Se atusó el cabello negro y lacio, desordenado por la cabalgada. Su piel, perlada de sudor, le hizo recordar a las langostas; estaba colorado por el calor.

Su sonrisa era encantadora.

Ambos hombres se abrazaron dándose sendas palmadas en la

espalda, Hywel lo hizo a medias para no soltar la bolsa. Edward, al separarse, preguntó:

—¿Qué haces aquí, hombre?

—Te traje naranjas. —Le entregó la bolsa a su amigo.

—Gracias… Ridículo…

Hywel rio y repuso:

—Vine al matrimonio de mi hermana, ¿no lo recuerdas?

—Ah, lo olvidé, Gwendolyne… —Hywel asintió—. Vaya, no me la imagino casándose. Todavía pienso que tiene diez años.

Hywel se encogió de hombros y repuso:

—A mí me pasa igual… Bueno, también traje un encargo urgente del señor Wheatley. ¡Qué hombre tan desconfiado! Sé que son los libros contables, pero los empaquetó y selló como si fueran un testamento. Cuando traté de abrirlo sin que se notara, me di cuenta de que sería un gran error. —Desvió su atención hacia Emily y le sonrió. Ella asintió. Sin quitarle los ojos de encima, Hywel amonestó a su amigo—: ¿Dónde están tus modales? Preséntame a la dama.

Y en ese momento, Edward sintió exactamente lo que debió sentir su amigo William, cuando se mostraba más que amistoso con Laura.

Se arrepentía hasta la médula de haber sido tan insufrible.

Carraspeó y, ceremonioso, dijo:

—Señorita Montgomery, le presento a mi mejor amigo y socio comercial, el señor Hywel Welsh. Hywel, te presento a la señorita Emily Montgomery, ella es mi nueva asesora contable y está realizando una auditoría a los registros. Buscamos el origen de unas inconsistencias que Wheatley no logró hallar.

Hywel tomó la mano enguantada de Emily y se la besó.

—Un placer, señorita Montgomery. He venido desde la India solo para traerle naranjas. —Soltó a Emily y le guiñó.

En los labios de ella se asomó una sonrisa que bailaba entre la incomodidad y diversión. Siguiendo las reglas de la cortesía, respondió:

—El placer es mío, señor Welsh.

Hywel miró a Edward e interrogó:

—¿Y por qué Wheatley no me informó nada de esto? Ah, sí, porque no le simpatizo. Viejo cascarrabias, todavía no me lo perdona.

Edward negó con la cabeza y repuso:

—En este momento, en quien menos confía es en ti. Nunca te va a perdonar que hayas ilusionado a su hija.

Edward lo amonestó con la expresión de su ceño fruncido. Hywel era un flirteador profesional y el alma de cualquier fiesta, pero también tenía una inquietante habilidad para complicar las cosas.

—¿Acaso uno no puede ser amable sin ilusionar a una mujer?

—Dar flores y dedicar canciones y sonetos ilusionan a una joven. Te aburres con mucha facilidad…

—Me ofendes. A mí me encanta divertirme, que es diferente. Y a ti también te gusta pasarlo bien. Te recuerdo que varias señoritas aún me reprochan que no te lleve de visita, Edward. Extrañan tu voz de tenor. No te hagas el santurrón frente a la señorita Montgomery.

—En fin, gracias por las naranjas. —Edward prefirió no seguir con la pulla y alzó la bolsa. Solo por cortesía ofreció—: ¿Nos quieres acompañar o te vas a descansar? Vamos a hacer un pícnic.

Hywel sonrió, ladino. Su mirada azul alternó entre Emily y Edward, y respondió:

—No quiero hacer un mal trío.

Emily rio, le recordó las palabras que le dijo Edward hacía una eternidad. Se apresuró a sacar de su error a Hywel:

—Señor Welsh, arriba del Nirvana están mis padres y mis hermanas. Sería muy inapropiado que trabajara a solas en la casa de un soltero, ¿no cree?

—Tiene razón. ¿Sus hermanas son tan hermosas como usted?

—Son más hermosas que yo. —No lo decía con falsa modestia; Sophie y Eleanor siempre habían sido más vivaces, simpáticas y espontáneas que ella. Tenían más desarrollado ese tino de callar cuando era necesario y de dejarse llevar sin analizar demasiado las cosas. A veces su cerebro era un incordio.

—Entonces voy. No hay nada mejor que estar rodeado de preciosuras. —Le ofreció el brazo a Emily, y ella lo tomó.

Pocas veces en la vida Edward se sintió como un soberano

papanatas, y en ese preciso momento esa desagradable sensación apareció. Debió ofrecerle el brazo primero a Emily, pero verse apresurado por capturar su atención, solo alimentaría las ilusiones de ella.

Trató de convencerse de que la cortesía de Emily era solo eso; cortesía. Mas la sonrisa que le dedicó a Hywel le pareció demasiado sincera para su gusto.

¿Por qué tenía que complicarse todo?

Edward buscó la respuesta en el cielo, el *karma* le estaba devolviendo todo lo que había hecho. A regañadientes, debía admitir que la preocupación le estaba carcomiendo la tranquilidad. Hywel siempre había tenido la habilidad de cautivar a cualquiera que se cruzara en su camino y lo hacía un hombre peligroso, pero más peligrosa era esa simpatía mutua que percibió entre él y Emily. La inquietud que se asentó en su pecho no fue causada por su amigo, sino al rememorar ese inusual destello en los ojos de ella, que ni él mismo había podido encender.

Capítulo 7

Cuando Hywel y Emily subieron a la lustrosa cubierta del Nirvana, cuatro pares de cejas se enarcaron llenas de curiosidad.

En cuanto Emily percibió esa extraña sensación de flotar y tener los pies sobre algo sólido, el vértigo se asentó en su estómago y le hizo temblar las piernas. Tomó todo el aire que pudo por sus fosas nasales y fue peor. Forzó una sonrisa. La boca se le llenó de saliva.

Edward iba detrás de ellos con la bolsa de naranjas. Como siempre, su amigo captaba el inmediato interés de las personas. Carraspeó e hizo las presentaciones de rigor a sus invitados. Hywel coqueteó con descaro con Sophie y Eleanor, quienes reaccionaron igual que Emily; seguían el juego, mas él no las impresionaba. Minerva tampoco escapó a los halagos, pero supo mantenerlo a raya anclándose al brazo de August, quien solo hinchaba su pecho con orgullo, porque no importaba el paso del tiempo, su esposa era preciosa y seguía atrapando las miradas de los caballeros, y ella era de él, solo de él.

Al terminar de saludar, Hywel, con una radiante sonrisa, sentenció:

—Definitivamente, soy el hombre con más suerte del mundo. Se suponía que solo venía a entregar un encargo y ahora estoy camino a un opulento pícnic… Tratándose de Dutton nada es simple ni sencillo.

Emily no se abstuvo de comentar:

—En eso le doy toda la razón, señor Welsh, el señor Dutton es la complicación en persona. —Y miró de soslayo al aludido, y justo sus ojos coincidieron.

Edward frunció el ceño. Prefirió desviar su atención hacia el timón, lugar donde se encontraba el capitán del Nirvana y dio la orden de zarpar. A nadie le pasó inadvertida la inusual dureza de la voz de Edward.

Se levaron anclas, se desplegaron las níveas velas con ornamentaciones doradas, y el Nirvana zarpó.

August notó que el viento era a favor, y se preguntó si era

suficiente para navegar río arriba o si el *cutter* viraría río abajo. Su respuesta llegó a sus oídos, en ese preciso momento, un sonido mecánico provino desde el corazón del Nirvana.

Aquello mejoró mucho el ánimo de Edward. Con una sonrisa invitó:

—Por favor, disfruten del paisaje. Dependiendo de las condiciones, viajaremos entre veinte y cuarenta minutos. —Con un ademán señaló unas ingeniosas sillas plegables, que se situaban a la sombra de las velas. Según la preferencia, la persona podía sentarse o reclinarse. Todos optaron por lo primero y Emily, lo segundo.

El Nirvana se fue alejando de la ribera del Thames e inició su marcha río arriba. Un sirviente ofreció limonada fresca, la cual fue bien recibida por todos, a excepción de Emily, quien no se atrevió a beber nada para no correr el riesgo de vomitar. Hywel bebió hasta vaciar el vaso y comentó:

—¡Aaaaah! Deliciosa. —Tomó otro vaso, y antes de beber dijo—: Dutton, veo que funciona bien el motor a vapor. Pensé que sería más ruidoso.

La sonrisa arrogante de Edward no tardó en aparecer.

—Como es una embarcación de recreo sacrifiqué uno de los camarotes para darle espacio.

August no se restó de la conversación y añadió:

—Es impresionante, no hubiera imaginado que tenía un motor. El Nirvana es lo mejor de los dos mundos.

Edward, orgulloso de aquel elogio, coincidió:

—Es tal como lo dice, señor Montgomery. El motor era necesario para darle potencia auxiliar para las condiciones adversas. Hoy la corriente del río está bastante fuerte, pero el motor y las velas nos llevarán a destino. —Dio un entusiasmado barrido visual y propuso—: ¿Quieren visitar el cuarto de máquinas?

Como única respuesta, todos se levantaron para inspeccionar de cerca tal maravilla.

Bueno, no todos. Emily permanecía reclinada y se tapaba los ojos con el antebrazo.

Sophie, preocupada por su hermana, le preguntó:

—¿No quieres ir, cielo? Tal vez si caminas, te acostumbrarás a

la sensación.

—Vayan, yo no me siento capacitada para ir.

—¿Segura?

—Tan segura como el hecho de que un número primo solo se divide por uno y por sí mismo.

Sophie le depositó un beso en la frente y se unió al grupo que ansiaba ver el cuarto de máquinas.

Antes de iniciar la inspección, Edward se acercó a Emily y con cuidado le dejó la bolsa de naranjas en su regazo. Con un tono monocorde dijo:

—Espero que le sirvan de algo.

Ella, al sentir el peso y la cítrica fragancia que desprendían las frutas, se limitó a articular un escueto:

—Gracias. —Sin abrir los ojos, sacó una naranja de la bolsa y aspiró su fragancia—. Gracias… —Volvió a aspirar—. Gracias… Ah, qué alivio.

El imperceptible balanceo del *cutter*, amplificado por el inclemente reflejo del sol en el agua era un suplicio. Los árboles que bordeaban la orilla formaban un paisaje sin fin que le hacía tambalear su mundo. Cada bocanada de aire era una batalla. Pero el sonido mecánico y preciso del motor, le ofrecía un alivio inesperado. «Gracias», dijo una vez más en su fuero interno. Se aferró a la bolsa de naranjas como si de un salvavidas se tratara.

El ánimo belicoso de Edward menguó al verla tan vulnerable. Pobrecilla, de verdad iba a sufrir si viajaba con él. Las palabras de Emily llegaron fuertes y claras a su memoria.

«Y si existiera amor, nada de lo que hagamos sería un esfuerzo o un sacrificio. Me subiría a cualquier maldito barco sin chistar.»

Se preguntó si ella se acostumbraría algún día a navegar. Había personas que nunca lo lograban del todo.

Lo que sí sabía era que, si él le daba su corazón, ella se subiría incluso a una maldita e inestable canoa…

Con su respectiva bolsa de naranjas.

Él le daría un cargamento de naranjas.

Sonrió a los demás y los guio bajo cubierta.

Al llegar al cuarto de máquinas se encontraron con una

verdadera joya de la ingeniería. La lámpara de aceite que colgaba del techo iluminaba lo suficiente para apreciar el elegante diseño del *cutter*, el cual se fusionaba con la modernidad. El aroma del barnizado de las paredes se mezclaba con el olor del aceite del motor y el leve dulzor del humo del carbón.

Edward estrechó la mano del ingeniero y lo presentó:

—El señor Wilson es el encargado de mantener todo esto funcionando.

El hombre se tomó el ala de su sombrero. Su impoluta camisa de lino ya mostraba manchas del carbón que alimentaba la pequeña y reluciente caldera vertical. Se apresuró a ajustar unas válvulas y manómetros que requerían su atención. El nombre o función de cada uno de ellos estaba grabado en un membrete de latón y se encontraban ordenados con precisión militar.

Todos estudiaban, maravillados, el lugar. El sonido rítmico del pistón del motor, acompañado del siseo del vapor de agua brindaba la sensación de estar frente a un gigante dormido. A pesar de que el espacio era estrecho y caluroso, todo estaba meticulosamente organizado para el funcionamiento de la maquinaria sin sufrir contratiempos.

Edward no dejaba de sonreír. Muchos le decían que era un despropósito invertir tantos esfuerzos en un *cutter*, pero le gustaba rebasar los límites.

Toda una ironía. El único límite que no quería rebasar era entregarse a la dama mareada que estaba en la cubierta. Carraspeó y añadió:

—El motor no es tan potente como para propulsar al Nirvana a grandes velocidades, pero sí le da la fuerza suficiente para complementar las velas o una corriente adversa. En condiciones normales, la corriente del día de hoy nos hubiera ralentizado el viaje al doble, incluso con el viento a favor.

Eleanor, fascinada, alzó su voz por sobre el ruido del motor y dijo:

—Esto debió costarle una pequeña fortuna, señor Dutton.

—Una que lamentaré si no resuelvo mis entuertos financieros.

Hywel miró de soslayo a su amigo. Al parecer la famosa

inconsistencia contable era más grave de lo que dio a entender al principio. Como una pequeña venganza, bromeó:

—Yo te lo compro si me lo vendes a la mitad.

—Primero muerto. Vamos a cubierta, el calor humano terminará por sofocar al señor Wilson. —Miró al ingeniero y dijo—. Gracias, está haciendo un excelente trabajo.

Cuando volvieron a cubierta se encontraron con Emily dormida. Sophie reprimió una risotada al ver que se había puesto sobre la nariz la cáscara de media naranja, y en su regazo se evidenciaba los vestigios de unas tres que pasaron a mejor vida.

Edward, sigiloso, retiró con cuidado las cáscaras del regazo y la que descansaba sobre la pequeña nariz, y se encontró con el sereno y delicado semblante de Emily. Sus largas pestañas negras formaban un tupido abanico que reposaba sobre esos adorables pómulos. Su pecho subía y bajaba a ritmo pausado y regular.

Era tan hermosa y tan frágil en ese instante, aferrada al alivio que las naranjas le brindaban. No podía evitar imaginarla teniéndola todos los días en su cama, verla descansar después de hacerle el amor, anclada a él, enamorada de él, con la confianza de que podría ser su faro en medio de la tormenta, previniéndola de cualquier peligro.

Pero, ¿y si fallaba? ¿Y si terminaba siendo la tormenta misma? El miedo de dañarla era casi tan inmenso como el deseo de tenerla a su lado.

Desvió su atención hacia estribor, lugar donde se encontraban August y Minerva admirando el paisaje. La cabeza de ella reposaba sobre el hombro de su esposo, él la abrazaba por la cintura y le besaba la coronilla.

Se preguntaba si ellos representaban una farsa para mantener a su familia unida, o si de verdad el amor había sobrepasado la barrera del tiempo.

El Nirvana inició la maniobra de viraje con lentitud y lo sacó de sus pensamientos. Edward supo que faltaba poco. Después de esa pronunciada curva, llegarían a una propiedad que se encontraba del lado opuesto del río, a cinco kilómetros de su mansión.

Poco a poco se fue develando su destino, una zona boscosa

que pertenecía a la finca familiar, la cual diezmó hacía unos años, y solo se quedó con ese bosque de tres hectáreas.

Inspiró, consultó la hora en su reloj de bolsillo. El trayecto fue llevado a cabo dentro del tiempo esperado. Miró por última vez a su bella durmiente y anunció a sus invitados:

—En cinco minutos llegaremos.

La voz de Edward penetró en ligero sueño de Emily y despertó. Se dio cuenta de que ya no tenía ninguna cáscara de naranja sobre su cuerpo. Se incorporó con lentitud hasta sentarse erguida. Al menos la desagradable sensación de mareo la había abandonado. El sabor y el aroma cítrico le brindaron un gran alivio y, debía reconocer, que la vibración del motor que se sentía en todo el barco atenuó esa sensación de flotar. Fueron una especie de ancla contra la leve oscilación del *cutter*. Sin embargo, no se atrevía a levantarse y abandonar su transitoria estabilidad.

Tal como anunció Edward, el barco atracó en un pequeño muelle y, diez minutos después, invitados y sirvientes pisaban tierra firme.

Edward los guio a todos por un sendero que se internaba en el bosque de altos álamos y robles. Pese a ser mediodía, eran tantos que apenas dejaban pasar la luz del sol.

Avanzaron unos cinco minutos en los que todos permanecieron en contemplativo silencio, empapándose del aire fresco, el aroma a tierra húmeda y el trino de los mirlos, petirrojos y estorninos que deambulaban de rama en rama.

Minerva, siempre atenta a las emociones de sus hijas, observó cómo Emily mantenía una expresión neutra, mas notaba que la claridad de sus ojos se habían ensombrecido. Estaba segura de que no era a causa del mareo, sino a algo más profundo. August también lo notó, pero prefirió callar. Sabía que su pequeña Emy era fuerte; sin embargo, incluso los árboles más robustos podían quebrarse ante un vendaval.

Minerva entrelazó sus dedos con los de August, quien le dio un apretón reconfortante. Tal parecía que debían conversar con su hija.

Llegaron a un claro cubierto por una alfombra de césped. En el otro extremo se situaba una lujosa cabaña que parecía una

construcción relativamente nueva. Hywel comentó:

—Yo sabía que contigo nada era tan simple ni sencillo.

Se extendieron las mantas en el tupido y fresco césped. Se sirvieron las canastas. Pan, queso, samosas, té especiado, limonadas, vino, frutas, dulces indios, sándwiches de pepino, entre otras delicias.

El ambiente se distendió con rapidez, saciaron el hambre y la conversación ligera reinó. Emily prefirió el silencio, su ánimo estaba por el suelo, y no era por el mareo. Su discusión con Edward le dejó un mal sabor de boca.

¿En qué punto la dignidad moría por esperar demasiado?

Edward era un hombre valioso, pero esa renuencia también señalaba que el amor era un tema complejo para él.

Ah, el amor.

Ese sentimiento tan natural en el ser humano, ¿cómo era posible temerle tanto? Si él no le contaba, sería difícil averiguarlo. Miró a Hywel. ¿Hacía cuánto conocía a Edward?

De pronto la voz de Minerva le allanó el camino.

—Cuéntenos, señor Welsh, ¿cómo conoció al señor Dutton?

—Lo conocí en Harrow, yo llegué con siete años y mi buen amigo ya me llevaba cuatro años de ventaja.

—Así que en Harrow… ¿Se refiera al pueblo o al internado?

—El internado, naturalmente. Vaya vida de aquellos años, para el olvido. Lo único bueno de ese lugar fue Edward. Ustedes ahora me ven alto, apuesto y fuerte, pero en aquellos años era pequeño y flacucho. Mi buen amigo me hizo más fácil la vida en ese lugar. ¿Cierto?

Edward forzó una sonrisa y alzó su copa de vino, con un tono satírico sentenció:

—Viva el *fagging* y la casa Gayton.

Aquella breve sentencia explicó tanto a todos que no quisieron preguntar más por los años de escuela. En los internados era tradicional el *fagging*, una práctica de obediencia en que los alumnos más jóvenes servían a los mayores hasta que pasaban a sexto año. Se pretendía incentivar la humildad.

«Los líderes del mañana deben saber lo que es servir y

obedecer», solían decir los defensores de aquella práctica, que muchas veces era abuso disfrazado de servilismo.

Toda clase de abuso. Incluso el sexual.

Emily pensó en sus hermanos, ellos también pasaron por aquello, pero supieron poner un límite a través de la unión y devolver los abusos con la misma moneda.

Estudió a Edward, él bebió el vino hasta el fondo y luego se masajeó la nuca. Ella recordó esa forma tan vehemente de decir que ninguno de sus hijos iba a pisar un internado…

Se le heló la sangre. No, no podía ser posible…

«Me iniciaron a una temprana edad y la experiencia fue más bien… nefasta.»

A Emily se le llenaron los ojos de lágrimas ante la terrible idea que se estaba instalando en su cabeza. De pronto, le dieron unas inmensas ganas de abrazar a Edward… Y no podía. Discreta, inspiró profundo una y otra vez para disiparlas.

Minerva, ignorante de las emociones de su hija, y sabiendo que el tema que estaba tocando era vedado, desvió el interrogatorio y dijo:

—Supongo que una amistad como la vuestra no costó para que perdurara a lo largo de los años.

Hywel sonrió, agradeciendo el cambio de tema y añadió:

—Seguí a Edward hasta Cambridge y más allá.

August intervino y dijo:

—Supongo que el señor Dutton ya tenía una distancia de cuatro años de estudios cuando lo alcanzó.

Hywel sonrió, ladino.

—Soy más inteligente de lo que parezco. Como Edward era mi amigo aprendí sus materias, por lo que en Harrow acorté la distancia tres años. Entré a Cambridge un año después que Dutton.

—Vaya, ¿y qué estudios cursaron?

Hywel miró hacia el cielo, haciendo memoria y repuso:

—Derecho. También tomamos unos cursos de matemáticas e historia. Nos mantuvimos alejados de teología, griego y latín tanto como pudimos.

August frunció el ceño y miró a Dutton:

—Si estudió matemáticas, ¿por qué contrató a Emy?

Edward se encogió de hombros y admitió:

—La verdad es que yo era un alumno regular, pero ha quedado demostrado que mi estimada señorita Montgomery sobrepasa, por lejos, el nivel de mis tutores en Cambridge. Mis estudios me sirvieron para tener los suficientes conocimientos e intelecto para no arruinar los negocios que heredé… —Miró a Sophie y Eleanor—. Y como ha dicho mi amigo, me mantuve alejado del latín tanto como pude. Lo poco que sé y recuerdo lo remito a expresiones populares. Sin embargo, les recomiendo que no hablen en esa lengua frente a Hywel, él era mucho mejor que yo.

Las hermanas de Emily se sonrieron y no se abstuvieron de medir el conocimiento de Hywel. Eleanor fue la primera en decirle a Sophie:

—*Numquid dominus Welsh dignus est fiducia nostra?*

—*Caute agite cum domino Welsh; est lupus in gregibus puellarum.*

Hywel rio a carcajadas y replicó:

—No recuerdo tanto el latín, pero las he entendido… ¿Qué respuesta sería buena para lo que han dicho?… Mmmmmmm… Oh, sí…—Carraspeó y dijo—: *Oves errantes solum sequor et capio.*

Sophie rio y repuso:

—Usted es peligroso, señor Welsh. Pretende saber poco, pero se ha delatado. —Arqueó una ceja y agregó—: Parece que incluso no puede dejar de presumir en latín. Tal vez le preste algún día un libro de Teología para mejorar su vocabulario.

La sonrisa relajada de Hywel pasó a ser lobuna cuando replicó:

—¿Y usted lo leerá conmigo, señorita Montgomery? Le prometo que seré un alumno devoto.

Sophie chasqueó la lengua y alzó la barbilla. Con su mejor tono de maestra replicó:

—Si quisiera un alumno, buscaría alguno que, al menos, tuviera el anhelo de redimirse.

Hywel no tuvo más remedio que reír.

Sophie lo estudió por un largo instante, más de lo apropiado, como si intentara descifrar algo detrás de esa expresión risueña.

Pero cuando Hywel arqueó una ceja con picardía, ella negó con su cabeza y retomó su rol de maestra.

—Podría ser un lobo, señor Welsh, pero hasta los lobos tienen sus debilidades… sobre todo cuando envejecen.

Hywel imitó el sonido de un disparo, se llevó la mano al pecho y fingió su muerte, desplomándose en el césped con dramatismo, provocando las risas y aplausos de los demás.

Se levantó e hizo unas exageradas reverencias, mientras Eleanor cortaba florecillas silvestres y se las lanzaba.

Edward, en medio de los aplausos, se acercó a Emily con discreción. La curiosidad fue más fuerte que su orgullo y le preguntó en voz baja:

—Solo entendí «Welsh» y «lobo»…

En los labios de Emily danzó una sonrisa taimada y tradujo:

—Eleanor le preguntó a Sophie si el señor Welsh era digno de confianza. Sophie fue más poética y le respondió: «Ten cuidado con el señor Welsh; es un lobo entre las manadas de doncellas».

—Veo que mi amigo no ha impresionado a sus hermanas. Es peligroso, sí, pero para aquellas que se ilusionan con sus galanterías baratas.

—Pobrecito… El día que se ponga serio, ninguna dama se atreverá a dar su corazón… Su reputación lo precederá y lo único que le va a quedar será comprar una esposa, la que no tendrá más alternativa que aceptarlo.

—Hywel no es un mal hombre.

—Como amigo, sin duda debe ser una buena persona. Él es como usted, huye… Si, al menos, pudiera entender el motivo.

—¿Y cuál fue la respuesta que Hywel le dio a su hermana?

Evasivas, evasivas…

—El señor Welsh dijo: «Solo sigo y capturo a las ovejas errantes»… Como puede ver, incluso él admite que no quiere ninguna clase de compromiso, las presas fáciles son sus favoritas.

—Supongo que algún día sentará cabeza.

—El señor Welsh lo admira, señor Dutton. —Lo miró directo a los ojos y añadió—: Quizás eso suceda cuando su mentor vuelva al rebaño y deje de eludir lo que de verdad importa.

Edward sostuvo ese duelo de miradas por incontables segundos. Emily era desafiante, y él sentía el peso de la conciencia como si fueran grilletes que lo mantenían prisionero. Quería explicarse, darle las razones y los motivos que ella merecía, pero cada palabra que surgía en su mente parecía tan inútil e insuficiente como él mismo. Apartó los ojos, estaba seguro de que, si continuaba con ese dulce tormento, su corazón lo delataría.

Dirigió su atención a las nubes que moteaban el cielo. Las palabras de Emily resonaban en su mente como el constante y profundo sonido del motor a vapor.

Por un instante, Edward abrió la boca, se vio tentado a hablar. Pero sus intenciones murieron en el umbral de su garganta. Se debatía entre ceder al peso de su miedo o aferrarse al anhelo de construir algo sólido con ella.

Parecía que cada decisión que tomaba lo llevaba a correr el riesgo de alejarla todavía más. Porque ese día sentía que, a pesar de estar uno al lado del otro, los separaba un inmenso océano de dudas.

Capítulo 8

Al día siguiente, Emily se levantó al alba para trabajar. Necesitaba mantener su mente ocupada.

Los sucesos de la jornada anterior fueron abrumadores y reveladores. Sentía que estaba en un punto muerto, no lograba comprender la renuencia de Edward a amar. Él parecía ser una ecuación sin solución, un enigma demasiado complejo para tomárselo a la ligera…

O rendirse a la ligera. Por eso continuaba ahí.

Lo malo era que aquel asunto no se podía resolver con una fórmula matemática. Las emociones no seguían patrones ni obedecían leyes lógicas. Y aquello la frustraba más de lo que deseaba reconocer.

Los asuntos del corazón eran más complicados de lo que jamás hubiera imaginado. Le enervaba no tener respuestas, indicios, nada con que trabajar. Por eso mismo prefirió hacer a un lado todo lo concerniente a los sentimientos, debía darle tiempo y espacio a ese hombre intratable… y de paso, a ella misma.

Resopló y miró las interminables columnas de números. Tarde o temprano encontraría esa maldita inconsistencia que le hacía perder dinero a Edward.

Ese era otro asunto complicado. Los movimientos contables del segundo año no tomarían dos días como el primero. Quizás cinco o más. La primera cosecha exitosa, solo confirmaba que no fue una pérdida de dinero anticiparse a expandir los terrenos de cultivo, y la producción se triplicó y, junto con ella, también la información contable.

Se zambulló en cálculos, estadísticas y documentación. Comprobaba sus resultados dos veces antes de avanzar. Las cuentas del ábaco, con su veloz repiqueteo, no dejaban de dar cifras.

De pronto, alguien golpeó la puerta. Emily detuvo sus cuentas, hizo una anotación y dio su venia sin levantar la mirada.

No pasaron ni dos segundos y una estela de vetiver anunció al portador de la fragancia.

Edward.

—Buenos días, querida. El desayuno está servido, ya son las diez.

Emily miró el reloj para corroborar. No era que desconfiara de Edward, sino que se trataba de un acto que hacía por pura costumbre. Cuando alguien le lanzaba la indirecta de que llevaba demasiado tiempo concentrada, ella buscaba justificarse con que no habían pasado tantas horas.

Por lo general, fallaba, y esa vez no fue la excepción.

—No me di cuenta… Voy ahora, señor Dutton.

Edward frunció el ceño. Tal parecía que el trato formal no fue solo un berrinche de un día. Escuchar ese tono frío y distante le producía un extraño dolor en el pecho, como el nudo de una soga que lo constreñía con cada respiración.

Emily se levantó. No obstante, antes de que ella hiciera el intento de salir, Edward preguntó:

—¿Desde qué hora estás trabajando? —Tarde se dio cuenta de que su tono fue más severo del que pretendía. Apenas podía manejar la suposición de que ella quisiera evadirlo.

—¿Por qué lo pregunta? —Y ahí estaba el tono a la defensiva.

Edward fingió demencia y replicó:

—Curiosidad.

—Estoy aquí desde las seis.

Sí, era un hecho, ella lo quería evadir. Una intoxicante mezcla de indignación y preocupación lo asaltó. Ah, ese cortejo no tradicional era todo un desafío para sus nervios.

Emily era un desafío para sus nervios.

—¿Y por qué no me avisaste?

Emily se encogió de hombros. Ella también podía fingir demencia.

—No lo vi necesario, ya conozco todos los procesos. Si hay algo que no pueda entender, se lo consultaré.

—No quiero que te excedas de esa manera. No has probado bocado desde ayer y no fue un buen día para ti, con suerte comiste naranjas.

—Como usted dijo, ayer no me sentía bien, señor Dutton. No se preocupe, hoy me alimentaré.

—Si no vengo a buscarte, no hubieras desayunado hasta quizás qué hora.

—Señor, mis hermanas o mis padres no lo hubieran permitido.

—Hoy no. Anoche, Hywel los convenció de ir de paseo a unas ruinas romanas que están en estas tierras. Partieron hace una hora, no quisieron perturbar tu supuesto descanso.

Los ojos de Emily se desorbitaron.

—¿Estamos solos?

—Técnicamente, no. Está el servicio doméstico… —La amonestó con la mirada y añadió—: No soy un lobo que se comerá a la inocente oveja… ¿En serio no volverás a llamarme por mi nombre?

—No hasta que deje de ser tan obstinado.

—¿Obstinado yo?

—No, el Príncipe Alberto. ¡Claro que usted! —Se rascó la sien, había levantado la voz como si fuera una maestra aleccionando a su alumno. Esa conversación se estaba caldeando más de lo prudente, y tal parecía que Edward no necesitaba espacio, sino todo lo contrario. Era mejor ceder un poco y repuso—: Edward, si quieres que lo nuestro funcione deberías confiar en mí…

Su nombre en la voz de Emily fue como la rama de olivo que lo liberó de esa opresión en el pecho. Acortó la distancia entre ellos, mas no se atrevió a tocarla para no perturbar esa incipiente paz.

—Pero sí confío en ti.

—En la práctica no, solo a nivel profesional… y lo entiendo, recién nos estamos conociendo. Cada uno ha puesto sus términos y condiciones sobre la mesa, pero vamos en direcciones opuestas. En vez de acercarnos, nos alejamos. Tenemos que encontrarnos en el medio… Medítalo unos días, qué es para ti un punto medio y volveremos a tratar este asunto. —Extendió su mano y añadió—. Mientras tanto, seamos amigos, ¿te parece?

Edward miró esa mano que esperaba ser estrechada… No todo estaba perdido.

El apretón fue firme, decidido.

—Amigos… ¿Vamos a comer?

—Sí, estoy famélica.

*****

Y los días pasaron. Cinco para ser más precisos.

Una extraña y rutinaria cordialidad se instaló entre ellos. Y también algo más, el anhelo.

Edward, para ser más justo con Emily, cesó con sus avances físicos. Dejó de buscar el roce, la cercanía, el calor. Y fue tortuoso.

Para ambos… Y se les daba bien disimular que no pasaba nada.

Emily se dio cuenta de que también necesitaba esos momentos de exquisita tensión; esa incertidumbre de no saber si él iba a avanzar un paso más hacia ella, o no. Se había convertido en algo que era parte de ellos, de su forma de relacionarse.

Se preguntaba cuándo él encontraría las respuestas… O si se tomaría la molestia de buscarlas.

Si la encontraría en el medio…

*****

Esa noche, después de la cena, todos disfrutaban en pequeños grupos. Hywel jugaba *Vingt-Un* con Sophie y Eleanor. Minerva tocaba el piano junto con Emily. Edward conversaba con August, él le narraba los pormenores del juicio que tuvo el duque de Ravensworth hacía veinticinco años…

—Si hubiera visto la cara de ese pobre juez cuando la duquesa confesó que ella era Emmet Cross, lo que echaba por tierra la acusación de conducta inmoral y sodomía que pesaba sobre su esposo. Nunca vi a alguien palidecer tan rápido.

August y Edward rieron, uno recordando y el otro, imaginando.

—Vaya, solo sabía que había ganado el juicio, pero no los detalles.

—La gente tiene mala memoria, por lo general.

—Y la recupera cuando les conviene.

—Sí… Bien lo sabemos Minerva y yo… No falta el que se pasa de listo y la llama lady Somerton frente a mí, solo para acentuar que soy inferior a ella y para restregarle en la cara que fue la esposa de un marqués… y una adúltera.

Esa palabra solo le traía malos recuerdos a Edward. Arqueó

sus cejas con genuina sorpresa, ¿de verdad había escuchado bien?... No pudo evitar mirar a Minerva de soslayo…

—¿Adúltera?

August esbozó una sonrisa socarrona.

—Veo que tampoco conoce todos los detalles de esa historia.

—Algunos, pero no desde esa perspectiva. Sé que el antiguo marqués abandonó a su suerte a su esposa y a sus hijos. Tiempo después, ese hombre falleció y ella se casó con usted.

—Es un buen resumen. Somerton desapareció durante meses y Minerva buscó la protección de su hermano en Cragside. —La miró de reojo—. Ella fue mi amor de juventud, la vida nos separó durante veinte años… Ambos habíamos tomado decisiones que fueron lo mejor en esa situación, y estábamos en ese punto en el que solo se vive por inercia; ella fue abandonada, yo era viudo. Pero ese oscuro momento fue el regalo que nos dio el destino para volver a retomar lo nuestro. Al fin y al cabo, nunca dejamos de querernos.

»Somerton seguía vivo, quién sabía dónde, pero ya no queríamos esperar más. Para muchos miembros de la sociedad, ella fue una adúltera… hasta que su esposo murió. Tampoco respetamos el luto, nos casamos un par de meses después de ese hecho. Si no fuera porque los hermanos de Minerva y sus amigos contrataban mis servicios, yo no habría podido darles la vida que tienen ahora, nos habrían relegado al ostracismo. Gracias a ellos, me hice de un nombre y una reputación.

Edward observaba a August con atención. No vio falsedad en su relato… Ese matrimonio no era una farsa. ¿Era posible que fuera tan perfecto?

—Ustedes se ven muy unidos… —Hizo una pausa, sus ojos se desviaron hacia Emily por un par de segundos—. ¿Puedo hacerle una pregunta íntima?

August sabía que esas preguntas no eran simple curiosidad. Edward siempre miraba Emily, pero sentía que algo extraño pasaba entre ellos. Los primeros días parecían congeniar de una forma especial, pero luego se percibía cierta distancia. Era evidente que Edward era un mar de dudas… y él las disiparía.

—Por supuesto, soy todo oídos.

—¿Todavía ama a su esposa o solo está acostumbrado a su matrimonio?

August sonrió. No era la primera vez que le preguntaban algo así. Y siempre contestaba:

—La amo con todo mi corazón. Ciertamente, no siento lo mismo que a los quince años, o que a los treinta y cinco, o ahora… El amor no es inmutable; hay días que la amo, en otros la adoro. A veces la veo y no puedo creer que todavía esté a mi lado, el hijo de un panadero… Quizás esa pequeña chispa de inseguridad, de lo frágil que es la vida, nos ha mantenido unidos, nos impulsa a no dejar de demostrarnos cuánto nos amamos, que seguimos caminando en la misma senda… Mi amor por ella no ha menguado ni por un instante.

Edward no podía decir que August mentía. Pocos hombres se exponían a hablar con tanta libertad sobre sus sentimientos hacia sus mujeres.

Quería saber más.

La música del piano capturó sus sentidos. Era una melodía serena, como una tarde apacible de verano. Minerva tocaba junto a Emily, se imaginó un futuro lejano, madre e hija compartiendo un momento especial, y él un orgulloso espectador. De pronto, sus dudas y aprensiones parecían desvanecerse. ¿Por qué eran tan reales esas visiones? Era como si su vida se llenara de luz y calor. ¿Así se sentía el amor? ¿Podría manejar algo tan inmenso e impredecible?

Su atención volvió a ese hombre que parecía conocer las respuestas… O gran parte de ellas.

—Usted describe todo como si no tuvieran problemas entre ustedes. ¿Nunca han peleado?

—No lo calificaría como peleas. Claro que hemos discutido, nos hemos enfadado, pero nunca quebramos una regla esencial: están prohibidos los insultos y levantar la voz… Por lo general, al final del día, el asunto ha sido olvidado después de haber conversado con la cabeza fría… De hecho, una de las pruebas más duras en un matrimonio son esos momentos en que el otro tiene el poder para destruirte, y no lo hace, porque te ama. Nunca hay que discutir

cuando se siente ira, es una consejera peligrosa.

Edward sabía lo peligrosa que era la ira. Sus padres sucumbían ante ella a la menor provocación. Sus peleas eran descomunales. Gritos, insultos, promesas rotas plagaban su memoria, y le hacían sentir como un niño que prefería cubrir los oídos de su hermano para que no escuchara en toda su magnitud esas guerras verbales. Las voces de sus padres eran un eco maldito que lo asaltaba y no lo dejaba ir. «Un matrimonio fundado en el amor no siempre resulta», pensó con acritud.

Miró a August, sus palabras sinceras parecían cuestionar sus creencias. ¿Cuál era el secreto, esa fórmula perfecta que unía a marido y mujer en vez de separar?

—Entiendo… Supongo que ustedes no han sufrido crisis que amenacen su estabilidad.

—Las hemos tenido, claro… financieras, esas son las peores, ponen a prueba todo. Unimos nuestras familias, y de la nada era tener cuatro hijos estudiando, y después concebimos tres más. Aquello trajo consecuencias… El título de Somerton estaba en la ruina y teníamos un marqués demasiado joven como para tomar decisiones, pero que debía aprender. —Sonrió con una dulce nostalgia. Un gesto raro para describir una crisis—. Minerva fue la que me dio motivos para no bajar los brazos. Mientras yo trabajaba, ella se ocupaba de la casa, era parte de la Fundación Hope, compartíamos la crianza de nuestros hijos y la carga que significaba mantener a flote el marquesado. Nuestros familiares nos ayudaban en la medida de lo posible, y nosotros teníamos un solo objetivo, no endeudarnos. Fueron unos diez años bastante complicados, pero logramos salir airosos. Todo se fue arreglando en el camino. —Suspiró, satisfecho—. Lo mejor del día era la noche, cuando solo me bastaba abrazar a Minerva y escuchar cómo fue su día… A veces me quedaba dormido y ella parecía ser incombustible. Siempre fue más enérgica que yo, rara vez se cansa…

Edward se imaginó a Emily recibiéndolo entre sus brazos después de un día intenso, compartiendo el calor, los silencios que decían más que un millón de palabras y promesas. ¿Podría construir con ella algo así? ¿Duradero, cálido… indestructible? Aquel

pensamiento era tentador, a la par de abrumador.

—Emi… —Carraspeó—. Ya veo de dónde sacaron tanta energía sus hijas.

—Incombustibles como el sol.

La voz de Hywel llegó hasta ellos, cuando dijo:

—¡No puede ser! ¡Son unas ovejitas tramposas!

Sophie y Eleanor rieron con descaro.

Emily, sin dejar de tocar el piano, las reprendió:

—El señor Welsh no es como nuestros hermanos, no cuenten las cartas, jueguen limpio.

Sophie puso sus ojos en blanco y repuso:

—Él también hizo trampa. Hace un rato escondió una carta en su manga.

—¿Yo? Eso se llama difamación. Señor Montgomery, contrataré sus servicios para demandar a sus hijas.

August solo repuso:

—Yo no me meto en peleas de niños.

Eleanor jadeó con falsa indignación, recogió una carta del suelo y dijo:

—¿Que no había hecho trampa? Aparte de tramposo, mentiroso. Esto se acaba de caer de su manga.

Sophie alzó su barbilla y repuso:

—Aun así, he ganado. —Estiró su mano—. Pague, señor Welsh.

Hywel se quitó un anillo de su dedo meñique y lo dejó caer sobre la palma de Sophie. El oro y el ópalo relucieron.

—Aquí tiene, ovejita negra.

—La más negra y descarriada. No lo olvide.

Emily rio y ejecutó las últimas notas de ese dueto de piano. Minerva aplaudió y el resto la imitó. Le encantaba tocar con su hija y preguntó:

—¿Quieres tocar otra?

—Claro, elige.

Mientras Minerva revisaba las partituras, Emily miró de reojo hacia donde estaba su padre. Justo coincidió con los ojos de Edward por un breve instante. Sus pulsaciones se aceleraron…

—Mamá…

—Dime, cariño.

Emily se acercó más a Minerva y su voz se convirtió en una rápida murmuración:

—¿El amor puede surgir en un matrimonio por conveniencia, o es una mentira que la gente dice para convencer a las mujeres para que acepten cualquier cosa?

Minerva arqueó su ceja, eligió una partitura y la hojeó. En honor a la discreción, el acuerdo tácito era fingir que estudiaban la música.

—Creo que en contadas ocasiones nace el amor verdadero, como sucedió con los Wexford. Ellos primero acordaron casarse, pero se enamoraron durante su compromiso… —Cambió la hoja—. Con la conveniencia, se corre el mismo riesgo que casándose enamorada. También he visto matrimonios que empezaron con amor… o con pasión diría yo, y terminaron siendo un fracaso… ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno… —Emily tocó los primeros acordes, tanteando la melodía.

Minerva la acompañó y sus palabras sonaron más a confirmación que a conjetura:

—El señor Dutton te ha propuesto matrimonio.

—Más o menos… Él me ofrece un enlace por conveniencia, pero yo no deseo eso para mí, sino un matrimonio por amor. Hemos acordado conocernos mejor, supuse que así podría obtener lo que quiero.

—Oh, ya veo… ¿Y tú sientes algo por él? —Emily no contestó de inmediato, lo cierto era que había evitado hacerse esa pregunta a sí misma—. ¿Te gusta? —Emily asintió—. ¿Mucho?

—Bastante… Bastante mucho.

—¿Y él?

Emily presionó las teclas con fuerza.

—Solo sé que le atraigo lo suficiente como para haberme propuesto un matrimonio por conveniencia… No se atreve a ir más allá.

—Y dime, esto del problema financiero...

—Oh, es muy real, mamá… No fue una excusa barata. Fue un

problema conveniente para ambos… Sé que lo nuestro podría crecer, pero siento que él tiene miedo.

—Bien… —Suspiró—. Entonces, ¿lo que deseas saber es hasta dónde puedes arriesgarte? —Emily asintió—. Oh, cariño, siempre quieres tener las respuestas, y en asuntos del corazón pocas veces se obtienen en el momento correcto… Lo único que puedo decirte es que, si no hay confianza, ningún matrimonio, sea por conveniencia o por amor, resulta exitoso… Considero que ambos necesitan trabajar en eso y eso solo se logra precisamente como lo están haciendo, conociéndose… Veo que tú has dado el primer paso… Creo que él no tardará en dar el siguiente.

Emily resopló.

—Está poniendo a prueba mi paciencia. —Emily sabía que aquello era una virtud, mas a veces se sentía como si estuviera arrastrando una roca. ¿Cuándo sabría que ha sido demasiado? Corría el riesgo de que el verano se convirtiera en invierno.

Minerva rio.

—Todos los días es puesta a prueba… A muchos hombres les cuesta asimilar que también son capaces de sentir. Yo tuve la suerte de que tu padre sabía lo que quería desde el principio. —Le sonrió a su hija, Se inclinó hacia ella, dándole un cariñoso empujoncito—. Recuerdo cuando August volvió a mi vida, también me cuestioné si valía la pena arriesgarse por amor. Había cometido errores graves en el pasado, tomé decisiones apresuradas, desesperadas que me costaron caro… El amor es confianza y fe. Tu padre se arriesgó primero, eso me dio fe. La confianza se fue construyendo y nutriendo, con pequeñas grandes muestras de amor, paciencia y aceptación. No se da de un día para otro.

—Comprendo… Es que ustedes lo hacen ver tan fácil.

—No lo es, pero cuando funciona, vale la pena. No existen los sacrificios ni los esfuerzos. Simplemente, se entrega y se recibe con amor y gratitud.

Sí, ella había dado el primer paso, faltaba que Edward tuviera fe en ella, en ambos.

Sin perder el ritmo de la melodía que ejecutaba, le devolvió el cariñoso empujoncito en el hombro a Minerva.

—Gracias, mamá. Eres la mejor…

—Gracias por confiar en mí, cariño. Cuando lo desees estaré para ti. Solo quiero ser la madre que nunca tuve. Que tus tribulaciones sean menores que las que padecí…

—Lo has conseguido con creces… te amo.

Emily miró de reojo a Edward e inspiró largo y profundo. ¿Cómo podía ser el sol que derrite el hielo? ¿Cómo ser el verano?

No tenía todas las respuestas. No obstante, sí tenía una certeza; si Edward no daba el siguiente paso, ella no iba a esperar para siempre en el medio. El verano no podía llegar solo, a veces había que hallar la forma de invitarlo.

Debía estar atenta a las señales, Edward Dutton no dejaba de enviarlas, aunque él parecía no darse cuenta de ello. Emily pensó que, si quería invitar ese esquivo verano, debía asegurarse de que él estuviera dispuesto a recibirlo…

Esperó que eso sucediera pronto.

Capítulo 9

Edward se detuvo frente a la puerta de la sala de Emily. Sus pulsaciones eran rápidas y contundentes, incluso temía que ella pudiera escuchar su corazón desde el otro lado.

Ni siquiera cuando fue un escolar sintió tanto miedo de abrir una puerta. Y es que, a diferencia de esa época oscura, no sabía lo que iba a pasar cuando lo hiciera.

La noche anterior casi no pudo dormir. En su mente repasaba una y otra vez su conversación con August, rememoraba todos los momentos vividos con Emily, con los Montgomery y con su propia familia.

Se atrevió a reconocer a sí mismo que solo quería un matrimonio por conveniencia para no correr ningún riesgo, así protegería su corazón y su mente de las posibles tormentas que caían sobre los esposos.

Se armó de valor para sumergirse en la memoria y recordar qué era lo que se gritaban sus padres, qué se reprochaban.

«Yo no soy la única que tiene amantes, Walter. ¿O acaso no cuentan las esclavas con las que te acuestas?».

«Al menos no me paseo con ellas frente a todos en Hyde Park. A ti te encanta restregarme en la cara tus trofeos».

«No quiero seguir peleando».

«Perdóname, esta fue la última vez».

«Te amo, Frannie».

«Te amo tanto que duele, Walter».

«¿Cuántos meses estarás afuera? Llévame contigo».

«No, tienes que llevar la casa y los niños. Tu deber es asistir a los eventos sociales en mi nombre».

«Estoy sola, tan sola».

Espejos rotos, porcelanas rotas, corazones rotos…

Llantos, alaridos, sollozos…

Silencio, indiferencia…

«Deja de fastidiar, lo tienes todo».

«¡Estoy enferma gracias a ti, miserable! ¡Me has contagiado esa peste!».

«¿Y cómo sabes que fui yo? ¿No habrá sido el último que te folló?».

«¡Cállate, me voy de esta maldita casa!».

Cuando Edward miraba a los Montgomery no veía nada de eso. Ellos irradiaban una calidez que él no podía describir del todo. Y cuando imaginaba su posible vida con Emily, la frialdad no tenía cabida. Sabía que ella se entregaría en cuerpo y alma, tal como lo hacía con sus matemáticas. Nada en ella era a medias.

Él tampoco era un ser mezquino, le daría el mundo y quería hacerla feliz… No quería causar dolor, ira… desdicha.

No quería arrepentimientos.

No quería que sus hijos sufrieran las consecuencias, que se sintieran como si estorbaran.

Inspiró hondo. Dio tres golpecitos y esperó diez largos segundos. Era lo que ella tardaba en contestar.

—Adelante.

Edward relajó los músculos de su cuello y abrió la puerta.

Emily era una persona de costumbres. Apenas él entraba, ella no levantaba la mirada, solo decía:

—Buenas tardes, Edward.

Y él, como todos los días, respondía:

—Son las cinco, querida. Suficiente por hoy.

Ella consultaba el reloj, hacía una última anotación y se dignaba a mirarlo a los ojos.

Y le sonreía. Dios, amaba esa bienvenida. Cuando ella… No, cuando los Montgomery tuvieran que irse de su casa, no sabía qué iba a hacer con el silencio y la soledad. Ranjit y el servicio doméstico no iban a ser suficientes. Si no hacía que funcionara, si la perdía…

No se imaginaba a otra mujer en su casa, ni siquiera se podía poner en la situación de cortejar a nadie más que a ella.

Emily se levantó y fue a su encuentro.

—¿Vamos a tomar el té?

—Primero quiero llevarte a la galería. Los demás todavía no vuelven del paseo en bote. —Emily arrugó su nariz, feliz de haberse perdido ese «seductor viaje». Edward rio y añadió—: Extrañarán a Hywel, mañana se va a Londres al matrimonio de su hermana.

—El señor Welsh se ha ganado nuestra simpatía y cariño.

—¿Más que yo?

—¿Estás celoso?

—Quizás.

—Quizás es mejor que negarlo.

Edward le ofreció el brazo y ella lo tomó.

Mientras caminaban al mismo compás por el pasillo, Emily preguntó:

—¿Al fin me vas a mostrar tus esculturas especiales?

—Quizás…

Emily sonrió al escuchar esa pícara evasiva que parecía más un sí que un no. Una señal.

Se aferró a ella. Estaría atenta.

Al entrar a la majestuosa galería, la sonrisa de Emily se amplió aún más. Era impactante esa muestra de arte indio que colmaba vitrinas, atriles y paredes: armas, esculturas, pinturas, ilustraciones, ropa y joyas.

—Creo que nunca me cansaría de admirar tu galería, Edward. ¿Cuánto has tardado en coleccionar todo esto?

—Veinte años. Todo empezó con el primer viaje que hicimos con mi padre… —No quiso mencionar a John, su hermano. Intentaba omitirlo en todo lo posible—. Cuando tenía unos quince años nos llevó con él a uno de sus viajes de negocios. Estuvimos unos dos años fuera de Inglaterra…

—¿Y el señor Welsh se quedó solo en el internado?

Edward arqueó una ceja, su expresión era pícara.

—¿Tú qué crees?

—Fue con ustedes.

—Sí, esa fue la única vez que le rogué a mi padre por algo. —Forzó una sonrisa—. Para mala fortuna del padre de Hywel, su hijo volvió convertido en otra persona, en una que ya no quería seguir sus pasos. El viejo Welsh no me soporta.

—Lo lamento mucho.

—Por eso Hywel estará en Londres lo justo y necesario para la boda de su hermana… En fin, ¿en qué iba?

—Los años en la India.

—Ah, sí… Bien, las personas con las que hacía negocios siempre le daba obsequios a mi padre, él los recibía con gratitud, pero cuando se iban, los dejaba en cualquier parte. Yo los guardaba y me fui apropiando de ellos. A él no le importaba.

Él detuvo sus pasos y se quedó mirando un ostentoso retrato familiar, era casi tan alto como Edward.

Emily conjeturó que en aquella pintura Edward tendría unos siete u ocho años. Se imaginó tener un hijo parecido a ese niño, pícaro, vivaz corriendo hacia los brazos de su padre…

Edward interrumpió esa ensoñación cuando agregó:

—A mi padre le gustaba el dinero que podía extraer de la India, pero despreciaba la cultura. La consideraba inferior e inmoral… Bueno, todo lo que no fuera europeo lo catalogaba de esa forma, para él eran casi animales salvajes. Él nunca entendió por qué yo guardaba la basura que le regalaban, hubiera preferido que fundiera el oro, desmontara piedras preciosas, vendiera las ilustraciones… Pero…

—Pero tú amabas toda la cultura.

—Sí, es extraño. No sé por qué me fascina tanto. Quizás es la forma de ver la vida de los antiguos habitantes antes de que llegaran los colonizadores y arrasaran con todo… Era una especie de paraíso perdido. De alguna forma, ahí encontré paz.

Y su memoria se remontó a un recuerdo específico, cuando uno de sus tutores en India le enseñó sobre un aspecto fundamental del hinduismo: el *karma*. Un dogma que, en términos simples, establecía que todo en la vida se devolvía, acciones, palabras y pensamientos. Causa y efecto. Se dio cuenta de que él, sin saber, regía su vida bajo ese precepto. Aquello reforzó su actuar… aunque hubo muchas veces en que se preguntaba qué mal había hecho como para recibir tantas desgracias.

Quizás fue una mala persona en una vida pasada. Tal vez en esta nueva oportunidad de vivir estaba aprendiendo a sufrir y apreciar las grandes y pequeñas bendiciones.

Volvió al momento cuando Emily señaló:

—Creo que ese país te mantuvo centrado y le dio su lugar a las cosas.

Él le dedicó una breve mirada. Ella seguía observando el retrato familiar.

—¿Qué ves en esa familia? Dime la verdad.

Emily miró a Edward a los ojos, pudo ver la inquietud, la incertidumbre… Un ruego. Ese momento era importante para él. Algo cambió en el aire, y no estaba precisamente relacionado con el aroma reinante en la galería; cera de abeja y los vestigios del incienso.

Inspiró y volvió a observar el retrato.

—Te pareces mucho a tu padre, mas tus ojos son idénticos a los de tu madre: cálidos, intensos… tristes. Tu padre me da la impresión de que era un hombre apasionado pero inflexible. Su postura es rígida, marcial… Tu madre era hermosa; sin embargo, es una belleza vacía, infeliz… exhausta… Me da la sensación de que no quiere estar ahí, está sentada, pero su postura es como si estuviera preparada para huir en cualquier segundo. —Edward apretó los labios, sus nudillos palidecieron al empuñarse con fuerza. Cada palabra de Emily era como un cuchillo que cortaba capas y capas de recuerdos enterrados, y al mismo tiempo, exponía un dolor que nunca había enfrentado del todo—. Tu hermano también se parece a tu padre, y sus ojos tienen algo inquietante; es inocente, pero mira directo, serio… frío, es como si tuviera mucha rabia en su corazón.
—Las lágrimas reflejaron su sentir, no tardaron en nublar su vista—. Tú sostienes su mano, eres el único que se aferra a alguien… Todos se encuentran en el mismo espacio, pero no hay contacto… están separados, dispersos…

Su mentón tembló. No pudo seguir hablando, el pecho de pronto se le oprimió. No sabía si había dicho demasiado, pero a medida que describía a las personas de ese retrato, no pudo sentir más que compasión y el deseo de consolar a ese pequeño, decirle que no estaba solo, que era capaz de inspirar amor.

Se refugió en los brazos de Edward con fuerza y sollozó en su pecho. Él luchó por deshacer el nudo que apretaba su garganta y respondió al abrazo de Emily, abrumado por ese análisis preciso de las personas que componían esa familia. Ella describió todo con escalofriante claridad, como si hubiera podido ver a través de ellos.

Se sentía desnudo, despojado de cualquier coraza que pudiera protegerlo.

Emily sollozaba entre sus brazos y, por extraño que pareciera, aquello lo tranquilizaba y lo liberaba de un peso que no sabía que cargaba. Besó la coronilla de ella y la abrazó más fuerte.

—Mis padres se amaron… Se odiaron… Se destruyeron… Y nosotros siempre permanecimos en un rincón, como si fuéramos espectadores de su vida. No podíamos hacer nada… En todo caso, ¿qué pueden hacer un par de niños que apenas entienden lo que ven y escuchan?

»Cuando tenía nueve años, mi madre se fue de casa y no supimos nada de ella hasta cinco años después. Antes de eso, no llegó ni una carta, ni un rumor. Falleció en París… creo que fue a causa de alguna enfermedad venérea, no sé con exactitud. Una amiga de ella la acogió y le escribió a mi padre cuando sucedió… Todavía puedo recordar el rugido de su voz llamándola, maldiciéndola, el sonido de las sillas estrellándose en el suelo, los vidrios quebrándose. Yo no me atreví a salir de mi habitación, el día anterior había vuelto del internado… —Inspiró entrecortado—. ¿Me odiarías si te dijera que no me dolió tanto su muerte, su abandono? No era una madre cariñosa, ni cercana. No recuerdo que nos acariciara o que nos cantara una nana… Me dolió y sufrí más la muerte de Rose, la niñera que nos crio.

Las lágrimas de Emily fueron absorbidas por la ropa de Edward. Se sorbió la nariz y le respondió con su voz colmada de pesar:

—¿Cómo te voy a odiar por eso? ¿Por no amar a quien no te demostró afecto? Puedo entender tu sentimiento, en cierto modo, en mi familia también fue así. Era algo parecido a lo que les sucedía a mis hermanos mayores, Frank y Ernest. El antiguo marqués era solo su padre por haberlos engendrado. El amor lo encontraron en mi papá, así como tú lo encontraste en Rose. Ella crio y formó al hombre que eres ahora… Supongo que sientes lo mismo respecto a tu padre.

—Mi padre me aterraba… Yo intentaba no molestarlo, ser invisible. Toda mi vida me limité a obedecer y aprender de él lo relacionado con el negocio, pues yo lo heredaría. Era mi deber…

—Volvió a mirar el retrato—. Y John… Bueno, creo que nunca lo conocí de verdad. Amaba a mi hermano, siempre traté de protegerlo, pero fallé tantas veces... Jamás imaginé que se convertiría en un monstruo… Fracasé en lo único que no debía fracasar… yo…

No pudo seguir hablando. Su garganta se cerró. Era la primera vez que verbalizaba lo que habitaba en su mente, en sus recuerdos y en su corazón.

Si es que se le podía denominar de tal manera a ese órgano que no tenía una idea clara de cómo era posible amar sin odiar.

Emily atrajo la atención de Edward a ella, enmarcó su rostro y sus miradas vidriosas se encontraron.

—Edward, querido. No fue tu fracaso, no decidiste por él, no pusiste la daga en su mano… Él era diferente a ti. Tal vez todo lo que vivieron le afectó y lo interpretó de otra manera más terrible, profunda y retorcida, pero eso no fue tu culpa, no había forma de predecirlo.

Él estrechó a Emily entre sus brazos con fuerza. Era como si ella lo sostuviera para no ahogarse en el pesar que traían los recuerdos. Las acertadas conjeturas de la mujer que respondía a su abrazo con la misma intensidad lo impulsaron a hablar, a exponer a la luz lo que vivió con su familia.

Ambos compartieron el calor del consuelo. Los sollozos de Emily se transformaron en un llanto que bañó el pecho de Edward, y él se vio envuelto por un sentimiento ligero, luminoso, como si el lamento de ella lo purificara de cierta manera. Él respiraba con dificultad, apretando la mandíbula para no llorar, porque si sucumbía, temía que no podría detener las lágrimas.

La galería se ensombreció. Afuera, unas errantes y algodonosas nubes cubrían el sol.

No sintieron el paso de los minutos, inmersos en el consuelo y esa leve penumbra. De pronto todo sonido desapareció, solo se escuchaban sus respiraciones que, poco a poco, volvían a ser pausadas y regulares. Casi al mismo compás.

Edward sintió que esa mujer que tenía entre sus brazos era quien arrancaría de su alma las sombras de su pasado. En ese

preciso momento, supo que luchar por ellos no era una opción, era su ineludible destino.

Emily se atrevió a mirar a Edward. Sus ojos enrojecidos decían más que cualquier explicación.

—Gracias por confiar en mí. Lo aprecio mucho… Si te sirve de algo, creo que a pesar de todo lo que has vivido, has elegido ser un buen hombre, a no dejar que el dolor devorara tu integridad, tu bondad y tu honor. —Esbozó una sonrisa tímida, y sintió el deseo de darle una señal más explícita.

Se empinó sobre la punta de sus pies y le besó la mejilla.

Edward arqueó sus cejas, impactado por aquel tierno gesto. Era la primera vez que le sucedía algo así.

El sol regresó iluminando la galería y todo fue más claro.

Se tocó la mejilla, quería asegurarse de que ese inocente y cálido beso fue real. El suave roce de los labios de Emily fue como un haz de luz en medio de la oscuridad. Edward se permitió imaginar una vida llena de esos gestos, que el amor no estuviera teñido de ira, dolor, violencia, odio y miedo.

Quiso hablar… pero su voz no alcanzó a salir de su boca. Justo en ese momento, la alegre cacofonía de las risas de Hywel y las hermanas de Emily irrumpieron en medio de la quietud.

Ese íntimo instante se diluyó, mas ni Edward ni Emily lo lamentaron. Ambos habían dado un paso más para encontrarse en el medio.

Antes de ir a la búsqueda de Hywel y los Montgomery, Edward se atrevió a besar la frente de Emily y luego dijo:

—Estoy seguro de que esto va a funcionar… Otro día te mostraré el resto de la galería.

Emily tenía la misma fe. Esbozó una sonrisa y repuso:

—Esperaré impaciente, no te tardes.

Él le guiñó.

—No lo haré.

*****

Dos días después, temprano en la mañana, las cuentas del ábaco de

Emily se detuvieron de golpe.

Frunció el ceño y susurró:

—No puede ser. Esto no tiene sentido.

Por un segundo, Emily temió haber cometido un error. ¿Y si todo era solo una coincidencia?... Pero las cifras no mentían, era imposible. Había notado patrones, pequeños detalles que encajaban demasiado bien. Su pecho se oprimió al imaginar lo que podría estar ocurriendo bajo las narices de Edward.

Inspiró profundo para calmar sus latidos que se dispararon ante la expectativa de haber hallado un hilo del cual tirar.

Empezó a calcular de nuevo, más lento, con calma.

Anotó la cifra final, se levantó y se dirigió a los anaqueles de los documentos que respaldaban los movimientos contables. Eligió el tomo correspondiente al primer trimestre del año 1842.

Al revisar notó que justo las hojas que contenían la información de interés mostraban cierto desgaste; se encontraban más sucias, con las puntas dobladas. Era un detalle pequeño, pero suficiente para sospechar y encontrar algún tipo de señal.

Luego continuó revisando los siguientes trimestres.

Después, los de 1843.

Y los de 1844.

Tras una hora de frenética búsqueda, Emily jadeó…

—Por Newton, Euler y Gauss… Ya no hay dudas.

Apresurada, tomó todos los libros, el registro contable y salió corriendo.

Todavía era temprano, Edward debía estar durmiendo. No le importó, subió las escaleras y se dirigió al ala donde se encontraba la alcoba de él.

Golpeó la puerta y llamó:

—¡Edward! —Volvió a golpear—. ¡Edward!

Casi de inmediato se escuchó una maldición ahogada, y tras un instante, la puerta se abrió.

Emily entreabrió su boca, no esperó encontrarse con semejante deleite visual de ver a un hombre en la plenitud de su madurez, desnudo de la cintura para arriba. El pecho ancho de piel bronceada, musculoso y cubierto de un fino vello que se perdía en la cinturilla

del pantalón de seda roja.

Fue un error bajar más la mirada, se marcaba un promontorio bastante… impresionante.

—Emily, ¿qué pasó? ¿Estás bien, querida?

La voz de Edward y las manos de él tomándola por los hombros la sacó de ese efímero estado de perplejidad y curiosidad. Parpadeó y recordó por qué estaba frente a la puerta de su alcoba.

—¡Lo encontré! ¡Ya sé a qué se debe la inconsistencia!

Edward miró a ambos lados del pasillo y la instó a entrar.

—Muéstramela.

Cerró la puerta tras ellos y la guio al pequeño escritorio que había en un rincón, al lado de la ventana. Emily no le prestó atención a la inmensa cama, ni a la decoración de la estancia. Solo podía percibir la presencia y el aroma de Edward, que casi le hizo olvidar los números y datos que estaban frescos en su mente hasta hacía unos segundos.

Se sentó frente al escritorio, abrió el libro contable y dejó los otros documentos aparte. Edward se cernió por sobre su hombro, se aferró al respaldo de la silla y su otra mano la apoyó en la mesa, sosteniendo el peso de su cuerpo.

Emily se concentró en las columnas de números, su dedo se deslizó sobre la hoja y se detuvo en un registro.

—Aquí todo se ve normal. En India los barcos siempre son cargados a máxima capacidad con cien cajas de té, y veinte barriles de agua y diez cajas de víveres, pero a Inglaterra llegan noventa y siete cajas de té. —Tomó uno de los archivos de aduana y se lo mostró a Edward—. Sin embargo, en la declaración del peso total no muestra diferencia, lo cual es extraño. ¿Dónde están esas cajas? ¿Por qué el peso total no está alterado? Y lo peor, el precio de venta no coincide con la tasa de conversión de la India, y justamente es el valor equivalente a esas tres cajas que desaparecen por arte de magia. Algo quieren compensar para que en los números no sea tan notorio. ¿Dónde está ese dinero? ¿Qué hay en ese espacio «libre»? ¿Qué podría ser tan valioso como para arriesgar tu dinero y tu reputación? Para mí es lógico: están usando tu barco y tu negocio para contrabando.

La voz de Edward bajó dos tonos al preguntar, lacónico:

—¿Desde cuándo?

—Desde el tercer trimestre de 1842.

Edward se irguió. Se masajeó la frente y se revolvió el cabello. Alguien de confianza lo estaba traicionando. De la tripulación de los barcos involucrados ni hablar, debían saber lo que sucedía, desde el capitán hasta el cocinero… Ellos solo movían la carga, el que estaba detrás de todo podía ser alguien con más poder.

¿Hywel? Odiaba sospechar de él… ¿Arriesgaría tantos años de amistad, de protegerse el uno al otro por dinero, dinero que a su amigo le sobraba? ¿Por qué arruinaría todo su trabajo de esa forma? Él fue quien lideró la expansión del terreno y organizó todo para triplicar la cosecha.

Detestaba desconfiar de su amigo… pero la vida le había demostrado con su hermano que los que más inocencia aparentan eran los que daban los golpes más bajos.

No obstante, la traición también podía provenir de otros socios que se coludieron con un capitán, un agente corrupto de la India o de Inglaterra... Seguro fue alguien que sabía cómo funcionaba el transporte de la Assam Tea Company, y él no podía supervisar todas las cargas que llegaban a Inglaterra o que zarpaban desde la India.

Debía averiguarlo sin demora, pero…

—El Fortune es uno de los barcos de la flota que está en pleno viaje en estos momentos. Llegará al puerto en un mes, si los vientos son favorables. —Resopló y miró a Emily.

La postura de ella se desplomó.

—¿No nos queda más que esperar? ¿Estamos atados de manos?

Esas preguntas formuladas incluían un nosotros. A Edward no le extrañaba que fuera así. Si pretendía que esa mujer se convirtiera en su esposa, debía demostrarle desde el primer minuto que siempre la involucraría.

—Pues de momento no nos queda más alternativa, querida. Esto que encontraste en los registros, ¿pasa en todos los embarques?

Emily negó con su cabeza y respondió:

—Cada tres embarques, quizás no quieren hacerlo tan notorio... De hecho, si el patrón se repite, en el siguiente arribo deberíamos encontrarnos con uno amañado.

—Tendremos que estar ahí cuando llegue. —Emily arqueó sus cejas, asombrada, la estaba considerando—. ¿Por qué me miras así?

—¿Quieres que vaya al puerto?

—Sé que es peligroso para una dama como tú, pero irás conmigo y… —Sonrió diabólico—… Una comitiva de bienvenida. Necesito que me ayudes a supervisar todo el proceso de recepción del embarque. En este momento, eres la única persona en la que confío.

Emily asintió, pero no pudo evitar sentir un leve escalofrío al pensar en lo que encontrarían. Si su deducción era correcta —y vaya que lo estaba—, se iban a enfrentar a algo mucho más grande que números alterados en un registro.

—¿Y el señor Welsh?

—Hasta que no tengamos algo más concreto no le comentaremos nada… Ya lo dije, en este preciso instante, eres la única persona a la que le confiaría mi vida y mi negocio.

«¿Y tu amor?», fue la pregunta que viajó desde su pecho hasta resonar en su mente. «Sé paciente, Emily. Edward apenas está caminando y ya quieres que corra», se reprendió.

Edward, ignorante del debate mental de Emily añadió:

—Por el momento, ¿podrías recopilar todos los datos y hacer un informe para los socios? Tarde o temprano tendré que revelarlo a la junta.

—Por supuesto.

—Esa es mi brillante diosa de las matemáticas. —Emily rio—. ¿Dije algo gracioso?

—Ni siquiera tuve que obligarte a que me llamaras así. —Y siguió riendo.

Era increíble cómo cambiaba el ambiente entre los dos, en los labios de Edward bailaba una sonrisa mientras decía:

—No entiendo nada, querida.

—Oh, es que cada vez que Horatio me pide un favor, tiene que hacer una rimbombante plegaria a la diosa de las matemáticas, o

sea yo.

Edward rio, ya se imaginaba al hermano de Emily rogando con dramatismo para obtener los favores de ella. Ladeó su cabeza y preguntó:

—¿Me tengo que arrodillar para orar?

Ella alzó su barbilla y con su tono altivo dijo:

—Solo por esta vez lo dejaré pasar, simple mortal ignorante.

Edward pensó que, si su matrimonio era tal como ese mismo segundo, iba a ser el hombre más dichoso de la Tierra. Todo era fácil y natural… e incluso esos tensos momentos que habían vivido, llenos de dudas y reproches, no eran dagas mortales.

—Eres una diosa cruel, Emily Montgomery. —Se arrodilló ante ella y le tomó las manos—. Gracias por el impecable trabajo que has hecho.

—Tu gratitud es bien recibida, pero te recuerdo que me debes veinticinco libras.

Edward rio, ella también.

—Eres tremenda… Estoy hablando en serio… —Hizo una pausa, fue consciente de que nada ataba a Emily a su casa, su tiempo se estaba acabando y él tenía que decidirse de una vez por todas. Esas semanas de convivencia fueron una mínima muestra de lo que sería su vida juntos, y nunca se había sentido tan pleno y esperanzado. Era el momento de dar un paso más hacia ella—. Mi diosa, ¿podemos cambiar algunos términos de nuestro cortejo?

Emily amó que la llamara de esa forma. Sin perder su divina altivez, respondió:

—Soy toda oídos.

—Ya entendí que no te puedo dar una relación por conveniencia… Me he dado cuenta de que no hay poder en la Tierra que te haga acceder a lo que te propuse, es imposible. Así que el que tiene que cambiar su forma de pensar soy yo. —Suspiró—. Quiero aprender a darte amor, a amarte, pero no sé si ya lo estoy haciendo de alguna forma, ni tampoco estoy seguro de si podré entregártelo en la medida que deseas. Solo te pido un poco de tiempo, de paciencia… que me entiendas. Quiero que seas mi esposa, quiero que seas feliz a mi lado.

Para Emily ese era un gran paso a su encuentro. Él no se daba cuenta, pero ella sí percibía que él la amaba, y es que lo único que él conocía sobre el amor era el infierno de sus padres. Como toda respuesta, Emily besó los nudillos de Edward, y luego le sonrió.

—Yo también quiero lo mismo, que seas mi esposo, que encuentres la dicha a mi lado… que nos amemos… Sé que lo lograremos. De hecho, creo que, por mi parte, ya tienes una parte de mi corazón.

—¿De verdad?

Era increíble cómo una simple pregunta reflejaba tanto, Emily vio en Edward esa sed de ser amado, de ser querido, pero no deseaba pedir y mucho menos rogar.

Él no quería ser como sus padres, ni experimentar ese amor intoxicante que se profesaron. Emily apretó las manos de Edward y repuso:

—De verdad… Puede que esto no sea como los cuentos de hadas, ni que tampoco se esté dando de una forma absoluta, intensa y avasalladora, pero es lo que somos y lo que somos está bien. —El corazón de Emily latía con brío. Ese perfecto instante era lo que estaba esperando desde que Edward le propuso conocerse mejor en ese cortejo no tradicional. Todas sus dudas e incertidumbres se disiparon como el humo del incienso en el aire—. Entonces, déjame ver si entendí, ¿me estás proponiendo un matrimonio por amor?

—Sí, querida. Es lo que mereces, me he dado cuenta de que no puedo ser mezquino contigo.

—Tampoco puedes ser mezquino contigo mismo, no te prives de lo que es amar y ser amado. Si nos respetamos y conversamos nuestros problemas, esta alianza no puede fallar.

—Entonces, ¿aceptas el cambio?

—Sí, querido… —Una adorable expresión arrogante transformó su rostro y dijo—: Soy irresistible, ¿cierto?

—Más de lo que imaginas.

Mientras se miraban con sonrisas prometedoras, Edward sintió por primera vez que un futuro juntos era posible. En su corazón sabía que, para proteger ese sueño, tendría que enfrentar las

sombras que acechaban su negocio y su confianza en los demás.

Tenía a Emily a su lado, sentía que junto a ella podría enfrentar cualquier cosa. Pero algo le decía que aquello no era solo una prueba para él como empresario, sino para ellos como pareja y la frágil unión que ambos estaban construyendo.

Sabía que podría, Emily valía la pena.

Toda la maldita pena.

Capítulo 10

Al día siguiente, antes de la cena, Edward citó a August, Minerva y Emily en la biblioteca. En el ambiente se percibía una tensión latente, quizás producto de esas nubes oscuras que traían consigo una tormenta de verano, y que pronto descargaría su furia sobre la mansión.

August y Minerva se sentaron juntos en un sofá, frente a la chimenea apagada, mientras que Emily hizo lo propio en un sillón orejero. Edward permaneció de pie, al lado de ella e inició la conversación.

—Señores Montgomery, les he pedido venir aquí, porque deseo informarles que su brillante hija ha encontrado la causa de mi problema financiero. Tardó mucho menos de lo que ella misma pronosticó. Eso me alegra y entristece en partes iguales.

Los padres de Emily miraron a su hija con orgullo y le dedicaron sendas sonrisas, las cuales fueron recibidas con un inusitado gesto de silenciosa modestia.

Edward, inspiró profundo y agregó:

—Me temo que mi empresa está siendo usada para contrabando y también me están robando. No lo hacen siempre, pero obedecen a un patrón. El Fortune, uno de los barcos que usamos para transportar el té, se encuentra en altamar en estos momentos y, según el pronóstico de la señorita Montgomery, es muy posible que sea una carga amañada.

Un trueno resonó a lo lejos, y luego un haz de luz llenó la estancia por un cuarto de segundo.

August, ignorando los elementos de la naturaleza exterior, intervino:

—Vaya, su problema resultó ser mucho más grave que una estafa. Lo lamento tanto, me habría encantado que Emy hubiera encontrado algo más inocuo.

—Así es, yo también hubiera querido lo mismo. Si las autoridades son informadas y encuentran algo más que té, puedo ir a la cárcel y perder mi negocio. Es perentorio que supervise esa carga cuando arribe al puerto. —Miró a Emily de reojo y continuó—:

En este momento, solo confío en su hija para llevar a cabo esa tarea. Su ética y su compromiso la han convertido en mi mano derecha, por lo que, si bien su trabajo principal ha concluido, no dejaré de requerir su tiempo.

Minerva y August se miraron. Para Edward fue sorprendente esa conversación sin palabras entre los esposos. Leves ladeos de cabeza, cejos a medio fruncir, un ligero encogimiento de hombros, un final asentimiento. A la postre, los ojos de la madre de Emily se centraron en Edward y dijo:

—Supongo que ustedes ya llegaron a un acuerdo.

—Así es, señora Montgomery. La idea es que la señorita Montgomery me acompañe durante todo el proceso de esclarecer y resolver este problema… Pretendo que su hijo Horatio también sea parte de esto, tanto como escolta, como para la investigación. Es posible que ambos me tengan que acompañar al extranjero, todo depende de lo que vayamos descubriendo… Les aseguro que me preocuparé de su hija en cada paso que demos.

Las cejas de August y Minerva se arquearon al mismo tiempo, sobre todo porque al mencionar un viaje que implicaba un barco no provocó ninguna reacción negativa en su hija.

August carraspeó y mirando a Emily preguntó:

—¿De verdad quieres participar en todo esto, hija?

—Sí, papá… Bueno, tengo que admitir que no me hace gracia la idea de subirme a un barco, pero es algo a lo que debo acostumbrarme tarde o temprano, porque… porque… —Miró a Edward y le hizo un leve gesto para que él terminara la oración.

Y solo con eso, todos los miedos y renuencias de Edward se diluyeron como si nunca hubieran existido. Un simple gesto que él entendió sin necesidad de recurrir a las palabras, tal como sucedía con los padres de Emily.

Él tomó la mano de su diosa de las matemáticas y continuó, solemne:

—Porque he estado cortejando a su hija. Sé que nuestra diferencia de edad es un factor a considerar, pero creo que no es tan amplia como parece ser. Emily es una mujer que ha podido desarrollarse más que cualquier dama de su edad y, en muchos

aspectos, tiene más experiencia que una que sobrepasa los treinta, lo que encaja con mis expectativas en una esposa. Hemos llegado a entendernos y queremos casarnos en un tiempo más y, si ustedes nos dan su bendición, podríamos decir a viva voz que estamos comprometidos.

Minerva parpadeó y solo atinó a comentar:

—Vaya, pensé que se demoraría más. ¡Diablos!

August rio y repuso:

—Me debes una guinea, Minnie, te dije que el señor Dutton ya estaba perdido.

Edward miró a Emily, desconcertado, y ella se encogió de hombros.

—Ellos no son ciegos, querido.

Él le besó la mano y repuso:

—Así veo… Pensé que era más discreto.

En los labios de August se asomó una sonrisa y preguntó:

—¿Usted ya se dio cuenta de cómo hacer feliz a mi hija?

—Sí, señor… Dándole la vida, el corazón… y permitiéndole ser como ha sido hasta ahora, libre e independiente… Si logro construir algo semejante a lo de ustedes, sé que mi paso por este mundo no habrá sido en vano. Ni el dinero, ni los viajes valen lo que me han mostrado… —Apretó un poco más la mano de Emily y, solemne, dijo—: Les prometo que la haré feliz, no puedo imaginar mi vida sin su presencia. Todos los días trabajaré para ser el hombre que ella se merece.

Emily no pudo evitar mirarlo y se encontró con los oscuros ojos de él. Había algo nuevo en su expresión que no supo interpretar, pero le dio la certeza de que volvía a avanzar un paso más. Sus latidos se aceleraron, le costó la vida suprimir el insólito impulso de levantarse y besarlo. No le quedó más remedio que sonreírle y darle un apretoncito a esa mano que no la soltaba.

Minerva, al ver cómo ellos interactuaban ahora que habían revelado el carácter de su relación, se dio cuenta de que, días atrás, su hija no quiso admitir que estaba enamorada de Edward. En ese momento era evidente, ambos tenían miedos que debían vencer y, al parecer, lograron hallar ese punto en que podían permitirse dar y

mostrar más. Ese sentimiento iba a crecer día a día.

Seguirían conociéndose… y eso iba a tomar toda la vida. El paso del tiempo siempre somete a las personas a los cambios, y el gran desafío de un matrimonio por amor era seguir amándose pese a no ser los mismos de antes.

Ver la forma en la que Edward admiraba a Emily le hizo recordar a August en los primeros días de su cortejo, cuando volvieron a encontrarse después de veinte años. Había algo en los ojos de Edward que le resultaba familiar: esa mezcla de devoción y vulnerabilidad casi palpable, como si supiera que había encontrado algo irremplazable y temiera perderlo. Ese era el amor que sostenía un matrimonio. Uno que se fortalecería si se tenían fe y confianza.

Sonrió para sí misma. Era curioso cómo un hombre que había construido murallas tan altas a su alrededor había decidido derribarlas todas por su hija. Agradeció al cielo que Emily hubiera encontrado a alguien dispuesto a arriesgarlo todo por ella. Y estaba esperanzada de que él pudiera sanar a través de ese amor.

August, al escuchar la declaración de Edward, asintió con satisfacción y observó a su hija. Conocía esa mirada determinada, siempre aparecía cuando había un desafío frente a ella. Sin embargo, también había algo más; ilusión, ternura… amor.

No sabía cómo había pasado el tiempo y su hija mayor ya estaba comprometida. Su mente volvió a ese lejano 22 de noviembre. Temblaba ansioso y aterrado, esperando a que su esposa diera a luz. Y, de pronto, ese llanto vigoroso que escuchó le hizo entrar en la habitación como caballo desbocado, necesitaba comprobar que Minerva estaba bien… Al verla exhausta pero viva, le volvió el alma al cuerpo, nunca sintió tanto alivio.

Se enamoró de su hija con tan solo escucharla llorar.

Se sintió el hombre más feliz del mundo cuando la cargó entre sus brazos; pequeña, frágil, el fruto de su amor por Minerva.

Volvió al presente, miró a su esposa. Ella le sonrió con sus preciosos zafiros anegados en lágrimas.

Sabían que ese compromiso no iba a ser largo.

Se levantaron, y a August no le quedó más que decir:

—Bienvenido a la familia, muchacho. —Se acercó a Edward y le

dio un abrazo con sonoras palmadas en la espalda—. Cuida a mi pequeña… Te llevas a uno de mis tres tesoros.

No era la primera vez que Edward recibía un abrazo, sobre todo por parte de sus amigos, pero experimentar esa muestra de cariño proveniente de alguien que podría ser su padre, le conmovió al punto de sentir un nudo en la garganta. Fue como si removiera una parte olvidada de su alma y expusiera un anhelo nunca satisfecho hasta ese instante. Era parecido a una herida que llevaba años en carne viva y que de pronto comenzaba a sanar, dejando pasar un calor que no había sentido desde niño. Edward se permitió imaginar lo que sería formar parte de algo tan sólido y lleno de amor como la familia Montgomery.

Ese abrazo le decía que ya no era necesario imaginar, le confirmaba que ya lo tenía. Carraspeó para poder deshacer ese nudo que lo ahogaba y luego respondió:

—La atesoraré con mi vida, señor Montgomery. No lo dude.

—Deja tanta formalidad de lado, serás un hijo más para nosotros.

—Claro. Gracias por aceptarme. —Y Edward no pudo decir más. Se obligó a separarse del contacto y comprendió en ese momento que, aparte de estar comprometido con Emily, también lo estaba con su familia.

Una enorme familia.

Emily recibía el cariño y apoyo de su madre y de reojo notó que Edward se veía emocionado. Tal parecía que estaba obteniendo algo que nunca imaginó al proponerle ese inusual cortejo. Aquello la emocionó también, y elevó una plegaria al cielo para que ese hombre apreciara y cuidara lo que le estaban entregando.

Se separó de su madre y luego recibió el amor de su padre. Palabras tiernas, ese envolvente abrazo que le daba seguridad y calma. Era triste y reconfortante saber que podía dar por sentado el amor y cariño de sus padres, y había tantas personas en el mundo que no podían decir lo mismo… Como el hombre que iba a ser su esposo y que estaba recibiendo el abrazo de Minerva.

Edward pronto se vio invadido por el cálido, suave pero firme contacto de Minerva. Un dulce y sincero beso en la mejilla, que le

hizo recordar a su nana, Rose, y lo que nunca obtuvo de su verdadera madre.

La voz colmada de emoción de Minerva lo trajo al momento y le hizo atesorar el presente.

—No temas en amar a mi hija. Hazlo, es mejor que vivir toda una existencia con miedo, te prometo que ella hará valer la pena el riesgo.

—Aprovecharé la oportunidad que todos me están dando. No los defraudaré.

—Eso espero, ya nos hemos encariñado contigo.

Rompieron con suavidad aquel abrazo y pronto Edward estuvo buscando la mano de Emily, quien no tardó en tomársela.

Minerva y August los miraron con orgullo y satisfacción. En ese momento no les quedaba más que desearles toda la felicidad y suerte en esa nueva etapa. Que Emily pronto abandonara el nido no significaba que ellos tendrían una preocupación menos, sino todo lo contrario, porque no perdían una hija, ganaban un hijo.

Edward le besó la mano a Emily y le dijo:

—Qué bueno que no se opusieron. La señora Basú me habría tirado por la cabeza el banquete que preparó.

August y Minerva rieron. En eso la puerta de la biblioteca se abrió. Era Eleanor.

—¿Habrá banquete de compromiso?

Detrás de ella se asomó Sophie y dijo:

—Felicidades, Emy y señor Dutton… Va a tener que cambiar sus puertas por unas más gruesas, porque ni siquiera fue necesario poner un vaso para escuchar.

Edward arqueó una ceja y replicó:

—Me parece que ustedes tienen un sentido del oído más fino que yo. Aunque nunca he tenido que escuchar detrás de mis propias puertas…

Eleanor sonrió con falsa inocencia y repuso:

—¿Nosotras podemos dejar las formalidades de lado también, señor Dutton?

—Por supuesto.

—Maravilloso.

Sophie y Eleanor entraron en la estancia y felicitaron a la feliz pareja. Abrazos, besos, bromas y risas llenaron el lugar. No obstante, también el ambiente se tiñó de una anticipada nostalgia, pronto ya no serían tres en casa.

Los ojos azules de las hermanas Montgomery se anegaron de lágrimas. Eleanor soltó un suspiro entrecortado y dijo:

—Oh, Emy. Ya te estoy extrañando. —Y dos goterones cayeron de sus ojos.

—Ooooh, cielo… —Emily la abrazó—. Todavía no me voy.

—Pero vivirás aquí, es demasiado lejos.

—Ya lo resolveremos. Nos veremos en la academia y…

—Lo sé, pero no será igual… —Se secó las lágrimas con el dorso de su mano y enderezó su postura—. En fin, así es la vida. Yo me quedaré para siempre con mis padres y adoptaré un gato.

Sophie reprendió con la mirada a Eleanor, pero su gesto era cariñoso. Comprendía que se sintiera así; durante la temporada pasada su hermana fue pretendida por el innombrable, y cuando sucedió el escándalo de la subasta de la Fundación Hope, el susodicho reculó y no se le vio más en los salones londinenses. Pero Emily era la muestra de que no todo estaba perdido, que si llegaba el hombre que viera más allá de lo evidente —solteronas, escándalos y familias inusuales—, valdría la espera.

Tomó la mano de Eleanor y dijo:

—Mientras alimentes y limpies la porquería del gato, supongo que papá y mamá te soportarán hasta que seas anciana.

Eleanor asintió y le dijo a Emily:

—Vas a tener que darme sobrinos adorables… Lo bueno de ser tía es que cuando se hacen pis, se los puedes devolver a la madre.

Sophie rio ante la ocurrencia de Eleanor y le lanzó una mirada de entendimiento a Emily. Aunque no hubo palabras, la mayor de las Montgomery percibió el anhelo en los ojos de su hermana. Ese mismo anhelo que ella mantuvo dormido, disfrazado de indiferencia y desapego para que nadie sintiera lástima por su soltería y soledad. «Algún día, Sophie…», pensó, «Algún día también llegará tu momento».

Eleanor continuó con su ensoñación felina:

—Tendré un gato atigrado… No, mejor una gata, siempre las abandonan. Se llamará Luciérnaga.

Emily rio y dijo:

—¿Qué clase de nombre es ese para una gata?

—Ella iluminará mi vida.

Emily negó con la cabeza y volvió a reír. Eleanor se anticipaba demasiado; quería una gata y le pedía sobrinos, y ni siquiera le había dado su primer beso a su prometido.

Eso era insólito. Tenía que remediar esa situación lo más pronto posible.

Edward pareció leerle la mente cuando dijo:

—Como estamos de celebración, propongo que hoy nos cambiemos para el banquete. Hace un rato fui a la cocina y la señora Basú se está luciendo.

August rio y repuso:

—Estaremos a la altura… Vamos a cambiarnos, ustedes se demoran un siglo… —Miró a Emily y añadió—: Después nos vemos.

Entre reproches y rezongos, los Montgomery enfilaron sus pasos hacia la puerta de la biblioteca para dejarlos a solas. Eleanor tomó la mano de Sophie y mientras le daba un apretoncito, murmuró:

—Sé que la próxima serás tú. Ya lo verás.

Sophie solo respondió con una sonrisa y negó con su cabeza, mas en su interior deseó que su hermana tuviera razón. Ella no quería ser una carga para nadie y menos para sus padres. Debía ponerse a trabajar en ello.

Una vez que la puerta se cerró, los prometidos fueron conscientes del sonido de la lluvia que arreciaba en el exterior. Un trueno, a lo lejos, retumbó y Emily dio un ligero respingo. Su risa nerviosa inundó la estancia antes de decir:

—Bueno, creo que todo salió bien. —Suspiró—. Al final, nuestro cortejo no tradicional terminó siendo bastante tradicional. Ha sido todo un fiasco.

Edward la tomó de la cintura, la atrajo hacia él y repuso:

—No lo considero un fiasco, ¿por qué lo dices?

—Nos comprometimos y ni siquiera nos hemos besado a

escondidas.

Edward sonrió como lo que era, un lobo.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no cuentan los besos en tu coronilla, en tus nudillos, el que me diste en la mejilla?

Emily puso sus ojos en blanco.

—No te hagas el desentendido, sabes a lo que me refiero.

Él, delicado, acarició la mandíbula de Emily hasta llegar a su barbilla y la alzó con la punta de sus dedos.

—Oh, quieres un furtivo beso de amantes.

Emily miró los labios de Edward y luego sus ojos oscuros.

—No me has dado nada de eso.

Él arqueó una ceja y dijo:

—¿Sabías que mientras más se niega algo, más se desea?

—Supongo que tú tienes experiencia en eso.

—Es la ventaja de ser más viejo… —Con su pulgar acarició los labios de Emily. Sus ojos se perdieron en esa boca entreabierta, lista y dispuesta para recibirlo—. Tan suaves… Recuerdo cuando quise probarlos la primera vez.

—¿En serio vas a conversar en vez de besarme?

—Chis… —Se lamió el labio inferior con la punta de su lengua. El lobo ya saboreaba a su presa—. Fue esa noche de la subasta, cuando me dijiste: «Los ojos de mi amante, en la circunstancia que sea, solo deben estar en mí». No tienes idea de lo que imaginé.

Emily tragó saliva. Ella también se estaba haciendo una idea. Su corazón galopaba sin control, el calor se propagaba en toda su piel, sofocándola. No pudo domar su voz, sonó trémula cuando se atrevió a preguntar:

—¿Y qué imaginaste?

—Lo mismo que estás imaginando, mi diosa… —La mano de Edward abandonó los labios de Emily se ancló en la delicada nuca. Se acercó aún más. Su boca rozó la de ella. Sus alientos calientes se mezclaron cuando dijo—: Y ni siquiera puedes dimensionar lo que se siente… Pero mientras tanto…

Ambos cerraron los ojos.

Calor.

Suave, sutil fue el primer contacto. Los labios de Edward

adoraron los de Emily con premeditado candor. Ella respondió vacilante, sin saber muy bien si lo estaba haciendo como se esperaba, pero no importaba, porque él la mantuvo firme en su primera lección.

Emily dudó por un segundo, mas el calor de los labios de Edward y la fuerza de su abrazo hicieron que olvidara su renuencia. Con cada roce, la inseguridad se transformaba en deseo, y pronto sus labios se movieron al compás de los de él, con una sincronía tan perfecta que parecía haber esperado toda su vida por ese momento, por ese hombre.

Entre el instinto y su sed por alcanzar a su prometido, ella fue ganando confianza y su boca se tornó exigente, sedienta de ese sensual conocimiento.

Y él la animó a ir más allá. Cada vez que tomaba una bocanada de aire, tentaba con su lengua los labios de ella. Una lección aprendida que Emily puso en práctica.

Supo que iba por buen camino cuando un grave y ronco gemido emergió de la garganta de Edward y la apegó más a él. Emily se colgó de su cuello, fascinada por ese contacto. Podía sentir su calor, la dureza de ese cuerpo viril.

Y sin más, abrió su boca para recibir todo el sabor y la humedad de él. En cada invasión, Edward lamía la lengua de Emily, y ella lo intentaba apresar. Aquel nuevo intercambio no fue tan inesperado, ahora entendía la causa de esos besos apasionados que más de alguna vez presenció en secreto.

Era amar con la boca, toda la boca. Le dio más acceso a su prometido y él ya ebrio de sensaciones profundizó más el contacto.

Apenas respiraban. Se degustaban como un nuevo y delicioso alimento del que se volvían adictos con cada bocado. Sus lenguas lúbricas se entrelazaban, se tentaban, anticipando lo que sería estar en una cama, piel con piel. Emily ya tenía una idea, el miembro de su prometido se sentía tenso y caliente sobre su vientre.

A Edward le costaba mantener el control de la situación. Esa mujer mitad inocente, mitad seductora lo estaba tentando como nunca nadie lo hizo. En su vida adulta había besado muchas bocas, buscando nuevas sensaciones, nuevas experiencias, nuevas formas.

Pero nada se igualaba a besar a la mujer que se convertiría en su compañera, a la que le estaba entregando su vida, su corazón y su ser.

Nada se igualaba a poseer y ser poseído.

No debía arrastrar su boca por la piel del cuello y descender, tampoco tocar más allá de esa cintura a la que estaba anclado, si lo hacía, si caía en la tentación, terminaría haciéndole el amor como si no hubiera un mañana.

Su diosa no merecía ser iniciada de esa forma apresurada, o con la presión de ser descubierta en pleno acto.

Emily merecía disfrutar de un ascenso lento al placer, y cuando llegara a la cúspide, él solo tendría ojos para ella.

Fijos en ella. Bebiéndose ese tributo al éxtasis.

Poco a poco se obligó a bajar la intensidad, a terminar ese primer beso que recordarían toda la vida, y que les demostraba que sus cuerpos fueron hechos para fundirse en el otro.

Al terminar, se quedaron quietos, recuperando el aliento. Emily apoyaba su cabeza en el pecho de Edward, podía sentir ese inmenso corazón latiendo tan rápido que parecía un zumbido, una vibración que llegaba hasta sus oídos. Cerró los ojos e inspiró el aroma del vetiver.

Edward, casi sin darse cuenta, empezó a moverse, un balanceo sutil que ella siguió a ojos cerrados. Una perezosa danza que los sosegaba.

—¿Estás satisfecha con tu primer beso?

—Ajá.

—Veo que quedaste sin palabras. Eso es muy difícil de lograr.

—Ajá.

Edward rio.

—¿Te ha gustado?

Emily suspiró.

—¿Es normal que quiera más?

—Absolutamente, mi diosa… Pero no era el momento ni el lugar de ir por más.

—Lo sé… es frustrante.

—Los dos estamos sufriendo ahora, créeme. —Aspiró una

profunda bocanada de aire, le tomó las manos y dijo—: Ve a prepararte, tenemos un compromiso que celebrar.

Emily se separó de él de mala gana, e intentó mantener el contacto hasta que sus dedos no pudieron tocarse.

—Nos vemos, querido.

—Te esperaré. Siempre.

Mientras Edward observaba cómo su prometida se retiraba para prepararse, no pudo evitar pensar que aquel primer beso había sellado algo más que su compromiso. Era un recordatorio de lo que estaba en juego, de lo que debía proteger a toda costa; a Emily y lo que estaban construyendo juntos. Y se encontraba listo para enfrentar el mayor desafío de su vida, porque por primera vez, no sentía miedo, sino esperanza. Su diosa lo valía.

Y el futuro que estaban forjando, también.

Al cerrar la puerta tras de sí, Emily se apoyó en ella y sonrió. Se tocó los labios que aún sentía hinchados y calientes por el beso. Un sentimiento nuevo se apropió de su corazón y de su ser, jamás imaginó que aquello podía ser tan poderoso. ¿Acaso eso era pertenecer a alguien? Porque sin duda alguna eso sentía, que su corazón le pertenecía a Edward, no una parte, sino todo, completo. Y ya no se podía deshacer.

Había cruzado un punto sin retorno.

Capítulo 11

Edward llevó a Emily a la galería y le mostró su colección de joyas. En el mostrador se exhibían anillos, brazaletes, tobilleras, pendientes, adornos para el cabello, pero lo más notable eran los collares y los juegos que unían las muñecas y los dedos, o las que enlazaban el cabello y la nariz. Oro, plata, piedras preciosas, perlas, cristales… incluso cobre.

—¿Quieres probártela? —Edward la miraba, atento a la más mínima reacción de Emily. Ella estudiaba una en particular, oro perlas y rubíes conformaban un aro adornado con motivos florales y de él colgaba una cadenilla—: Esta joya se llama *nathnim* es un *nath* más pequeño. El aro se pone en la fosa nasal y la cadena se engancha en el cabello. Simboliza la unión entre los esposos.

—¿Es una joya nupcial?

—Así es, las novias y las mujeres casadas los lucen, mientras más fastuoso es el *nath*, mayor es la riqueza del esposo. También es usado en otras celebraciones. Inclusos hay para el día a día…

—Interesante.

—¿Quieres probártela?

Por puro instinto Emily se tocó la nariz.

—¿No duele ponérselo?

—No he visto a la señora Basú quejarse.

—¿Ella también usa?

—Uno sencillo, pero sí. No es una joya exclusiva de las clases altas. El aro no atraviesa la nariz, tiene el espacio suficiente para asirse a ella.

—Oh, entiendo… Entonces, sí, me la probaré.

Edward, con cuidado, puso el aro en la nariz de Emily y luego enganchó la cadenilla a su cabello recogido. Sonrió al verla engalanada de esa forma.

—Te ves hermosa… Espera. —Tomó un espejo de mano y se lo dio a su prometida—. ¿Te gusta?

Emily se miraba, asombrada. La joya era extraña. Nunca hubiera imaginado que ella podía usar algo así.

—Es impresionante, aunque pareciera que no soy yo, pero a la

vez sí, como si fuera otra parte de mí… —De pronto, una idea surgió, espontánea—. ¿Y si nos casamos con atuendos indios? Oh, te verías tan apuesto… Y yo con esas sedas preciosas y coloridas que parecen tan cómodas. Por supuesto me encantaría llevar un *nathini*… —La sonrisa de Edward era inamovible. A veces, Emily lo dejaba sin palabras—. ¿Por qué me miras así?

—Me sorprendes mucho. Y eso me recuerda que nos queda tanto por conocernos, y cada vez me gustas más. No imaginé que te entusiasmarías al punto de querer vestir de esa forma para nuestro matrimonio. Creí que sería más tradicional.

—Deberías saber que no soy tan tradicional… —Miró hacia las joyas—. ¿Qué otro adorno va en las novias indias?

—Este se vería hermoso en ti… Es un *hath phool*, significa flor de mano. —La joya eran anillos con distintos diseños y se enlazaban con delicadas cadenas de oro y terminaban unidas a un brazalete—. También puedes usar en tu cabello un *maang tikka*. Se coloca sobre la cabeza y reposa en la frente. La joyería india para las mujeres busca simbolizar y resaltar su feminidad y elegancia.

Emily sonreía, fascinada. En general no era aficionada a las joyas, pero esas eran especiales. Su hermosura radicaba en lo intrincado que eran los diminutos diseños, la técnica, la simetría.

—Los anillos también son hermosos.

—Mientras más anillos uses, mejor… —Estudió su colección. Ladeó la cabeza. Oro, zafiro… Sí, era perfecto y lo tomó—. Llevamos tres días siendo prometidos, esta será la joya que simbolice nuestro compromiso.

Edward exhibió un anillo de oro muy singular, la banda parecía haber sido curvada a golpes y el engastado seguía la forma natural del zafiro. No eran cortes sofisticados ni precisos, pero…

—Es precioso. Me encanta. —Emily extendió su mano derecha y Edward deslizó el anillo que le quedó perfecto. Admiró la rudimentaria joya en su anular—. No me gustan tanto los anillos con piedras preciosas muy grandes, así no se me enganchará y podré trabajar sin que me moleste.

—Por eso lo elegí. El día de nuestra boda podrás lucir las joyas que quieras de mi colección, pero este anillo es para que lo uses

todos los días y me recuerdes.

—No necesito un anillo para recordarte… —Emily se tragó un «te amo». Habían avanzado tanto en esos días, que no quería agobiarlo o presionarlo más. Sabía que él la amaba, pero entendía que tal vez él todavía no estaba preparado para decir en voz alta: «Yo también te amo»—. Siempre estás en mi corazón, querido.

Posó sus manos sobre el pecho de Edward y lo besó. Desde la primera vez, siempre encontraron una instancia para hacerlo. Dependía del tiempo y del lugar y probaron distintas formas de amarse con los labios.

Besos robados, besos furtivos, besos que sabían a miel y besos reprimidos.

Y, a veces, se daban besos tan intensos e incendiarios que podían calcinar el mismo infierno.

Pero ese beso fue especial. Suave, lánguido y a punto de tornarse sensual. Ese fue el momento que ella eligió para terminarlo y soltar un suspiro. En su mente le dijo tantas veces que lo amaba mientras acariciaba su boca, que esperaba que él lo hubiera sentido.

Ella no lo sabía, pero Edward sí sintió todo el amor de Emily. Bebió esas palabras no dichas, ansió escucharlas…

Pero no se sintió capaz de decirlas. No porque no la correspondiera, quería hacerlo cuando cayera esa mordaza que acallaba su boca. No quería forzarlo, deseaba decirlas en natural libertad.

Entretanto, le diría que la amaba de tantas formas como le fuera posible.

—Y ahora que ya tienes un anillo apropiado, te mostraré las míticas estatuas que tanto impresionaron a Laura. Déjame quitarte esto… —Con delicadeza le sacó el *nathnim* y lo guardó. La tomó de la mano y la guio a otra parte de la galería.

Mientras caminaba, ella le dijo:

—Siempre me pregunto por qué lo hiciste.

—Quería probar su reacción, la cual fue bastante interesante, pero fue más interesante la reacción de William. No había que ser una luminaria para darse cuenta de que esos dos tenían algo pendiente. Me alegra que todo ese lío haya terminado bien y que

ellos tengan un buen matrimonio.

—Sí, se aman mucho… Menos mal que Will reaccionó a tiempo… ¿Habrías cortejado a Laura si él no se hubiera declarado? —Y al terminar de soltar esa pregunta sintió unos ridículos celos. El pasado no importaba, aun así, se sentía insegura al imaginar una respuesta positiva.

—Lo cierto es que no lo hubiera hecho. Laura siempre puso una barrera, evadía cualquier insinuación. Se notaba que no estaba preparada para considerar a otra persona… Fue más divertido fastidiar a William diciéndole que si no se apuraba en cortejar a Laura lo haría yo.

—Eres un manipulador.

—Quizás, quiero pensar que ayudé a que él se espabilara.

—Nunca hubiera imaginado que eras todo un cupido.

—Ni yo. —Edward se detuvo frente a una vitrina cubierta por un lienzo negro y cambió de tema—: Bien, ahora te contaré la historia de estas esculturas… Hace unos cuantos años, en la selva de Khajuraho, se descubrieron unos templos ocultos. Uno de ellos es el de Kandariya Mahadeva y está consagrado al dios Shiva. Algunos estudiosos dicen que sus fascinantes esculturas fueron dedicadas al amor, otros señalan que son un manual para los amantes. Lo que tengo aquí son unas réplicas. Se las encargué a un escultor y cada cierto tiempo adquiero más. Supongo que soy el único que le compra esas hermosuras.

—¿Has visto el templo en persona?

—Así es. Es sobrecogedor e impresionante… Considero que son más impresionantes que los textos del Kama Sutra.

—He escuchado hablar de ese libro. Mi cuñada tiene una copia.

Edward miró a Emily con una expresión de curiosidad e incredulidad.

—¿En serio? ¿De dónde la sacó?

—Pues no lo sé. Solo vi el lomo, ella me ha dicho que todavía no estoy preparada para ello.

—Me parece que ahora ya lo estás. —Le guiñó—. Esos textos, aunque estén fragmentados y escritos en sánscrito, circulan entre algunos coleccionistas en Inglaterra. Por supuesto, no hay

traducciones completas, solo extractos y también lo que se ha transmitido de boca en boca durante generaciones. El libro es fascinante, pero también insuficiente. Por eso digo que mis esculturas son mejores: traducen el espíritu del texto al arte. —Esbozó una sonrisa lobuna y, sin más prolegómenos, descubrió la vitrina.

Por mucha información que tuviera Emily, nada la preparó para esa muestra explícita de arte erótico. No solo representaban hombres y mujeres en posiciones íntimas, sino que se lograba capturar algo más intangible, más profundo; como una danza que equilibraba pasión y entrega. Los cuerpos enredados desafiaban la rigidez, se arqueaban con gracia y abandono, lo que a ella le pareció imposible de alcanzar en la realidad. Eran como seres fluidos en vez de ser de carne y hueso.

Una de las figuras mostraba a un hombre arrodillado, mientras que su compañera estaba sentada sobre él y rodeaba su cintura con sus piernas, como si fuera un sensual lazo que los unía. Otra pareja se encontraba de pie. Sus rostros se tocaban justo en la punta de sus narices, Emily podía imaginar que sentían el tibio aliento entre ellos. Estaban tan alineados en una perfecta simetría, como si fueran el reflejo del otro.

En otra escultura se apreciaba un trío, a Emily no le gustaba la idea de compartir a Edward; sin embargo, esa representación mostraba una singular perfección. Eran parte de un todo, esa unión no era solo carnal, sino también espiritual. Las manos sujetando las contorneadas cinturas, torsos entregados al placer, piernas entrelazadas como enredaderas. Lo más impresionante eran los rostros que reflejaban serenidad, calma y éxtasis.

Emily se imaginó haciendo el amor con Edward. Entre sus piernas algo se estremeció con anhelo, tensó sus muslos para aplacar una extraña necesidad y lo miró. Él la observaba con el pecho agitado y la boca entreabierta.

Y lo supo, ambos imaginaron cómo sería su unión. No obstante, solo él sabía qué cotas de placer podían alcanzar.

Edward tragó saliva y dijo:

—Son muy evocadoras. La cultura ancestral de la India es muy

diferente a la europea en su concepción del sexo, que suele asociarse al pecado. Para los indios era una unión divina, y no algo malo o sucio, pero practicarlo de manera frívola sí lo es. Si te fijas en las esculturas, solo se refleja respeto y disfrute. Todo es permitido, siempre y cuando sea consentido.

—Entiendo… —Se lamió los labios, sentía la boca seca. Volvió a admirar las esculturas y preguntó—. ¿Por eso te gusta tanto?

Edward se quedó en silencio por largos segundos. Lo cierto era que durante muchos años de su vida cualquier asunto relacionado con la sexualidad lo perturbaba y le hacía recordar cosas que solo quería olvidar.

—En cierto modo me ayudaron a reconciliarme con mi concepción del erotismo.

Para Emily, aquella declaración fue una nueva pieza para encajar en el rompecabezas que era el pasado de Edward. Volvió a mirar a su prometido y dijo:

—Me alegra que sea así… —Se hizo la desentendida. No sabía si llegaría el día en que él le confirmara o desmintiera la conjetura que ya se había formado en su cabeza. Lo único que sí sabía que era doloroso para él. Señaló una escultura en la que una pareja parecía alimentarse de la intimidad del otro—. ¿De verdad se puede hacer eso?

Edward sonrió y repuso:

—De esa forma no se pueden concebir bebés.

Emily arqueó sus cejas y ladeó su cabeza con interés.

—Oh, ya veo. —Carraspeó, lo cierto era que su imaginación estaba volando en ese momento y no era bueno para su virtud. De pronto sentía mucho calor. Se abanicó con su mano—. Es muy interesante.

Edward se acercó a ella y la tomó por la cintura.

—Oh, querida, hay tantas formas de hacerte disfrutar que no te aburrirás nunca de mí. —Le dio un beso corto, intenso, solo para probar la lengua de su prometida.

Emily tembló de pies a cabeza la dejó con ganas de más. Si él quería jugar, ella no se acobardaría, estaría a la altura. Posó su mano sobre el pecho de él, le encantaba esa mezcla de suavidad y

dureza. En su palma pudo percibir que se erguía el diminuto pezón masculino, con su dedo trazó círculos alrededor de él.

—Me siento en desventaja… ¿Cómo sabré si yo te puedo dar lo que deseas?

—Nunca dudes que me das lo que deseo… Y cuando llegue el momento, lo confirmarás. —La atrajo más hacia él. Estaban tan alineados como las esculturas. Emily cerró sus ojos, su corazón latía acelerado. Edward tampoco era indiferente, era una adictiva tortura sentirla tan cerca, tan lejos—. Sugiero que nos casemos pronto, o no llegarás con tu virtud intacta al altar.

Emily solo asintió. Le estaba costando un mundo no quitarle la ropa a su prometido.

*****

A la tarde siguiente, Emily intentó concentrarse en la redacción del informe, los textos y los números se difuminaban entre sus recuerdos de las esculturas de Edward. Las formas entrelazadas y los rostros serenos y extáticos parecían hacer eco dentro de ella.

Inspiró hondo y trató de despejarse, mas la idea de entregarse a Edward de esa manera le hacía temblar de anticipación. Su pluma, suspendida en el aire sobre el tintero, goteó. Sacudió su cabeza, lo primero era terminar el informe, le faltaba muy, muy poco.

Y así fue. Una hora después, finalizó su trabajo con la redacción de su informe para los socios de Edward… Sin embargo, estaba incompleto, faltaba la confirmación de su hipótesis cuando el Fortune arribara al puerto.

No quería ni imaginar cómo sería esa reunión, seguro que la noticia no les iba a caer bien. Esperaba que no pidieran la cabeza de Edward. La Assam Tea Company era el proyecto de su vida, en el cual invirtió gran parte de su patrimonio.

Presionó la última hoja escrita con el papel secante y miró su mano de reojo. Sus dedos estaban manchados de tinta, mas daba igual, en uno de ellos lucía su anillo de compromiso. Le encantaba.

Giró el anillo en su dedo, admirando el destello azul del zafiro. Era un diseño sencillo, pero había algo en su forma natural, sin

pretensiones, que le recordaba a Edward. Firme, práctico y con una belleza que no buscaba alardear. Sonrió al darse cuenta de que aquel anillo, como él, no encajaba en las expectativas tradicionales, pero era perfecto para ella. La elección de su prometido también reflejaba que estaba pendiente de lo que necesitaba. Era un hombre atento a los detalles, aunque pretendiera parecer despreocupado.

Con una sonrisa volvió a recordar el día anterior en la galería. Su rostro se encendió. Estaba segura de que esos últimos días de agosto eran los más calurosos del verano. Se abanicó con su mano y fue consciente de ese inusitado palpitar entre sus piernas. Cada vez era más agudo, al punto de sentir que su feminidad se humedecía. Era una sensación extraña, y le daban ganas de aliviarla tocándose igual que una de las esculturas de Edward.

Aún no se atrevía a hacerlo…

Emily juntó sus muslos, tensándolos. Necesitaba calmar esa sensación que se extendía desde su vientre hasta sus piernas. Algo dentro de ella se había despertado. Jamás había sentido nada semejante, un anhelo desconocido que parecía fundir lo físico y lo espiritual.

Cerró los ojos intentando apartar el recuerdo de las esculturas y la manera en que Edward la miraba, mas era inútil. Aquella emoción… ¿Era amor? ¿Lujuria? ¿Ambas cosas? ¿Eso era lo que empujaba a los amantes a perder la cabeza y cometer las locuras más grandes?

Probablemente.

Solo sabía que todas esas sensaciones la atraían como si fuera hechizada, y pronto tendría que enfrentarse a ello.

Suspiró y se levantó. Mejor le entregaba su informe a Edward. Tomó los papeles y se aferró a ellos como si fueran lo único que la mantenía atada a la mansión.

Su trabajo había finalizado. Debía volver a Londres y a su vida normal. Esa vida que parecía pálida al lado del colorido hogar de Edward, estaba segura de que esa dulce monotonía que vivía ya no la iba a llenar. Desde que puso un pie en la mansión, no extrañó su antigua vida y ocupaciones.

Salió de la estancia a pesar de que no quería hacerlo.

A medida que avanzaba, sus pasos se volvieron pesados y sus ojos le ardieron. El pasillo se le antojó eterno, nunca llegaba a la biblioteca. Ahí se encontraba Edward a esa hora de la tarde.

No obstante, justo en ese momento, él salía a su encuentro. La sonrisa que adornaba el rostro de él desapareció, y fue reemplazada por una expresión de preocupación.

Edward apuró el paso hasta ella y la tomó de los hombros.

—¿Qué te sucedió, mi diosa? ¿Por qué tienes esa cara tan afligida?

—Terminé el informe, me demoré lo que más pude. Aquí está. —Sus ojos azules se llenaron de lágrimas—. No me quiero ir de la mansión…

—Oh, querida. —La abrazó y ella escondió su rostro en su pecho—. Yo tampoco quiero que te vayas… No me podré acostumbrar de nuevo a no estar contigo a todas horas. —Besó su coronilla—. Pero como has terminado antes, podrías quedarte descansando unos días más hasta que acabe el mes. Y cuando vuelvas a Londres, estarás con tu mente tan ocupada, que ya no pensarás tanto en mí y en lo nuestro... Tengo entendido que las clases en la academia empezarán pronto.

—Aun así… Oh, te voy a extrañar tanto.

Los sollozos de Emily le llenaban el alma y se la partían al mismo tiempo. ¿Cómo era eso posible? Necesitaba que ella se sintiera mejor y prometió:

—Iré a visitarte todos los días.

Emily alzó su mirada llorosa y preguntó:

—¿Cómo vas a desperdiciar cuatro horas todos los días solo para ir a verme?

Él le sonrió, atravesaría el mundo por ella.

—Valdrán la pena. También puedo ir en el Nirvana… Podríamos pasear en él para que te vayas acostumbrando. Te llevaré naranjas.

Emily volvió a esconder su rostro en el pecho de él e inspiró su aroma.

—No sé cómo lo hacen las parejas que se comprometen y apenas se ven.

—Es un arma de doble filo haber vivido juntos. Yo también me

sentiré muy solo, pero se aliviará viéndote todos los días… Tenemos mucho que hacer, hay que organizar una fiesta de compromiso, y todos ustedes no son pocos. Y en paralelo debemos preparar nuestro matrimonio… Y también está el asunto del Fortune. Debo estar pendiente de su arribo.

—Lo sé. Será extraño todo. He cambiado mucho…

Edward besó la coronilla de Emily. Deseaba tanto consolarla. Su boca estuvo a punto de soltar un «Te amo» para que se llevara todo su corazón con ella.

Un carraspeo dejó sus intenciones en nada. Fue un verdadero balde de agua fría.

Era Ranjit.

—Señor Dutton, lamento interrumpir... Ha llegado el señor Welsh.

Emily miró a Edward, mas la atención de él estaba sobre Ranjit. Ella sintió que él la apretaba un poco más hacia él. Tal vez necesitaba aferrarse a algo.

Finalmente, Edward forzó una sonrisa y dijo:

—Tal parece que ya se aburrió de sus familiares en Londres. Supongo que hay que darle la bienvenida.

—Quizás se hartó de que le insistieran en sentar cabeza, es el único soltero de su familia. No se imagina que usted también va camino al altar.

—Sí, pero yo no lo trataré de convencer de que se busque una esposa.

—Pero si lo hace, estoy seguro de que se irá a la India y no volverá nunca más. Se lo garantizo.

—En ese caso podría ponerme a hablar sobre las bondades de un matrimonio… —Rio de verdad, olvidó por un segundo sus malditas sospechas—. Iré con él en un momento.

Ranjit esbozó una sonrisa, asintió y se marchó.

A lo lejos se escuchaban las voces de los Montgomery que ya se habían adelantado a saludar a Hywel. La voz de él se escuchó clara cuando dijo:

—¿Me echaron de menos, ovejitas?

Por algún extraño motivo, Edward notó algo raro en el tono de

voz de su amigo.

Emily acarició la barba de Edward que se había quedado mirando la nada y preguntó:

—¿Estás bien? —Él asintió. Besó la frente de Emily—. Sé que el señor Welsh está en una posición en la que podría perjudicarte, pero, aparte de eso, ¿por qué desconfías tanto de él?

—No lo sé… Quizás estoy viendo fantasmas donde no los hay. Es solo que últimamente algo no encaja. Hywel nunca ha sido de los que guardan secretos, pero desde hace un tiempo percibo una distancia por parte de él que no estaba antes.

—¿Podría ser solo cansancio? O quizás hay algo personal que no te ha contado.

—Quizás… Pero para mí es inevitable pensar que si me estuviera traicionando, me lo estaría diciendo con su silencio. Creo que no puedo vivir tranquilo sin saber si mi mejor amigo me está clavando una puñalada en la espalda o no. Tengo que encontrar un modo de descartar su participación.

—Ya se nos ocurrirá algo… —Suspiró—. Mientras tanto, finjamos que nada pasa, veamos cómo reacciona cuando le digas que te vas a casar conmigo.

—Creo que puedo hacerlo… No te apartes de mi lado.

—No lo haré, querido…

Edward tensó la mandíbula mientras pensaba en cómo confrontar a Hywel. Hablar directamente con él parecía ser la opción más sencilla, pero si estaba equivocado, si lo acusaba sin pruebas, corría el riesgo de arruinar una amistad de décadas.

Podía intentar observarlo, buscar algo que lo delatara en sus palabras o acciones. No obstante, la idea de espiarlo le hacía sentir sucio y desleal.

Solo sabía que no podía ignorar el asunto; Emily y su negocio dependían de la resolución de ese misterio. Tendría que actuar pronto, antes de que las dudas lo devoraran. No quería perder a Hywel, no en ese momento. No quería que nada empañara su felicidad. Necesitaba con su vida saber si él estaba involucrado o no.

Capítulo 12

Edward y Emily entraron al salón de estar tomados del brazo. Ahí se encontraba Hywel dándoles la espalda mientras recibía la bienvenida por parte de los Montgomery. Minerva le preguntaba:

—¿Y cuánto tiempo se va a quedar en Inglaterra, señor Welsh?

—Lo suficiente para recuperarme del viaje. Cuando todo resulta perfecto, la travesía puede tardar de tres a cuatro meses. Pero cuando las condiciones son horribles puede demorar más de medio año… —Hizo una mueca—. Yo tardé cinco meses.

Edward consideró que ese era el momento oportuno para intervenir:

—Eso te pasa por embarcarte en marzo, el tiempo sigue siendo inestable. —Hywel no se giró de inmediato. Edward sonreía, fingiendo que no pasaba nada; no obstante, estudiaba cada gesto de su amigo a consciencia—. Apuesto que atravesaste más de dos tormentas.

Hywel dio media vuelta mostrando su habitual y encantadora sonrisa, y respondió:

—Tres, a decir verdad. Por eso calculé cinco meses, para poder llegar al matrimonio de mi hermana. Más vale que sobre a que falte, en especial cuando se trata de tiempo. —Miró a Emily y preguntó—: No sé qué pensar de su expresión, señorita Montgomery. ¿Mi llegada le desagrada o acabo de decir algo inapropiado?

Emily no se había dado cuenta de que había dejado de sonreír, solo contestó con la verdad:

—Bueno, cuando menciona que un viaje en barco puede durar seis meses y que también está el peligro de tormentas… —Arrugó la nariz—. Me lo imagino y me mareo.

Edward le tomó la mano y se la besó.

—Espero que algún día te acostumbres, querida.

—Ojalá. ¿Con qué se entretienen si están tanto tiempo arriba de un barco?

Hywel frunció el ceño y alternó su mirada entre Emily y Edward. No tardó en preguntar:

—¿Me estoy perdiendo de algo?

Sophie no se abstuvo de comentarle en latín:

—*Si responsum canis esset, morsus tuus esset.*

Hywel miró a Sophie y le dijo:

—¿Qué tiene que ver un perro?

Eleanor rio a carcajadas y repuso:

—Su latín no es tan bueno después de todo… «Si la respuesta fuera un perro, sería su mordedura», señor Welsh. —Miró a su hermana y añadió—: Eres bastante poética cuando hablas en latín.

La atención de Hywel volvió a la pareja. Por cinco largos segundos no hubo ninguna reacción, hasta que entreabrió su boca y arqueó sus cejas al punto de producir tres profundos surcos en su frente.

—Noooooo… —Se acercó a su amigo—. ¿No es una broma?

La sonrisa de Edward se amplió.

—Estás frente a la futura señora Dutton, Hywel.

—Te has comprometido… ¡*Iesu Grist*[1]! —Emily soltó a Edward para que recibiera el abrazo de su amigo y los observó. Ambos hombres se daban fuertes palmadas en la espalda—. Nunca imaginé que te casarías algún día.

—Por eso me quedé una temporada aquí, ridículo. Quería encontrar una esposa… pero he sido bendecido con una compañera.

Se separaron y permanecieron unidos, tomados por los antebrazos.

—Lo sé, pero… Creí que pronto te rendirías y que te casarías con alguien de la India.

Edward se encogió de hombros. Al principio pensó en ello, mas lo desviaba de su propósito de lograr más influencia y poder en Inglaterra, introduciéndose en la aristocracia.

Y ganó mucho más de lo que imaginó. Era como si la vida le sonriera. Miró de soslayo a su diosa.

—El destino puso a Emily en mi camino. Ella resultó ser tan inevitable como el *karma*.

Al escuchar esas palabras, la sonrisa de Hywel se desvaneció por un instante, mas pronto volvió a ser la misma de siempre y dijo:

—Así veo… —Se metió las manos a los bolsillos—. Supongo que

seré tu padrino.

—¿Cómo que supones? ¿Quién pretendes que sea?

Hywel se encogió de hombros, pese a que su expresión era risueña, su voz tuvo un tinte de amargura cuando dijo:

—No sé, supongo que nuestros tiempos ya no coinciden.

Edward apretó los labios, fue un gesto breve. Su ceño se frunció y repuso:

—¿Y desde cuándo nuestros tiempos coinciden? Eres mi mano derecha en India y solo nos vemos cuando viajo para allá. —Lo miró fijo y añadió para medir su reacción—: Sin ti, la Assam Tea Company no existiría.

Hywel tragó saliva e hizo una mueca que evidenciaba que recibía esas palabras a regañadientes.

—Si tú lo dices… Solo tienes suerte de que yo sea aficionado a la botánica. —Negó con la cabeza, dirigió su atención a Emily. Soltó a Edward para tomar la mano de ella y depositarle un beso en los nudillos—: Mis más sinceras felicitaciones, señorita Montgomery. Si este idiota se porta mal con usted, me avisa y yo lo enderezo. —Y le guiñó.

En los labios de Emily se asomó una sonrisa.

—Lo tendré en consideración, señor Welsh. Aunque si eso sucede, le tocará ponerse al final de la fila, porque mi padre y mis hermanos están primero.

—Auch, cuando sea mi turno no quedará nada que enderezar… Edward, más vale que no seas como el imbécil con el que se casó mi hermana. Dios, qué hombre tan desagradable. Pobrecita mi hermanita… —Exageró un estremecimiento.

—Oh, tienes que contarme eso… —Le palmeó el hombro a su amigo—. Justo íbamos a almorzar, ahí nos cotilleas.

—La historia es larga.

—Tenemos tiempo.

Emily se quedó mirando a Hywel y Edward… Tenía un mal presentimiento. Sabía que algo ocultaba el amigo de su prometido, lo malo era que no podía dilucidar si estaba relacionado con el contrabando o no.

Debía estar atenta, ella tenía una visión más parcial respecto a

Hywel, Edward en ese momento estaba en permanente conflicto, y aquello podría nublar su juicio.

En su corazón deseaba que Edward no perdiera a su mejor amigo. Iba a ser un golpe del que no podría recuperarse jamás.

*****

Todos estaban disfrutando del improvisado baile que se dio después de la cena. Minerva tocaba un vigoroso galop en el piano y tres parejas se formaron: Edward y Emily; Eleanor y August; y Hywel y Sophie.

El ambiente se tornó distendido y espontáneo en una sana competencia que premiaría a la pareja que durara más tiempo bailando.

Los primeros en rendirse fueron August y Eleanor. Con el pecho subiendo y bajando agitado y la frente perlada de sudor, el patriarca de los Montgomery se quitó la levita y se sentó a descansar. Eleanor le ofreció una limonada fresca y él la bebió sin respirar.

—Ah, me rindo… Dos galops y medio es mi límite, hija. Lo siento, tu padre está viejo.

Eleanor le sonrió y le besó la mejilla.

—No te preocupes, papá. Al menos bailas mejor que muchos de mis compañeros en la temporada. No sé cómo es que no me dejaron coja con sus pisotones.

—Pobre niña mía… —Miró a las dos parejas restantes—. Veamos si Edward no es tan viejo como dice su edad.

—Ay, papá. No es tan viejo… bueno para Emily no tanto, pero para mí ya es… —Hizo una mueca de desagrado.

—Once años no parecen ser tantos entre ellos.

—Sí… —El tercer galop concluyó. Eleanor aplaudió para animarlos—. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Otro más! ¡Otro más!

Ambas parejas ya estaban agotadas. Minerva con una expresión diabólica empezó otro galop de inmediato.

Emily y Edward, con sus respiraciones agitadas, pusieron sus ojos en blanco e iniciaron el baile. Estaban al límite. En cambio, Hywel y Sophie, si bien se veían igual de cansados, sus sonrisas de

incipiente victoria se ampliaron al ver que sus competidores desertarían pronto.

Hywel tomó entre sus brazos a Sophie y dijo resollando:

—Esta es la primera vez… que bailo más de tres veces… con una dama.

—Agradezca que estamos… aquí y no en Londres.

—Las matronas ya nos habrían presionado a comprometernos… ¿cierto?

—Solo si yo lo hubiera querido.

Hywel frunció el ceño, hizo girar a Sophie y preguntó:

—¿Cómo es eso?

Sophie recuperó el aliento y contestó:

—Ni siquiera mi madre… me obligaría a casarme.

—Vaya… ¿Bajo ninguna circunstancia?

—Ni aunque me sorprendan cometiendo… una falta… *in fraganti*.

—Interesante…

Sophie rio.

—Eso no significa que nosotras… seamos unas ovejitas que estamos dispuestas a caer en las fauces de un lobo… solo por no tener miedo a una represalia. —Lo miró a los ojos y añadió—: La libertad es una responsabilidad y un tesoro… muy grande.

—Sabias palabras… viniendo de alguien tan joven.

—Quizás seré joven para usted, señor Welsh… pero para los varones que son un poco mayores que yo… soy una vieja decrépita.

—Los hombres no nos caracterizamos por ser inteligentes a los veintitantos.

Sophie rio.

—He visto unos de treinta y tantos que no parecen superarlo.

—¿Esa fue una indirecta?

—No lo sé, usted dígame.

En ese momento escucharon la voz de Emily que decía:

—Me rindo… No doy más…

Sophie y Hywel dejaron de bailar. Sin soltarse se miraron y sonrieron.

—Hemos ganado, ovejita negra.

—Así parece.

La atención de Hywel se desvió hacia Minerva y preguntó:

—¿Y cuál es mi premio, señora Montgomery?

—Una cena. Cuando vaya a Londres, pase a nuestra casa para cobrar su premio. Siempre será bienvenido.

—Un premio más que generoso… Muchas gracias… —Volvió a centrar su mirada en Sophie—. Uuuuf, le concedo, señorita Montgomery, que los años no pasan en vano. Estoy a punto de desmayarme.

—Yo hubiera aguantado uno más.

Hywel no supo si pensar algo indecente o no. Las dos opciones eran tentadoras, pero lo que más le inquietó fue la manera en que lo miraba Sophie, era como si no tuviera el más mínimo miedo. Aquello le produjo una sensación que no podía definir, esa mujer era más de lo que aparentaba. Una vocecilla insidiosa le susurró que era peligrosa.

Sonrió. Se obligó a sacudirse esa extraña sensación que lo embargó, hizo una hiperbólica reverencia a Sophie y dijo:

—Y yo la hubiera seguido hasta el final, *cariad*[2]. Aunque me costara la vida.

—Muy halagador, señor lobo… Si me disculpa.

Hywel le sonrió y Sophie se retiró hacia donde estaba su padre, quien todavía se recuperaba del cansancio.

Él resopló, ya era hora.

Se acercó a Edward, él observaba cómo las tres hijas de August lo mimaban como si fuera un cachorrillo herido.

Hywel carraspeó y dijo:

—Dutton, necesito conversar contigo a solas. ¿Podemos?

Edward, al escuchar tan críptica petición, no le quedó más remedio que aceptar. Lo cierto era que también quería hablar con su amigo.

—Vamos a la biblioteca.

Y cuando se marcharon, Emily se quedó observando cómo abandonaban la estancia. Sabía que algo importante iba a suceder.

Los dos amigos no tardaron en estar sentados frente a frente

en el gran escritorio de la biblioteca. Hywel, sin valerse de ninguna clase de preámbulo, dijo:

—Está sucediendo algo desagradable en el puerto de Calcuta.

Edward consideró que el mismo Hywel se estaba poniendo en una posición para ser interrogado sin que se diera cuenta. Sin demostrar ninguna emoción dijo:

—Por eso Emily está haciendo una auditoría. Hasta ahora, solo ha detectado algunas irregularidades, pero nada grave aún. Si sabes algo respecto a eso, creo que es el momento para que me lo digas. —Se inclinó hacia adelante con sus dedos entrelazados y añadió—: ¿Qué está sucediendo exactamente?

Hywel entreabrió la boca, mas pronto la cerró, algo lo obligaba a callar. Tensó la mandíbula. A Edward le dio la impresión de que su amigo no hallaba como iniciar su relato.

Tras inacabables segundos, Hywel rompió ese denso mutismo con un murmullo:

—Es muy complicado, no sé por dónde empezar.

—Creo que si partes por el principio, será más fácil.

Hywel lo miró a los ojos, pero ninguna palabra salió de su boca.

Ambos se quedaron en silencio. Solo se escuchaba la tranquila y lejana melodía del piano.

Hywel tomó una honda inspiración.

Golpes en la puerta. Ambos miraron en esa dirección. Ranjit entró, apresurado, sin esperar respuesta.

—Señor Dutton, perdone la interrupción, pero ha llegado este mensaje para el señor Welsh. Me insistieron en que era urgente. —Le entregó un papel doblado y sellado. Edward reconoció el lacre, era de la familia de su amigo.

Hywel rompió el sello y rasgó el papel más de la cuenta. Soltó una maldición y lo desplegó.

Edward solo pudo ver cómo el rostro, siempre relajado de su amigo, se endurecía hasta parecer tallado en piedra. Empuñó el papel, se levantó de su asiento y se lo metió en el bolsillo.

Su tono fue imperativo, cuando dijo:

—Me tengo que ir. Ahora. Préstame un caballo. —Ni siquiera esperó la respuesta de Edward y salió por la puerta anunciando a

viva voz—. Tomaré a Rajá, es el más rápido. Después te cuento.

Edward se quedó petrificado, con todas las palabras acumuladas y que pugnaban por salir de su boca. Ni una respuesta logró sonsacarle. Su actitud solo sembraba más incertidumbres. Frustrado, se revolvió el cabello y masculló:

—¡Maldición!

Sabía que Hywel iba a hablar. ¡Lo sabía! Pero no tenía idea de qué, ni siquiera podía anticipar si estaba relacionado con el contrabando.

La melodía del piano cesó de pronto.

Edward no se dio cuenta de cuanto rato estuvo ahí sentado sin hacer nada, rumiando su desazón. Escupió una palabra malsonante, se levantó y salió corriendo detrás de su amigo para, por lo menos, saber qué asunto era tan urgente.

Cuando estaba llegando a las caballerizas, constató que se había demorado demasiado. Hywel ya iba a todo galope rumbo a Londres.

Una terrible sensación lo embargó de golpe. No sabía si Hywel estaba huyendo de la situación o si de verdad el destino estaba jugando con ellos.

Lo único que sabía era que no deseaba perderlo. Sin embargo, el implacable sonido de los cascos alejándose en la oscuridad le dio el ominoso presentimiento de que quizás ya era demasiado tarde.

Capítulo 13

Durante los siguientes días, Edward intentó ignorar la falta de noticias por parte de Hywel, pero le costaba soportarlo más de lo que quería. Su amigo no solía ser de los que callaban o se mantenía mucho tiempo sin dar señales de vida. Se resistía a enviarle un mensaje a la casa de la familia de él, no deseaba importunar ni presionarlo. Y si su amigo era culpable, podría delatar sus sospechas con su insistencia y provocar su huida.

No era fácil para él sobrellevar esa inquietud, así como lo asfixiante que resultaba la espera del arribo del Fortune, temía a comprobar empíricamente que estaba siendo utilizado para llevar a cabo un delito.

Y a eso tenía que sumarle que ya se estaba terminando su tiempo con Emily. La iría a ver a diario, quizás un par de días podría hospedarse en un hotel para pernoctar en Londres, así mataría dos pájaros de un tiro; no extrañaría a su prometida y estaría cerca del puerto.

En esos días, Emily conoció al Edward más taciturno y menos chispeante. Las incipientes ojeras delataban que no dormía bien y, por más que él intentara disimularlo frente a sus padres y hermanas, ella notaba el cambio.

Aun así, disfrutaba de su compañía. En los paseos que daban en los jardines, él parecía olvidar su zozobra. Le hablaba de la India, de los años que permaneció en aquel país, absorbiendo todo lo que podía. Ella le conversaba sobre sus estudios, su vida en la academia y sus recuerdos y anécdotas familiares.

También tenían recuerdos compartidos de los últimos meses, en los que bailaron, coquetearon y se lanzaron velados desafíos.

En esos días, su lazo se fortaleció; soñaron juntos, hicieron planes, y se amaron en cada gesto, en cada mirada, sin necesidad de palabras. Ambos lo sentían en la piel, en las sangre que corría por sus venas, en la misma médula de sus huesos.

August y Minerva los observaban atentos, les hacía recordar su propia historia de amor, esos primeros días de inocente juventud.

—Emily se ve tan feliz, querido. —Se apoyó en el hombro de su

esposo y suspiró.

—Él la mira como yo a ti, todo idiota.

Minerva rio, sí lo era, pero un idiota hermoso.

Edward, poco a poco, se abría paso en el corazón de los Montgomery, hasta el punto de que sus nombres ya no le resultaban ajenos, y sus gestos de afecto, naturales.

No solo se iba a casar con Emily, sino con una familia grande con la que tenía un pasado manchado por los crímenes de su hermano. Horatio, el hermano de Emily, fue quien lo descubrió y Justin, su gemelo, participó en su captura y perdió varias falanges en el proceso.

Los Montgomery tenían todos los argumentos para rechazarlo, apelar a la corrupción de su sangre para no permitir su enlace con Emily y, sin embargo, no lo hicieron, le dieron la oportunidad. Y él no escatimó en esfuerzos para demostrar que era diferente, que quería ser diferente, incluso del mismo Edward de hacía unos meses atrás.

Y aquello hacía que Emily lo amara más.

*****

Faltaban dos días para regresar a Londres, Emily seguía con esa angustiante sensación de no querer marcharse, y se acrecentaba con el intranquilo estado anímico de su prometido.

Después de guardar sus pertenencias y despedirse de su sala de trabajo, deambuló por la mansión, como si quisiera recordar cada rincón, cada aroma, cada textura.

El único lugar que no había visitado era la cocina. Decidió que era un buen momento para tratar un asunto con el mayordomo, y que desde hacía días rondaba por su cabeza.

Allí estaban la señora Basú y Ranjit, compartiendo el té especiado que ella preparaba. Al notar su presencia, ambos se levantaron con cierta premura.

—Por favor, no se molesten. —Les sonrió, ellos se sentaron mirándose de reojo—. Señora Basú, discúlpeme por meterme en su territorio.

La morena y delgada mujer negó con su cabeza. Pese a la

curiosidad que Emily despertaba en ella, huyó del contacto visual y se apresuró a aclarar con un tono de voz bajo:

—Oh, no, no se preocupe, señorita Montgomery. Usted pronto será la señora de la casa. El señor Dutton dejó estipulado que puede entrar y disponer de lo que desee.

Emily sonrió.

—¿Puedo sentarme con ustedes?

—Por supuesto —dijo el mayordomo. La observó con creciente intriga, mientras la joven dama se sentaba con propiedad. Tras un breve silencio, él preguntó—: ¿Qué la trae a los dominios de mi esposa?

Emily les sonrió, los había estado estudiando desde antes de entrar, parecían una pareja muy unida. Se sintió con la suficiente confianza de decir:

—Ranjit… Usted conoce a Edward más tiempo que yo, ¿sabe qué cosa le sube el ánimo?

El mayordomo apretó los labios y juntó las yemas de sus dedos. Tensó una sonrisa y respondió:

—Creo que cuando sea su esposa, en todos los aspectos que ello implica, tendrá la respuesta.

Emily tardó unos segundos en procesar aquellas palabras crípticas. Y cuando comprendió…

—Oooooh… Creo que entiendo. —Se cruzó de brazos y dijo más para sí misma que para los demás—: Qué inocente, pensé que con comida podría solucionarlo.

La señora Basú esbozó una tímida sonrisa. No había tratado con la señorita Montgomery, pero ya le caía muy bien. Era una mujer muy enérgica y decidida, con mucha personalidad.

Carraspeó para llamar la atención de Emily.

—Tal vez puede ayudar algo que le llene el corazón. Tengo entendido que al señor Dutton le gustaban mucho unas galletas de mantequilla que solía preparar su nana. Yo no he podido hacerlas porque no sé leer el recetario que Rose dejó y, aunque supiera, la caligrafía me resulta extraña.

Aquello ilusionó a Emily. La señora Basú tenía razón, Rose fue importante para Edward, traerla a la vida con algo sencillo podría

darle alguna clase de paz.

Con los ojos brillantes de entusiasmo, preguntó:

—¿Y por qué no le pidió al señor Dutton o a Ranjit que se la leyera?

—Ranjit no sabe leer tampoco. —La mujer solo se encogió de hombros. Emily dedujo que era en extremo tímida como para encargar esa tarea.

—¿Tiene el recetario?

La señora Basú asintió y se levantó. Salió de la cocina por unos instantes. Ranjit le sonrió y ofreció:

—¿Quiere té, señorita Montgomery?

—No, gracias. Está bien así, no se preocupe… —Lo miró por unos instantes. Ahí estaba el motivo por el cual Edward no tenía ama de llaves, ellas debían saber leer y escribir, llevar cuentas. El mayordomo podía hacer tareas de organización y administración del personal y ni siquiera era imperativo que supiera leer. Seguramente todo lo que sabía del oficio era por el señor de la casa. Eso era inaceptable para ella, era un asunto que debía resolverse pronto. Pero primero tenía que conocer un poco más a la servidumbre, porque ellos eran más que eso para Edward, eran su compañía—. ¿Le puedo hacer una pregunta personal? —Ranjit asintió—. ¿No extraña su país?

El mayordomo negó con su cabeza.

—La verdad, no… Allá, nosotros éramos de la casta más baja. —Al ver la interrogante dibujada en el rostro de Emily agregó—: Privilegios por haber nacido en una familia determinada.

—Ah, como la aristocracia y las demás clases sociales.

—Algo parecido, pero allá ser de la casta más baja… No solo es un asunto de servir o ser pobre… Es una condena que nos obliga soportar tratos que rozan lo inhumano, y no hay posibilidad de cambiarlo, ni con dinero, ni con alianzas matrimoniales. Las castas son límites que no se pueden cruzar… Y es peor si se nace mujer… Todavía le cuesta mucho a la señora Basú asimilar que aquí puede hablar, ganar dinero… que no es necesario que sirva a su señor al punto de dejar que haga lo que quiera con ella. Es complicado deshacerse de lo aprendido durante toda la vida.

—Oh… comprendo.

En Emily resonó lo que dijo Edward una vez, que no todo era idílico en ese país. Era seguro que se refería a ese sistema que dividía a las personas por su nacimiento. En cierto modo, no era diferente a Inglaterra en muchos aspectos, pero los límites sociales se podían cruzar con dinero, alianzas, educación, esfuerzo e incluso suerte. Al menos había una oportunidad de romper con estigmas y nadie podía arrebatarlo.

En ese instante llegó la señora Basú con una añosa libreta forrada en piel. Se la ofreció a Emily, y ella la tomó, reverente. Era un tesoro.

Ahora miraba con otros ojos a las personas que servían a Edward. Se propuso que, cuando fuera la señora de la mansión, les enseñaría a leer y a escribir, si así lo deseaban.

—Muchas gracias, señora Basú.

Emily hojeó el recetario. La caligrafía de Rose era confusa y casi tenía que adivinar lo que quería decir. No obstante, encontró lo que buscaba.

Para su fortuna, la receta era parecida a la que enseñaban en la academia, solo cambiaban algunas cantidades que, lo más probable, modificaban el sabor final.

Sonrió y le dijo a la cocinera:

—¿Quiere aprender a hacer esas galletas especiales?

La señora Basú solo sonrió y asintió.

*****

Ya era la una de la madrugada. Emily adecentó el salto de cama que cubría su camisón y se situó frente a la puerta de la alcoba de Edward. Sabía que él estaba despierto, un haz de luz se colaba por la parte baja.

La bandeja que traía tembló cuando ella dio unos golpecitos.

Edward tardó en abrir, y en cuanto vio a Emily portando unos vasos de leche tibia y galletas, no hizo más que sonreír.

Miró hacia el pasillo y la invitó entrar. Ella se apresuró a explicar:

—Supuse que no estabas durmiendo bien. Te he traído algo para que puedas conciliar el sueño.

A Edward le llenó el corazón ese gesto, que una diosa le trajera alivio, una ofrenda a ese pobre y simple mortal.

—Espero que tenga el mismo efecto que cuando era niño… Muchas gracias, no sabes cuánto lo aprecio, querida. —Le besó la frente—. Eres maravillosa, vamos a la cama.

Esa oración que fue dicha con un tono inocente, para Emily fue de lo más evocadora. Si bien su intención solo era darle ternura, atender y cuidar a su prometido, también vio como una posibilidad de que llegara más allá. Edward era una tentación, tal parecía que su costumbre era dormir solo con ese pantalón de seda que no dejaba mucho a la imaginación.

Y considerar que podría entregar su virtud esa misma noche, no le atemorizó.

Emily puso la bandeja sobre la cama y ambos se sentaron frente a frente; él como si fuera una deidad pagana, con las piernas abiertas y los tobillos cruzados, y ella arrodillada… como una sacerdotisa a punto de dar su ofrenda.

Brindaron con sus vasos de leche y una sonrisa.

Bebieron un sorbo en silencio. Emily estaba pendiente de cada movimiento de Edward, ansiosa por capturar el momento en que él probara las galletas. Se encomendó a todos los dioses de todas las culturas del mundo para que aquello fuera una caricia al corazón de su prometido.

Y ese momento llegó. Edward tomó una galleta y solo su forma le hizo recordar.

—Rose solía hacer unas galletas parecidas a estas cuando volvía del internado. También las cortaba así, como cuadrados irregulares. —Se la comió de un bocado…

Y en cuanto el sabor familiar acarició su paladar, dejó de masticar. Arqueó sus cejas y abrió más sus ojos.

Rose… su querida Rose.

Volvió a masticar. Lento, saboreando cada segundo. Una sonrisa, cálida y nostálgica, se dibujó en su rostro.

¿Cómo era posible volver a ser un niño con una simple galleta?

Edward degustó ese salto en el tiempo, y fue como si Rose hubiera vuelto a la vida con sus caricias y palabras dulces, volcando todo su amor en dos niños que no eran suyos, porque tuvo la desgracia de perder los propios.

Entre sorbos de leche, Edward comió una galleta tras otra, sin decir una palabra. Emily lo observaba mientras acababa con su vaso. Con disimulo él se sorbió la nariz y dijo:

—Creo que me voy a resfriar.

Emily siguió el juego de esa mentira blanca y repuso:

—Debes cuidarte, no quiero que me dejes viuda antes de casarnos.

—Mañana le pediré a la señora Basú que me haga caldo de pollo y no andaré descalzo.

—Me parece bien. ¿Te gustaron las galletas? —Edward solo asintió—. Me alegro… Hoy fui a la cocina y la señora Basú me prestó el recetario de Rose. —Edward la miró con sus ojos vidriosos—. De ahí saqué la receta y las preparé, aproveché de enseñársela para que pudiera hacértelas cada vez que quisieras.

Edward compuso una sonrisa. En su mente podía escuchar la voz de Rose en su cabeza diciéndole lo mucho que lo amaba, que era el hijo que la vida le quitó. ¿Cómo pudo olvidarlo? A veces fantaseaba que ella se lo llevaba de esa casa con su hermano para vivir una vida simple, formar una nueva familia, y no volver al internado.

Su corazón no estaba vacío, sino lleno de amor, pero solo permanecía congelado para que no le afectaran los golpes que le daba la vida que le tocó. Emily era la persona que le había demostrado que podía ser vulnerable con ella, ser él mismo en todas sus dimensiones.

—Es el mejor regalo que nadie me ha dado. No las probaba desde hacía veinte años. —Tragó saliva—. Te quedaron idénticas… Muchas gracias.

Emily sonrió. Tomó los vasos vacíos y los puso sobre la bandeja.

—Solo quería hacerte feliz. —Inspiró profundo y se levantó—. Espero que duermas bien, querido.

Edward se puso en pie también. Tomó la bandeja de las manos de Emily y la dejó sobre la mesa de noche. No dijo nada, solo la abrazó con fuerza…

Era como si le dijera que la amaba con toda su alma. Que no lo dejara nunca.

Ella respondió a ese abrazo, inspiró el aroma de Edward y susurró:

—Siempre me tendrás, querido, aunque la distancia nos separe. Mientras estemos viviendo bajo el mismo cielo, no habrá nadie más que tú.

—Lo sé… —Su mano ascendió por la espalda hasta llegar a la nuca y, gentil, empuñó la trenza floja que confinaba el cabello de Emily. La miró a los ojos e hizo que la mano de su prometida se posara en su pecho. Ella podía percibir en la palma cada latido—. No hay palabras que puedan describir lo que siento por ti… Pero si existe otra vida, si tuviera que vivir un millón más, enfrentaría todas las vicisitudes, aguantaría todos los dolores y experimentaría las mismas pérdidas, si eso me hace encontrar el camino de vuelta a ti. Eres el pulso de mis venas.

Emily no necesitó más, no importaba si él no decía lo que ella quería escuchar. Sabía que él la amaba, nunca podría olvidar esas hermosas palabras que significaban más que un verbo conjugado. Ella podía dar un paso más hacia él.

—Oh, Edward, y yo también te buscaré… Siempre. Te amo.

Él, al escuchar esas palabras que tan fáciles salieron del corazón de su diosa, sintió que esa mordaza que lo acallaba se liberó. Y, a pesar de que un «Te amo» no le hacía justicia a lo que sentía en su alma, también dijo:

—Te amo, Emily…

Ella sonrió… Sus ojos se anegaron de lágrimas, porque por más que intentó convencerse, se dio cuenta de que el anhelo de escuchar esas palabras en la voz de Edward era más grande de lo que imaginó.

Sus bocas se buscaron y, tal como sus almas, se entregaron al primer contacto. Beso a beso se susurraron mil veces «Te amo», convenciéndose de que ese sublime instante era real. Las tiernas

caricias que se prodigaban fueron encendiendo ese fuego que se propagaba entre ellos y los empujaba a ir más allá, a cruzar por fin ese límite que separaba sus cuerpos.

Y en medio de ese voluptuoso calor, Emily comprendió que amor y pasión eran la fusión del corazón y la carne.

Sus lenguas se entrelazaron con dulzura, mientras que sus manos recorrieron sobre la ropa el cuerpo del otro, descubriendo cada monte, cada llanura, cada profundidad de esa geografía ajena.

Edward atrapó un pecho de Emily por sobre la ropa. Apretó con gentileza, deleitándose con ese tierno monte mientras besaba el cuello. No fue suficiente, necesitaba tocar más. Deshizo el lazo que ataba el recatado salto de cama y reveló el delgado camisón. Solo le bastó soltar un par de botones, y la prenda quedó medio anclada al cuerpo de su mujer. Para él fue suficiente para poder acariciar esa piel blanca y tersa.

Siseó al sentir la tibieza de ese turgente seno y jugueteó con el enhiesto y rosado pezón.

Emily tampoco era pasiva, desde el comienzo tenía acceso a más piel. Sus manos recorrían el pecho ancho y duro, hundía los dedos en la espalda musculosa, y se atrevió a ir más abajo y acariciar las respingadas nalgas masculinas sobre la seda del pantalón.

Edward volvió a asolar los labios de Emily. Sus caderas se impulsaron hacia adelante buscando ese bendito roce contra el vientre de su futura esposa.

Cuando sintió que la mano de Emily tanteaba su virilidad, él cortó el beso y preguntó resollando:

—¿Estás segura de seguir? Porque si te quedas, no saldrás de aquí hasta el amanecer. Te haré mía tantas veces que me recordarás cada vez que te sientes.

Emily acarició toda esa longitud. Tan dura, tan caliente… Necesitaba saciar esa ansia que se apoderó de ella desde que él le mostró las esculturas.

Quería ser una de ellas. No una muñeca de porcelana que no se toca por miedo a que se rompa.

—Pues quiero correr ese riesgo… —Y se quitó el camisón.

A Edward se le secó la boca. Ese era el cuerpo de la mujer que amaba, curvilíneo, de caderas anchas, maduro. Sació su sed bebiéndose la piel de ella, con su boca la recorrió de pies a cabeza. Probó el sabor de sus pechos, jugueteó con esos pezones vírgenes y tentadores. Descendió y se arrodilló ante ella, se aferró a las nalgas y aspiró el aroma del néctar femenino que goteaba como la sabia de un árbol.

Edward acarició el centro anhelante. Su toque fue tan suave como devastador para Emily. Se aferró a los hombros de él para no perder el equilibrio.

—Abre más tus piernas… Quiero comerte.

Y ella lo obedeció.

Apenas sintió ese exquisito y decadente calor, Emily gimió.

—Oh, sí…

Ella no sabía cuánto necesitaba esa lengua entre sus piernas, esos dedos acariciándola y esparciendo su humedad por todo su centro. Y, sin embargo, para él no era suficiente.

—Dame más… —Se levantó y la alzó lo justo para que ella cayera con suavidad sobre el colchón. Emily se acomodó en el centro de la cama y él se quedó mirándola, obnubilado por aquella visión—. Te he imaginado tanto, y ahora que te tengo… —Se arrodilló ante ella, abrió los pétalos de esa íntima flor y volvió a devorarla.

Emily solo se aferraba a las sábanas y abría más las piernas. La lengua de su hombre no tenía piedad, chupaba, lamía y la penetraba. Era más de lo que podía soportar. Edward le alzó las caderas y la instó a moverlas, a que tomara lo que él le ofrecía.

Emily era puro instinto y comprobó que se podía arquear tanto como las esculturas de su prometido; era un ser fluido que no parecía ser de carne y hueso. Se vio invadida de tantas sensaciones placenteras que no sabía cuál perseguir, a cuál obedecer. Buscando la respuesta, tensó sus piernas y todo su centro, y los relajó al ritmo de sus caderas.

Y tuvo su lúbrica señal, esa sensación nueva y deliciosa. La siguió a su propio compás y Edward la acompañó. Se unió a ella de una forma que Emily jamás imaginó. Le estaba dando lo que necesitaba y aquello espoleó más esa parte primigenia que solo se

concentraba en el deleite.

Todo se convirtió en un rápido ascenso que Emily no dimensionó y, de pronto, cuando atrapó esa esquiva señal, toda ella tembló. Su espalda se curvó, tocó las estrellas con la punta de sus dedos y explotó.

Eran oleadas de placer que fustigaron todo su cuerpo, y aumentaba con cada lamida que Edward le seguía dando, con cada pálpito de su corazón que parecía que se iba a detener en cualquier momento.

La habitación se llenó de gemidos y resuellos que ella no reconocía y, no obstante, sabía que era su voz la que no cesaba de llamar a Edward, rogándole que se detuviera. Era demasiado, más de lo que podía soportar.

Él dejó de estimularla y se quedó quieto, infundiéndole calor a ese punto milagroso que era la fuente del placer femenino. Esperó a que ella se relajara, le dio un último beso al monte de Venus y se irguió.

Emily lo observaba, y él admiró el resultado de lo que eran ellos dos, la inconfundible fragancia del deseo satisfecho, la piel sudorosa y teñida de ardor. Ella le regalaba una sonrisa perezosa y sus ojos azules eran dos piedras vidriosas por la pasión.

—Ha sido… increíble… No me puedo mover.

Edward esbozó una sonrisa lobuna, se limpió la boca y su barba con sus manos y dijo:

—Eres un delicioso banquete para este mortal, mi diosa.

Emily reunió toda su fuerza para levantar su pierna, su pie tanteó la imponente erección de su prometido. La acarició con malicioso cuidado.

—Quítate ese pantalón. Quiero probarte como tú lo has hecho conmigo.

Edward se puso de pie sobre la cama y se quitó el pantalón. Para Emily fue como tener a un impúdico coloso de Rodas sobre ella.

—Sírvete. Mientras no muerdas, todo lo que hagas será placer para mí.

Emily se arrodilló ante él. Acarició ese miembro que la apuntaba, desafiante. Edward le hizo una breve demostración de

cómo lo podía estimular con las manos. Ella observaba, con morboso interés, el movimiento, el color de esa punta carnosa, esas venas que parecían que iban a explotar.

—Si haces eso mismo con tu boca y las manos, me llevarás directo al Nirvana, querida. Tú tienes todo el poder de lo que va a suceder, si quieres llegar hasta el final, me derramaré sobre ti… pero si quieres que te arrebate tu virtud, deberás detenerte antes de que sea muy tarde. Todo depende de tus deseos.

—Quiero la segunda opción… pero con el final de la primera.

—Una diosa exigente… Tómame entonces.

Edward comprobó que el intelecto de Emily era tan agudo para las matemáticas como para el acto de amar. Al principio fue delicada, inocente, con ansias de aprender… Besaba y probaba su miembro al compás de esas manos que lo empuñaban y lo estimulaban.

Sus graves jadeos colmaron la habitación, y la luz de las velas proyectaba las sombras de sus cuerpos sobre la pared. Parecían una erótica ilustración que había cobrado vida, y ellos eran los protagonistas. Fue demasiado para él. Cerró los ojos y acarició el cabello de Emily. Se enrolló la larga trenza castaña y, gentil, le impuso un ritmo más lento, el que su prometida aprovechó para abrir la boca y albergarlo dentro de ella.

Fue un delicioso castigo. Emily cada vez lo llevaba más al fondo de esa codiciosa boca que lo estaba dejando al borde de la locura. No era la primera vez que él recibía esas atenciones, pero sentir y ver a la mujer de su vida devorándolo, cobraba otra dimensión.

Todos los placeres pasados palidecieron y se difuminaron como si nunca hubieran existido. De su garganta solo salían gemidos, jadeos y alabanzas a su diosa. Era perfecta, era ardiente, era generosa.

Su mujer le estaba dando el *fellatio* más voluptuoso y mágico de su existencia. Y en cuestión de segundos, sintió ese escalofrío previo, esa presión que emergía desde dentro de él… Estaba a punto de derramarse.

Reunió toda su fuerza de voluntad para contenerse, y resultó ser una tarea titánica. Apenas pudo murmurar un dolido:

—Detente… te lo suplico… —Emily se quedó quieta. Edward

abandonó su boca. Temblaba y siseaba, agitado. La miró a los ojos—. Dame un momento para respirar, casi no lo logro.

Se arrodilló frente a ella y la besó. Si a Emily le hubieran contado alguna vez que se podía hacer eso, habría arrugado la nariz de asco. Pero vivirlo en ese grado de excitación, no importaba el pudor o el remilgo. Jamás pensó que compartir el sabor de ellos podía ser tan sensual, íntimo y lascivo.

Tan animal.

Edward terminó ese beso y sobre sus labios susurró:

—Te amo, Emily… —Entrelazó sus dedos con los de ella—. Ahora, déjame poseerte como tanto he soñado…

—Hazlo.

Ella se acostó y abrió sus piernas para él. Edward la quiso preparar primero y, gentil, introdujo su dedo medio. Emily se tensó ante esa invasión.

—Debes relajarte, querida, o no podré entrar. Inhala y exhala conmigo. —Con cada respiración, el dedo de él entraba más y más, hasta que ya estaba todo dentro de ella—. Perfecto, lo has hecho maravilloso…

Dejó su dedo ahí, y estimuló sutilmente con su pulgar esa perla rosada que estaba escondida en su capullo. Apenas un toque, pero era suficiente para que el interior de Emily se humedeciera más.

Ese fue el momento en que él retiró su dedo y arrancó un jadeo. Ella sintió un exquisito calor en todo su centro cuando él la abandonó, y quiso más.

Y eso obtuvo.

Emily perdió la cuenta de cuantas veces él hizo lo mismo y cada vez deseaba más. Abría más las piernas para invitarlo a entrar, pero él lo retrasaba. Introdujo otro dedo, estirándola, exigiéndole recibirlo.

Sus dedos se convirtieron en estoques que entraban y salían de ella con desesperante languidez. Se entretenían en su interior, acariciándola, abriéndola, anunciando que algo grande se venía. Y ese pérfido pulgar presionaba con desesperante sutileza esa parte que estaba descubriendo que era clave para su gozo.

Emily intentaba apresarlo, contraía su interior tal como cuando

él estuvo alimentándose de ella.

Edward retiró sus dedos y se los chupó. Se mordió el labio inferior y dijo:

—Creo que ya estás lista, querida.

Se cernió sobre ella y acercó la punta roma de su miembro a la hinchada entrada. Tanteó y esparció la resbalosa humedad de su mujer, acariciándola en el proceso.

Y empujó. Emily sintió que todo su interior se abría… Esperaba sentir alguna clase de dolor, pero se distrajo de esa preocupación al intentar asimilar la inusual invasión. Sus pulsaciones se dispararon. Fue consciente de cómo entraba cada milímetro de esa longitud y también lo que retrocedía para volver a recorrer lo avanzado.

Supo que todo estaba hecho cuando un leve pinchazo le hizo dar un respingo.

Edward sintió que ella se tensó y lo apresó. Le besó la frente y susurró:

—Perdóname si te he hecho daño… Lo he intentado todo para que no te doliera tanto.

Emily lo abrazó fuerte.

—Quédate así un ratito. Quiero recordarlo… No ha dolido casi nada.

—¿Segura?

—Sería muy perjudicial para ambos si te mintiera. Aquí en la cama nunca podré hacerlo… y si llego a herirte con mis palabras, créeme que no será con mala intención.

Edward se apoyó en sus codos solo para admirarla.

—Siempre tienes que decirme la verdad. Solo así podré ser el amante que tu cuerpo necesita… Ahora es mi turno de decirte la verdad. No he estado con nadie desde que llegué a Inglaterra y ya casi me he derramado dos veces, apenas lo estoy soportando…

—Yo también quiero que sientas lo mismo que yo. Termina lo que has empezado.

Edward le besó la frente. Se irguió. Emily se deleitó con esa imagen de él aferrándose a sus rodillas. Era como estar soñando con algún ser divino que estaba tomando a una doncella sin piedad.

Se retiró y embistió. Lento. Suave.

Y, con cada acometida, la velocidad y fuerza aumentaba.

Emily lo acariciaba, se deleitaba con tocar a placer a ese hombre que entraba y salía de ella y le propinaba ramalazos de gozo.

La habitación era de todo, menos silenciosa, la respiración superficial de ambos iba al compás de sus cuerpos colisionando en medio de la humedad.

Edward no pudo más. Había olvidado lo que se sentía verse rodeado de ese calor acuoso, pero con Emily esa sensación se potenciaba al infinito. El interior de ella lo apresaba y acariciaba, y le rozaba un punto que le estaba haciendo perder la razón.

Esa mujer había sido hecha para él. Lo estimulaba como ninguna otra.

Se acercó al umbral, lo sabía. Con la última gota de voluntad se retiró del interior de Emily, empuñó su miembro y le dio el impulso final. Esa sensación de derramarse una y otra vez, y drenar todo su ser no la cambiaría por nada. Se vio inmerso en ese efímero y poderoso gozo que hacía que todo el camino recorrido valiera la pena.

Emily valía la pena.

Su simiente estaba regada en el monte de Venus de su mujer. El instinto animal que lo embargaba lamentaba no haberla marcado como se debía…

En su noche de bodas la llenaría…

Con el pantalón de seda que quedó tirado limpió el rastro de su impronta. La noche todavía era joven y aún no había tenido suficiente de Emily.

Ella lo observaba cómo la atendía. Él la miró de soslayo y le sonrió con cierto pudor. Había tanta ternura en ese gesto, que la enamoró más.

¿Quién lo diría? Hacer el amor también era una forma de conocerse, de encontrarse el uno con el otro. Ahora sabía que Edward era generoso, anteponía sus necesidades para satisfacer las de ella, era tierno, era salvaje… y la amaba.

Y ella lo amaba tanto que no podía sentir más que felicidad.

Capítulo 14

Edward despertó antes del amanecer, lo sabía por el canto de las aves que anunciaban un nuevo día. Emily le daba la espalda, la abrazó por la cintura y ella se giró hacia él, enredaron sus piernas y sus cuerpos se alinearon.

Ambos aspiraron la fragancia de la intimidad compartida. Emily se acurrucó en su pecho y él le besó la coronilla.

—Querida, debo llevarte a tu alcoba. —Como toda respuesta, ella lo miró y lanzó un quejido lastimero. Edward rio grave ante la adorable imagen de su mujer con sus ojos adormilados y su cabello revuelto, la trenza que llevaba se deshizo en algún punto de la noche—. Levántate, diosa perezosa, debemos aparentar que aún eres inocente.

Emily se volvió a quejar, fingiendo un llanto de niña mimada.

—No he dormido nada. Me duele todo el cuerpo.

—Que conste que te advertí que te haría mía tantas veces que me recordarías cuando te sentaras…

—Estoy acostada y ya me acuerdo. —Se sentó, el cuerpo le pesaba y los músculos de sus piernas, su vientre y de sus partes pudorosas manifestaron la intensa actividad nocturna. Miró a Edward—. ¿Siempre es así?

—¿Qué cosa?

—Hacer el amor cuatro veces.

Edward rio.

—No será así, te lo aseguro, con el tiempo nos iremos calmando. Quizás cuando no sintamos que es el fin del mundo… Aunque creo que no importa si pasan meses o años, me harás sentir que lo es. Sé que yo siempre querré hacerte el amor unas cuantas veces a la semana. —Emily jadeó y él se apresuró a aclarar—. No cuatro veces cada noche, mi cuerpo no lo aguantaría.

—Yo tampoco podría soportar tanto. —Se levantó. Buscó su camisón y su salto de cama en el suelo—. Ah, ahí están… Ay, mis piernas, duelen como si hubiera montado a caballo...

—Montaste a un semental… y él quedó exhausto igual que tú. —Recordó a su mujer sobre él, abandonada al delirio del éxtasis—. Y

fuiste una perfecta amazona.

—Siento que no hicimos ni siquiera una décima parte de lo que me mostraste en la galería.

A Edward le encantaba que ella no sintiera vergüenza, que fuera natural la desnudez compartida. Emily no hacía cosas absurdas, como cubrirse el cuerpo después de que se vieron, lamieron y besaron cada centímetro de su piel… Una y otra vez.

—Algún día te llevaré al templo para que lo veas.

—Tendré que acostumbrarme a esos artilugios flotantes… —Emily se puso el camisón y el salto de cama—. Bien, supongo que ahora me voy.

—Espérame. Dije que te llevaría. —Edward se levantó y de su vestidor sacó un par de pantalones limpios. Le dio un beso rápido a su prometida y le ofreció el brazo—. Vamos… Prefiero que nos descubran a los dos que a ti sola… Si es que lo hacen.

—Tú lo has dicho. Si es que…

La sonrisa de Emily fue maliciosa. Edward le había asignado la habitación más cercana a la de él, por lo que ella no tenía la necesidad de pasar frente al resto si quería ir a visitarlo.

Zorro astuto.

Salieron de la habitación de Edward y caminaron por el pasillo. Sus pasos eran sigilosos y lentos; un verdadero paseo furtivo antes del amanecer.

Ese silencio cómodo no era vacío, sino todo lo contrario, estaba atiborrado de cercanía, de calor, de la certeza de que se podían permitir ser ellos mismos. Mostrar su verdadera forma ante el ser amado… No existía el temor de que sus debilidades o defectos serían usados como armas en el futuro.

Y no es que ellos hubieran fingido para amoldarse o agradar, pero ahora podían ser un poco tontos, acariciarse en libertad, ser vulnerables, amarse y gritarlo a los cuatro vientos.

Llegaron frente a la puerta de la habitación de Emily. Edward la abrió sin hacer ruido. No dijeron nada, un beso suave fue la despedida.

La primera del día.

Él posó su mano sobre la espalda baja de Emily, instándola a

traspasar el umbral. Ella suspiró en cuanto se giró para verlo una última vez. Se encontró con los ojos oscuros de su prometido que articulaba sin voz un «Te amo».

Del mismo modo ella dijo «Yo también» y cerró la puerta sin dejar de mirarlo.

Emily posó su frente en la madera y volvió a suspirar. Lo único que empañaba su euforia y felicidad era el hecho de que al mediodía abandonaría la mansión.

Era absurdo que sintiera pesar, vería a Edward pronto, pero ya no sería lo mismo que esos días de descubrimientos. Esos días en que se enamoraron. Una pequeña añoranza, una dulce melancolía.

Se acostó y cerró los ojos. Era extraño, había dormido sola toda la vida, pero bastaron unas cuantas horas con Edward y ya echaba de menos el calor de su cuerpo. Sin embargo, el sopor la reclamó, lo cierto era que estaba agotada.

El último pensamiento que invadió su mente fue el consuelo de que tenían toda la vida por delante.

Por su parte, Edward recorría el camino de vuelta lentamente. A medida que se alejaba de la habitación de Emily, su mente se llenaba de planes y de resoluciones. No podía dar ningún paso en falso, debía proteger lo que estaban construyendo, y resolvió que empezaría desde ese mismo día.

Pero primero, debía dormir unas cuantas horas más, se sentía drenado.

Ya no tenía veinticinco años. Una lástima.

*****

Al mediodía, el sol no brillaba. La luz atemporal y mortecina no proyectaba sombras sobre la mansión. No obstante, las algodonosas nubes que cubrían el cielo no amenazaban con lluvia, lo cual era bueno para el viaje, pues no haría tanto calor. El carruaje cargado con equipaje aguardaba por los Montgomery. Edward, como era de esperarse, los acompañó para dar su último adiós. En el ambiente se respiraba el deseo de regresar a casa, mezclado con el incipiente pesar de que esos días de verano se convertirían en inolvidables

recuerdos.

Edward no solo se había metido en el corazón de Emily, sino en el de sus padres y sus hermanas. Todos compartían esa sensación de querer quedarse, pero el deber era volver a la realidad. Minerva fue la primera que se atrevió a despedirse.

—Nos veremos pronto, Edward, querido. —Le tomó las manos y le dio un beso en cada mejilla—. Gracias por todo.

—Créame que yo soy el más agradecido, Minerva. Mañana iré a visitarlos.

—Te esperaremos.

Edward le ofreció su mano para que ella subiera al carruaje.

Fue el turno de Sophie. Ella imitó a su madre, le tomó las manos a Edward y le dio un beso en cada mejilla.

—Auch, tu barba pica. Deberías considerar afeitarte, Edward.

—No he recibido quejas por parte de mi prometida… Además, mi cara es del tipo que se ve mejor con barba que sin ella.

Sophie arrugó su nariz.

—¿Tienes mentón débil?

Edward hizo una mueca y negó con su cabeza.

—Parezco un niño de doce años sin ella. No combina para nada con todo esto. —Hizo un ademán que pretendía mostrar su cuerpo de hombre en general—. Pero si tanto insistes, consideraré que tengas el honor de elegir el estilo de mi próximo afeitado.

Ella rio.

—Oh, en ese caso podrías intentar con un bigote al estilo francés, estoy segura de que te quedará perfecto… —Volvió a reír al ver la mueca que hizo su cuñado y mejor se despidió—: *Vale, et in brevi te videbo*.

—Nos vemos, pronto, querida Sophie. —Y le guiñó. Le ayudó a subir.

Eleanor no se hizo esperar.

—Estaba pensando, Edward, que no solo Emily puede vestirse como india para el matrimonio, qué tal si nosotras, sus damas de honor, también… Piénsalo.

Él sonrió ante esa visión y respondió:

—Todo depende de la zona de la India, no es lo mismo una

novia de Calcuta que una de Assam.

—Convérsalo con Emy, ella quiere un compromiso corto. —Le besó la mejilla y dijo—: No le hagas caso a Sophie, tu barba no pica, ella es una exagerada.

—¡Te escuché, Eleanor!

—¡Lo sé, Sophiiiiaaaaa! —Puso sus ojos en blanco y masculló—. Es una cotilla.

Edward le ofreció su mano para que ella subiera y dijo:

—Mejor no la fastidies, les quedan dos horas de viaje.

—Eso lo hará más divertido.

Y Eleanor se perdió dentro del carruaje.

August fue el siguiente. Le ofreció la mano a Edward, y cuando él se la estrechó, lo atrajo hacia él y le dio unas palmadas en la espalda.

—Si necesitas quedarte en Londres, las puertas de mi casa están abiertas para ti, muchacho. —Se separó y añadió—: Aunque solo tendrás que conformarte con comida inglesa.

—Será un placer, volver a las raíces siempre es bueno.

—Así es… Cerraré la puerta del carruaje para que te despidas de tu prometida como corresponde.

—Gracias, August… Sus hijos tienen mucha suerte de tener un padre como usted.

—Y ahora la tienes tú, seré tu suegro que, en mi opinión, es casi lo mismo. —No quiso decir adiós, lo vería al día siguiente. Le dio unas palmadas en el hombro y subió al carruaje. Edward aún no terminaba de acostumbrarse a recibir tanto cariño, pero le hacía sentir afortunado. No todos los suegros tenían el mismo concepto de August.

Se sintió humilde y abrazó ese sentimiento. Él, de verdad, era afortunado de contar con la aprobación de August. No todos los hombres tenían la bendición de recibir tanto. Su propio padre jamás le hizo sentir que pertenecía a su familia… Él y su hermano eran un estorbo necesario y conveniente.

Cuando la puerta del carruaje se cerró, los ojos de Edward se centraron en los de Emily. Ella daba un hondo suspiro y parpadeó rápido.

No tardó en estar rodeada del reconfortante calor de él. Aspiró su aroma a vetiver y dijo:

—No te demores, te estaré esperando.

Edward enmarcó el amado rostro de Emily y la besó con dulzura.

—Eres el pulso de mis venas… No podré estar alejado de ti demasiado tiempo.

—Lo sé, mi mortal favorito.

—Siempre a tus pies, mi diosa… Vete, antes de que te lleve de vuelta a la mansión.

Abrió la puerta del carruaje y le ayudó a Emily a subir.

Se quedó ahí, plantado, sin querer moverse, viendo cómo se alejaba esa mujer que había cambiado toda su existencia en menos de un mes.

Cuando el sonido de los cascos se hizo casi inaudible, Edward se llenó de valor para darle la espalda. Se dirigió a la mansión con un andar pesado y melancólico.

Al llegar frente a la puerta la contempló por unos breves e insoportables segundos.

Resopló y se dio ánimos para abrirla.

Ya no podía llamar hogar a su mansión, no sin ella.

*****

No pasaron ni veinticuatro horas y la realidad se hizo sentir. Emily, Sophie y Eleanor entraron a la sala de estar. Ahí se encontraba su prima Laura, la directora de la Academia Hope. Fue a la primera a quien avisaron su regreso a Londres, pues al día siguiente comenzaría el año académico.

En cuento se vieron, las sonrisas aparecieron y se saludaron con abrazos y besos. Laura notó de inmediato que las hermanas Montgomery tenían mucho que contar, en sus semblantes había un brillo especial y una euforia que apenas podían contener.

Pidieron unas limonadas frescas, preferían algo liviano, todas habían desayunado hacía poco.

Laura observó el vaso con el ceño fruncido, había hojas verdes

picadas flotando en la limonada. Ni siquiera consideró si era de mala educación preguntar:

—¿Qué tiene esto?

Sophie terminó de beber un largo sorbo y respondió:

—Oh, es la receta de la señora Basú, la cocinera de la mansión. Mezcla la limonada con un poquito de albahaca y jengibre. Fue lo primero que le enseñamos a nuestra cocinera cuando llegamos ayer. Edward fue muy amable en regalarnos los ingredientes que nos faltaban. Pruébalo, es de otro mundo.

Laura arqueó una ceja y dijo:

—Veo que pasaron muchas cosas en la mansión. Incluso ya lo llaman por su nombre, aunque no me extraña, él es un buen amigo. —Laura probó un sorbo—. Vaya, esto sí que está delicioso.

Y mientras ella volvía a beber un trago más, Eleanor repuso:

—Emily está comprometida con Edward.

Laura escupió su limonada y Sophie recibió una pegajosa lluvia. La víctima de ese explosivo microevento meteorológico parpadeó un par de veces, incrédula. Con dos dedos alzó la falda de su vestido arruinado y soltó, indignada:

—¡Por todos los santos, Laura! Pudiste apuntar a otro lado.

Eleanor rio a carcajadas y Emily se apresuró a secar a su hermana con una servilleta, pero también se reía de la pobre.

Laura se golpeaba el pecho mientras trataba de recuperar el aliento y, de tanto en tanto, miraba a Emily como si le hubieran dicho que se iba a casar con el Arzobispo de Canterbury.

La habitación se llenó de risas, tos y gritos femeninos.

Algo normal en la casa de los Montgomery desde que los hermanos mayores formaron sus propias familias.

Cuando todo volvió a una relativa normalidad, Laura le dijo a Emily:

—¿Cómo es posible que estés comprometida con Dutton? Se suponía que tú ibas a resolver un problema de contabilidad… —Jadeó ante la posibilidad de que esa unión solo fuera una salida honorable por algún error de juicio—. Ay, por favor, dime que es por amor…

Emily solo asintió esbozando una orgullosa sonrisa. Eleanor y

Sophie lanzaron risitas nerviosas. Sí, ahora se enterarían de los detalles jugosos de cómo surgió la relación de su hermana mayor con Edward.

Ante el mutismo de Emily, Eleanor puso sus ojos en blanco y dijo:

—No seas exasperante y di la verdad, Emy, antes de que Laura termine envejeciendo igual que nosotras.

La sonrisa maliciosa de ella no tardó en aparecer y dijo:

—Todo comenzó cuando Alec atrapó el ramo…

A medida que el relato de Emily avanzaba, su prima y sus hermanas quedaban boquiabiertas. Sobre todo, estas últimas que apenas podían creer lo que pasó bajo sus narices. Vaya par de pilluelos.

Al cabo de una hora, Emily lo contó casi todo, a excepción de que había perdido su inocencia la madrugada anterior, y algunas sospechas del pasado de Edward que mejor no quería ni pensar.

Laura, con sus cejas alzadas, solo pudo decir:

—Pues, es una maravilla… Vaya, hasta que lo logró Edward… Y qué complicado resultó ser su problema.

—Sí, es difícil para él, y no es solo por el tema del contrabando, sino por el señor Welsh. Él fue su único apoyo durante muchos años.

—Entiendo… —Suspiró—. Bueno, tengo una pregunta importante que hacerte Emily, ¿volverás mañana a la academia?

—Por el momento no quiero dejar de hacer lo que me gusta.

—Te entiendo, pero debes considerar que la vida de casada lo cambia todo, incluso si no conciben hijos. Yo tenía mis esperanzas en que ejercieras como directora interina cuando fuera necesario. La última vez que estuviste a cargo todo funcionó a la perfección y tomaste las mejores decisiones.

Emily lo sabía. Agradeció ese elogio por parte de su prima. Sin embargo, debía reconocer que era inevitable, era posible que, en cuestión de meses, ella ya no podría enseñar como lo hacía en la academia. Si viajaba con Edward, implicaba más de un año de ausencia en el mejor de los casos.

—Estaré en la academia hasta que ya no tenga alternativa… Creo que ya no impartiré la clase especial de matemáticas más allá

de este trimestre. —Laura asintió, no fue difícil barajar esa posibilidad—. ¿Ya contrataste a las nuevas profesoras?

—Sí, tenemos a dos exalumnas. Betty McGuire y Marjorie Trainor, me las recomendó lady Corby. Ellas estudiaron en la academia hace unos quince años, mucho antes de que Marian fuera la directora, y ejercieron todo este tiempo como institutrices.

—Qué bien, ¿quién más?

—También se nos unirá Rachel. —la aludida era hija de los condes de Corby, amigos de los Montgomery—. Si bien le falta un año para cumplir la mayoría de edad, prefiere trabajar con nosotras. Va a asistir a los bailes y todo lo que requiera la temporada social, pero no tiene muchas esperanzas de que la situación vaya a cambiar… En total serán cuatro nuevas maestras, si incluimos a Eleanor. —Miró a su prima—. ¿Estás segura de empezar mañana?

—Más que segura. —Se obligó a sonreír—. Rachel y yo estamos casi en la misma situación. No esperamos que las cosas vayan a cambiar en la próxima temporada. Prefiero impartir clases de literatura que estar tratando de establecer una conversación inteligente con algún papanatas cobarde e insufrible.

Todas se miraron de soslayo. Eleanor todavía tenía esa herida abierta, y era evidente cuando se tocaba el tema de la temporada social.

Sí, sus vidas habían vuelto a la normalidad.

O casi. En ese instante, entró el mayordomo, quien anunció mirando a Emily:

—Señorita Montgomery, ha venido el señor Dutton a visitarla.

Laura jamás había visto esa sonrisa radiante en su prima.

—Dígale que pase, por favor.

No transcurrieron ni diez segundos y Edward ya traspasaba el umbral de la puerta. Todas las damas se pusieron de pie, mas Emily se apresuró y se colgó del cuello de su prometido. Él la abrazó por la cintura y, guardando el decoro, le besó la coronilla y dijo:

—Me encantan tus bienvenidas.

Emily se separó de él. Qué extraño era verlo con ropa occidental —y eso que antes de ir a la mansión, siempre lo vio vestido de esa forma—. Daba igual, se veía apuesto.

—Así serán por el resto de tus días, así que acostúmbrate… Te extrañé.

—Yo los extrañé a todos. La mansión es demasiado silenciosa sin ustedes. —Se adentró en la estancia y se acercó a sus futuras cuñadas y añadió—: Buenos días, queridas. —Les dio un beso en la mejilla a ambas. Luego le sonrió a Laura—: Te ves hermosa, el matrimonio te sienta bien.

—Lo mismo puede decir de ti, el compromiso con Emily te ha quitado unos años de encima.

Edward se llevó una mano al pecho.

—Me hieres, señora Witney. —Ambos rieron—. ¿Y cómo está William?

La mirada de Laura se ensombreció. A decir verdad, su esposo no estaba atravesando un buen momento emocional. Presenció dos hechos tan impactantes como terribles; el parricidio cometido por lord Prescott hacia lord Tetbury, y el posterior suicidio del primero.

Toda la vida William y Prescott fueron rivales, y solo al final, cuando no había vuelta atrás, lograron una fugaz tregua. Una que nunca sería suficiente.

En esa habitación todos estaban al tanto de esos terribles hechos. Y un denso silencio se cernió sobre ellos.

Laura compuso una sonrisa y respondió:

—Se hace lo que se puede, pero va mejorando.

—No queda otra alternativa. Los iré a visitar durante la semana. Tenemos que concretar nuestros negocios… Ah, y dile que tenía razón respecto a las Damas del Diablo, él va a entender.

La sonrisa de Laura se tornó sincera cuando dijo:

—Le daré tu mensaje. Avísanos cuando vayas. —Miró a sus primas—. Bien, me tengo que ir. Nos vemos mañana en la academia… Por cierto, probaré la receta de la señora Basú. Quiero preparársela a Will, le impresionará ver que la albahaca también combina bien con la limonada.

Edward sonrió con cierto orgullo. Ah, estaba seguro de que la señora Basú se pondría muy contenta.

Las tres hermanas Montgomery dijeron al unísono:

—Nos vemos mañana.

Laura les sonrió y se retiró de la estancia.

Y las tres miraron a Edward. Ante el mudo escrutinio, él anunció:

—He venido a secuestrar a mi prometida por un par de horas.

Sophie y Eleanor soltaron un burlón:

—Uuuuuuuuuuuh…

Él rio a carcajada limpia y negó con su cabeza. Les dedicó una mirada cargada con una cariñosa amonestación y dijo:

—Ustedes parecen unas lobitas aullando de esa manera… Y estoy seguro de que solo se disfrazan de ovejitas. —Y al terminar de decir esas palabras recordó a Hywel. Emily notó como su sonrisa se desvaneció por medio segundo. Fue casi imperceptible, pero estaba ahí; su mandíbula se tensó apenas antes de que recompusiera su gesto. Ella no quería que la tristeza lo envolviera, por lo que se apresuró a decir:

—Iré a buscar mi sombrero. Dame un minuto, querido.

Sophie miró a Edward e interrogó:

—¿A dónde irán a pasear?

—A Baker Street.

Sophie y Eleanor se miraron y sonrieron, para ellas era obvio el objetivo de ese paseo. Edward iría a ver a Horatio Montgomery, detective privado y uno de los hermanos mayores de ellas. No obstante, por muchas ganas que les dio acompañarlos, sabían que no era una visita de cortesía.

Eleanor se limitó a pedirle:

—Dale nuestros cariños.

—Lo haré. ¿Algún otro mensaje?

—No, nada más, futuro cuñado.

En ese momento Emily se asomó por la puerta.

—Vamos, querido. Se nos hace tarde.

Edward les guiñó y dijo:

—La diosa ha dado una orden… Nos vemos más rato, lobitas.

Capítulo 15

Al abrir la puerta de su casa, la cara de extrañeza que puso Horatio al ver a Edward y a Emily juntos fue digna de ser grabada en piedra.

Emily se soltó de su prometido tan rápido, quien apenas alcanzó a oír lo que ella le decía a su hermano:

—Hola, detective. Hazte a un lado.

Se internó en la casa, y desde la puerta se oyeron las voces de Marian, la esposa de Horatio, y de su hija, una pequeña de dos años.

—¡Mira, Scarlett, ha llegado tu tía!

—Hola, *Tutía…*

—¡Marian, ahora mi sobrina cree que me llamo *Tutía*!

La risa jocosa de Emily hizo que Edward arqueara sus cejas. ¿Cuántos tipos de risa podían salir de esa garganta?

Horatio salió de su estupor y miró al señor Dutton, quien estaba paralizado con una incipiente sonrisa bobalicona.

—Disculpe mis modales, señor Dutton, y los de mi hermana. Pase, por favor.

Edward parpadeó y volvió al momento.

—Buenos días, señor Montgomery… —Entró al vestíbulo—. ¿Y la señora Adler? —preguntó refiriéndose al ama de llaves. Se quitó su sombrero y sus guantes. Los dejó en el pequeño recibidor.

—Oh, ella tiene los domingos libres. —Cerró la puerta y agregó—. Ayer recibí su mensaje, pensé que vendría solo…

Al escuchar el tono formal de Horatio, Edward asumió que el hermano de su prometida aún no se enteraba de las buenas nuevas. Quizás era por la hora, el mayordomo de la casa de Emily le había señalado que los señores Montgomery aún dormían.

—La señorita Montgomery todavía me está asesorando.

—Siempre digo que, si sigue así, se hará millonaria.

«Ya lo es, todo lo que poseo es de ella», pensó Edward. «A menos que el asunto del contrabando se tuerza más allá de cualquier nefasto pronóstico», añadió una vocecilla insurrecta en su interior.

Cuando entraron en la sala de estar, Emily se encontraba sobre

la alfombra jugando con su sobrina. El bonete y los guantes ya eran usados como juguetes. Al percatarse de la presencia de Edward, ella soltó:

—Me gustan los niños a esta edad, son más divertidos que los bebés. ¿Cierto, Scarlett? Cuando eras una cosita pequeñita, la única gracia que tenías era ser una máquina de popó.

Marian puso las manos en jarras y amonestó:

—Emily, no es necesario que seas tan gráfica frente al señor Dutton.

Ni bien Marian terminó de decir esas palabras, Scarlett gritó:

—¡Popóóóóóóóó! —Y alzó sus bracitos—. ¡Popó, popó, popó!

Marian abrió los ojos. Apresurada, tomó a su hija en brazos y se la llevó corriendo al baño.

Horatio sonrió y añadió:

—Cuando alguien le habla de popó a Scarlett le dan ganas… Está aprendiendo a avisar… Es un pequeño desastre. —Le ofreció la mano a su hermana para que se levantara—. ¿Alguno de ustedes quiere algo para beber?

Edward respondió, ceremonioso:

—No, gracias, desayuné hace poco.

Emily, ya de pie, negó con su cabeza y repuso:

—Acabo de beberme una limonada… Gracias.

Horatio se encogió de hombros y los invitó a sentarse en el sofá, mientras que él tomaba lugar en una de las poltronas.

—Bien, ustedes dirán…

Emily y Edward se miraron… Dejarían lo del compromiso para el final. Él se masajeó ligeramente su entrecejo y tomó una honda bocanada de aire. Ya parecía un cuento de nunca acabar, era como la tercera —¿o cuarta vez?— que tenía que contar la historia desde el mismo principio.

«Ahí vamos otra vez», pensó con fastidio.

—Todo comenzó cuando recibí una carta de mi contador en India…

A diferencia de otras ocasiones, el relato fue completo. A Horatio no podía ocultarle detalles u omitir información, por lo que también añadió las sospechas que tenía hacia su amigo Hywel.

Horatio escuchaba sin interrumpir, anotaba todo en una libreta que siempre tenía a mano, y las preguntas solía hacerlas al final.

También Emily intervino cuando fue su turno de explicar cómo descubrió todo, y expuso sus argumentos que la llevaron a inferir que estaban utilizando la flota de Edward para contrabandear.

Cuando terminaron, todo quedó en silencio. Marian se había integrado al grupo para escuchar, mientras que su hija se entretenía con las pertenencias de Emily y una pelota de lana. Horatio repasó sus anotaciones, hojeando su libreta. Con su ceño fruncido, murmuraba por lo bajo organizando sus ideas y armando el rompecabezas en su mente.

—Entonces, en una primera instancia, debemos corroborar si el barco llega al puerto con carga adicional… Y eso tendría que ser dentro de unas… ¿dos semanas?

—Puede ser antes o después… —respondió Edward.

—Creo que tenemos un problema, ya que, como usted ha permanecido más tiempo de lo habitual en Londres, es posible que los cómplices en el puerto ya estén preparándose para cuando vaya a inspeccionar la carga.

—Así es. Tengo que vigilar, pero sin delatarme. Por eso mismo es que no puedo ir al puerto o poner algunos hombres en ese lugar, sería demasiado sospechoso. Prefiero delegar esa tarea a alguien de confianza y que ya tenga los contactos, es decir usted.

—Puedo averiguar mucho más. En el puerto es un secreto a voces de quienes manejan mercancía de contrabando para evadir impuestos… Sobre todo, cuando se trata de opio que abastece algún fumadero.

Ante lo expuesto, a Marian le asaltó una duda, e intervino:

—¿Y no hay posibilidad de que el barco atraque en algún otro puerto para deshacerse de la carga conflictiva, y evitar que su inspección sea exitosa, señor Dutton?

Edward apretó los labios y tensó la mandíbula. Por eso mismo se sentía tan intranquilo. Sus dedos tamborilearon en el reposabrazos del sofá. Esa posibilidad le revolvía el estómago.

—Eso lo he considerado. Si sucede, la situación se volverá aún más compleja. Confío en que no se desvíen de su curso, porque eso

llamaría demasiado la atención. Tarde o temprano, todo se sabe, pero prefiero que sea tarde en el caso de ellos.

Emily se reclinó sobre el respaldo del sofá y dijo:

—¿Y si ellos bajan la guardia? ¿Que piensen que no vas a ir a inspeccionar? —Sonrió e ironizó—. Uno de los hombres más ricos de Inglaterra se va a casar por amor, no va a tener tiempo de andar supervisando su empresa, la que funciona como una máquina bien engrasada y, obviamente, no tiene por qué sospechar que una de sus piezas no está puesta en el lugar correcto.

Edward arqueó una ceja y le contestó:

—Es una idea brillante. No podía esperar menos de ti.

Horatio y Marian se miraron de reojo. Notaron que ellos ya no se trataban con formalidad. Luego repararon en el anillo que Emily llevaba en su mano derecha.

Ese anillo… Horatio estaba seguro de que lo había visto antes. Buscó en los recovecos de su memoria… y, cuando las piezas encajaron, alzó la mirada, directo a Edward.

—¿En qué momento me iban a contar que ustedes se comprometieron?

Emily sonrió como si la hubieran pillado cometiendo una travesura.

—A ti te íbamos a contar en un rato más. Papá y mamá ya debieron escribirle a Frank y a Ernest. Seguramente a ti y a Justin les daríamos esa noticia… en estos días.

Los labios de Marian contenían una sonrisa. Todavía recordaba ese flirteo que Dutton y Emily sostuvieron frente a ella, y que rozaba lo indecoroso. No sabía por qué, pero intuía que algo iba a pasar entre ellos. Lo que no dimensionó fue que sería tan pronto.

Bien por ellos. Si Dutton dejaba pasar más tiempo, se estaba arriesgando a que sus hijos lo llamaran abuelo en vez de papá.

Horatio no pudo sentirse indignado por mucho rato. Se levantó con una gran sonrisa y las felicitaciones y abrazos a la pareja no se hicieron esperar.

Con aquel cariño, los temores de Edward de ser rechazado por la familia de Emily se fueron diluyendo aún más. Incluso la persona que descubrió los crímenes de John, no lo culpaba por ello. Supuso

que Justin reaccionaría igual…

Cuando todos volvieron de nuevo a sus asientos, Horatio retomó el hilo de la conversación:

—Bien, distraer a la gente del puerto es una gran idea. Hay un par de personas que me pueden ayudar a hacer mis averiguaciones y difundir ese rumor sin que levanten suspicacias… o también pueden agrandarlo y decir que te irás de luna de miel a… Escocia. —Miró a Edward y añadió—: Si descubro algo sobre el señor Welsh te informaré de inmediato, pero de todos modos, creo que lo mejor es que tú lo resuelvas pronto. Esa conversación pendiente no puede dilatarse más; confirmará tus sospechas, o lo liberará y tendremos otro aliado…

Edward asintió. Llevaba un par de días intentando comunicarse con Hywel, y todavía no recibía ninguna señal de vida. Tal parecía que solo debía ir a la casa de su padre y obtener más respuestas.

—Te estaré informando, Horatio… Bien, ¿tu tarifa es la misma de hace un par de años?

Los labios de Horatio se curvaron con un tinte maléfico.

—Mi tarifa aumentó… Tendré otra boca más que alimentar el próximo año… Ustedes no son los únicos que tienen buenas nuevas.

Y todos volvieron a levantarse. Los abrazos, las felicitaciones, cariños y los buenos deseos se volcaron en la otra pareja.

La familia Montgomery crecía una vez más.

Emily miró a su hermano y a su cuñada con una inamovible sonrisa, esa punzante envidia que sentía antes ya no existía. Ella también estaba escribiendo su propia historia, Edward era la tinta y la pluma que llenaba sus hojas en blanco.

*****

Esa misma tarde, Edward estaba frente a la puerta de la casa del padre de Hywel. Inspiró hondo. En su mente formulaba miles de respuestas para hacer frente a las ácidas palabras del señor Welsh, quien no aprobaba su amistad desde su primer viaje a India. No obstante, poco podía hacer el viejo respecto a ello. Sus amenazas y reproches no penetraban las paredes del internado, ni alcanzaban a

su hijo en la lejanía que suponían sus estudios en otra ciudad, ni mucho menos cuando los separaban las tierras remotas de otro continente.

Hywel siempre se las ingenió para desobedecer.

Era la oveja negra de los Welsh.

Edward tomó la aldaba y golpeó la puerta.

Al poco rato, los ojos del mayordomo apenas le dedicaban una mirada, como si él fuera un mendigo. Edward lo conocía bien, siempre consideraba que, una buena forma de hacerse una idea respecto a alguien, era viendo el comportamiento de su servidumbre.

Y ese mayordomo era el reflejo de su amo. Haciendo acopio de todo su temple, dijo:

—Buenas tardes, quisiera saber si el señor Welsh, hijo, se encuentra en casa.

—No lo vemos desde el matrimonio de la señora Langthorne.

A Edward le costó un segundo llegar a la conclusión de que se refería a Gwendolyn, la hermana menor de Hywel.

Ahí estaba la respuesta de por qué su amigo no le contestaba sus mensajes. No se encontraba en Londres.

Necesitaba saber su paradero. Tendría que tomar su orgullo y guardarlo en algún lugar donde no llegara la luz del sol. Entregó su tarjeta y su tono de voz rozó la humildad:

—En ese caso, el señor Welsh, padre, ¿estará disponible para concederme una breve entrevista?

El mayordomo arqueó una ceja, tomó la tarjeta con la punta de sus dedos y respondió:

—Veré si está en casa.

Y cerró la puerta.

Edward apretó los puños y sus fosas nasales se dilataron. Un leve ardor trepó por su garganta. Nunca se acostumbraría a ser humillado.

Pasaron quizás cinco minutos. Edward apretó los labios, ante ese mudo desprecio; el silencio podía ser tan cruel como las palabras. Esa misma arma usaba su padre cuando quería recordarle que nunca sería suficiente si no dejaba de ser tan débil.

Era momento de marcharse… Dio media vuelta.

La puerta se abrió.

A sus espaldas escuchó el tirante tono de voz del mayordomo:

—El señor Welsh le concederá tres minutos. Sígame.

Edward no sabía si irse o no. Pero era imperativo localizar a Hywel. Se giró, miró al mayordomo con el cejo fruncido y, sin decir nada, siguió sus pasos. No obstante, cuando ya estaba dentro de la casa no se abstuvo de fastidiar al hombre:

—Recuerde que, cuando se muera el señor Welsh, su hijo será su nuevo amo.

—El señor Welsh goza de buena salud. No me preocupa ofender a las amistades de alguien que no paga mi sueldo.

Edward no dijo nada más. Ese hombre era imposible.

El mayordomo lo condujo hasta la puerta de la sala personal del padre de Hywel. Lo anunció y lo dejó entrar. A Edward no le pasó desapercibido el ademán del hombre cuando sacó su reloj de bolsillo.

El maldito iba a contar los tres minutos.

Cerró la puerta. El padre de Hywel no levantó la mirada, ni le dirigió la palabra para ofrecerle asiento.

Edward devolvió el mismo trato amable:

—Quisiera saber si su hijo está en casa, o a qué hora lo puedo encontrar. Le he enviado mensajes, pero no me contesta.

—Ese inútil no le ha respondido porque no está en Londres, pero puedo suponer que fue a interferir en los asuntos de Gwendolyne en Silchester… Acaba de enviudar.

El ceño de Edward se contrajo aún más. ¿Gwendolyne? ¿¿¡Viuda!?? Ese matrimonio no duró ni una semana.

Eso explicaba la falta de noticias. ¿Qué habrá sucedido?

Al menos tenía por donde empezar. El padre de Hywel ya había hecho suficiente con darle su paradero. Extraño comportamiento por parte de él. Siempre solía hacer comentarios desagradables…

—Si no tiene nada más que decir, váyase.

«Ya se había demorado», dijo Edward en su fuero interno. Siempre pensó que el padre de Hywel era demasiado parecido al suyo…

—Gracias por su información. Espero verlo en su funeral…

El señor Welsh no se inmutó, pero su mano se crispó sobre la mesa. Levantó la mirada solo para replicar:

—No será necesario. Mi hijo no asistirá, si se da el caso. Acabo de desheredarlo, su socio ya no verá ni un penique de mi fortuna, por lo que usted no podrá aprovecharse de él.

Edward sintió un leve escalofrío recorrer su espalda. No esperaba una noticia de ese calibre. Pero no le daría el gusto al viejo de verlo titubear.

—Hywel siempre ha dicho que despilfarrará su dinero solo para fastidiarlo… —Ladeó su cabeza—. ¿Acaso no lo sabe? Él, en este instante, tiene más dinero del que puede imaginar. Lo que pudiera heredar de usted es una miserable migaja comparado con su fortuna.

El señor Welsh entrecerró sus ojos, un parpadeo casi imperceptible. Ese gesto fue lo único que delató alguna emoción. No sabía si creer en las palabras de Edward o no, pero la duda le provocó un nudo en el estómago.

—No gana nada con intentar alardear la inexistente fortuna de ese inútil, Dutton. Ustedes no tendrán ni una migaja.

—Lloraría, pero nadie necesita nada de usted…

Sin despedirse, Edward salió de la estancia.

Era curioso, Hywel y él tenían el mismo tipo de padre y parecían compartir el mismo doloroso destino. Sin embargo, actuaron de maneras diferentes; su amigo, rebelde y contestatario; y él, sumiso y obediente. En cierto modo, Edward siempre admiró a Hywel por enfrentar a su padre y declararse su enemigo. En cambio, él se mantuvo en estoico silencio, a la espera de que el viejo muriera para poder vivir su vida a sus anchas.

Hacía tiempo que él ya no era el mismo… y su amigo aún parecía estar huyendo.

Ese era uno de los motivos por el cual más le dolía sospechar de su amigo y anticipar su traición.

Ya no podía dilatar más la espera.

Tendría que partir de inmediato a buscar respuestas. No sabía qué iba a encontrar en Silchester. Solo tenía claro una cosa: lo que

fuera, cambiaría todo.

Debía hablar con él, aunque fuera una última vez.

Capítulo 16

La expresión de Hywel al ver a Edward desmontando el caballo no fue de sorpresa, sino de desconcierto.

Hywel estaba cortando unas rosas del jardín de la casa donde vivía su hermana. Las ventanas lucían cortinajes negros, y un crespón del mismo color adornaba la puerta de entrada, advirtiendo a todo el mundo que ese lugar estaba vestido de luto.

Un mozo de cuadra apareció y tomó las riendas del caballo negro de Edward. Con un leve gesto de simpatía, él le agradeció al chico; sin embargo, ese mismo gesto desapareció cuando sus miradas se cruzaron.

Hywel dejó las tijeras de podar en el suelo, al lado de las rosas rojas que ya había cortado. Fue al encuentro de su amigo, mas no se atrevió a tomarle la mano o darle un abrazo. Se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa y dijo:

—Me sorprende que hayas venido. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—¿De verdad te sorprende que esté aquí? Saliste hace diez días de mi casa como alma que lleva el diablo. Ni una nota, nada que explicara lo que había pasado, o si estabas bien o no…

—Lo siento, han pasado muchas cosas… —Desvió por un segundo la mirada hacia la casa—. He estado ocupado.

—Se nota… Ayer fui a ver a tu padre para saber dónde estabas.

Hywel se rascó la nuca. Las ojeras y el cabello desordenado de Edward evidenciaban que había viajado casi toda la noche. Pero ese sacrificio no era nada comparado con enfrentar a su padre.

—Oh… Vaya… Siento mucho que hayas tenido que llegar a ese extremo. Supongo que ya te enteraste, el viejo no pierde la oportunidad de decirlo a cualquiera que tenga orejas.

—¿Qué te ha dejado sin un penique? Sí, tuvo el placer de escupírmelo a la cara. Y yo me di el lujo de decirle que su fortuna es nada comparada con la tuya.

En los ojos de Hywel se transparentó el pesar. Debería estar acostumbrado…

—Espero que ahora sí me crea.

Edward miró hacia la fachada de la casa. No era una mansión, pero tampoco era una humilde cabaña.

—¿Cómo está Gwendolyn?

—No sabría decirlo. No digamos que estaba muy feliz con el matrimonio que le arregló el viejo. Debí haber venido antes e impedirlo… Langthorne era de ese tipo de persona que cuando muere dan ganas de celebrar. La estoy acompañando hasta que lean el testamento. Nos han notificado que ella es uno de los tres herederos y falta ubicar al último. —Edward estuvo a punto de preguntar quiénes eran, pero Hywel desvió la mirada. Volvió a secarse el sudor de su frente y dijo—: Uno de los herederos… Bueno… es ya sabes quién. Resulta que es… fue el mejor amigo de Langthorne.

Edward sintió que su sangre se congeló. En su mente surgió el incesante eco de esa maldita voz que ordenaba:

«Trágatelo todo, Eddie… No escupas nada».

Un nudo constriñó sus vísceras y su pulso se aceleró. Por mucho que pasara el tiempo, algunas sombras nunca se disipaban del todo, solo esperaban en las esquinas de su mente para volver a acecharlo en el segundo preciso.

Hywel sabía que su amigo iba a reaccionar de esa manera. El nombre de ese infeliz nunca se decía en voz alta. Era un horroroso fantasma que ambos compartían de sus años en Harrow, pero Edward se había llevado la peor parte. Aguantó lo inenarrable por él y por John.

Ante el mutismo de su amigo, decidió que lo mejor era no seguir alargando ese tormento y revelarle todo de una vez.

—A decir verdad, no es la primera vez que… que vuelve a cruzarse en mi camino. Nos topamos en Calcuta hace dos años. Eso era lo que quería contarte la otra noche. —Se metió las manos a los bolsillos y pateó una piedra. Una sonrisa floja apareció al recordar—. Parece que el infeliz pretendía revivir viejos tiempos… Creo que no se dio cuenta de que ya no tengo ocho años. Ya no estoy en edad para caer en sus manipulaciones, ni soy un flacucho que no se puede defender… —Parpadeó rápido y se secó las lágrimas antes de que cayeran—. Si hubieras visto su cara cuando le dije que se podía

dar el lujo de gritar a los cuatro vientos que soy un *chupapijas*, pero no de una cualquiera sino la de él… Obviamente, no debió gustarle mi respuesta. —Se encogió de hombros—. A estas alturas de mi vida no me importa nada… Bueno, casi nada. Lo único que me preocupaba era que no lo vieras, y no te dieras cuenta de que andaba merodeando en la ciudad. Cada vez que aparecía, me aseguraba de que no se quedara cerca por mucho tiempo.

Edward apenas podía sentir sus manos, sus piernas. Era como si todo el peso de su cuerpo se hubiera ido a sus pies, enterrándolo en ese lugar. Su amigo estaba tolerando la presencia de ese sujeto en India desde hacía dos años… Se vio inundado por la contradicción, no sabía si sentir alivio y agradecimiento por los sacrificios de Hywel o, por el contrario, molesto por ocultarle algo tan importante.

—¿Por eso actuabas extraño? ¿Tan evasivo y distante?

A Hywel se le secó la boca, la saliva se le espesó. Carraspeó para deshacerse de la molesta sensación que tenía en la garganta.

—Vaya, parece que no soy tan bueno mintiendo.

El silencio se cernió entre ellos. Fue inevitable sumergirse de cabeza en esos días oscuros. Apenas se daban cuenta de lo que sucedía a su alrededor; la brisa fresca que los despeinaba y que hacía que las hojas susurraran y las sombras se movieran; el aroma a rosas mezclado con la tierra húmeda.

Al constatar los hechos, la culpa comenzó a trepar en el cuerpo de Edward; se enrollaba en sus piernas, tensaba sus músculos, ahogaba su garganta. Sin embargo, quería arrancarla, deshacerse de ella, mas sabía que era inútil.

Quizás, después de todo, terminaría perdiendo a su amigo por un estúpido malentendido.

—No eres bueno mintiendo, Hywel…Y me hiciste pensar lo peor… Ya no somos unos niños, no tenías por qué protegerme de esa manera. Debiste contármelo.

—Pero tú lo hiciste por mí… Tú recibiste la peor parte. ¿Acaso crees que no me siento culpable por todo lo que atravesaste por mí y tu hermano? Fueron años, hasta que ese maldito se marchó del internado.

—¡Y ya pasó!… Ya pasó… Y lo siento mucho. —No fue capaz de mirarlo a los ojos y admitió—: He sido el peor amigo del mundo… No te merezco.

Hywel frunció el ceño. No entendía a qué se refería Edward.

—¿Qué diablos está pasando?

—Te mentí sobre la gravedad del problema contable… Emily lo descubrió hace semanas. —Hywel arqueó sus cejas. Los ojos de Edward se atrevieron a centrarse en su amigo—. Están usando la flota para mover mercancía de contrabando. No tengo idea de quién lo ha hecho ni qué han metido en nuestros barcos, pero lo que sí sé es que, aparte de poner en riesgo la empresa, alguien está abusando de mi confianza y me ha traicionado.

Hywel entreabrió la boca. No fueron necesarias más explicaciones. Su expresión cambió de inmediato, y su voz evidenció su decepción cuando murmuró:

—Y pensaste que era yo. —Edward asintió. No tuvo el valor de decirlo en voz alta. Hywel apretó los labios y sus resuellos eran profundos y furiosos—. ¡*Bwdi*[3]! ¡Eres un imbécil, Dutton!

Sí, lo era, pero también tenía motivos…

—¿Y cómo querías que no sospechara? Eres mi socio, tienes el mismo poder que yo, actuabas extraño, te fuiste sin decir nada y tomaste a mi mejor caballo…

—Rajá está bien…

—Da igual. Tampoco había tenido señales de vida de tu parte, y la próxima carga debería venir amañada según los pronósticos de Emily… ¡Maldita sea! Estaba preocupado y la angustia me estaba comiendo vivo por no saber por qué diablos no aparecías.

—¿De verdad creíste que yo te traicionaría? ¿Después de todo lo que hemos pasado? —Edward no respondió, sus justificaciones parecían estúpidas—. Y desconfiaste de mí, del galés sinvergüenza… ¡Todos los galeses son iguales! ¡Ignorantes, brutos, perezosos y traidores! ¡La lacra del reino!

Edward no podía levantar cabeza. Toda la vida Hywel fue estigmatizado por su origen. Le dolía que ahora su amigo creyera que alguna vez pensó eso de él.

—Sí, desconfié de mi mejor amigo… y no sabes cuánto me arrepiento. —Los ojos de Edward se llenaron de lágrimas y sus fosas nasales se dilataron al arrojar su respiración ardiente—. Hywel, eres lo único que me queda de esa parte de mi vida que no está podrida. No quiero perderte por mi estupidez, pero me olvidé de todo lo que atravesamos, preferí no recordar…

Hywel asintió y clavó sus ojos en el suelo. No había visto a Edward llorar desde hacía décadas, él odiaba que los demás lo vieran vulnerable.

—Yo hubiera deseado que así fuera, que todo se borrara. —Suspiró entrecortado—. Tal parece que el pasado siempre nos alcanza de una forma u otra. —Edward no respondió, se sorbió la nariz.—. No sabes cuánto me duele que hayas desconfiado de mí… ahora soy yo el que no confía.

—Lo sé… —Cabizbajo, soltó el aire de sus pulmones—. Lo siento mucho.

—¿Sabes qué? Quizás debería tomarme un tiempo y meditar todo esto. No sé si podré perdonarte algún día y de nuevo considerarte mi amigo.

Edward asintió. Se volvió a sorber la nariz y se secó las lágrimas. Sucedió lo peor, culpable o no, lo había perdido. Le dolía el pecho… el alma.

Siempre pensó que su amistad terminaría cuando uno de ellos enterrara al otro. No así, no en ese momento. Con su voz apretada dijo:

—Bueno, creo que no tengo nada más que hacer. Dale mis condolencias a Gwendolyn… Cuando resuelva lo del contrabando, te citaré a ti y a los otros socios para informar la situación. —Le ordenó a su cuerpo moverse. Dio media vuelta. Tenía que ir a buscar a su caballo y volver a Londres… Necesitaba abrazar a Emily.

Se alejó a paso lento. Malditas lágrimas, no terminaban nunca de salir.

La voz de Hywel llegó a sus oídos, clara, firme:

—¡*Gofid*[4]! ¡Eres el imbécil más grande de todo el reino! —Edward detuvo sus pasos y dio media vuelta. Se atrevió a mirarlo.

Hywel se revolvía el cabello—. Créeme que entiendo por qué sospechaste, pero eso no significa que no me sienta dolido… Y debo admitir que mi comportamiento no colaboró tampoco, no puedo echarte toda la culpa.

Una pequeña y frágil esperanza.

Edward quiso sonreír, pero temía adelantarse demasiado. Tragó saliva y solo dijo:

—Eso te pasa por haber sido amigo de un inglés idiota. Siempre terminan cagándola.

—Sí, eres un lastre… No creas que te he perdonado. Sigo molesto contigo… pero ya me conoces, no soy bueno guardando rencor mucho tiempo

—Lo sé. Siempre has sido mejor que yo.

Hywel se cruzó de brazos.

—No me pidas que olvide esto de inmediato, Dutton. Pero… quizás puedo intentarlo. —El mentón de Edward tembló, una titubeante sonrisa emergió sin que pudiera dominarla—. Y ni se te ocurra quitarme el puesto de padrino. Alguien tiene que asegurarse de que Emily no se arrepienta antes de llegar al altar. En cualquier momento puede descubrir que se va a casar con un tarado.

—Será tu misión, a ella tampoco la puedo perder. Ahí sí que ya nada tendría sentido.

—¿Ves? Siempre me necesitas. —Los ojos de Edward volvieron a anegarse de lágrimas. Hywel sonrió como si nada hubiera pasado. Alzó su dedo índice—. Tengo otra condición para considerar mi perdón: Quiero ser el padrino de todos tus hijos… Y que me llamen tío Hywel.

Edward se acercó a él y respondió:

—Emily no quiere que la llene de críos, solo serán tres. Pero serás el padrino de cada uno de ellos.

—¿Tres? ¡Qué ilusa es! Le endilgarás cinco o seis. Pobrecita... —Rio y le tomó el hombro a su amigo. Soltó un resoplido y añadió—: Menos mal que has venido. Necesito tu ayuda con lo de Gwendolyn.

—Cuéntamelo todo.

—Bien, para fortuna de mi hermana, el matrimonio duró menos de una semana. Langthorne pasó borracho cinco días —Edward

arqueó una ceja—. Sí, ¿cierto? Qué clase de recién casado se pone a beber como si el mundo se fuera acabar…

—¿Intentó consumar el matrimonio en ese estado?

—Gwendolyne no quiere revelármelo… El asunto es que cuando estaban en la alcoba, a Langthorne le dio un ataque fulminante al corazón y murió en menos de tres minutos.

—Vaya… ¿Lo constató un médico?

—Así es. Yo me he quedado para velar por los intereses de mi hermana, ya sabes cómo es padre, sus hijas dejan de serlo cuando son el problema de otro. No quiero que ninguno de los herederos, solo por codicia, impugne el derecho de Gwendolyne de ser una heredera. Si se enteran de que está la posibilidad de anular el matrimonio por no consumarlo, pueden ocasionar más de un problema.

—Un humillante problema si quieren comprobarlo de alguna forma… ¿Y qué opina Gwendolyn?

—Bueno… Con las únicas mujeres con las que no puedo lidiar son con mis hermanas…

Y justo la voz de Gwendolyne irrumpió entre ellos.

—¿Edward?

Él la miró. Era la menor de los Welsh y tenía veintiuno. Ella y Hywel se asemejaban tanto en lo físico que parecían mellizos.

De los seis hermanos Welsh, solo tres sobrevivieron la infancia. Los peores, según el padre de Hywel.

—Gwendolyn, querida. —Se acercó a ella y le dio un abrazo fraterno—. Mis más sinceras condolencias.

—Gracias, Edward… —Se separaron y ella esbozó una sonrisa incómoda—. Me hubiera gustado invitarte a mi boda, pero…

Edward encerró la mano de Gwendolyne entre las de él y dijo:

—Sabemos que tu padre no me puede ver ni en un retrato.

Gwendolyne se encogió de hombros, mientras que Hywel recogió las rosas y las tijeras de podar que todavía permanecían en el suelo, y añadió:

—Vamos adentro. Este hombre debió cabalgar toda la noche.

—Casi… Descansé unas horas en una posada a medio camino, si no habría matado a Koda —dijo refiriéndose a su castrado negro.

—Y eso te haría un desalmado infeliz… Más de lo que eres.

Edward miró al cielo. Iba a aguantar con mucho gusto todas las indirectas que le lanzara Hywel.

Era un precio bajo por el cual pagar, si con ello su amigo seguía a su lado.

*****

Cuando todos tomaron asiento en la sala de estar y sendas limonadas estaban en sus manos, Hywel le hizo un gesto a Edward, conminándolo a que intentara sacarle información a Gwendolyn.

—Hywel me estaba comentando el asunto del testamento… —Gwendolyne esbozó una sonrisa tensa y asintió—. Y las circunstancias de la muerte de tu esposo…

—No quiero hablar de ello, es un asunto privado… Si me disculpan.

Gwendolyne hizo el ademán de levantarse, mas Edward se lo impidió diciendo:

—Será un asunto público si al resto de los herederos se les ocurre cuestionar que el matrimonio no se consumó. Sé que debe ser una situación complicada para ti. No sabes cuánto lo entiendo, pero, si te niegas a hablar, puede que, por vía judicial, te obliguen a practicarte un examen físico para comprobarlo.

Hywel estiró una sonrisa y le dijo a Gwendolyn:

—Eso era precisamente lo que he tratado de explicarte todos estos días, Gwen… pero no, tú te encierras en tu habitación como una niña y te niegas a escucharme.

—¡Es vergonzoso para mí!

—¡Va a ser peor si te obligan! ¿Qué prefieres?, ¿que sepa yo la verdad, o que lo compruebe un médico abriéndote las piernas?

Gwendolyne lanzó un jadeo horrorizado.

Edward se masajeó la frente. Hywel se había pasado de la raya. Los ojos de ella se rebalsaron de lágrimas y su mentón se contrajo.

Edward le propinó una mirada acusatoria a Hywel y abrazó a Gwendolyn, quien estalló en un llanto desgarrador.

—Ya, querida… —Le acarició la espalda con ternura—. Llora

todo lo que quieras.

Hywel se revolvió el cabello y puso sus ojos en blanco… No se abstuvo de lanzar el ácido comentario:

—Ojalá que todo el servicio doméstico la escuche, así creerán que ella lamenta la muerte de ese imbécil, y estarán de su lado en el caso de que los interroguen.

Gwendolyne miró con furia a Hywel. Sin que nadie pudiera presagiarlo, se levantó y lo abofeteó.

—¡Estúpido!

Hywel se masajeó la mejilla, incrédulo. Vaya, Gwendolyne tenía la mano dura.

Y el dolor ardiente se propagó en su cara. Sin pensarlo dos veces, la presionó:

—¡Anda, descárgate! —Se apuntó la otra mejilla—. ¡Abofetea esta también! ¡Hazlo! Imagina que soy ese imbécil borracho…

Gwendolyne frunció sus labios, empuñó su mano y le dio un derechazo a su hermano. El crujido de su nariz se escuchó en toda la estancia.

Edward arqueó sus cejas, jamás había visto a una mujer dar un golpe tan certero y contundente.

Cuando Gwendolyne vio que la sangre manchaba la boca y la ropa de su hermano, su llanto cesó y exclamó.

—¡*Duw fy nwyd*[5]!

—¡Me rompiste la nariz! —increpó con la voz gangosa y los ojos desorbitados—. Por lo menos sé que te enseñé bien y puedes defenderte…

Gwendolyne tembló. Su corazón latía tan rápido que pensó que iba a morir. Ya no pudo callar por más tiempo y susurró:

—Lo maté…

Fue el turno de Edward de abrir los ojos hasta que casi salieron de sus cuencas… No obstante, esa expresión fue rápidamente reemplazada por un cejo fruncido.

—¿Acaso no murió de un ataque al corazón?

Gwendolyne miró a Edward como si él no entendiera nada, y luego la desvió. Su vista se perdió en un punto indeterminado de la

sala de estar, y su voz, sin atisbo de emoción, relató:

—Él trató de… hacerlo… Era tan gordo… apestaba a vino. —Arrugó su nariz al recordarlo—… Siempre apestaba a vino y a tabaco… Padre decía que no debía hacer muecas cuando hablara con él… No podía sacarse los zapatos… —Se paseó por la habitación y se retorcía las manos—. Su rostro estaba rojo... Parecía como si le fuera a explotar. —Detuvo sus pasos y se quedó callada. Hywel y Edward respetaron ese largo silencio, hasta que ella tomó una honda bocanada de aire y continuó—: Abrió su pantalón… Me dijo… Me dijo… «Abre las malditas piernas»… Y se lanzó sobre mí… Yo no quería, pesaba tanto… Y me acordé de Hywel cuando me enseñaba a pelear. —Miró a su hermano con un destello de gratitud—. Apreté sus… sus… cosas. Él dio un alarido y me aprisionó las muñecas… Estaba tan desesperada, le di un rodillazo tan fuerte, tan fuerte… Él quedó ovillado sobre la cama… y luego… y luego… Dejó de respirar.

El silencio se desplomó en la estancia. Hywel contenía su hemorragia con un pañuelo y miraba a su hermana con incredulidad. Tras largos segundos, dijo:

—Nadie muere de un rodillazo en las bolas, Gwen.

—Lo sé, pero yo lo provoqué.

—No, *cariad*… Él lo provocó comiendo como cerdo, bebiendo como si el vino fuera agua y de viejo… Ese bastardo tenía casi cincuenta años. —Miró a su amigo y le pidió—: Enderézame la nariz, no puedo respirar bien.

Edward asintió y resopló. Odiaba hacer eso, pero era una extraña costumbre que la gente golpeara en la nariz a Hywel. Se situó frente a su amigo, y mientras posicionaba sus dedos en la zona lesionada, dijo:

—A la de tres. —Hywel asintió—. Uno… ¡Dos!

¡Crac!

—¡*Iesu Grist*! ¡Dijiste a la de tres, *cynnig*!

—Siempre te escapas cuando cuento tres… —Le dio su pañuelo—. Ve a asearte, yo me quedo con Gwendolyn.

Hywel le dedicó una última mirada a su hermana y se retiró. Edward la abrazó por el hombro y la instó a sentarse con él en el sofá.

—Querida, tu hermano tiene razón. No lo mataste…

—¿Tú crees?

Edward la miró. Era más joven y menuda que Emily. ¿Acaso era posible? ¿Podía un golpe tan simple haber acabado con un hombre como Langthorne?

No, imposible.

—Estoy más que seguro… Pero nos pone en un pequeño problema. Si cuestionan que no consumaron el matrimonio, podrían anular tu matrimonio para que pierdas tu derecho a la herencia, y te verás obligada a volver con tu padre…

—No quiero volver con él…

—Lo sé… Tienes que mentir un poco.

—Pero… pero no sé cómo se hace eso… Nadie me explicó nada. Si me lo preguntan, estaré perdida.

Edward no sentía que fuera la persona apropiada para hablarle de sexo a una jovencita como Gwendolyn. Más aún con aquella experiencia del terror.

Hywel estaba descartado, podía terminar con su nariz rota otra vez, el tacto no era su fuerte con su hermana.

Emily y todo lo que la rodeaba vino a su mente como un rayo de esperanza. Confiaba en ella con su vida.

—Yo conozco un lugar donde te lo pueden explicar con muchos detalles y así nadie pondrá en duda tu relato… si es que te obligan a contarlo.

Gwendolyne entreabrió su boca. Lo cierto era que prefería mentir en vez de volver con su padre y al mercado matrimonial. Para todo el mundo ya era mercancía usada… de menor valor.

—¿Dónde?

Edward sonrió con malicia.

—En la academia donde trabaja mi prometida.

Capítulo 17

Cuatro días después, los Montgomery esperaban en la sala de estar. El aroma de la cena ya flotaba en el aire, penetrando en las fosas nasales y provocando que el estómago de todos rugiera. Entre la incertidumbre, el hambre y la espera, Emily ya estaba perdiendo la paciencia.

El sonido de un carruaje deteniéndose frente a la casa hizo que mirara en dirección a la ventana. Eleonor se adelantó, en un santiamén se puso de pie y fue a curiosear.

—¡Es Edward!... ¡Oh, ha venido con el señor Welsh!

Sophie también se apostó en la ventana a fisgonear.

—¡Es cierto!… Vienen con una… dama de luto. ¿Quién será?

En su fuero interno, Emily sonrió, contenta y aliviada, pero su expresión facial era más bien de curiosidad. En la escueta nota que le envió su prometido esa tarde, señaló que pasaría a cenar y que traía una sorpresa.

Tal parecía que todo había salido bien en Silchester. Cuando Edward partió, solo se limitó a informarle a través de un mensaje que iría a ese lugar para zanjar su asunto con Hywel. Emily agradeció al cielo que Edward no sufriera la pérdida de su mejor amigo, comprendía la importancia de Hywel en la vida de él. Era lo único bueno que conservaba del pasado.

Lo que le intrigaba era esa misteriosa dama de luto.

Minerva, siempre adelantándose a los hechos, salió de la estancia a avisar que sirvieran dos puestos más mientras el mayordomo iba a recibir a los invitados.

Edward no tardó demasiado en entrar a la sala de estar tras ser anunciado. Su sonrisa apareció al instante cuando Emily se le colgó al cuello. Él la abrazó fuerte. Esos días sin verla fueron eternos. Solo por consideración a los padres y hermanas de su prometida, se comportó como un caballero y se limitó a besarle la frente. De haber estado a solas, se habría hundido en su mujer sin misericordia. Con su voz rebosante de anhelo, le susurró al oído:

—Te extrañé tanto, mi diosa.

—Yo también, querido mío.

Hywel entró detrás de él llevando a la dama de luto de su brazo. Con su sonrisa y su entusiasmo de siempre saludó:

—Buenas noches. He venido a cobrar mi premio del concurso de baile. —Le dio unas palmaditas a la mano de la mujer que iba de su brazo, quería infundirle seguridad y ánimo—. Tengo el placer de presentarles a mi hermana…

Los Montgomery les dieron una cálida bienvenida a los recién llegados, se hicieron las presentaciones correspondientes, y le expresaron su sentido pésame a la viuda.

Gwendolyne, impactada al ver a jóvenes de su edad tan avasalladoras y vivaces, sentía que estaba entrando en una realidad diferente, un mundo paralelo al suyo… Ellas demostraban lo felices que se sentían consigo mismas, y era evidente que sus padres las amaban y las trataban como personas, no como arcilla que pueden modelar a su gusto. Era inevitable hacer la comparación con su vida, que siempre le pareció asfixiante, era lo mismo que estar encerrada en una jaula de cristal… Si lo pensaba mejor, en el único momento en que sentía que respiraba era cuando estaba en compañía de su hermano. Ni siquiera con Eira, su hermana mayor, se sentía cómoda… No sabía cómo comportarse.

Sophie la sacó de sus pensamientos cuando le preguntó a Hywel:

—¿Qué le pasó en la nariz, señor Welsh? —Miró a su futuro cuñado con cierto atisbo de reprobación—. No me diga que fue Edward.

Hywel sonrió con orgullo y dijo:

—A decir verdad, fue Gwen. Le colmé la paciencia y me dio el mejor derechazo que he recibido en mi vida... Aunque hubiera preferido ese golpe en mi mentón…

Gwendolyne miró a su hermano, horrorizada. ¿Qué iban a pensar de ella?

No obstante, las risas de los Montgomery la desconcertaron. Sophie añadió:

—¿En serio? A veces pienso que el señor Welsh disfruta del peligro. Oh, señora Langthorne, usted es mi heroína…

A Gwendolyne todavía le parecía ajeno y extraño ese nombre.

Aunque se hubiera casado, sentía que nunca le perteneció. No obstante, frente a ese elogio, no pudo evitar dar una tímida sonrisa. Lo cierto era que estaba orgullosa de ello.

Gracias a su hermano se podía defender… O, al menos, intentarlo y decir que luchó con todas sus fuerzas.

Edward intervino y señaló:

—Las personas cuando golpean a Hywel suelen ensañarse con su nariz. —Miró a su amigo con diversión—. ¿Cuántas veces he tenido que enderezártela?

—Ya perdí la cuenta… Antes ostentaba una nariz hermosa, recta, masculina, ahora es como un muñón deforme.

Eleonor río ante esa descripción y replicó:

—Usted es tan dramático, señor Welsh. Su nariz tiene una desviación encantadora… Es como la que tiene nuestro primo Lawrence, pero siempre cambia la versión de por qué la tiene torcida, a veces dice que fue en una pelea en Eton, en otras le echa la culpa a nuestra amiga Grace, dice que fue por venganza…

Sophie contuvo una carcajada burlona y añadió:

—Usted debería considerar ser un actor, señor Welsh. Creo que sería todo un éxito y le lloverían las admiradoras.

—¿Más todavía? No, prefiero seguir siendo socio de Dutton, aunque sea un imbécil.

—Usted es incorregible.

—No sería yo, ovejita negra.

Ese fue el momento que Minerva eligió para invitarlos a pasar al comedor.

La cena se desarrolló en un ambiente distendido, al punto que Gwendolyne fue ganando confianza poco a poco. Era inevitable, los padres de la prometida de Edward eran personas cálidas, y parecía no importarles la etiqueta, la posición o el origen. Sin embargo, ellos, en su forma de expresarse y en sus maneras, destilaban clase, distinción y nobleza, mas no lo alardeaban. No necesitaban imponerse ante nadie.

Por eso mismo, ella no se sintió juzgada cuando la conversación se desvió, y Hywel comentó el motivo por el cual se marchó de la mansión de una forma tan caótica y precipitada.

August, atento, escuchaba el relato —en el que se omitían las partes escabrosas, pero sí insinuándolas— y, como buen abogado, se interesó profesionalmente. Hacía preguntas certeras de vez en cuando para esclarecer ciertos detalles e iba armando el caso en su mente, anticipándose a todos los posibles pasos que debían seguir para lograr un resultado exitoso.

Al final, solo necesitaba aclarar ciertos puntos, e indagó:

—A su juicio, señor Welsh, ¿qué tan posible es que los otros herederos intenten impugnar el derecho de la señora Langthorne?

Hywel y Edward se miraron de soslayo. Emily notó que su prometido apretaba los labios y asentía. Ella intuyó que lo que iban a revelar no iba a ser agradable. Tras un breve silencio, el señor Welsh señaló:

—Al menos sospechamos de uno, lo conocemos desde Harrow. Si pudiera resumir en una oración su forma de ser, diría que es un cerdo sin escrúpulos y, pese a que cuenta con una considerable fortuna y posición, siempre quiere más. No queremos que, ni siquiera, se vea tentado a cuestionar los derechos de mi hermana.

Cada vez que se referían a ese infeliz, Edward se quedaba paralizado por interminables segundos. No lograba acostumbrarse a la implícita presencia de esa sombra del pasado, que lo ahogaba y le hacía sentir el aire espeso e irrespirable. Estaba más cerca de lo que nunca hubiera imaginado.

Apretó los puños.

Aquellos gestos y el relato de Hywel fueron haciendo más sólidas las sospechas de Emily. Era evidente que hasta el nombre de esa persona era tabú. Ese infeliz fue el que le hizo daño a Edward… y tal parecía que a su amigo y John también.

Y solo en ese preciso segundo ella entendió lo profundo y poderoso que era el lazo que unía a esos amigos. No era una amistad marcada por risas y travesuras, no, ambos atravesaron un verdadero infierno siendo solo niños.

Hywel fue lo único bueno que su prometido conservaba de sus primeros años, la prueba concreta de que había existido algo más que dolor y desdicha en su infancia.

Emily tragó el nudo de su garganta. No sabía si algún día

tocaría ese tema con Edward, pero se prometió que él encontraría en ella a una confidente y, ojalá, una fuente de alivio y felicidad.

Por su parte, August también notó que el sujeto en cuestión era, por lo bajo, enemigo de Hywel y Edward. No era necesario para él indagar el pasado, solo el presente, por lo que agregó:

—Entiendo. No me cabe duda de que esa persona va a justificar su impugnación por los eventos que me acaban de narrar. —August bebió un sorbo de vino—. Si me lo preguntan, las acciones de los otros herederos dependerán de lo que vaya a heredar la señora Langthorne.

Hywel coincidió con el razonamiento de August, y agregó:

—Mi padre arregló ese matrimonio y, conociéndolo, una de las condiciones que estipuló debió ser la modificación del testamento de Langthorne para asegurar el futuro de mi hermana y el de sus posibles hijos. Eso tenía que hacerse una o dos semanas antes del matrimonio, cuando mi padre entregó la dote. De todas formas, queremos estar preparados para cualquier eventualidad.

—Entiendo… —August sonrió—. No sería justo que la señora Langthorne se quede sin nada. Dado lo ocurrido, ella merece una… generosa compensación. —Dirigió su atención a Gwendolyne—. Si se da el caso de que tenga que relatar los detalles de la consumación de su matrimonio, tiene que dar un testimonio plausible.

Edward intervino con un inusual tono solemne:

—Exactamente. De hecho… —Le dedicó una brevísima mirada de soslayo a su prometida—… He pensado que Gwendolyne reciba la instrucción necesaria con algunas de las maestras casadas de la Academia Hope. Creo que están más que capacitadas para construir un testimonio creíble.

Emily sonrió con cierta satisfacción y opinó:

—Es una excelente solución. Las nuevas maestras y la directora estarán encantadas de ayudar a la señora Langthorne con su problema. Estoy segura de que podrán cumplir con su objetivo. —Miró a Gwendolyne—. Sugiero que vaya el lunes en la mañana, yo podré comentarle a Laura para que lo organice todo. Estará en buenas manos, se lo prometo.

—Estoy muy agradecida, señorita Montgomery… A todos.

Edward, dichoso por contar con una familia que lo respaldara en cada dificultad, le señaló a Gwendolyne:

—Te dije que aquí encontrarías apoyo y comprensión.

August sonrió, orgulloso de lo que construyó con su esposa. Siempre lo confirmaba ante cualquier adversidad.

—Si gusta, puedo acompañarla cuando lean el testamento, así podré defenderla en caso de que intenten presionarla de un modo indebido. Sin costo, por supuesto, es una cortesía familiar. Los amigos de Edward son nuestros amigos.

—Oh, ¿en serio? —August asintió—. Muchísimas gracias, la verdad, me sentiré mucho más segura, si me acompaña. Me estaré alojando en la mansión de Edward. Ya le hemos notificado al abogado que ahí permaneceré a la espera de que ubiquen al último heredero. Ojalá aparezca pronto, dicen que está en el extranjero.

El ofrecimiento de August les dio alivio a Hywel y a Edward. Estaban seguros de que si se enfrentaban a ese infeliz, podrían perder el control y perjudicar a Gwendolyn.

De pronto, un trueno resonó en la estancia.

Se aproximaba una ominosa tormenta… El verano se estaba acabando.

*****

A esa misma hora, pero a varios kilómetros de distancia, Horatio Montgomery entraba al The Roosty Harpoon, una taberna del puerto. El sonido de la lluvia se confundía con las conversaciones de los comensales que estaban dispersados en el lugar: capitanes, pescadores, agentes de aduana y contrabandistas.

Connor, el tabernero y dueño del local, saludó a Horatio con un imperceptible gesto de cabeza mientras secaba un vaso.

No obstante la apariencia de Horatio no era la de siempre; cabello negro, postizos de cejas y barba ocultaban sus facciones y su singular tono de pelirrojo. El atuendo conformado por ropas sencillas, una leve cojera y una postura encorvada completaban su disfraz de forastero. Nadie podía decir que ese hombre era el detective más afamado de Londres.

Horatio se adentró en la taberna iluminada por unos cuantos candelabros sin adornos. El mobiliario era espartano, el aire estaba impregnado del olor a cerveza y comida. Sin embargo, una de las cosas que destacaba al The Roosty Harpoon era su limpieza; nunca se veía una rata merodeando en el comedor.

Según los contactos del detective, esa noche se reunirían varios sujetos a tratar asuntos importantes sobre el próximo cargamento de «té» que provenía de la India.

La mirada de Connor le señaló una mesa situada en un rincón donde había un sujeto que aparentaba tener unos cuarenta años o quizás más, cabellos rubios y ojos oscuros. Su piel curtida por el sol resaltaba las cicatrices de la varicela que plagaba su rostro. Horatio se sentó cerca echando todo su peso en la silla que crujió.

Una mesera rubia se acercó a tomar su pedido. Horatio con voz nasal y un acento extraño pidió:

—Pescado frito y papas fritas, cariño, y dame la pinta de cerveza más grande que tengas. —Le propinó una nalgada, la mesera dio un respingo y lanzó un gritito.

Connor dejó de secar el vaso y amonestó:

—Ey, tú. Nada de manosear a mi sobrina o te saco a patadas, viejo manilarga.

Horatio, con inocencia, alzó sus manos y respondió:

—Fueron más rápidas que el pensamiento. —Miró a la mesera, sin sentir verdadera culpa—. Discúlpame, cariño, eres demasiado guapa por tu propio bien.

La mesera arqueó una ceja y replicó:

—Y mi esposo es demasiado celoso… se lo digo por su propio bien. Traeré su orden.

—No escupas en ella, cariño. Me portaré como todo un caballero.

Rato después, dos personas entraron a la taberna, por su aspecto no era difícil adivinar que eran chinos. Uno era joven, el otro más viejo. El hombre que estaba en la otra mesa chasqueó sus dedos y le pidió a la mesera:

—Trae otra botella de vino y dos copas más.

Horatio entrecerró sus ojos. Algo extraño tenía el acento de ese

sujeto… ¿Dónde lo había oído antes?…

—Enseguida, señor.

Horatio se hurgó la nariz y jugueteó con lo que atrapó.

Y escuchó a uno de los chinos, el más viejo. Su acento denotaba que llevaba muchos años en Inglaterra, pero era de los que se negaba a hablar bien el inglés.

—¿Y dónde estar Rhys? Se supone que hicimos trato con él.

—Rhys está ocupado… Vamos, no es la primera vez que hacen negocios conmigo. ¿Por qué tanta desconfianza?

El otro sujeto intervino. A diferencia del viejo, su acento foráneo era casi imperceptible:

—Disculpe a mi amigo, no le gusta cuando cambian sus planes a última hora.

—Los planes continúan tal como acordamos, y por eso me he reunido con ustedes, solo cambia quien les entregará lo que necesitan. Les aseguro que es el mismo proveedor, me he ocupado personalmente de que la carga llegue intacta a sus manos.

La mesera interrumpió la conversación llenando las copas de vino, y luego dejó la botella en la mesa. Después, se dirigió a la mesa de Horatio y sirvió su pedido. El detective solo alzó su pinta en agradecimiento y bebió un largo trago.

El viejo añadió en voz baja:

—Hemos esperado casi seis meses. Quedando sin *plovisiones*.

—Ya deberían estar acostumbrados a este tipo de contratiempos. El mar es traicionero y suele retrasar hasta la ruta más serena… Las tormentas son inevitables. —Chasqueó su lengua—. Pero les aseguro que el té que viene en camino es de la más excelsa calidad… Es por lo que ha subido de precio.

—Eres un hijo de puta, Drake… —dijo el más viejo.

Horatio arqueó una ceja, al menos para insultar el viejo no tenía problemas con el inglés. Se preguntó si el famoso Rhys y Drake serían los nombres reales de los contrabandistas.

No, nadie usa nombres reales.

Sin embargo, algo en los rasgos, en la forma de gesticular de Drake le parecían inquietantemente familiares. ¿Dónde lo había visto antes? Necesitaba confirmarlo pronto.

—Oh, la subida de precio no es tanta, amigo… No se preocupen… Setenta por una libra de té de la mejor calidad es más que razonable.

Tras un largo silencio, los sujetos se levantaron de la mesa. El más joven dijo:

—Discúlpenos un momento.

Los sujetos se alejaron y hablaron mandarín entre murmullos. Por el tono parecían discutir… Aunque ese idioma siempre sonaba de ese modo: agresivo y cortante. Horatio miraba de reojo mientras comía el pescado con las manos.

Tras varios minutos de debate, llegaron a un acuerdo. Los dos sujetos se sentaron otra vez. Se bebieron sus copas de vino de un solo trago. Se sirvieron más.

El viejo dijo:

—Está bien, aceptar el *tlato*, serán setenta *liblas*… y más le vale no subirnos el *plecio* cuando llegue, o buscaremos a *otlo ploveedor*.

—Eso siempre depende de la calidad… Pude haber enviado el té a China, que me queda más cerca, pero aquí también hay que cubrir ciertas necesidades. Y los impuestos son un verdadero incordio, ¿no? Ustedes ganarán mucho más que yo en sus… salones de té. —Lanzó una risita malvada y burlona—. Sus clientes se desmayarán de gusto cuando lo prueben.

El sujeto joven añadió:

—Lo comprobaremos cuando llegue el cargamento. No intente estafarnos, Drake, o lo lamentará.

—No se preocupen. Estén atentos a mi llamado, el barco deberá llegar de un momento a otro… Yo que ustedes, no me retractaría a última hora. Nunca se sabe si alguien pagará más por mi té. —Alzó su copa de vino—. A su salud, caballeros.

Los rostros de los compradores no demostraban que estaban muy felices por ese inesperado cambio en los términos y condiciones. No obstante, bebieron el vino casi sin respirar.

Dejaron las copas vacías sobre la mesa y se marcharon.

Cuando Drake se quedó a solas, hizo un sonido extraño, como si se estuviera escarbando la comida en una muela podrida. Bebió lo que quedaba de la botella. Dejó unas monedas sobre la mesa y se

marchó.

Horatio aprovechó ese momento para observarlo y memorizar su altura y complexión. Notó que tenía un gran lunar en el dorso de la mano.

La mesera llegó rauda a limpiar la mesa que Drake abandonó. Recogió las monedas y las contó. Resopló.

Horatio no se abstuvo de comentar:

—¿No te dieron propina, cielo?

—Ese sujeto resultó ser un tacaño… —Le lanzó una mirada de advertencia—. Supongo que usted no es de la misma calaña. Haga que el reemplazo que estoy haciendo por Lucy valga la pena.

—El viejo Luke será más que generoso… —Sonrió lascivo—. ¿A qué hora termina tu turno?

La mesera suspiró.

—Mi esposo me vendrá a buscar en un rato, así que no se ilusione, viejo verde.

—Tu marido es muy afortunado… ¿Cómo se llama ese infeliz suertudo?

—Horatio. —Y le guiñó.

Una de las cosas que le encantaba a Horatio eran esos momentos en los que jugaba con su esposa a ser otra persona. Marian era una talentosa retratista y cada vez que él lo necesitaba, la llevaba a sus investigaciones para que ella observara a los sospechosos y luego pudiera plasmar sus facciones en papel.

Sin duda, su propina iba a ser más que generosa. Dejó la paga en la mesa y salió a buscar un carruaje para llevarse a su esposa por la puerta trasera. Por nada del mundo iba a permitir que se resfriara con ese diluvio que ya estaba cayendo.

Mientras caminaba bajo la lluvia, los engranajes de su mente trabajaban a toda velocidad, recordando cada segundo de lo que acababa de presenciar. Se sentía inquieto, era como si una parte de su memoria intentara encajar una pieza clave que aún no lograba ver con claridad.

Cuando tuviera el retrato, iba a indagar con su hermano gemelo y su cuñada, ellos conocían a medio Londres.

Capítulo 18

La intensa tormenta de verano duró dos días. Cuando el sol brilló esa tarde, Edward y Emily salieron de la casa de los Montgomery para, por fin, pasear a solas como prometidos. Subieron al carruaje que los esperaba y, en cuestión de segundos, partieron.

Solo bastó una mirada para que el aire entre ellos se tornara denso, colmado de anticipación. Emily acarició la solapa de la levita de Edward y preguntó:

—¿Me vas a decir a dónde vamos?

Edward tomó la mano de su prometida y le besó los dedos.

—Ya te lo dije, es una sorpresa.

—A veces, tus sorpresas no tienen los resultados que esperas.

Edward recordó el malogrado día de pícnic y miró a su prometida con cariñoso reproche. Soltó un resoplido. Emily tenía razón.

—Reconozco que está involucrado el Nirvana. —Emily lanzó un gemido de frustración. Él se apresuró a aclarar—: Pero no navegaremos… Mi intención es que te vayas acostumbrando de a poco… y que visitemos el camarote. Cuando viajemos, no en el *cuttter,* sino en un barco más apropiado, pasaremos muuuuuchos meses ahí. Puede que incluso le encuentres cierto encanto.

Emily lo miró con sus ojos muy abiertos. Todos esos días se preguntaba cuándo volvería a hacer el amor con Edward. A su regreso a Londres, sus oportunidades fueron como multiplicar por cero, y solo le quedaba rememorar su primera vez con él, lo cual era una tortuosa delicia; ansia y excitación en partes iguales.

Excitación que ella se atrevió a saciar por sus propios medios, con resultados satisfactorios… pero efímeros y vacíos. Edward era un factor primordial para disfrutar a plenitud ese punto álgido, en que el placer se propagaba en todo su cuerpo.

Edward lanzó una risita malévola. Guio la mano de su prometida hacia su entrepierna y ella sintió el duro calor de él.

—Necesitamos privacidad para resolver mi pequeño problema. Mi diosa es la única que puede saciar la sed de este pobre mortal.

—Tu plegaria será escuchada. Esta diosa ya te ha elegido como

su consorte. —Se humedeció los labios con la punta de la lengua y añadió—: No considero que tu problema sea pequeño.

Edward se encogió de hombros.

—No tienes mucho de dónde comparar.

Emily entrecerró los ojos. No se creía esa modestia por parte de su arrogante mortal.

—He mirado algunos libros de anatomía… y unas cuantas estatuas griegas sin la censuradora hoja de parra. Y esto… —Apretó lo suficiente para que él soltara un siseo—… Incluso cuando está dormido, es más… prominente.

—Aduladora.

Emily, envalentonada, se sentó a horcajadas sobre el regazo de Edward. Lo besó suave en los labios, en el cuello y susurró a su oído:

—Y te encanta que te adule… —Volvió a besarle el cuello. Aspiró el aroma de él y preguntó—: ¿Cuánto tardaremos en llegar al Nirvana?

—Unos veinte minutos. —Sonrió seductor y le apretó los pechos con gentileza. Ella echó la cabeza para atrás, le encantaban esas caricias—. Creo que esta es la segunda vez en tu vida que te emociona subirte a un barco.

Ella lo volvió a besar. Lo tentó con su lengua, y una de las manos de él descendió hasta aferrarse en una de sus nalgas. Era como si la desafiara a perder el hilo de la conversación. Se negó a dejarse llevar por la lujuria.

No, no todavía.

—¿Por qué dices que es la segunda vez?

—Estoy seguro de que la primera vez que subiste a un barco o un bote, tu entusiasmo duró hasta que flotaste.

Emily rio.

—Tienes razón… y después fue un desastre. Tenía siete años. Frank asegura que mi cara se puso de color verde. —Le acarició la barba, la mirada de ella se suavizó cuando él cerró los ojos, disfrutando del tierno contacto—. Te amo, Edward.

Él tomó la mano de su prometida y le besó la palma.

—Eres el pulso de mis venas.

Se abrazaron fuerte. La cabeza de Edward descansó en el pecho de Emily y se quedó quieto, escuchando los latidos de su vigoroso corazón. Ella inspiraba el aroma a vetiver que él desprendía, nunca se saciaba de él.

El momento era íntimo, perfecto. El suave balanceo del carruaje los estimulaba lo justo para mantener a raya el deseo. Ninguno de los dos avanzó más, querían esperar, domar el instinto de unirse para postergar el placer, anhelaban desatarlo sin contemplaciones en el momento preciso.

Y ambos aprendieron en ese viaje en carruaje, que el erotismo podía ser tierno y sutil, como el más dulce de los besos y, sin embargo, lograba encenderlos como una voraz hoguera.

Cuando llegaron a su destino, nadie podía sospechar, ni siquiera el cochero, lo profunda que fue esa experiencia. Se apearon del carruaje como si nada hubiera pasado; ni un cabello estaba fuera de lugar, mas sus piernas temblaban y el deseo los tensaba como la cuerda de un violín.

En cuanto se vieran a solas en el camarote…

Se obligaron a fingir que era solo un paseo por el embarcadero. Caminaban del brazo, a paso tranquilo, observando las decenas de naves privadas que descansaban, balanceándose al compás de la corriente.

La silueta de un hombre alto se recortaba al lado del Nirvana. A Emily le pareció familiar, se hizo sombra con su mano.

—¿Horatio? Ay, no, ¡qué inoportuno es!

Edward miró al cielo como si preguntara: «¿Qué pecado estoy pagando ahora?». Soltó un suspiro resignado; el detective no era inoportuno porque sí. Siempre sus motivos eran poderosos.

Cuando Horatio los reconoció, les hizo unas señas y sonrió. Emily podía decir que su hermano se alegraba de interrumpir su paseo.

Edward saludó de vuelta y, antes de apurar el paso, le dijo a su prometida:

—Siempre nos quedará el Nirvana, querida.

Edward y Emily no tardaron en estar frente al detective. No fueron necesarias las cortesías o alguna conversación trivial para

llegar al punto de la visita; eran familia. Horatio no perdió el tiempo y le dijo a Edward:

—Fui a tu casa este mediodía y me dijeron que habías partido en el Nirvana. —Miró el *cutter* de soslayo y añadió—: Impresionante, es una verdadera joya.

Edward agradeció el elogio que Horatio hizo a su embarcación con un asentimiento de cabeza, y luego preguntó:

—¿Cuánto llevas esperando?

Horatio sonrió, ladino, y respondió:

—Lo suficiente. —Miró a su hermana y dijo—: ¿Te están entrenando para no vomitar en los barcos?

—Idiota.

Horatio la ignoró y repuso:

—Estoy aquí porque tengo información importante y urgente… Ya encontré al contrabandista y sé qué está transportando en tu flota: opio. Las casas de fumadores son negocios muy lucrativos y rentables si evades los impuestos de la materia prima. El tipo que está a cargo de todo se hace llamar Drake, hacía tiempo que no se le veía. Aquí en Londres tenía un socio, un tal Rhys, pero dicen que desapareció hace unas semanas…

Edward frunció el ceño.

—No conozco a nadie con esos nombres o alias.

—Lo supuse. Marian y yo estuvimos espiando a Drake hace un par de noches. Tuve un presentimiento, algo en él me parecía familiar, sabía que lo había visto en otra parte. Marian hizo un retrato de él y de sus compradores, pero son chinos, todos se ven iguales… Por el momento, ellos no son relevantes para nuestra investigación. —Le entregó un papel doblado a Edward.

Él desplegó el papel, el dibujo era perfecto, realista… escalofriante. Ese segundo en que tardó en reconocerlo, en poner esas facciones maduras en el recuerdo de esa misma persona más joven, fue infinito. Era él. Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo, su garganta se cerró y, por un instante, olvidó cómo se respiraba.

Emily notó la tensión en el brazo de su prometido, la hoja temblaba. No por la brisa. No por el frío. Lo miró.

Se le rompió el corazón al ver que la vivacidad de los ojos de

Edward era reemplazada por algo que no lograba interpretar, pero sabía que no era nada bueno.

Horatio continuó:

—Ayer visité a Justin y le mostré el retrato de ese tal Drake, lo reconoció enseguida… Su nombre es…

—Jonah Northwood. —Edward dijo ese nombre en voz alta por primera vez en décadas, y comprobó que todavía no podía hacerlo sin sentir que iba a vomitar. Ahí estaban esos mismos ojos oscuros que lo acechaban en los pasillos de Harrow, en los dormitorios. El mismo maldito lunar en la mano. El mismo monstruo que lo llamaba Eddie con esa voz repugnante. No había cambiado. Solo había aprendido a esconderse mejor.

La boca se le llenó de saliva y su estómago se revolvió. Respirar se convirtió en una tarea titánica. ¿Acaso a ese maldito no le bastó con haber arruinado gran parte de su existencia, sino que también amenazaba lo que le había costado años construir junto a Hywel?

¿Hasta cuándo iba a sentir ese pesado yugo sobre su cuello?

Horatio se metió las manos a los bolsillos, y prosiguió:

—Veo que lo conoces. A mí se me hizo familiar, pero no sabía por qué. Así que fui a casa de Justin y él me refrescó la memoria. Hace unos cinco años, asistí a un juicio en el cual mi hermano fue fiscal en un caso en el que Northwood era acusado de estafa, pero fue absuelto por un tecnicismo. Es el típico empresario inescrupuloso que siempre se sale con la suya. La mitad de la sociedad lo alaba y la otra pasa por alto sus… malos entendidos.

—Desde que coincidimos en el internado, ha sido una rata asquerosa que logra escabullirse.

A Emily se le cortó la respiración. Sintió un nudo en el estómago antes de siquiera entender qué estaba pasando. Era él. Lo sabía. No necesitaba que Edward lo dijera. Vio cómo su expresión se volvía de piedra, cómo apretaba la mandíbula con tanta fuerza que temió que se rompiera un diente. Jonah Northwood era el nombre de la persona que dañó a su prometido. Una amalgama de sensaciones se condensó en su pecho: ira, miedo, incertidumbre e impotencia… Ella ni siquiera existía cuando a Edward le estaban

arruinando la infancia y, aun así, sentía que debía hacer algo por el hombre que todavía estaba dañado por el pasado y que luchaba por sanar sus heridas.

Horatio, sin sospechar la tormenta que se desataba en el interior de Edward y Emily, sonrió con malicia.

—Pero esta vez no podrá escapar. Si estás de acuerdo, podemos asociarnos con la policía del puerto para desarticular su red de corrupción. Vamos contra el tiempo, pero ahora tenemos el nombre real del famoso Drake y podremos seguir cada movimiento que haga. Tendremos las pruebas necesarias y haremos que pague por todos sus crímenes.

De todo lo que dijo Horatio, Edward solo pudo escuchar de verdad la última oración. ¿Acaso era posible? Ese infeliz parecía ser intocable, un dios que siempre hacía su cruel voluntad.

Por un momento, la cobardía, como una serpiente rastrera, le siseaba que dejara todo así, que ya vería la forma de limpiar su flota de los elementos corruptos para que ese cerdo no volviera a usarlo de tapadera.

Sintió que Emily le apretaba el brazo. La miró. Ella no dijo nada, pero sus ojos… Dios, sus ojos… En ellos veía temor, preocupación y algo más que apenas podía comprender, pero no era nada bueno… No quería que ese malnacido siguiera manchando todo lo que tenía.

No permitiría que respirara el mismo aire que su diosa, ni que el destino los volviera a poner en el mismo lugar… Le horrorizó incluso la idea de que sus futuros hijos se cruzaran en el camino de ese cerdo.

Aunque le costara toda su fortuna, lo iba a impedir…

Nunca imaginó que esa amenaza le infundiera tanto valor y sed de venganza. Quería vivir en un mundo en que él supiera dónde estaba exactamente ese desgraciado.

Pudriéndose en una celda… Dios, incluso pagaría para que alguien le diera de su propia medicina, quería ser un instrumento del *karma*.

—Hagamos lo que sea necesario. Quiero a ese infeliz tras las rejas.

«Y cuando esté adentro, deseará no haber nacido».

*****

El recepcionista del hotel Brown le hizo señas al huésped que entraba al vestíbulo. Iba acompañado por un niño.

—Señor Northwood, ha llegado un mensaje para usted. —Le entregó un sobre sellado. Miró de reojo al niño y señaló—: Si el jovencito va a ser su acompañante durante su estadía, debe registrarlo.

—No será necesario, es mi sobrino, estará aquí solo una hora.

Y siguió su camino.

El recepcionista apretó los labios. Detestaba cuando eso pasaba, prefería por lejos cuando traían «sobrinas» que, por lo menos parecían mayores de quince años. Volvió a su puesto de trabajo, necesitaba olvidar.

Al poco rato, Northwood entró a su lujosa suite con el niño. Dejó el mensaje en la mesita de noche, lo leería después. Si era una mala noticia, no quería que ese momento fuera arruinado. Si era una buena, la celebraría pagando una hora adicional al «tío» del mocoso.

Se quitó la levita, soltó el pañuelo de seda y se sentó en una poltrona. El niño tenía sus ojos fijos en él. Northwood conocía ese tipo de mirada, afilada, sin miedo, sin inocencia.

El niño no se movió. No pestañeó. Solo tragó saliva y bajó la vista.

A Northwood no le gustaba pagar, no saciaba del todo sus deseos. El dinero le confería un poder fácil, vacío. Él prefería ejercer el poder de otra forma que le hacía sentir más vivo y acicateaba aún más sus instintos; el sometimiento absoluto, derribar una frágil voluntad hasta los cimientos, sobre todo cuando amenazaba y extorsionaba.

Cuando contrataba un servicio, eso ya no sucedía, estaba frente a un ente, una cáscara vacía que solo hacía lo que tenía que hacer…

Que sabía muy bien lo que tenía que hacer.

No podía tenerlo todo en ese momento. Northwood no se

molestó en mirar. Solo esperó. Con los ojos cerrados, los labios entreabiertos, y una satisfacción anticipada que le revolvería el estómago a cualquiera con alma, echó su cabeza para atrás.

A tientas, solo desabotonó su pantalón.

Esa era la silenciosa orden que debía ser obedecida.

*****

Esa tarde de lunes, Gwendolyne se apeaba del carruaje con la ayuda de su hermano. Se encontraban frente a la puerta de acceso de la Academia Hope. Les impresionó la inmensa y moderna construcción.

En cuanto tocaron la puerta con la aldaba, fueron recibidos por la gobernanta, la señora Waters. La mujer, al verlos, supo que eran a quienes esperaba la directora y los hizo pasar.

Hywel y Gwendolyne sintieron que entraban a otro mundo y observaban todo a su alrededor con genuino interés. La academia era un lugar luminoso, limpio y ordenado, mas no al punto de alcanzar un frío impoluto. Algunas alumnas transitaban hacia lo que parecía ser la biblioteca y les dedicaban breves miradas de curiosidad, pero, discretas, seguían con su camino con sutiles sonrisas que no intentaban ocultar.

A sus fosas nasales llegó un aroma dulce, galletas quizás.

A cada paso que daba Gwendolyne, su nerviosismo inicial se fue soltando. Ese lugar no se sentía como una institución severa. Era... acogedor. Le habría encantado vivir ahí, lejos de su propio hogar, donde temía incluso pensar más de la cuenta. Alzó su barbilla, iba a hacer lo imposible para no volver a la mansión de su padre. Quería ser libre.

La gobernanta abrió la puerta de la oficina de la directora y anunció su llegada.

Los hermanos entraron en la estancia y se encontraron con Laura Witney y otras mujeres que parecían ser maestras de la academia.

Después del saludo y las presentaciones de rigor, Laura le dijo a Gwendolyne:

—Emily nos ha comentado en detalle su problema, señora

Langthorne. —Le sonrió—. Con gusto le ayudaremos a resolverlo. —Miró a Hywel—. Señor Welsh, ¿sería tan amable de esperar afuera?

—¿Por qué?, no digamos que van a decir algo que yo no sepa.

La sonrisa de Laura se amplió aún más.

—De eso no me cabe ninguna duda, señor, pero esto es un asunto de mujeres, y será sumamente incómodo para su hermana. Espere afuera, por favor.

Hywel miró a Gwendolyne y ella asintió.

—Está bien. Las dejaré a solas.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, soltó un resoplido. Se sentía como un niño castigado afuera de la oficina del director. Y eso que no había hecho ninguna travesura.

Estudió todo a su alrededor. El ambiente era extraño, no parecía una academia femenina común y corriente.

Un grupo de alumnas pasó frente a él, le dedicaron una mirada descarada y luego se alejaron cuchicheando y ahogando risitas… Sin embargo, esas risitas no eran bobaliconas de muchachas inocentes. Las conocía bien, eran prometedoras y coquetas.

Aquel hecho le hizo recordar que el objetivo de esa academia era brindar segundas oportunidades a mujeres caídas en desgracia. Una misión loable… Centró su atención en un punto fijo, se prometió que no coquetearía con las alumnas, ni siquiera con la mirada.

Aguantó la respiración y puso sus manos tras la espalda.

—Buenas tardes, señor Welsh.

Hywel podía reconocer esa voz en cualquier parte, miró hacia la joven poseedora de ese encantador timbre.

Cuando se prometió no coquetear no incluía a alguna maestra de la academia.

—Qué gusto verla, ovejita negra.

Sophie le sonrió, llevaba una bandeja llena de galletas. Ese era el origen de ese delicioso aroma.

—¿Ya lo han castigado por ser inoportuno?

—No, me excluyeron de su pequeño club de damiselas, solo por ser hombre.

—Oh, pobrecito, eso mismo sienten las mujeres cuando los

hombres van a sus pequeños clubes de caballeros… —Ladeó su cabeza e invitó—: ¿Quiere acompañarnos? Las alumnas y las maestras toman un pequeño refrigerio a esta hora.

—¿No está prohibido que un hombre comparta con ustedes?

—No. —Sonrió, ladina—. Pero se tiene que comportar. Usted puede representar una verdadera tentación para algunas de nuestras alumnas. No se tome en serio sus insinuaciones.

Hywel alzó su mano derecha, como si estuviera prestando juramento.

—Lo haré.

Sophie no le creyó, pero sería divertido verlo intentarlo.

—Sígame, por favor.

Capítulo 19

Cuando Hywel y Gwendolyne llegaron a la mansión, Ranjit los recibió en el vestíbulo y dijo:

—El señor Dutton se ha acostado temprano, les pide que disculpen su ausencia en la cena.

Gwendolyne se quitó su velo de luto, le sonrió al mayordomo y respondió:

—Muchas gracias por el aviso, señor Basú. Me iré a preparar para que empecemos pronto.

—Muy bien. También ha llegado este mensaje para usted, señora Langthorne, de parte del señor Emerson. —Le ofreció un sobre sellado, la persona aludida era el abogado de su difunto esposo—. El mensajero indicó que era urgente.

Gwendolyne asintió y rompió el sello con seguridad. De haberse encontrado en esa situación, sin la ayuda de su hermano, de Edward y de las personas allegadas a la familia Montgomery, su actitud habría sido diferente. Estaría temblando de miedo e incertidumbre.

La directora y las maestras de la academia fueron muy amables y le dieron una infinidad de consejos para enfrentar la situación. Aparte de darle la información detallada de cómo era una relación sexual desde el punto de vista anatómico, también hablaron de sentimientos y de sensaciones para que ella no pareciera una virgen ignorante. No obstante, dado cómo se desarrollaron los eventos, ellas crearon un relato que fuera coherente con un esposo borracho, iracundo, viejo y gordo.

Gwendolyne estaba segura de que no titubearía en dar ninguna respuesta por más incómoda que fuera. La información que le proporcionaron, además de su frustrada y traumática experiencia, le habían arrebatado esa inútil inocencia que su padre e institutrices se empeñaron en mantener durante toda su vida.

Ahora tenía un arma más para defenderse, ya no era una ignorante.

No sabía qué le deparaba el futuro, pero nunca más volvería a ser bajo los términos de ningún hombre.

Leyó…

Al terminar, suspiró aliviada, era lo que esperaba, faltaba muy poco y sería libre.

Hywel leyó la nota por encima del hombro de su hermana y sus rodillas temblaron. No importaba cuántas veces hubiera visto a ese miserable en los últimos años, todavía le costaba incluso pensar en su asqueroso nombre. Sintió el estómago revuelto. Qué ironía, toda su vida había querido borrar ese recuerdo y ahora, gracias al maldito destino, tendría que enfrentarlo otra vez.

Sin embargo, un cobarde alivio lo invadió por saber que su hermana iba a ser acompañada por el padre de Emily. No quería ni imaginar estar en la misma habitación que ese desgraciado.

Gwendolyne dobló la nota, soltó un suspiro y le dijo a su hermano:

—Al fin sabremos si valió la pena que me vendieran.

Hywel volvió al momento e instó a su hermana a mirarlo a los ojos.

—Y si no vale la pena, siempre me tendrás, Gwen…

Una sonrisa trémula se dibujó en el rostro de ella.

—Estoy cansada, Hywel… Te adoro, pero detestaría ser una carga para ti, o para cualquiera.

—Te entiendo. No quieres rendirle cuentas a nadie.

—Sí. Quiero ser libre de tomar decisiones, de elegir… incluso de equivocarme.

—Falta poco, querida… —Le besó la frente—. Y si todo sale mal, te daré una…

—Si todo sale mal, trabajaré en la Academia Hope. Me dieron esa opción por si Langthorne resultó ser un miserable tramposo.

Hywel estuvo a punto de rechazar esa idea, pero sí había escuchado a su hermana. Ella quería tomar sus propias decisiones.

—Será como tú quieras. —Y él no se lo iba a impedir.

—Gracias, Hywel. —Tomó aire, su corazón palpitó, dichoso de tener el apoyo de su hermano, lo adoraba—. Iré a prepararme para la cena.

—Ve, querida… Yo iré a fastidiar a Edward un rato. Estoy seguro de que no está durmiendo. —Le guiñó.

Gwendolyne le sonrió y se marchó a su alcoba. La sonrisa de

Hywel se transformó en una línea fina y apretada. Sí, era mejor ir a fastidiar a su amigo de una vez por todas.

Minutos después, Edward le abría la puerta de su alcoba a su amigo. Hywel sonrió al verlo vestido y muy despierto.

—Sabía que era una mentira. Nunca te duermes antes de las diez.

—Nunca se sabe si algún día podrás aprender a notar una indirecta. —Lo invitó a entrar con un ademán.

—Las indirectas son un idioma que no hablo, porque está en contra de mi religión. —Se internó en la estancia y admiró la decoración—. ¿No crees que a Emily le vaya a molestar tener esas ilustraciones colgadas en tu alcoba? —Y señaló las hojas enmarcadas del Kama Sutra.

—A ella le gustan. Las retiraremos cuando tengamos hijos.

Hywel arqueó una ceja. No era necesario recabar más información. Tampoco Edward intentó aclarar el supuesto malentendido. Emily era una pícara sinvergüenza.

Le simpatizaba mucho más todavía.

—¿Por qué te estás escondiendo, Dutton?

—No me estoy escondiendo. —Resopló y se masajeó la nuca—. Solo estoy asimilando cierta información antes de revelártela. —La habitación se sumió en un largo silencio. Hywel no se atrevió a emitir ningún sonido. Edward hizo el ademán de sentarse en la orilla de la cama, pero desistió. Volvió a masajearse el cuello y resopló—: North… North…

Dios, cómo le costaba decir su nombre. Hywel tomó una bocanada de aire y le ahorró la tarea a su amigo al decir:

—¿Northwood?

Edward asintió y agregó:

—Él es el que está detrás del contrabando…

El ceño de Hywel se contrajo hasta formar un nudo apretado.

—¿¡Qué!? ¿Ese maldito…?

La ira de Edward se condensó en una sola palabra que escupió como si fuera veneno:

—Opio…

—Ese cerdo mancilla todo lo que toca.

Y Edward le relató lo que conversó con Horatio la tarde anterior. Hywel pensó que estaba en una pesadilla. Eso explicaba tantas cosas sospechosas en India y que no quiso averiguar para no seguir coincidiendo con ese infeliz.

—Santo cielo… —Puso sus manos en jarra, y su postura era cabizbaja. Su furiosa respiración dilató sus fosas nasales—. Con razón el abogado de Langthorne lo pudo ubicar tan rápido. Pensé que todavía estaba en la India. —Edward lo miró con el ceño fruncido, la tácita interrogante era obvia—. Acaban de informarle a Gwen que leerán el testamento en tres días en la oficina de Emerson. Da la casualidad de que todos los herederos están en Londres.

—Qué curioso… Me pregunto si Langthorne era socio de ese infeliz en esto del contrabando, el famoso Rhys.

—No lo sé. De lo único que estoy seguro es que el bastardo no fue al matrimonio de Langthorne… Bah, me da igual. —Miró a Edward—. Vamos a hundirlo.

—Eso haremos… Hoy tuve una entrevista con el inspector de la policía portuaria, me comentó que desde hace varios meses están reuniendo información, pero Rhys y Drake eran como fantasmas. Ahora, al menos uno tiene nombre y apellido. Se está organizando una redada, hay mucha gente involucrada… Todo se va a desarrollar en una noche, cuando llegue el Fortune.

—¿Vamos a participar? —Silencio—. ¿Dutton?

Edward resopló.

—Emily no quiere. En una redada todo puede salir mal y…

—Y ella no desea quedar viuda antes de tiempo… Y si me lo preguntas, a mí tampoco me gustaría que ninguno de los dos arriesgase el pellejo por un cerdo repugnante. No vale la pena, me importa un comino si me tildan de cobarde… Cobarde pero vivo. —Edward asintió—. Sin embargo, he de admitir que me encantaría verlo, escupirle la cara y que él no pueda hacer nada desde su celda sucia y maloliente… —Suspiró—. ¿No tienes la sensación de que nunca pagará lo suficiente?

—Si todo sale bien, esto tendrá que ser suficiente, de lo contrario, nunca podremos avanzar de verdad. Si está encerrado, al

menos no tendremos esa eterna incertidumbre de coincidir con él… Será más fácil dejar el pasado en el lugar que le corresponde.

—Tienes razón… —Se metió las manos en los bolsillos—. Entonces… ¿Solo esperaremos como unos cobardes y patearlo cuando ya esté en el suelo?

Edward no respondió de inmediato. En su mente, un recuerdo viejo y podrido resurgió. La fría piedra del suelo cuando se arrodillaba. El dolor. El miedo. El asco.

«Nunca será suficiente», pensó con amargura. El daño estaba hecho, era irreversible. Llevaba años intentando convivir con él.

Se encogió de hombros y dijo:

—Ese es el plan.

—Creo que es perfecto.

*****

Northwood fue el último en entrar en la oficina del señor Emerson. Ni siquiera la luz del sol rompía con el ambiente solemne y lúgubre del lugar.

La viuda de Langthorne era como un ratoncillo que intentaba no parecer asustado. Se aferraba al pañuelo como si fuera una tabla de salvación en medio de un naufragio.

Al otro heredero no lo conocía, ni tampoco le importaba.

Nunca pensó que Langthorne moriría en su tardía noche de bodas. No alcanzó a llegar a tiempo a la ceremonia, y fue una muy mala idea incentivarlo a beber y celebrar en un burdel durante cinco días.

Cuando se enteró de quién era la prometida de su amigo, rio a carcajadas, qué retorcido era el destino. Eso endulzó aún más el hecho de estar usando la flota de Dutton y Welsh para su beneficio y el de su socio.

En fin, fue una lástima que Langthorne haya muerto, pero el lado positivo era que lo consideró en su testamento, tal parecía que de verdad lo estimaba.

Se sentó en la silla vacía. Algo no cuadraba en el lugar. Había una persona de más. El hombre que estaba al lado de la viuda.

—Perdón, ¿por qué está presente este señor para la lectura? Hasta donde sé, solo somos tres beneficiarios.

El señor Emerson, impertérrito ante el cuestionamiento, respondió:

—La señora Langthorne solicitó ser acompañada por su abogado, el señor August Montgomery. Quien no intervendrá en la lectura, solo actuará como apoyo moral y consejero, de ser necesario.

Northwood arqueó una ceja. De no ser tan público el compromiso de Dutton, no se habría dado cuenta de que estaba frente a su futuro suegro. El destino parecía que siempre los juntaba de una forma u otra.

La esposa Langthorne tenía mucha suerte de que uno de los abogados más afamados de Londres velara por sus intereses.

No le quedó más remedio que asentir.

El señor Emerson procedió a leer el testamento:

Yo, Reginald Percival Langthorne, en pleno uso de mis facultades mentales y en ejercicio de mi voluntad, otorgo y declaro este documento como mi última voluntad y testamento, con el fin de disponer de mis bienes tras mi fallecimiento.

Primero, ordeno que todas mis deudas legítimas y obligaciones sean liquidadas de mis bienes antes de proceder a cualquier distribución.

Segundo, nombro como albacea y ejecutor de este testamento a mi abogado de confianza, el señor Archibald Emerson, a quien otorgo plena autoridad para garantizar el cumplimiento de mis disposiciones testamentarias, administrar los bienes hasta su debida entrega y resolver cualquier disputa que pudiera surgir en el proceso.

Tercero, lego a mi estimado amigo y socio, Henry Blackwood, la propiedad de Ravenscourt Manor, ubicada en Oxfordshire, junto con sus tierras anexas y el viñedo que allí se encuentra, en reconocimiento a su lealtad y apoyo incondicional a lo largo de los años.

Cuarto, lego a mi apreciado amigo y compañero de negocios, Jonah Northwood, la propiedad de Eastwick Hall, situada en el condado de Kent, así como los derechos de explotación de la cantera de piedra caliza que allí se encuentra. Este legado es una muestra de mi gratitud por su amistad y los servicios prestados en nuestros emprendimientos conjuntos.

Quinto, a mi apreciada esposa, la señora Gwendolyne Langthorne, le dejo la totalidad de mis bienes restantes, incluyendo:

Langthorne House, residencia principal en Londres.

Las propiedades rurales en Silchester y Yorkshire, con todos sus derechos de renta y explotación.

El cien por ciento de mis acciones en Langthorne Shipping Company, garantizando con ello su estabilidad económica y plena independencia.

Todas mis cuentas bancarias y valores mobiliarios, para su libre disposición.

Las joyas y pertenencias de valor de la familia Langthorne, como legítima dueña de nuestro hogar y legado.

En el caso de que mi esposa fallezca y mi posible descendencia quede huérfana, nombro como tutor al señor Henry Blackwood.

Hago este legado con la firme convicción de que mi esposa, Gwendolyne Langthorne, honrará y administrará con sabiduría y prudencia las riquezas que ahora le pertenecen, asegurando con ello su bienestar y el de nuestra estirpe.

Declaro que este testamento anula cualquier disposición anterior y debe ser ejecutado sin objeciones ni demoras.

Firmado y sellado este día 12 de julio de 1844, en presencia de los testigos aquí firmantes. Los señores Ferdinand Welsh, Hannibal Murdoch y David Andrews.

Reginald Percival Langthorne

La habitación se sumió en un profundo silencio. Northwood solo en ese momento fue consciente de lo que le dijo Langthorne en medio de su borrachera.

«El viejo Welsh cree que fue muy inteligente al negociar mi testamento a favor de su hija. No tiene idea de que volveré a modificarlo en cuanto esté sobrio».

En su fuero interno maldijo su mala suerte. Miró a la viuda, era solo una chiquilla que no tenía idea de nada… Ahora poseía demasiado dinero por su propio bien… Dinero que pudo ser suyo.

La presencia del abogado no era antojadiza. Algo escondían.

El señor Emerson miró a los herederos y añadió:

—Si nadie tiene alguna objeción…

Northwood actuó por impulso. Siempre obedecía a su instinto y dijo:

—En el testamento, Langthorne lega casi toda la fortuna a su esposa… Aquí no veo a ninguna, al menos no en la práctica. Según tengo entendido, mi amigo falleció en la noche de bodas, ¿quién me asegura que ese matrimonio se consumó? Es perfectamente plausible que pueda ser anulado si la dama sigue siendo virgen.

El otro heredero y el abogado lo miraron con los ojos desorbitados. No podían creer lo que acababan de escuchar. Era inaudito e inapropiado.

Al mismo tiempo, Gwendolyne entreabrió su boca y jadeó. Sus ojos centellearon e increpó, indignada:

—¿Acaso quiere que me suba la falda y le muestre la obra de su amigo?

—No será necesario, quizás un médico…

Ella se levantó, lo miró a los ojos y, con un tono comedido pero letal, arremetió:

—Ahórrese sus sugerencias, señor Northwood. Pese a las lamentables condiciones en las que llegó mi esposo a la alcoba, se las arregló para conseguir que su miembro se endureciera y me lo metiera de una sola vez, sin siquiera prepararme. Me desgarró por dentro, hasta el día de hoy me duele y creo que siempre dolerá. Así que no venga a cuestionar si su amigo cumplió con su deber o no. Yo estuve ahí, con las piernas abiertas, soportando su hedor a alcohol y su peso que no me dejaba respirar. Usted no recibió las interminables embestidas, ni la horrible sensación de tener a una persona muerta adentro…

La estancia volvió a sumirse en un largo y escandalizado silencio. Gwendolyne no le quitaba de encima su mirada fiera, desafiándolo a que insistiera con sus cuestionamientos.

Northwood mordió sus mejillas por dentro. Tal parecía que el viejo Langthorne tenía lo suyo… Una virgen apenas conoce lo que involucra una relación sexual y la cara se les tiñe de rojo con tan solo pensar en un pene rígido. Ese relato detallado, descarnado y colmado de ira lo conocía muy bien… Daba lo mismo si lo escuchaba de la boca de una mujer o de un niño…

Arqueó su ceja con arrogancia. Tenía que verle el lado positivo. Al menos poseía una propiedad y una cantera que podía darle

dividendos adicionales.

Se limitó a asentir, conforme.

El abogado volvió a respirar y zanjó:

—Bien, creo que no hay discusión sobre ese tema. Si no hay ninguna otra objeción, procederé, en mi calidad de albacea, a ejecutar la última voluntad del señor Langthorne de acuerdo a lo estipulado en su testamento. En unas semanas estarán formalizadas todas las legalidades. Les solicito que no abandonen Londres, esto es con el fin de acelerar al máximo posible el cumplimiento de mi misión.

Los herederos se levantaron y estrecharon la mano del abogado. August hizo lo mismo y le esbozó una sonrisa, feliz de no haberse visto en la obligación de intervenir. Su presencia solo tenía por objetivo reforzar la confianza de la señora Langthorne, quien actuó tal como se esperaba.

No obstante, cuando estuvo a punto de cruzar el umbral de la puerta, Northwood lo detuvo tomándolo del brazo con gentileza.

—Señor Montgomery. Supe por la prensa que su hija se va a casar con el señor Dutton. —August solo asintió. Sabía que ese sujeto no traía nada bueno. Northwood esbozó una sonrisa maliciosa y añadió—: Yo que usted procuraría hacer lo mismo que el padre de la señora Langthorne, asegure su futuro. Conozco a Dutton… digamos que disfruta de la compañía masculina. No sé si me entiende…

August solo se limitó a arquear una ceja y mirar de soslayo que Northwood aún lo sostenía por el brazo.

—Curioso, señor Northwood. En toda mi vida, he visto muchos hombres obsesionados con la vida privada de otros. Rara vez ha sido por motivos honorables. ¿Tendría la amabilidad de soltarme?

Northwood liberó a August, pero se arriesgó a tener la última palabra:

—Considere terminar ese compromiso.

Esa malintencionada sugerencia sí perturbó a August, pero no del modo que pretendía Northwood. Conocía a los sujetos como él, inescrupulosos e insensibles.

—Mejor considere ocuparse de sus propios asuntos antes de

que terminen ocupándose de usted. Si me disculpa.

—Mándele mis saludos de mi parte a Eddie.

La forma en que Northwood llamó a su futuro yerno le heló la sangre, destilaba oscuridad y maldad.

Cuando dejó atrás a Northwood fue como si le quitaran un peso de encima. Ese tipo era peligroso, lo mejor era contarle todo a su hija, no quería pecar de omisión…

Sabía que iba a someter a una situación complicada a su Emy, y que ponía a prueba la confianza y la capacidad de comunicación de esa pareja.

Rogó al cielo que todo saliera bien.

Capítulo 20

Dos días después de la lectura del testamento, en una soleada tarde de sábado, se celebró el compromiso de Edward y Emily en la mansión.

Pese a esa sombra de incertidumbre que provocaba la espera por el arribo del Fortune, ni los Montgomery ni los futuros esposos quisieron aplazar la fiesta para anunciar a sus seres queridos que, por fin, ellos unirían sus vidas a principios de noviembre.

—… Y, por último —dijo August sosteniendo una copa de champaña—, solo me queda darles un consejo: nunca den por hecho el amor que se profesa el uno por el otro, demuéstrenlo todos los días; nunca es suficiente un «Te amo», un beso, un «Estoy orgulloso de ti», un abrazo largo después de un día agotador… Que todos los caminos los traigan de vuelta al hogar. ¡Salud!

—¡Salud! —brindaron todos al unísono.

Emily y Edward chocaron sus copas, bebieron un sorbo de champaña mirándose a los ojos. Él no pudo resistir por más tiempo y le dio un casto beso en los labios. Necesitaba aunque fuera un poco de ella.

Los aplausos no se hicieron esperar, un nuevo integrante se unía a la familia. Uno que aportaría, sin menospreciar el amor, dinero, poder e influencia. Aquellos factores tenían su peso si lo que deseaban era seguir con el proyecto de la Fundación Hope, el cual era apoyado por la sociedad a regañadientes, solo por la conveniencia que significaba tener a esas escandalosas familias a su favor.

La mayoría de los familiares y amigos de ambos —numerosos por parte de Emily, menos de cinco por parte de Edward— asistieron y repletaron los salones siempre vacíos de la mansión. Una perenne sonrisa adornaba los labios de Edward, tener algo así era un anhelo que durante toda su vida le pareció imposible de cumplir.

Su corazón lleno de dicha le confirmó que esa supuesta tranquilidad y equilibrio que traía un matrimonio por conveniencia no le iba a dar eso que siempre buscó, y que se negaba a admitir: el amor y la entrega de no solo una compañera, sino de la familia de la

que ella provenía.

En poco más de un mes él se iba a convertir en hijo, sobrino, cuñado, primo, tío, esposo… y si la vida lo bendecía, en padre.

Su sonrisa se amplió al imaginar que sus futuros hijos podrían heredar la inteligencia de su esposa.

La melodía de un vals se elevó en el aire. Como siempre, los amigos y primos de Emily que conformaban el Quinteto Divino iniciaron el baile. Una orquesta adicional los acompañaba, los supliría cuando ellos terminaran su repertorio para que también se divirtieran como invitados. No todo debía ser trabajo, por mucho que ellos lo disfrutaran.

En cuestión de segundos, la dulce música atrajo a decenas de parejas que llenaron la pista de baile. Edward llevó a Emily al centro y se unieron en ese abrazo decoroso y distante para ejecutar ese un, dos, tres…

Emily solo se centraba en su prometido, siempre tan apuesto y elegante, pero a la usanza india. Esa mirada oscura y penetrante era adornada por incipientes patas de gallo, que le otorgaban a su rostro ese maduro garbo que le encantaba.

Ella las adoraba, casi tanto como adoraba sentir su agarre firme y seguro. Sin embargo, no solo se trataba del encanto de ese baile, Emily siempre se sentía así junto a él, y no era porque ella lo considerara un hombre perfecto, siempre fuerte y protector… No, Edward era un ser humano como cualquiera, con virtudes y defectos. Tenía heridas profundas, pero su espíritu y su voluntad eran inquebrantables, eso era precisamente lo que ella amaba de él y lo que le daba la seguridad de que él nunca la soltaría.

—Te amo, Edward… Me haces muy feliz.

Él estaba seguro de que nunca, jamás se cansaría de escuchar esas palabras en la voz de Emily. Le sonrió a su prometida, le robó otro beso y replicó en latín:

—*Te amo, dea veneranda.*

Emily rio. Su voz sonaba diáfana y llena de dicha.

—¿Estás desempolvando tu latín para mí?

—Pensé que el latín podía hacerle justicia a lo que siento por ti, mi adorada diosa.

—¿Y cuál es tu veredicto?

—Sigo pensando que es mejor decirte que eres el pulso de mis venas… Si te dejara ir, sería como desatar el nudo que me ata a la vida.

—Oh, Edward…

—Así que déjame amarte a mi manera. No conozco medidas, o cuánto es suficiente.

—Nunca será suficiente… soy una diosa exigente.

—Este simple mortal siempre intentará complacerte. —La acercó un poco más a él para seguir bailando a placer, rozando sus piernas con las de ella y aspirando la nueva fragancia que su prometida estrenaba ese día.

No dijeron nada más, giraban, sonreían y disfrutaban de ese momento de dicha.

Tras unos minutos, ese vals terminó, y se inició otro. Algunas parejas abandonaron la pista, otras permanecieron. Una de esas parejas eran los padres de Emily que siempre aprovechaban las celebraciones familiares para bailar juntos tanto como deseaban sin obedecer reglas de etiqueta o de decoro.

Los ojos de ella se cruzaron con los de su padre, él solo dio un leve asentimiento y le recordó que tenía una conversación pendiente con Edward.

Desde hacía varios días, Emily decidió que nunca iba a tocar ese tema tabú. No deseaba escarbar en el dolor de Edward y que volviera a ser una víctima. Sin embargo, esas malintencionadas insinuaciones que le lanzó Northwood a su padre le hicieron reconsiderar su resolución. Mientras ese infeliz estuviera vivo, siempre se las arreglaría para disparar su veneno. Era un monstruo ávido por seguir haciendo daño… Necesitaba anticiparse a cualquier acción de ese sujeto para que no provocara algún malentendido.

Ningún momento iba a ser bueno para tener esa conversación. Emily no soportaba que Edward se esforzara en ocultar ese secreto.

Inspiró profundo para deshacerse de la cobardía y dijo:

—Querido, necesito conversar contigo… En privado.

Si Emily lo hubiera dicho en otro tono, Edward se habría ilusionado con tener un breve y apasionado encuentro furtivo, pero

sabía que era un asunto más serio. Asintió y la guio a través del mar de invitados.

Caminaron a paso tranquilo y cuando traspasaron las puertas francesas del salón, los recibió el aire fresco cargado con el aroma de las rosas y peonías del jardín que circundaba la mansión. Los hermanos mayores de Emily disfrutaban a la sombra de un árbol bebiendo y fumando al aire libre. Frank, el hermano mayor de Emily, le dedicó una mirada de advertencia a la pareja y dijo:

—Donde mis ojos los vean.

Emily resopló, puso sus ojos en blanco y replicó:

—Edward no va a hacer nada inapropiado.

—Lo decía por ti, Dutton es el que corre peligro contigo, duendecillo diabólico.

Horatio, Justin y Ernest lanzaron ruidosas carcajadas.

Emily sacó su lengua como si fuera una niña de siete años.

—Ridículos. Estoy tentada de pedirle a mis queridas cuñadas que pasen la noche conmigo en la mansión y los dejen a ustedes a cargo de los niños. A ver qué tan bien lo manejan. —Las risas cesaron. Emily alzó su barbilla y ordenó—: Vamos, querido.

Edward, por hacer una velada causa común con sus futuros cuñados, dijo con solemnidad:

—Iremos a la pérgola… ¿Serían tan amables de vigilar que nadie nos interrumpa? Debemos conversar un asunto a solas… Convenceré a Emily de que deje de lado su terrorífica idea.

Los hermanos de Emily asintieron al mismo tiempo. Al fin había alguien que podría domar a ese duendecillo insurrecto… En parte.

Emily y Edward siguieron con su paseo por el sendero de gravilla hasta llegar a su destino. La pérgola, como todo en la mansión, era una enorme estructura de madera pintada de blanco, contaba con asientos cubiertos por amplios y cómodos cojines con motivos paisley. Se sentaron uno al lado del otro.

Silencio.

Edward no se atrevía a decir una palabra, intuía que algo malo pasaba.

Emily no sabía cómo iniciar esa conversación. Tal parecía que hacerlo desde el principio no era una opción en esa oportunidad. Se

acomodó y se giró para poder mirarlo de frente. Tomó una bocanada de aire para infundirse valor y dijo:

—Antes de empezar, quiero pedirte que me dejes hablar y que no me interrumpas hasta que haya terminado, te lo suplico.

Edward frunció el ceño. Todo su cuerpo se tensó ante esas ominosas condiciones. No le quedó más alternativa que asentir.

—Bien… Primero, nada de lo que te diré me hará cambiar de parecer respecto a mis decisiones y a mis sentimientos. Seré tu esposa porque te amo. —Dutton no dijo nada. Emily notó que la nuez de Adán de su prometido se movía. Aquello la acongojó, pero debía continuar. Le tomó las manos con fuerza—. El día de la lectura del testamento, Northwood le insinuó a mi padre cosas desagradables de ti. Dijo que tú preferías la compañía masculina, deslizando la posibilidad de que te gustan los hombres de un modo sexual, y le sugirió que rompiera mi compromiso contigo. —Edward jadeó, estaba listo para replicar. Emily alzó su dedo índice para recordarle que no la interrumpiera y añadió—: Por supuesto que mi padre no le creyó ni media palabra y te defendió. Me lo contó para que conversara contigo, porque esto nos traerá problemas tarde o temprano. Sé que no es así, así que te puedes quedar tranquilo en ese aspecto, es lógico que ese sujeto solo quería que lo nuestro terminara y quitarte lo que te hace feliz. Disfruta haciéndote daño, pero esta vez no lo logró.

La brisa sopló más fuerte, el susurro de las hojas de los álamos cercanos se transformó en un grito que espantó a las aves que descansaban en sus ramas. Un mechón castaño de Emily salió de su lugar y Edward lo arregló, poniéndolo detrás de la pequeña oreja.

La voz de Emily flaqueó y sonó trémula cuando continuó:

—Estoy casi segura de que Northwood te hizo un inmenso daño a ti, a tu hermano y a Hywel cuando eran niños… Tengo esas sospechas desde hace semanas, he escuchado cada palabra tuya, he visto cómo reaccionas cuando él aparece en tu vida… —Los ojos de Emily ardieron al ver que la mirada de Edward se desbordaba de pavor. Ella le besó las manos y prosiguió—: Solo he armado el rompecabezas con cada pieza que has desperdigado con o sin intención, y quiero decirte que lo único que me interesa es el

presente, que te comprendo y que no me importa lo que te hayan obligado a hacer. Para mí eres un hombre valioso, con un corazón lleno de amor. Valiente, inmensamente valiente y que no eres culpable de nada de lo que te sucedió… —Dos goterones cayeron de los ojos de Emily y se sorbió la nariz—. Si algún día quieres hablar de ello, te escucharé... —Edward, por puro instinto, negó con su cabeza—. ¿No?… Bueno, eso también lo respetaré, lo entiendo. Lo segundo que quiero es que me cumplas solo una petición, si es que así lo deseas: si hago o digo algo que te trae malos recuerdos, por favor, dímelo para no volver a hacerlo. Lo que menos quiero en esta vida es hacerte daño sin querer.

Edward se quedó en silencio por largos segundos. No sabía cómo sentirse, lo único claro que tenía era que Emily lo amaba a pesar de todo, ¡de todo! No iba a contarle las aberraciones a las que fue sometido mientras coincidió su vida con la de ese monstruo. No quería mancillar la mente de su mujer con esos recuerdos que prefería sepultar en ese lugar oscuro de su mente, donde siempre los mantenía a raya.

En honor a la confianza y el amor que le profesaba a Emily, se lo confirmó todo con tan solo decir:

—Solo te pido que no lo nombres nunca más… y asegúrate de que nadie me llame «Eddie». Lo odio. —Y al terminar de decir esas palabras, un extraño alivio lo invadió. No había dicho nada, pero sabía que ella dimensionaba gran parte de su dolor, de su culpa y de su vergüenza.

Dos lágrimas silenciosas e indomables recorrieron el rostro de Edward y se perdieron en su barba. Se apresuró a secarlas con el dorso de su mano y bajó su mirada.

El corazón de Emily se partió en dos al ver ese gesto tan vulnerable y tan lleno de pudor. Maldijo mil veces a ese depravado y cada segundo de su existencia.

—No, querido, no lo hagas. Mírame, por favor. —Emily tomó el rostro de Edward entre sus manos y lo besó—. No quiero hacerte daño, esta será la primera y última vez que tocaré este tema… Mi intención era solo decirte que te amo por sobre todas las cosas… Tú también eres el pulso de mis venas; tu dolor, tu alegría, tus triunfos

y tus fracasos son tanto míos como tuyos.

Emily lo abrazó, y Edward respondió aferrándose con fuerza. El delicado hombro femenino se convirtió en su refugio, ahí escondió su lamento que repercutía en su pecho con cada latido de su corazón. Era consciente de las reconfortantes caricias en su espalda que deambulaban, perezosas, en toda su extensión.

Sus pulsaciones se acompasaron, y no dijeron nada más en medio de ese calor compartido.

Los minutos pasaron en cómplice silencio, y con ellos llegó la dulce calma. El dolor se fue disipando, yéndose junto con la brisa, y la respiración de ambos se tornó menos forzada, más natural.

Edward llenó sus pulmones de aire y se solazó con el calor de Emily y su aroma. No era el mismo de siempre, ahora olía a rosas frescas, limpias y dulces. Era un cambio que le encantaba y que alejaba sus sombríos pensamientos, dirigiéndolos a algo más importante: ellos.

De pronto, los sonidos de la fiesta llegaron a sus oídos, recordándoles dónde estaban y qué celebraban.

Edward cerró los ojos un instante, necesitaba encontrar las palabras exactas, y asegurarse de que reflejaban su corazón por completo. Cuando volvió a abrirlos, la sombra de su pasado había menguado. Inspiró profundo, y al exhalar, sintió que por fin estaba libre. No del todo, no aún… pero sí lo suficiente como para ofrecerle a Emily lo mejor de él.

Se separó de su prometida tan solo para perderse en esos ojos que le evocaban el inmenso océano, calmo y sereno, ella era su presente y futuro. Sintió un calor extraño en el pecho. No era el ardor de la vergüenza, ni el peso de la culpa. Era otra cosa. Algo ligero, algo puro. La certeza de que, por primera vez en su vida, alguien lo veía por completo. Besó la frente de Emily con reverencia y declaró con los labios pegados a su piel:

—Ya no tengo nada que ocultar. Me tienes entero.

Jamás imaginó que estas palabras saldrían de su boca con tanta libertad. Durante años había creído que ninguna mujer podría aceptarlo con todas sus sombras. Pero Emily… Oh, Emily lo había visto, lo había comprendido, y en lugar de retroceder con asco,

culparlo o abandonarlo, le ofrecía su amor sin condiciones. La volvió a mirar y supo que ella era su ancla y su salvación.

—Y honraré tu regalo siempre… Gracias por confiar en mí. —La sincera admisión de Edward colmó el corazón de Emily. No por la egoísta sensación de poseerlo, sino por lo que significaba esa total y absoluta entrega. Se sintió humilde, era digna de la confianza de su futuro esposo. Esbozó una sonrisa, su alma se sentía más ligera y propuso—: ¿Estás preparado para volver a la fiesta, o nos quedamos aquí un rato más?

Edward tomó sus manos y las apretó con gentileza.

—Me hará bien volver. Nuestra familia espera.

Se levantaron sin soltarse, y cuando sus miradas se dirigieron hacia la mansión, notaron que Horatio se aproximaba a paso apresurado y con expresión resuelta.

Emily percibió que Edward se aferraba más a ella y que envaraba su postura, a la espera.

Cuando Horatio llegó a ellos, no se molestó en irse por las ramas y dijo:

—Uno de mis contactos me ha informado que avistaron al Fortune en el Thames. Calculan que por el viento y la corriente llegará al puerto en una hora.

Edward inspiró profundo…

—¿Todo está preparado?

—Por nuestra parte, sí. Solo nos queda sentarnos y observar a la distancia la redada de la policía.

—Entonces eso haremos. —Edward miró a Emily—. Sé que te había prometido no intervenir, pero solo quiero asegurarme y ver con mis propios ojos que él pague. Hywel y Horatio me acompañarán.

En otras circunstancias, ella se habría negado. No quería que ni siquiera estuviera a una milla de distancia de ese infeliz, pero ahora comprendía que era algo más que encerrar al culpable de ese contrabando.

Querían una pizca de justicia.

—Ve, querido, sé que los demás entenderán tu ausencia…

Edward la besó con intensidad, sin importarle la presencia de

su cuñado, quien se limitó a mirar hacia otra parte.

—Eres mi pulso…

—Y tú el mío. Te esperaré aquí, nadie me moverá hasta que vuelvas.

Edward se alejó de ella junto con Horatio. Lo último que Emily escuchó fue la orden que su prometido daba para que ensillaran tres caballos.

Miró el cielo, el intenso celeste se empezaba a teñir de dorado. La tarde pronto iba a dar paso al crepúsculo. Se quedó quieta, intentando asimilar esa infinita impotencia que sentía. Ella también quería que ese monstruo pagara por cada vida que hizo desgraciada, pero no podía hacer nada.

Odiaba esperar, y por mucho que deseaba clamar por justicia, no era su lucha, era algo que solo Edward debía enfrentar. Y, tal vez con ello, él lograría encontrar un poco de paz consigo mismo.

Porque nunca sería suficiente para saldar esa deuda. Ni mil tormentos o la muerte parecía lograr igualar al daño que ese infeliz causó…

Ella se quedaría ahí, esperaría el regreso de Edward para recibirlo con los brazos abiertos.

Capítulo 21

Northwood soltó el humo de su cigarro y estrechó la mano del capitán del Fortune, quien en ese momento dirigía la descarga del barco en el oscuro y mal iluminado puerto. Tímidas estrellas titilaban en el cielo, en cuestión de minutos estaría plagado de ellas. La luna era un hilo curvo que apenas daba luz.

—¿Fue un buen viaje, Clayton? —preguntó Northwood, familiar y con autoridad, como si fuera el mismo dueño de la Assam Tea Company.

Soltaron sus manos y Clayton dio una mirada de reojo a una de las cajas que ya era depositada en tierra. Volvió su atención a Drake, su expresión parecía relajada, pero la luz de la lámpara que se derramaba sobre ellos le confería un aspecto diabólico. Sí, era como el mismo diablo que ofrecía pactos y después no había forma de evitar que él cobrara su deuda. Aparentó tranquilidad y respondió de igual forma:

—Tuvimos algunos problemas con los clientes de Cabo de Buena Esperanza, pero llegamos a un acuerdo. Pagarán más cuando se den cuenta de que ese té que compraron tan barato es mejor que el chino.

Northwood aspiró su cigarro, saboreó el humo y respondió:

—Siempre hay que tentar a los nuevos compradores…

—Sí… Se me pasó la mano, en vez de deshacerme de las tres cajas habituales, fueron seis.

Northwood se encogió de hombros, no era su problema lidiar con cuadrar los números para que no se notara en la contabilidad. No obstante, sugirió:

—Bien, puedes decir que una tormenta arruinó algunas cajas de té. Los accidentes siempre pasan y hay un margen de merma. —Sonrió al ver una de sus cajas llenas de opio. Eran iguales a las de Dutton pero estaban marcadas con una diminuta D—. Bien, ya sabes dónde dejarlas, iré a hablar con Barnet…

—Supe que la última vez por poco no logró un acuerdo con Rhys, ten cuidado con él, Drake.

No había que ser una luminaria para saber que «hablar» era lo

mismo que sobornar al agente de aduana, y estaba seguro de que a Drake se le daba mejor que a su socio.

Northwood hizo un gesto para despedirse y se dirigió a la oficina de aduanas.

La naturaleza humana era fácil de corromper, solo había que saber identificar a los más débiles. El que estaba sepultado en deudas, como el capitán del Fortune; el que no estaba conforme con el sueldo de su trabajo, como el agente Barnet; la simple ambición de tener más, que siempre se diseminaba en la tripulación de un barco que pasaba seis meses en altamar… un niño que estaba solo y ansiaba una pizca de atención.

Fue una suerte haber estado en Londres para recibir la carga, la muerte de Langthorne fue un imprevisto bastante problemático, él era su socio tanto en negocios legales como otros más turbios. Iba a tener que buscar a uno nuevo para que hiciera su parte en India, y él se ocuparía de recibir el cargamento en Inglaterra y distribuir.

Quizás era una señal para volver y asentarse. En cuatro años la gente olvidaba… ¿Quién iba a recordar a un par de chiquillos muertos? Fue un error que casi le costó muy caro. Esos mocosos eran unos carteristas que hacían lo que fuera por un poco de protección y atención, pero no estaban tan solos como se suponía.

Casi no sale vivo de ello, escapó por poco de la turba que lo quería ajusticiar.

La bilis se le subió y escupió al suelo. Se deshizo de ese recuerdo de gente furiosa portando palos y antorchas, que provocaron que su difunto padre lo desheredara. Dirigió sus pasos a la oficina de aduana.

A esa hora se suponía que estaba fuera de servicio; sin embargo, en una de sus ventanas se apreciaba la luz dorada de la lámpara de aceite, indicio de que en ese lugar se encontraba Barnet.

Poco rato después, estaba frente al agente que aguardaba por él, sentado en su escritorio.

La charla trivial, ni la cortesía eran necesarias. Northwood no esperó ser invitado a sentarse, solo tomó su lugar con la propiedad que le otorgaba ser la persona que tenía a su merced a medio puerto.

No soltó ni una palabra, solo dejó unos billetes bancarios sobre la mesa. Barnet los miró con cierto desprecio. Los tomó y evaluó su textura.

Los dejó sobre la mesa y dijo:

—¿Cómo sé que estos billetes bancarios son verdaderos?

—¿Desde cuándo desconfías tanto?

—Desde que Rhys quiso pasarse de listo. Prefiero las monedas… Y agrega cinco libras más.

Northwood se inclinó levemente hacia adelante y cuestionó con un tono seco y duro:

—¿Cinco? ¿Y no quieres que también te pague una noche de putas?

Barnet no se dejó amedrentar por ese sujeto; como él, había veinte más con los que lidiaba más seguido de lo que deseaba.

—No tienes idea de cómo están las cosas aquí. No se sabe en quién confiar. Si me van a descubrir, más vale que tenga mi futuro asegurado de alguna manera, ¿no crees?

Northwood chasqueó su lengua. Típico pensamiento de cobardes que no miraban más allá de sus narices. Si Barnet fuera más inteligente y menos tacaño, no tendría de qué preocuparse.

De mala gana, tomó sus billetes y sacó una bolsa de monedas. Meticuloso, las fue dejando una a una sobre la mesa, apilándolas hasta llegar a la suma de diez libras.

Tendría que buscar a otro miserable de aduana que fuera menos quisquilloso y cobarde. Barnet se estaba empezando a poner ambicioso.

Northwood se levantó y dijo:

—Ha sido un placer.

Barnet no respondió. Solo se limitó a tomar las monedas y guardarlas en sus bolsillos.

«Malagradecido», rumió la mente de Northwood y salió de la oficina para supervisar el almacenamiento de las cajas en la bodega y esperar a sus compradores.

Pese a que era de noche, la actividad no cesaba en el puerto; barcos que atracaban, otros que partían, las tabernas que atendían a marineros hambrientos y sedientos, obreros transportando las

cargas en carretas de un lugar a otro. Tanto el día como la noche eran momentos propicios para hacer negocios y pasar desapercibido.

Un escalofrío le recorrió la espalda, no sabía si se debía a la brisa del Thames o a un mal presentimiento. Miró a su alrededor, nadie parecía reparar en él.

Una ráfaga de viento avivó las cenizas de su cigarro… Northwood se rio de sí mismo. Sí, era el maldito viento.

Llegó a la bodega, recogió un papel sucio del suelo y con su cigarro le prendió fuego para encender la lámpara de aceite que colgaba a la entrada.

Abrió el candado del portón de la bodega, el cual chirrió al abrirla y esperó a que trajeran las tres cajas llenas de opio. Langthorne se aseguró con un solo comprador que tenía el monopolio de las casas de fumadores y la distribución en el mercado negro.

Consultó la hora en su reloj de bolsillo, los chinos deberían llegar en unos treinta minutos, quizás más. Lo mejor era deshacerse pronto del opio.

Al cabo de veinte minutos, las cajas ya estaban en la bodega. Los marineros del Fortune las abrieron con una palanca de hierro y el aroma dulzón e intenso llegó a sus fosas nasales, lo cual indicaba su calidad y pureza. Northwood tomó una de las bolas resinosas y marrones, y se le pegó a los dedos. Pese a que tardaron medio año en llegar estaban en perfectas condiciones para ser comercializadas por el precio que negoció. Incluso pudo haber pedido más dinero, pero eso ya era codicia.

Calculó que bastarían con unos cuantos embarques más para poder vivir tranquilo el resto de sus días. Gracias a su inesperada herencia tendría otra entrada adicional de dinero.

Sí, la vida le sonreía una vez más. Dejó la bola de opio en la caja.

Les dio una generosa propina a los marineros, quienes permanecieron con él como guardaespaldas. Su trabajo terminaría cuando los compradores se fueran con la mercancía.

Todo estaba saliendo según lo planeado. En cuanto le dieron el aviso de la llegada del Fortune, él hizo lo propio para estar

desocupado antes de la medianoche y celebrar.

Tan solo la expectativa lo excitó.

Dio una última calada al cigarro, lo botó y lo pisó.

Quince minutos transcurrieron, y el sonido de unas carretas tiradas por caballos anunció que ya llegaban los chinos. Northwood no recordaba sus nombres, tan complicados de escribir como de mencionar, que era una pérdida de tiempo memorizarlos. Para él solo eran el viejo, el joven y el montón de dinero que traían.

Northwood sintió que la anticipación le recorría el cuerpo, traduciéndose en latidos acelerados y nervios crispados, que le provocaban esa adictiva sensación de estar listo para correr, o asestar una estocada en cualquier momento.

Por pura costumbre acarició el mango del puñal que se ocultaba en su abrigo. Sí, eso aplacaba su ansiedad.

Los chinos abrieron la puerta, eran escoltados por veinte hombres más. Northwood pensó que si no fuera porque los conocía de antes, no sabría cómo distinguirlos.

Les sonrió, orgulloso, al notar que el viejo y el joven ya percibían en el aire el aroma de un opio de excelsa calidad. No pudieron ocultar la satisfacción que les otorgaba un trato más que beneficioso.

El viejo se adelantó y le estrechó la mano con firmeza. Northwood dijo a modo de saludo:

—Te dije que era de calidad superior.

—Ya lo veremos.

El viejo le soltó la mano, tomó una de las bolas y la evaluó a consciencia. Se la ofreció al joven y tomó otra bola de una caja diferente. Durante diez minutos inspeccionaron bolas que sacaron al azar, a distintas profundidades de las cajas. Incluso vaciaron una y pusieron su contenido en sacos para corroborar que hasta la última fuera de la misma calidad.

Northwood no temió, si de algo se podía jactar era de que no vendía basura a precio de oro.

El viejo y el joven hablaron en mandarín. Asintieron y el joven chasqueó los dedos a uno de los hombres que los escoltaban. En poco tiempo, todos estaban vaciando las cajas, llenando sacos y

pesando. Anotaban, sumaban y amontonaban a una velocidad y eficiencia envidiables. Northwood arqueó una ceja al ver esa impecable muestra de trabajo en equipo. Debería haber, al menos, cincuenta libras de opio en cada caja.

Aquella estimación fue confirmada cuando trajeron diez bolsas llenas de monedas. Las pesaron frente a él para que el cálculo fuera más rápido.

El viejo le dio una de las bolsas a Northwood y dijo:

—El pago por ciento cincuenta libras de té.

Sentir el peso de esa bolsa le arrancó una sonrisa altiva a Northwood. Había ganado diez mil quinientas libras en tan solo unas cuantas horas, que eran el resultado de meses de trabajo.

Sí, seis embarques más y tendría el doble de lo que pudo haber heredado… Ah, las vueltas de la vida. Su padre lo maldijo y lo expulsó con lo puesto, ahora tenía más de lo que pudo haber imaginado el viejo.

Y de súbito, el sonido del portón que se abría con brusquedad lo sacó de su fugaz ensoñación. Hombres uniformados… ¿Policías? No, ellos no solían meterse con él, no a esa escala. Quizás solo era un control rutinario…

Y vio las armas alzándose y apuntándolos a todos… Voces autoritarias y furiosas rugieron:

—¡¡Qué nadie se mueva!! ¡¡Policía portuaria!! ¡¡Arriba las manos!!

Un mar de policías los rodeó amenazándolos con pistolas y rifles. Northwood no se atrevió a mover ni un músculo… No obstante, la escolta del viejo y el joven también estaban armados, y no tardaron en disparar a los policías para abrirle paso a sus amos y que escaparan.

El olor a pólvora y el estruendo de los disparos llenaron el lugar, y el caos se desató. Northwood aprovechó esa instancia para huir…

Escudriñó en todas direcciones y se fundió en el refugio que le otorgaba un rincón oscuro de la bodega. Retrocedió sin dejar de observar aquel desastre.

Pero fue un error.

Sintió el cañón de un arma en su espalda, le golpearon la sien y, en cuestión de segundos, ya estaba en el suelo, esposado.

En su mejilla sintió la humedad y la dureza de la madera. Al inspirar, el polvo se le metía a sus fosas nasales y no podía respirar con libertad. Intentó levantarse, pero el peso de una bota lo clavó al suelo. Una voz lejana e iracunda le ordenaba:

—¡¡No te muevas, cerdo infeliz!!

Northwood cerró los ojos. Sabía que si intentaba levantar la cabeza, sería su condenación, por lo que solo obedeció, y su mente aturdida se centró en recuperarse para poder evaluar sus opciones.

Disparos, gritos en inglés y mandarín, pólvora… el metálico y fatídico olor de la sangre mezclándose con el opio.

El ruidoso y violento caos pronto se convirtió en un escalofriante silencio.

Northwood se atrevió a mirar y se encontró con el rostro del joven, parecía atravesarlo con sus ojos rasgados, mas no respiraba.

—Tomen a ese infeliz y súbanlo al carruaje… —ordenó una voz más sosegada pero autoritaria.

Cuando Northwood se levantó, se encontró con la perturbadora escena de muerte y sangre. Ni uno salió con vida de esa redada.

No sabía si sentirse afortunado o no…

—Muévete, Drake…

Al escuchar esa voz ronca, no opuso resistencia. Mantuvo su expresión insondable y no soltó ni una sola palabra. Se dejó conducir, manso como un cordero que lo llevan al matadero, pero no resignado.

Al salir de la bodega, se encontró con un panorama casi tan impactante como el que acababa de abandonar. Cuerpos desperdigados en el suelo, hombres de rodillas y esposados. Clayton y Barnet se encontraban en ese último grupo.

—¡A ese súbanlo solo al carruaje pequeño, no quiero encontrármelo muerto!

Northwood subió junto con el policía que lo escoltaba.

El carruaje se movió lento… Las pulsaciones de Northwood se dispararon y un calor sofocante incendió todo su cuerpo.

Los segundos se hicieron eternos en esa caja oscura y

maloliente. Cada vaivén, cada crujido parecía ser un clavo más cerrando su ataúd. No sabía qué le dolía más, la cabeza o la incertidumbre que se lo comía vivo.

El policía lanzó una risita burlona y dijo:

—No alcancé a avisarte sobre la redada, pero agradece que soy tu maldita escolta. —Esa voz la conocía, era uno de los tantos policías del puerto a los que les pagaba para que hicieran la vista gorda y no se metieran en sus asuntos. Northwood jamás había sentido tanto alivio en su vida. Cada penique que gastó en ellos valía la pena en ese momento—. Date la vuelta para soltarte.

Las esposas cayeron pesadas al suelo, y para Northwood fue como escuchar el sonido de la libertad.

Se giró otra vez. Sacó de sus bolsillos un billete bancario por dos libras y se lo dio. El policía lo tomó sin dilación y le dijo:

—Ahora, no puedes llegar y escapar. Debe parecer una fuga… —Chasqueó su lengua—. ¿En serio esos ineptos no te registraron? —Sacó la daga que aún estaba en el abrigo de Northwood. Lo miró a los ojos y se la enterró a sí mismo en el muslo. Apretó la mandíbula para soportar el dolor y susurró—: Vete… Así creerán que me atacaste.

Northwood abrió la puerta con sigilo, el carruaje se movía lento y aún no salía de los confines del puerto, pero se había alejado lo suficiente de la redada.

Saltó y se dejó caer sobre unos sacos de basura. Un dolor agudo se precipitó en sus tobillos y, al mismo tiempo, un ardor le atravesó la palma de su mano derecha. Un corte profundo.

Las sienes le palpitaban, sacó un pañuelo y se vendó la mano, se ayudó con los dientes para atarlo fuerte y frenar la hemorragia.

Y esperó… No quiso moverse, se sentía observado pese a que no había un alma en ese lugar.

Solo se escuchaba el sonido de la actividad portuaria y uno que otro disparo…

Después de un rato en que nada sucedió, se convenció de que nadie lo seguía.

Salió de su escondite, quejándose de dolor. Subió las solapas de su abrigo y, encorvado, enfiló sus renqueantes pasos hacia la

ciudad.

Si tenía que verle el lado positivo, nadie repararía en él, un hombre jorobado, apestoso y cojo. Su accidente le dio un inesperado disfraz.

Cuando llegó a la calle principal, esperó que pasaran unos carruajes para poder cruzar. La voz de un hombre le dijo:

—Amigo, ¿tiene una moneda? —Northwood frunció el ceño, la voz era familiar, mas la ignoró. El silencio fue su respuesta—. Vamos, no seas tacaño, esa ropa es demasiado fina para ser la de un mendigo…

Un inesperado golpe en la nuca hizo que viera todo blanco por medio segundo. Desorientado, enterró sus rodillas en el duro pavimento.

Levantó la cabeza… Todo giraba sin parar, pero pudo notar que no venía ningún carruaje… Quizás aún podía escapar si se ponía de pie…

Entonces, lo vio…

No era un hombre sino dos. Welsh. Dutton.

Ese par de ojos destilaban odio, el mismo odio que percibía en sus antiguas miradas inocentes de hacía más de veinte años. Ahora eran hombres, el pasado convirtiéndose en un muro infranqueable.

Dutton… Welsh…

No hubo ni una sola palabra.

Otro golpe en la sien que se sintió como un crujido sordo, más fuerte, más duro que el anterior. Su mirada se nubló y su mundo tambaleó, sumergiéndolo en la más absoluta oscuridad…

Y lo último que pensó fue que no tenía escapatoria.

Capítulo 22

No supo cuánto tiempo pasó. Todo era confuso y no se podía mover con libertad. Estaba acostado sobre algo duro.

No escuchaba ningún sonido claro, era como estar bajo el agua… Una extraña mezcla disonante de susurros de todo tipo que penetraba en sus oídos; voces, el frufrú de la ropa, el crepitar de un fuego… Sí, podía percibir el calor y la luz y un leve olor a carne quemada. Ese lugar no estaba a oscuras.

Intentó abrir los ojos, pero sus párpados se le antojaban demasiado pesados como para realizar esa simple tarea.

Y de súbito, un dolor sordo, desesperante… Sentía que la cabeza le estallaría en cualquier momento, era como si su cráneo fuera demasiado pequeño para su cerebro.

Siseó y fue consciente del sabor metálico de la sangre… y otro, más amargo, alcohólico y especiado. Tenía la boca seca y apenas podía abrirla, la piel de sus labios estaban resquebrajados, se lamió y su saliva era espesa.

La voz grave y baja de Welsh resonó en su cabeza como si le hubiera gritado.

—Está despertando…

—Al menos no se murió… Hubiera sido decepcionante.

Esa voz no la conocía, pero tenía algo familiar…

Y recordó la mirada de Dutton antes de quedar inconsciente.

Estaba a su merced… ¿Por qué no podía moverse? El cuerpo le pesaba, ningún miembro obedecía a su voluntad.

No pudo abrir los ojos. No fue capaz.

Edward, al observar a Northwood tendido a medio morir en esa mesa, se sintió extraño. No le pareció tan enorme como lo recordaba… Más viejo, sí, y más robusto… pero ya no era ese ser inmenso, fuerte y omnipotente de sus años en el internado.

No era invencible. Era tan frágil como cualquier otro ser humano. Lo había comprobado de una forma indiscutible y todavía no se convencía del todo.

Era tan solo un hombre… Uno que ya no tenía ninguna clase de poder sobre él.

Edward se levantó y le dio unas bofetadas de ida y vuelta, las que resonaron en la estancia. Northwood sintió su piel arder y de inmediato su cabeza protestó como si le hubiera dado con un mazo que sacudió sus sesos.

—No te mueras… Estamos recién empezando. Abre tus malditos ojos. —Miró de soslayo a Hywel—. Le diste mucho láudano.

—Sí, pero así no despertó cuando estábamos en la mitad de la operación.

¿Operación? Aquella palabra desconcertó y aterrorizó a Northwood en partes iguales. Un hormigueo en los dedos le señaló que ya sentía algo más… Debía hallar una forma de huir.

Por fin pudo abrir los ojos… Todo se veía borroso, pero logró distinguir la silueta de Dutton que se acercaba a él y empuñó su cabello.

—¿Qué se siente no poder moverse, no tener voluntad, Northwood? Es desesperante, ¿cierto? En un rato más serás capaz de sentir las piernas y los brazos, pero no podrás moverlos como quisieras, estás atado y ni siquiera Dios podrá liberarte… Ya sabes cómo son los nudos que puede hacer un marinero.

Northwood parpadeó lento. Su lengua se sentía gorda y torpe. Apenas pudo decir:

—¿Qué quieres de mí?

Edward soltó su cabello, azotando su cabeza en el proceso. Tomó una silla y se sentó a horcajadas. Su tono de voz era monocorde, indolente.

—Lo único que quiero es que sufras todo el tiempo que te queda de vida… Solo por eso no te matamos a patadas. No, eso sería demasiado piadoso, demasiado rápido ¿cierto, Hywel?

—Sí, debo reconocer que tu plan es más satisfactorio. Yo quería degollarte y que vieras tu sangre abandonando tu cuerpo. Pero esa tortura duraría solo tres minutos. En tan poco tiempo no saldas lo que nos hiciste pasar todos esos años.

Edward sacó un cuchillo curvo y pequeño y lo exhibió.

—A mí me encantan las antigüedades, pero esta no es de la India, es china, su cultura también es fascinante… Este cuchillo que tengo aquí lo usaban para hacer una cirugía muy particular, su filo

puede cortar la piel sin esfuerzo alguno, deslizándose como si fuera mantequilla. Pareciera que fue forjado por los mismos dioses… —Hywel soltó una risita siniestra—. Yo no soy médico, pero durante muchos años fantaseé con ser uno para un solo fin específico y nada loable. No, no quería salvar una vida, sino arruinar la tuya. Tengo ciertos conocimientos anatómicos y acceso a libros únicos y con ilustraciones muy precisas… Soy muy aplicado cuando hay algo que me interesa.

Northwood abrió sus ojos, con narcotizado horror. ¿Acaso lo iban a desollar vivo? Sintió un dolor extraño en el vientre, su cuerpo estaba adormecido, pero había destellos de estar recuperando su voluntad, ese era el costo de sentir algo más que sus dedos.

Hywel se acercó y le susurró al oído:

—No sé qué gracia le encontrabas a las asquerosidades que nos hacías, pero sí debo reconocer que me vi tentado a devolvértelas… —Arrugó su nariz y fingió un escalofrío—. No, es demasiado asqueroso, no eres mi tipo. No me excitan los hombres y menos uno tan repulsivo como tú. Gracias a Dios no me arruinaste del todo y puedo disfrutar de una mujer sin acordarme de ti… De verdad, no sé cómo no te pueden gustar, son lo más hermoso de la Tierra, una verdadera bendición… En fin, estoy divagando. Creo que ahora estoy un poquito conforme.

Edward asintió y añadió:

—Me hubiera encantado escuchar tus alaridos de dolor… que pidieras misericordia, que nos rogaras terminar con tu vida. Pero hubiéramos llamado demasiado la atención de los policías. Todavía hay unos cuantos merodeando en el puerto. Yo no soy el que debe ir a la cárcel, sino tú… —Edward ya no quería estar ahí y respirar el mismo aire que Northwood—. Como sea. Hywel, vuelve a darle láudano, pero no tanto esta vez…

Hywel sonrió, sacó un frasquito de su bolsillo y lo destapó con un hábil movimiento de su pulgar. Edward le inmovilizó la cabeza, mientras su amigo obligaba a Northwood a abrir la boca mientras decía:

—Di: «Aaaaaaaaaah».

El líquido fue directo a la garganta de Northwood, quien no

tuvo más remedio que tragar. En todo caso, prefería dormir que seguir viéndole la cara a esos dos… Cuando saliera de ahí, ya buscaría la forma de vengarse. En algún momento sería libre. No podía estar atado de por vida. Aunque tuviera que arrastrarse, vería la forma de escapar… A la primera que buscaría sería a la prometida de Dutton. Tan solo esa idea le hizo sentir que solo por esa vez, disfrutaría de una mujer, solo por el placer de arruinarla para ese arrogante chiquillo.

Edward lo miró fijo. Volvió a mostrarle el cuchillo.

—Ahora que te volverás a dormir, te voy a contar la pequeña travesura que hemos hecho para devolverte el favor… Para tu desgracia, debo decir que conozco demasiado bien ciertas partes de tu repugnante cuerpo, y eso me facilitó la tarea… Cuando se termine el efecto del láudano, te darás cuenta de que te falta una minúscula parte que aprecias mucho. —Hywel salió de su campo visual y luego apareció exhibiendo un frasco de vidrio. En su interior flotaba algo que Northwood no pudo identificar. Edward se permitió lanzar una risa floja y dijo—: Toda la vida has llevado colgando esa asquerosidad y no la reconoces. Nunca más volverás a dañar a un niño y me encargaré de que en la cárcel te conviertas en la perra de alguien.

Y en ese preciso momento, Northwood notó que estaba desnudo de la cintura para abajo. Intentó tocar su entrepierna, pero las sogas que lo ataban no le permitían moverse. Hywel le tapó la boca con un trapo sucio y dijo:

—Y cuando te duermas, te cortaremos la lengua y te quebraremos los dedos. No podrás hablar, no podrás escribir hasta que te enjuicien y te manden a Newgate o una colonia.

Northwood gritó, pero fue inútil; el trapo y la mano de Hywel que presionaba su boca se lo impidió.

Sus fosas nasales se dilataron intentando inhalar todo el aire posible. Los latidos de su corazón fueron tan rápidos que sentía que en cualquier momento iba a estallar.

El dolor estaba ahí, pulsante, agudo y, a la vez, diluido en el láudano que, poco a poco, empezaba a hacer efecto.

Edward, indolente a la desesperación de Northwood, añadió:

—Nosotros solo íbamos a mirar cómo caías en la redada, pero mi cuñado nos previno de la corrupción que hay en la policía, y no se equivocó. Sabíamos que ibas a escapar en algún momento, así que lo preparamos todo, bastó con seguirte de cerca… —Ladeó la cabeza y su mirada se perdió en un punto indeterminado. Su mandíbula se tensó por un instante antes de continuar—: Ahora entiendo por qué John se convirtió en un monstruo igual que tú. Por más que intenté que me tomaras en vez de a mi hermano o a Hywel, siempre te las arreglabas para abusar de ellos. Lo dañaste tanto que fue irreversible. Quizás el odio que él sentía lo dirigió de otra forma hacia nuestra madre, que nunca hizo nada por nosotros… Tal vez, por eso mataba jovencitas que le recordaban a ella… Después de tanto tiempo tengo al menos una respuesta coherente… y un culpable.

Edward se levantó y consultó la hora en su reloj de bolsillo. Eran las tres de la madrugada. Hywel dejó el frasco al lado de la cabeza de Northwood y dijo:

—Dile adiós a tu pija y a tus bolas. Las arrojaremos al Thames para que se lo coman los peces junto con tu lengua.

Edward lo miró. La única emoción que dejó entrever fue la satisfacción que se evidenció en una imperceptible sonrisa.

—Nos aseguraremos de que solo te queden los recuerdos, y ni siquiera serán felices.

Northwood lanzó un largo alarido ahogado… No, eso no podía estar sucediendo. Debía ser una pesadilla...

Sí, eso era…

Pero todo se sentía tan real. Los rostros distorsionados de Dutton y Welsh lo observaban con inmutable indiferencia.

Jamás había sentido tanto terror…

No, no podía ser cierto…

Pero sí lo era. Eso que flotaba en el frasco era real, el olor de su propia carne cauterizada fue más intenso…

Sintió ese punzante vacío en su cuerpo, esa ausencia irreparable.

Irreversible.

Ya no era un hombre, ni siquiera una bestia.

Era nada.

En medio de esa vorágine, un sudor frío recorrió todo su ser y el sopor narcótico comenzó a arrastrarlo de nuevo en la oscuridad…

Se cansó de gritar… La fuerza lo abandonaba… El aire le faltaba.

La vida se le escapaba…

*****

Los primeros rayos del sol iluminaron la habitación de Edward. Emily despertó de su ligero sueño y estiró su mano y, al encontrar su lado vacío de la cama, constató que él todavía no llegaba.

Lo esperó despierta toda la noche, pero el cansancio ganó la batalla cuando ya eran alrededor de las cuatro de la madrugada. Estaba segura de que Edward se encontraba bien, de lo contrario ya se habría enterado, Horatio no hubiera permitido que ella quedara en la ignorancia.

Sí, él estaba bien… Se sentó y abrazó sus piernas.

Soltó un suspiro entrecortado, era difícil mantenerse pragmática y serena cuando había demasiado silencio y luz. Llenaban la habitación con desesperación.

Cerró sus ojos, apoyó su cabeza en sus rodillas y se dijo:

—Todo va a estar bien, Emily. Edward llegará de un momento a otro, a veces hay imprevistos tontos… —«Y otros trágicos», lanzó esa parte oscura de su mente que emergía de tanto en tanto y que acicateaba sus temores.

Inspiró profundo y exhaló… Le rogó a Dios que le devolviera a su prometido sano y salvo…

¿Escuchó unos pasos? Levantó la cabeza y aguzó el oído.

Y la puerta se abrió.

Emily miró en esa dirección y se levantó de inmediato.

—¡¡Edward!! —Y su corazón estalló de un indescriptible alivio.

Se colgó de su cuello y lo besó. Él parecía estar sediento de ella y penetró su boca con frenesí, al tiempo que la abrazaba fuerte, como si quisiera fundirla con su cuerpo.

Emily dejó que él hiciera lo que deseara, lo siguió con el mismo

ardor y angustia. Sus lenguas se entrelazaron, saboreando la fatiga del otro. Su hombre olía a cansancio, sudor, cuero y polvo.

La pasión y desesperación pronto se convirtió en ternura y calma. Él regó cálidos besos en el rostro, en su nariz, en su frente y en su cuello, y ahí se quedó… La apretó más fuerte todavía…

Emily escuchó un ahogado sollozo. El cuerpo de Edward se vio sacudido por una leve y rítmica convulsión.

Acarició el cabello largo de su prometido. No quiso decir nada, prefirió que él se desahogara a sus anchas… Y aunque hubiera querido consolarlo con sus palabras, el nudo que ataba su garganta se lo impedía.

—Todo terminó… —A sus oídos llegó la voz estrangulada de Edward—. Se acabó.

Emily cerró los ojos y suspiró. Aquellas crípticas palabras decían tanto, marcaban un fin definitivo… Dividían una vida en dos. Carraspeó y en un susurro respondió:

—Me alegro mucho, querido… ¿Él murió? —Edward negó con un leve gesto de cabeza—. ¿Está encarcelado?

—Sí… Está sufriendo un destino peor que la muerte… —Se irguió para mirar los ojos de Emily—. No soy un buen hombre… me vengué… hice algo horrible… —Inspiró hondo. Prometió siempre decir la verdad, confiar en la mujer que tenía entre sus brazos, aunque eso pudiera costarle todo—. Lo castré, le corté la lengua, quebré sus huesos… Está vivo, encerrado en una celda… Le estoy pagando a un médico para que lo mantenga en este maldito mundo y viva su miseria.

Emily tragó saliva… Una oleada de frío y calor lamió su espalda. No por miedo a los extremos a los que podía llegar Edward, sino por la más absoluta certeza de que él había avanzado hasta el final. Sin titubeos. Sin retroceder. Sin piedad. A sangre fría. Enmarcó el rostro de su prometido y aseguró:

—Hiciste exactamente lo que se merecía… En tu lugar hubiera hecho lo mismo, hay pecadores que no merecen piedad, ni siquiera la de Dios, y nosotros no somos Dios… Quizás cuántos sufrieron por su causa, porque estoy segura de que ustedes no fueron los únicos…

—Nunca más volverá a hacerlo.

—Nunca más, querido. No te vengaste, hiciste justicia… él te convirtió en su *karma*… La consecuencia de sus propios actos y de su depravación. ¿Quién más iba a hacerlo? No hay condena en este mundo que hubiera podido saldar esa deuda, ni el encierro, ni los trabajos forzados… Nada habría sido suficiente. Nada… —Posó la mano en el pecho de su prometido, como si quisiera llegar a ese niño que quedó encerrado, acariciarlo, consolarlo… decirle que ya podía salir a la luz sin miedo.

Edward había enfrentado su pasado, rodeado de sangre y recuerdos, pero ahí, en esa habitación iluminada por la luz del alba, todo era vida. Emily era calor, era ternura… era su paz.

Sintió un profundo alivio, mas no completo. Sí, había hecho justicia, pero aun así el sabor que le dejó en la boca no era del todo dulce.

—Perdóname, mi diosa. Siento que ya no soy digno de ti.

—No hay nada que perdonar, todos tenemos nuestra luz y oscuridad, y prefiero ser consciente de ello a que me lo ocultes… No quiero que seas tan duro contigo mismo, no hay hombre más digno de mí que tú… Y serás mi esposo, el padre de mis hijos, el que me quitará el mareo en altamar con cientos de naranjas. —Edward no pudo evitar sonreír ante esa imagen en su mente—. Eres el hombre que me mostrará el mundo entero. No puedo pedir más… Has vuelto a mí, estás condenado a regresar a mí. Siempre. Es una orden de tu diosa.

—Y de mi suegro.

—Sí… Tienes una enorme familia que ha ocupado todas las habitaciones de la mansión… De hecho, mis padres saben que estoy aquí, esperándote… Este es mi lugar.

Edward la abrazó y le besó el cuello, reverente. Aspiró el leve aroma a rosas frescas. Sintió el pulso de Emily sobre sus labios. Sus corazones eran un solo latido.

Sí, ella era el pulso de sus venas. Su diosa, su hogar.

—Te amo… tanto, Emily.

—Y yo a ti… Nunca imaginé que podría amarte de esta manera. —Rio—. A veces pensaba que mi familia exageraba sobre el amor, solo para mentirme a mí misma… Para que no doliera tanto ser una

solterona que era demasiado extravagante para el sexo opuesto… No ser capaz de inspirar amor…

Y Edward atesoró ese frágil momento, le permitía recordar que no solo él tenía heridas, sino también la mujer que amaba. Y todas, grandes o pequeñas, dolían. Eran valiosas, el recuerdo de haber sobrevivido… y que, tarde o temprano, podían sanar.

—Bueno, querida. Estamos trabajando arduamente para que dejes de serlo… ¿Acaso una solterona duerme con un hombre? —Bostezó, el cansancio se derramó sobre su cuerpo como una indómita cascada.

Emily también bostezó. Nunca imaginó que la espera podía ser tan extenuante.

—Oh, eso suena maravilloso.

—Es la primera vez que tengo a una diosa en la cama… solo durmiendo. Soy un mortal con demasiada suerte.

—Vamos, querido mío. Ahora sí podremos descansar.

Y cuando Edward alineó su cuerpo al de Emily, quien le daba la espalda, solo cerró los ojos.

Los recuerdos de esa noche se disiparon con el calor compartido, y solo quedó la certeza de que ya estaba viviendo el resto de sus días en la más absoluta paz. Abrazó a su diosa, y por fin pudo decir:

—He vuelto a casa.

Capítulo 23

—Jonah Peter Northwood, por los delitos de tráfico de opio, contrabando, evasión de impuestos, soborno y corrupción a funcionarios públicos, asociación ilícita, conspiración criminal, intento de fuga y resistencia a la autoridad, es condenado a cadena perpetua en la prisión de Newgate… —El juez miró a ese pobre y triste miserable sujeto. Quizás qué otras cosas hizo para que fuera ajusticiado antes de ser entregado a las autoridades. Nadie castraba, quebraba huesos y cortaba lenguas porque sí—. Se levanta la sesión. Caso cerrado.

Northwood se encontraba de pie, con la vista perdida. El juicio había durado tan solo unas horas, algo normal en el sistema judicial inglés. Se presentó un verdadero desfile de testigos que fueron sepultando su libertad con cada uno de sus testimonios.

La auditora y perito contable que descubrió el delito y resultó ser la prometida de Dutton.

Un detective privado que señaló a cada policía corrupto y al agente de aduana, además de dar su propio testimonio sobre sus investigaciones.

El inspector de la policía portuaria que llevó a cabo la redada.

Otras caras que no recordaba, otras voces que nunca escuchó.

Cada uno de ellos fue una palada de tierra a su sepultura.

Esta vez no tenía escapatoria. Ningún abogado quiso tomar su caso, sus antiguos socios, conocidos o amigos le dieron la espalda. Era como si de pronto se hubiera convertido en un fantasma de carne y hueso. No podía hablar, ni siquiera era capaz de escribir su defensa, con suerte lograba mantenerse en pie. El médico le suministraba calmantes, lo suficiente para mantenerlo adormecido y que sus heridas sanaran…

Ni siquiera se habían infectado… dijo que la cauterización fue impecable.

Dos guardias lo guiaron a través de la sala para llevarlo a ese oscuro pasillo que conectaba el tribunal con Newgate… Y mientras esperaban que abrieran la puerta que daba acceso a la cárcel, uno

de los guardias le susurró al oído:

—Eddie te manda saludos… Tu compañero de celda te dará tu merecida bienvenida. —Un sonido acuoso llamó la atención del guardia. Soltó una risita burlona—. Vaya pedazo de cobarde que eres, te has meado del miedo…

*****

Alec notó que Emily y su esposo al fin se alejaban de un grupo de familiares que los felicitaban. Besó la mano de la mujer que lo acompañaba y le dijo:

—Vamos, Catalina, ahora puedo presentarte a mi prima.

La mujer asintió con una sonrisa y se dejó conducir.

La pareja se acercó a los recién casados, quienes ya iban a su encuentro. Parecían haber salido de alguna clase de ilustración de un libro indio. Edward lucía de color crudo, con pantalones holgados y túnica, decorados con bordados y aplicaciones doradas. Un fastuoso turbante de seda coronaba su cabeza. Joyas de oro con piedras preciosas ornamentaban cada una de sus prendas. Además, honró la tradición familiar de los Montgomery; en su dedo anular izquierdo lucía una brillante alianza de oro, símbolo de su unión, tal como su mujer.

Emily también era una novia muy singular, vestía un *mekela sador,* un atuendo tradicional de la región de Assam, que en su parte baja era similar a una falda larga y que seguía las formas naturales de la novia, en conjunto con un chal extenso y ancho que envolvía el cuerpo por sobre el hombro. Ambas prendas estaban decoradas con bordados de flores doradas en la seda roja. Su cuello, muñecas, dedos, nariz y cabellos estaban adornados por toda clase de joyas de oro y piedras preciosas provenientes de la colección de Edward, tan exquisitas y antiguas que podría decirse que ella era un verdadero tesoro.

Alec se separó de Catalina y tomó las manos de Emily solo para decirle:

—Te dije que tuvieras cuidado con Dutton. Es más viejo y mañoso. ¿Ves? Te engatusó y terminaste casada con él. Felicidades,

prima… —Le guiñó y le besó la mejilla. Luego estrechó la mano de Edward, a quien nadie le borraba la sonrisa—. Bienvenido a la familia, hombre. Un valiente, sin duda alguna.

Edward rio, todos los primos y hermanos de su esposa la catalogaban como una mujer de temer… Bueno, sí lo era, pero él tenía el privilegio de gozar de su ternura, calidez y comprensión.

Soltó la mano de Alec y replicó:

—No soy valiente, solo soy un hombre que adora a su mujer.

Alec asintió.

—Bien dicho. —Puso su mano en la espalda baja de la dama que lo acompañaba y dijo—. Emily, Edward, al fin tengo el placer de presentarles a mi prometida, la señorita Catalina del Carmen Adams Riquelme.

Emily sonrió con amplitud. Sin duda la tradición del ramo de novia no fallaba en su familia e incluso funcionaba cuando compartían las flores. Alec también iba a contraer el sagrado vínculo. Abrazó con familiaridad a Catalina y dijo:

—Al fin puedo conocerte, querida. —Miró de soslayo a Alec y repuso—: Gracias por convertir en un cachorro a este viejo mañoso y gruñón.

Catalina rio, era cierto. Alec siempre destacaba por su aspecto serio y su tono de voz que solo espantaba a la gente.

—Ha sido un placer llevar a cabo esa tarea. —Se separaron de su abrazo. Edward le brindó una regia inclinación—. Felicidades, señor Dutton, será una lástima que se pierdan nuestra boda.

—Sí, será una lástima pero tenemos muchos asuntos que resolver en India. Les enviaremos un regalo de bodas en cuanto lleguemos. —Y no era solo una cortesía, si fuera por él se hubiera quedado más tiempo en Inglaterra—. Le propongo que dejemos las formalidades de lado, somos familia después de todo, ¿no le parece?

—Claro… Edward, tengo entendido que partirán después de la fiesta.

—Así es, hubiéramos querido esperar a la primavera, pero es imperativo irnos lo más pronto posible. Mataremos dos pájaros de un tiro; será nuestra luna de miel y nos tocará trabajar en reestructurar la Assam Tea Company. Debemos cambiar los

procedimientos de embarque en Calcuta y contratar tripulaciones completas para nuestros barcos.

Alec arqueó una ceja con una expresión socarrona.

—¿Negocios y placer?

Edward asintió:

—Siempre es una buena combinación cuando Emily entra en la ecuación.

Alec rio y satirizó:

—Ay, qué ternura, si hasta habla con lenguaje matemático, igual que su mujer… —Miró de reojo a Catalina, su historia de amor también tenía esa inmejorable combinación, y añadió, cómplice—: Sin duda, no hay nada mejor que mezclar los negocios y el placer, ¿cierto, Catrala?

—Así es, querido… Emily, ¿y cuánto tiempo permanecerán en la India?

—Dos años, dos años y medio, tal vez. Todo dependerá de cuánto tardemos en reestructurar la empresa, de si concebimos un hijo o de si no me recupero del mareo monumental que me espera en ese barco.

Alec rio y le pellizcó con cariño la mejilla a su prima.

—Te acostumbrarás, duendecillo. Nunca has estado más de una hora en un bote.

Emily tensó una sonrisa. Sí, esperaba acostumbrarse… Edward le llevaría un cargamento de naranjas. También comprobó en uno de sus paseos familiares en el Nirvana que sus dulces de menta le ayudaban a mejorar sus síntomas.

—Ojalá así sea.

—Suerte, duendecillo. Bien, los dejamos para no monopolizarlos, todavía hay que cumplir ciertos rituales… —Les guiñó un ojo y se alejó con su prometida.

Edward besó la coronilla de Emily y dijo:

—Ya nos casamos, escuchamos los discursos, bailamos vals, comimos, conversamos con la familia, has reunido a las damas y contaste nuestra historia de amor… ¿Omitiste los detalles lujuriosos? —La falsa sonrisa de Emily lo dijo todo—. Cielo santo, mujer…

—No tantos detalles, pero quedaste como un campeón. Todas

desean ver tus esculturas algún día… con fines académicos, por supuesto. Deberías estar habituado a ello, Edward. Siempre queremos tener más conocimiento.

—Habituado no, pero ya no me sorprende que quieras saber y probar todo.

Los ojos de Emily se iluminaron con malicia.

Y justo en ese momento apareció Hywel.

—Hasta que los pillo sin tantas personas a su alrededor, *¡Iesu Grist!* Qué numerosos son, menos mal que no tienen la odiosa costumbre de repetir los nombres… En fin… Me acaba de llegar un mensaje desde el Fortune y me han confirmado que todo está preparado, cuando ustedes quieran pueden partir.

Emily no sabía si reír o llorar. Edward le besó los nudillos y aseguró:

—Ya verás que no es tan terrible. —Miró a Hywel con cierta extrañeza—. ¿Y Gwen?

—Oh, la ovejita negra se la llevó junto con las otras ovejitas… —Ladeó su cabeza y le dijo a Emily—: Al parecer las famosas Damas del Diablo son todas unas ovejitas descarriadas, van a ser una terrible influencia para mi hermana… Y me encanta.

Hywel pensaba que aquello iba a ser una gran ayuda para Gwendolyne. Él se iba a quedar en Inglaterra por dos motivos: el primero, para gestionar en destino la Assam Tea Company; y el segundo, para ayudar a su hermana a manejar su nueva fortuna e impedir que su padre metiera sus narices donde no debía. Residirían en la mansión de Edward.

Emily rio por el comentario de Hywel y le respondió:

—Ellas apoyarán a Gwendolyne en todo lo que se proponga… y también las Grandes Damas.

—Oh, ellas son increíbles. Hermosas, elegantes, cultas, con maravillosas personalidades… y casadas, felizmente casadas.

Edward negó con su cabeza y aconsejó:

—Aquí tienes que comportarte…

—Por supuesto que lo haré, tengo que ser un hombre decente… creo que ya es tiempo de sentar cabeza. El matrimonio parece ser algo contagioso. Aquí hay tantas personas casadas, ¡y

felices!, ¿lo puedes creer? De verdad es impresionante. Inaudito…

Edward arqueó una ceja y cuestionó:

—Tú, Hywel Welsh, ¿te quieres casar?

Hywel lo meditó un par de segundos y respondió:

—Sí, de pronto la idea de verme soltero, solo y viejo se ha vuelto deprimente… —Fingió un escalofrío—. Y bien, ¿Ya van a lanzar el ramo? Dicen que en esta familia no falla esa tradición y que hasta los hombres participan.

Emily asintió con orgullo y aseveró:

—Tengo tres primos que confirman esos hechos, Thomas, William y Alec… —Sus labios se curvaron de una manera exquisitamente perversa—. Me parece que es el momento de lanzar el ramo y partir, ¿no crees, querido? Hywel, si quieres casarte en el corto plazo, más vale que te pongas en el grupo de las solteras… ¡Sophie, trae mi ramo, cielo!

Las cejas de Hywel llegaron hasta las nubes al ver la precisión militar de las solteras y de la novia. En cuestión de segundos estaban listas y dispuestas para llevar a cabo el ritual de lanzar el ramo.

La voz de Edward llegó a su lado y aconsejó:

—Yo que tú me voy al grupo de las solteras, tienes la ventaja de la altura.

Hywel carraspeó.

—No, ¿cómo se te ocurre? Aún no llega a tanto mi desesperación…

—¿Esperas que la dama de tu interés atrape el ramo?… ¿Quieres una señal divina? A mí no me engañas, sé que te gusta Sophie… Demasiado diría yo, pocas veces te he visto con tanto interés.

Hywel chasqueó su lengua.

—Son imaginaciones tuyas, Dutton. La ovejita negra podría ser mi hermana.

—Pero no lo es… Te daré un consejo que me dieron hace unos meses. Las Damas del Diablo solo aceptan un enlace por amor… Si no vas a ofrecer tu vida entera, mejor ni lo intentes… Yo tuve la suerte de que Emily quisiera conocerme más, pero no puedo

garantizar lo mismo para ti, amigo mío.

La voz alegre y divertida de Emily contó:

—¡A la una!... ¡A las dos!… ¡¡A las dos y un medio!!… —Las damas rieron—. ¡A las dos coma siete!… ¡A las!… ¡Tres!

Y lanzó el fragante ramo de azahares y rosas rojas…

Se elevó hasta el punto más alto…

Todas las solteras alzaron sus manos…

La gravedad atrajo el ramo y descendió…

Las voces de las solteras exclamaron indignadas:

—¡¿Anthony?! ¡¡Noooooooo!!!

—¿¡De dónde salió este idiota!?

—¡Me pisaste un pie, tarado!

—¿Por qué te quieres casar? ¡Eres demasiado joven!

Anthony, quien se mantuvo al margen hasta el momento preciso, y solo se limitó a saltar para atraparlo en el aire, se defendió:

—¿Cómo que estoy demasiado joven? ¿Acaso no tengo derecho a atraparlo?

Sophie puso sus ojos en blanco y replicó:

—¡Eres hombre, para ti es más fácil, ridículo!

Anthony sonrió. Por lo general ese gesto dulce y varonil solía encantar a las mujeres, pero no producía el mismo efecto en sus primas y amigas. Se llevó el ramo al pecho y, solemne, comenzó a repartir las flores entre las solteras y prometió:

—Cuando me case, lanzaré un amuleto para los solteros, lo juro por mi Stradivarius. —Le ofreció un azahar a su prima.

Sophie lo miró con el ceño fruncido y dijo:

—Me ofende muchísimo, pero lo tomaré de todas formas. —Y con dos dedos asió la delicada flor, dedicándole una mirada de desprecio a su primo.

—Todos nos casaremos… —Y le guiñó—. Garantizado por mí.

—Vaya consuelo, Tony.

Hywel, a lo lejos observaba, atónito. Edward reía a carcajadas y aplaudía como el resto de los invitados.

Cuando su amigo salió de su estupor, solo dijo:

—Vaya, es un asunto serio.

—Te lo dije… Anthony es un muchacho joven y, por lo que se ve, generoso. Le dio una flor a tu Sophie.

—Sí… —Lo miró horrorizado—. ¡No es mi Sophie!

—Como digas… Bien, amigo mío. —Lo abrazó—. Escríbeme todas las semanas. Nos vemos en dos años.

—Recuerda que tengo que ser el padrino de tus hijos.

—No bautizaré a nadie hasta que volvamos. —Le dio unas palmadas en la espalda—. Te lo prometo.

Se separaron. Hywel parpadeó rápido y le dijo:

—Vete, sé feliz con tu mujer… Te lo mereces. Dios sabe que te lo mereces…

—Igual que tú. Ya es hora de que también lo seas. —«Somos libres», pensó tragándose el nudo de su garganta.

Edward fue a buscar a su esposa… El adiós se acercaba.

O más bien, un hasta pronto.

*****

Cinco días después, Emily se atrevió a salir a cubierta tomada del brazo de Edward. Inspiró profundo, y no la asaltó esa sensación de querer expulsar todo el contenido de su estómago… Parecía que ya había pasado lo peor.

Sin duda no iba a olvidar sus primeros días de casada. Se lo pasó mareada, vomitando y sintiendo que iba a morir, por lo que no hubo noche de bodas, ni día de bodas, ni nada. Las naranjas y los dulces de menta atenuaban un poco la sensación de vértigo, pero su efecto cada vez era menor.

Dormía gran parte del tiempo y Edward la atendió diligente y sin quejarse. El sentimiento de culpa que lo atenazaba cada vez que veía el rostro descompuesto de su esposa era tan inmenso como el océano que surcaban.

Pero esa mañana, cuando Emily despertó entre los brazos de Edward, no vomitó ni tampoco se sintió enferma.

Parecía brujería.

El Fortune fue acondicionado para darle la máxima comodidad a los recién casados y a la nueva tripulación, la cual fue elegida bajo

el riguroso escrutinio de Edward y Hywel, por lo que cumplían con el requisito de saber leer, escribir y tener un mínimo de modales y sentido común.

El barco de carga y contrabando se transformó en un lujoso medio de transporte marítimo acondicionado con todas las comodidades. Edward no hacía nada a medias.

Emily por fin pudo admirar el mar en toda su magnificencia. Una fría brisa acariciaba su piel. Se acurrucó entre los brazos de Edward. Él la besó en la coronilla y le dijo:

—¿Cómo te sientes, mi diosa?

Emily se perdió en el sonido de los latidos de su esposo y respondió:

—Esta es la quinta vez que me lo preguntas.

—Me quiero asegurar. Te lo preguntaré hasta que me aburra.

—Me siento mucho mejor…

—¿De verdad?

—De verdad. Ni loca te daría en el gusto de decir que estoy bien cuando no es así. —Edward rio—. Creo que ya me estoy acostumbrando a la sensación de flotar y al mismo tiempo tener algo sólido bajo mis pies. Es raro.

La voz del vigía interrumpió su conversación cuando exclamó:

—¡Tierra a la vista!

Emily miró a Edward con sus cejas alzadas.

—¿En serio? ¿Ya estamos cerca del primer puerto?

—Los vientos han sido favorables. Atracaremos en Lisboa para conseguir agua, alimentos y pan fresco. Estaremos unos tres días en el puerto.

Emily se hizo sombra con las manos y miró en la dirección que indicaba el vigía. Apenas se vislumbraba una minúscula porción de tierra en medio de esa majestuosa inmensidad azul.

—¿Y podremos ver la ciudad?

—Por supuesto… *Fala-se português em Lisboa, e eu serei o vosso guia*.

La atención de Emily se desvió hacia su esposo. Abrió su boca y exclamó:

—¿Qué dijiste?

—Yo también tengo talentos ocultos, querida… dije: «En Lisboa se habla portugués, y yo seré tu guía».

—Qué maravilla… Oh, me encanta cómo hablas el portugués.

—Fue relativamente fácil aprender lo básico, tenía como base el latín y ese idioma proviene de él, así como el español, el francés, el italiano… Es divertido cuando creen que me pueden estafar porque no entiendo su idioma.

—Zorro astuto. Y después de Lisboa, ¿cuál será nuestra ruta?

Edward sonrió al ver el genuino entusiasmo de Emily. Ya estaba creyendo que la pobre no lo lograría. Si ese viaje resultaba ser un fracaso, iba a considerar desligarse de sus empresas en la India y asociarse con los negocios ferroviarios de Alec. Aunque, de todas formas, ya no podría viajar tan seguido, no podía separar por demasiado tiempo a Emily de su familia.

La despedida en el puerto fue feliz y triste a la vez. August y Minerva merecían ver a sus nietos crecer…

—Después de Lisboa, tendremos varias escalas. Nos detendremos en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, luego en Freetown y en el Cabo de Buena Esperanza… Esa será tu gran prueba, por esas fechas puede que nos encontremos con fuerte oleaje, lo más seguro es que cuando lleguemos a tierra firme, pasemos una semana allí para reparar posibles averías. —Emily no pudo ocultar su gesto de pánico—. Es normal que eso suceda, pero no te preocupes, el Fortune es una de las mejores naves construidas en Inglaterra. La última escala antes de arribar a Calcuta será Isla Mauricio. Si todo es favorable, llegaremos entre febrero y marzo. —La besó con ternura y enmarcó el delicado rostro entre sus manos—. Gracias por hacer esto por mí.

—Te dije que me subiría a un maldito barco si me dabas una unión por amor… —Edward acarició sus pómulos—. Y me has dado mucho más que eso, querido. —Suspiró—. Ahora que me siento mejor, ¿qué haremos para entretenernos? —La sonrisa perversa de Edward evidenció lujuriosas formas para no aburrirse—. Sí, también haremos el amor muchas veces, pero aparte de eso.

—Podríamos jugar a las cartas con la tripulación, leer, podrías escribir una bitácora, conversar, bailar…

—¿Sin música?

—Siempre hay un marinero que también es músico, me aseguré de que uno supiera tocar el violín y otro el acordeón.

—Piensas en todo.

—Cuando se trata de ti, siempre. —Justo en ese momento el estómago de Emily rugió—. Creo que es hora de alimentarte como es debido.

—Quiero pedirte un favor.

—¿Cuál?

—No me des naranjas… Al menos durante unos cuantos días.

—Tus deseos son órdenes… Y después de alimentarte, necesito con todo mi corazón que me des mi mañana de bodas.

—Soy toda tuya… Entera.

*****

Y esa mañana por fin dieron rienda suelta a la pasión. No tardaron en encerrarse en el camarote que parecía un parque de diversiones erótico. En cada superficie podían amarse y disfrutarse. La suntuosa cama que no era más que un gran colchón cubierto de sábanas de seda negra, mantas de lana y terciopelo, cojines y almohadas. Se desnudaron sin ninguna clase de ceremonia.

El crudo anhelo los envolvió en besos ardientes que recorrieron cada centímetro de la piel de su amante, besos que se transformaron en caricias animales, engalanadas con jadeos y gemidos de gozo.

Edward libó toda la esencia de su esposa como si fuera la primera comida en años, al tiempo que ella también se alimentaba de él con lasciva codicia. Emily arriba de su hombre, volviéndolo loco. Engulléndose, devorándose, tal como las eróticas esculturas de la galería. Eran el principio y el final del otro.

Los amantes se comieron y se bebieron con avidez, hasta el borde del éxtasis. Pero Emily no deseaba que todo terminara tan rápido en su primera vez de casada y cambió de posición.

Edward se sentó y se apoyó en los cojines para recibir a su diosa, quien tomó su rígido miembro y lo guio a su resbaladizo

interior. Él lanzó un quejido y cerró los ojos con fuerza para contener el impulso de drenarse antes de tiempo. La boca de su esposa fue una deliciosa tortura que lo había enviado a las puertas del cielo, y solo por un segundo no cruzó el umbral de la liberación.

—Abre los ojos… Ábrelos —susurró Emily con su voz preñada de fruición, moviendo sus caderas en ese enloquecedor vaivén que la acercaba más y más al clímax. Edward enterró sus dedos en los glúteos de su mujer y los separó un poco más para él, y la embistió al mismo compás que ella le imponía, arrancándole esos gritos que señalaban que le faltaba poco—. Los ojos de mi amante… deben estar en mí… en mí…

Edward abrió los ojos. Se solazó contemplando cómo el placer bañaba el cuerpo de su esposa, sintió el interior de ella exprimiéndolo y temblando de gozo. Se enterró con fuerza, sumergido en esas olas ardientes que lo ahogaban y, entre los gritos extáticos de su mujer, se dejó llevar, drenando su semilla y reclamando a su diosa para él. Contuvo un rugido colmado de un deleite que parecía inacabable. Todo su cuerpo se tensó y la penetró aún más profundo para expulsar hasta la última gota de su simiente.

Sería mentira decir que duraron más de quince minutos.

Se quedaron abrazados y unidos por un largo rato intentando recuperar el aliento.

Edward, por pura y lasciva diversión, volvió a embestirla; aún se mantenía duro y caliente. Para él ese voluptuoso roce fue tortuoso, apenas lo soportaba. Sin embargo, ese movimiento fue suficiente para encender un inusitado y espontáneo fuego en Emily y le arrancó un gritito.

—Hazlo otra vez —demandó ella con renovadas energías.

Edward obedeció e impuso un ritmo castigador que Emily tomó como propio. Lo cabalgó con furia, se transformó en una lúbrica lady Godiva y, en cuestión de segundos, volvió a ser catapultada, sin contemplaciones, a ese océano de placer que la recibió con oleadas intensas e interminables.

Y cuando ya no hubo más, cuando se vio abandonada por esa fugaz dicha, volvió a derrumbarse sobre su esposo. La recibió entre sus recios brazos y se quedaron ahí, unidos sin importar nada…

Entre resuellos, Emily dijo:

—¿Qué diablos… acaba de suceder?

—Moriste dos veces… y has sobrevivido… para contarlo.

—No sabía… que se podía. Tengo talentos ocultos… incluso para mí.

Edward rio flojo.

—Aaaaaah, y ese talento… me hace sentir como si fuera el mejor amante del mundo.

—Lo eres, querido.

—Lo somos… juntos.

—Siempre.

Epílogo

Calcuta, 20 de septiembre de 1845.

Queridos mamá y papá:

Cuando reciban esta carta, seguramente, ya leyeron la anterior, en la que les contaba que ya estaba con dolores de parto y que estaba asustada…

Bueno, ahora les confirmo que salió bien, dentro de lo que se puede esperar en un alumbramiento: dolor, gritos, insultos al pobre Edward por embarazarme tan pronto, felicidad, alivio… Le pedí perdón a mi esposo por insultarlo, pobrecito… No me di cuenta de que tengo vocabulario de marinero hasta que me tocó dar a luz.

En fin, el día 6 de septiembre se convirtieron en abuelos de una hermosa niña de cabellos negros, y todo indica que sus ojos serán azules. Todos me han atendido muy bien; los señores Basú me están mimando demasiado, y Edward estuvo presente en el alumbramiento asistiendo a la partera —incluso cortó el cordón umbilical sin titubear—. Cada vez que lo cuenta, las personas lo miran horrorizadas, él dice que, si estuvo en la concepción de nuestra hija, lo obvio es estar en el nacimiento

Me he recuperado sin problemas, por eso les escribo ahora y no cuando la niña nació, para asegurarme de que no hay peligro alguno para mí. No me gusta mentir… Me costó mucho convencer a Edward de no ir corriendo a escribirles, estaba tan ansioso por gritarlo a los cuatro vientos. Pero, con lo que tarda el correo en llegar, era mejor esperar a que no ocurriera ninguna complicación con mi salud.

Bien, les cuento que el nombre de su nueva nieta es Saanvi Hope Dutton. Significa conocimiento, me pareció muy apropiado. El segundo nombre, ya han de imaginar por qué; mi esposo le tiene un cariño especial a la academia. Le concedí el honor a Edward de nombrar a su primogénita, y acordamos que yo lo haré cuando concibamos al segundo. Espero que eso suceda cuando volvamos a Inglaterra; de lo contrario retrasaría nuestro retorno.

Edward adora a su hija. La atiende en las noches y solo me despierta para que yo la alimente, le cambia su ropa, la muda… Yo le digo que me mima demasiado, pero él dice que es su deber de padre, que yo ya he hecho todo el trabajo duro con el embarazo y el parto.

Yo lo dejo, no le hace asco a los pañales. Lo aguanta como un campeón.

El nacimiento de Saanvi ha pospuesto algunos viajes que teníamos planeados, pero no me molesta. Solo en Calcuta hay tanto

que ver y disfrutar que no me importa aplazar nuestra visita a Assam. Aunque no solo eso ha sido el motivo de estos cambios. Como les conté en la carta anterior, la reestructuración de la flota fue más difícil de lo que Edward pensó. Hace poco logramos dimensionar el daño que el infeliz causó, sus asquerosos tentáculos corrompieron el 50 % de la flota, por lo que los calendarios de embarque se han modificado significativamente.

Emily dejó de escribir y suspiró. Miró por la ventana el jardín colmado de flores y recibió la brisa tibia. Siempre hacía calor. Su piel se tornó más morena y vestía atuendos típicos de la India para soportar mejor las altas temperaturas. Ni loca usaría esos vestidos tradicionales que tanto les gustaba a las británicas que ahí residían. Ella no entendía por qué se aferraban de esa forma a sus costumbres europeas.

Volvió a repasar el último párrafo de su carta…

Cada vez que pensaba en Northwood se sentía contrariada, iracunda y tranquila. Hywel recibía reportes de Newgate sobre el estado de ese infeliz. En la última carta que él les escribió, se enteraron de que ese sujeto ya no tenía dientes ni caminaba, producto del castigo que le propinaron los reos por ser un abusador de niños… El único orificio bueno que tenía era la boca. No había que ser un genio para intuir que todavía recibía de su propia medicina.

Era el basurero de la población penal de Newgate.

Quizá cuánto más iba a soportar… llevaba casi un año en prisión.

Aun así, parecía que nunca iba a ser suficiente castigo…

El aroma a vetiver llegó a sus fosas nasales, Emily dejó la pluma en el portaplumas y miró hacia la puerta. Ahí estaba su esposo con Saanvi en sus brazos.

—Adivina quién se quedó dormida.

Emily sonrió mientras observaba cómo su esposo acostaba a su hija en la cuna que estaba al lado de su escritorio. Lo hacía con una delicadeza segura, firme… No vacilaba ni temblaba como si Saanvi se fuera a romper. Ella aprovechó la altura y le acarició los muslos y las nalgas a Edward. Le encantaba provocarlo.

Él se irguió y la reprendió con la mirada.

—Si no fuera por la cuarentena, ya te tendría atada a la cama para que recibas tu merecido.

Emily sonrió con malicia y replicó:

—Sigue ofreciendo ese tipo de castigos, y cuando termine la cuarentena, serás tú el que reciba su merecido por plantar esas ideas en mi cabeza.

—Tu libidinosa cabeza… —Miró de soslayo la carta y preguntó—. ¿Te falta mucho? Tengo hambre.

—No, dame diez minutos.

Edward la sujetó por la nuca y la besó profundo y sin misericordia, solo para vengarse de las provocativas caricias de su esposa. La dejó jadeante y pidiendo más. Con una mirada llena de promesas le dijo:

—Te esperaré en el comedor.

Y cerró la puerta tras de sí.

—Ya verás, cuando acabe la cuarentena, vas a pedir no haber nacido. —Y se abanicó la cara con su mano—. Ay, Dios, este hombre me va a terminar haciendo seis críos si sigue así… A ver, ¿en qué me quedé?... Ah, sí…

Pero no todo han sido problemas. Con el contador de Edward, el señor Wheatley, hemos optimizado algunos procedimientos contables, y también hemos establecido controles más estrictos para que cualquier irregularidad sea detectada. Por fin estamos poniendo en marcha mi manual de procesos para el transporte del té desde Assam, el embarque en Calcuta y recepción en Inglaterra. Ojalá resulte bien, cuesta confiar en las personas en las que se delega el transporte, pero no podemos estar en todas partes. No obstante, Edward dice que si logramos mejorar ese ítem, incluso se pueden reducir las pérdidas habituales de manera significativa. Si mis cálculos con correctos, podríamos alcanzar hasta un 5 % de merma, lo cual me enorgullecería mucho si llega a suceder.

Mamá, papá, soy muy feliz. Ni en mis sueños más ambiciosos imaginé que mi vida podría ser así. Lo tengo todo, no puedo pedir más.

Si nuestra planificación no sufre más contratiempos, nos embarcaremos a Inglaterra en junio o julio del próximo año para poder viajar en verano. Saanvi estará más grande, pero es necesario

esperar para que ella tolere mejor el trayecto.

Por el momento, tendrán que conformarse con verla en un daguerrotipo que, seguramente, ya vieron en el paquete en el que va incluida esta carta.

Les escribiré la próxima semana. Contaré los días para abrazarlos a todos, los extraño tanto. Me encanta viajar, pero también me he dado cuenta de que amo mi tierra… y, entre nosotros, mi esposo está considerando asentarse en Inglaterra, dice que a su edad no puede arriesgarse con tantos viajes en barco… Yo le digo que aún está en la flor de la juventud, pero él argumenta que desea vivir muchos, muchos años y quiere disfrutar a su familia. Mientras menos arriesgue su pellejo, mejor.

Sin embargo, creo que él nunca dejará de navegar, aunque sea en el Nirvana.

No los entretengo más, denle mis cariños a todos.

Los amo con toda mi alma.

Su hija, Emily Dutton

Agradecimientos

Una nueva novela ha concluido y para mí es impresionante que llegues hasta aquí. Gracias por darme una nueva oportunidad y por disfrutar de esta historia.

Cuando empecé esta novela no conocía los secretos de Edward, hasta que me puse a averiguar sobre la institución en la que estudió… Es bueno saber que ya no hay existe la práctica de *fagging* en los internados y se ha avanzado mucho en asuntos de seguridad.

Intenté ser respetuosa con el tema que he abordado en esta historia y ojalá entiendan algunas decisiones que se tomaron para dar algo de justicia a ese personaje innombrable.

En realidad, en él no había arrepentimiento ni redención.

En fin… gracias por haber estado aquí acompañando a Edward y a Emily. Y ojalá que hayan quedado conformes con la pareja que le di a la diosa de las matemáticas.

No las entretengo más, sigan leyendo a mis colegas o vuelvan a mis historias de vez en cuando.

Gracias por permitirme seguir en este camino, con sus lecturas en Kindle, o comprando mis libros en papel, recomendando y dejando maravillosos comentarios. A causa de ustedes es que estoy donde estoy.

Y también gracias a mi familia que desde el primer día han sido el pilar de mi carrera (me dan material, experiencias y tiempo para escribir), todos sin excepción. Los amo con toda mi alma.

En un apartado especial le agradezco a mi marido —si no lo hago se pica—, lord Alfrelailo, por ser mi compañero. Me conoció solo siendo Pamela y ahora tiene a Hilda… Gracias por siempre apoyarme. Te amo.

Nos leemos en una próxima publicación, se les quiere.

Un abrazo.

Hilda Rojas Correa

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, síguela en las distintas plataformas de compra y redes sociales, comparte su trabajo y regala un comentario.



---

[1] *¡ Jesucristo!*

[2] *Querida*

[3] *Maldición*

[4] *Maldición, pero con una connotación de aflicción* .

[5] *Dios mío.*